



AÑO IV

NÚM. XLVI

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO DE MADRID

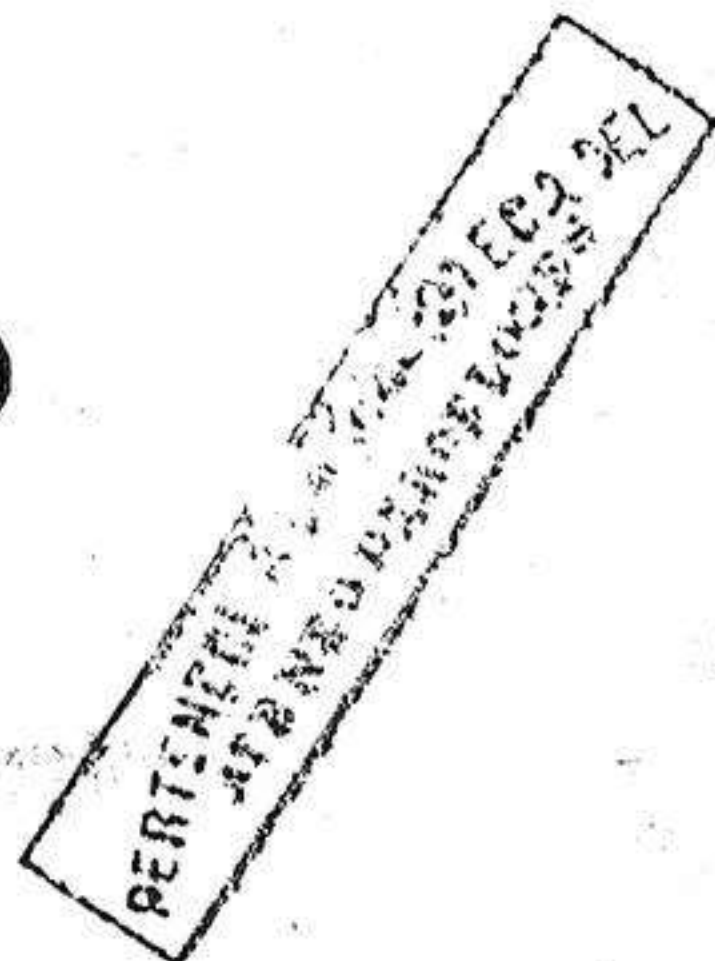
OCTUBRE — 1892

AGUSTÍN AVRIAL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

SE OYE RUIDO



Le advierto á V., *barín*—dijo Yermolai entrando en mi *isba* (después de comer me había tumbado en mi lecho de campaña, para descansar de una cacería afortunada, pero fatigosa, de gallos silvestres, dada en el mes de Julio con un calor asfixiante)—le advierto á V. que ya no tenemos munición de plomo.

Salté de la cama, exclamando:

—¿Cómo! ¿Ya no hay perdigones? ¿Pues si habíamos traído cerca de treinta libras, un saco grande!

—Es verdad, el saco era grande, con plomo para quince días. Pero, ¿quién puede preverlo todo? Quizá tuviese algún agujero en el fondo, ó haya pasado cualquiera otra cosa: lo cierto es que apenas hay munición para diez tiros.

—¿Y qué haremos, entonces? Aún no hemos ojeado los mejores pueslos. Mañana han prometido venir lo menos seis compañeros de caza.

—Pues bien, mándeme V. que me vaya á Tula. No está lejos de aquí: cuarenta *verstas* á lo sumo. Iré y volveré como una exhalación, y traeré plomo; si V. quiere, aunque sea un *pud* entero (1).

—Pero, ¿cuándo irás?

—Ahora mismo. ¿Qué necesidad hay de esperar? Sólo será preciso alquilar caballos.

—¿Cómo alquilar! Pues, ¿y los nuestros?

—No pueden servirnos. El caballo de varas cojea que es un horror.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace poco. El cochero lo llevó á herrar y lo ha traído cojo. Sin duda, el albéitar era un asno. Ahora no puede poner en el suelo uno de los cascos delanteros; tiene al aire la mano, como un perro de muestra.

(1) *Pud*, medida de peso equivalente á cuarenta libras.

—¿Y no lo han desherrado?

—No; pero habrá que hacerlo, pues el clavo le ha entrado en la carne.

Hice llamar al cochero, quien afirmó que Yermolai había dicho la verdad. Hice desherrar el caballo y que le metiesen la pata en greda húmeda.

—Vamos, ¿hay que alquilar caballos para ir á Tula?—preguntó de nuevo Yermolai.

—Pero, ¿será posible encontrar caballos en semejante agujero?—exclamé con despecho.

La aldea donde habíamos parado era de las más miserables. Sus moradores parecían muertos de hambre. Gran trabajo nos costó hallar una *isba*, no ya blanca, es decir con chimenea para dar salida al humo, sino por lo menos lo suficientemente grande para caber en ella nosotros.

—Es posible—contestó Yermolai con su acostumbrada flema.—Juzga V. bien este villorrio; y, sin embargo, aquí vivió un campesino muy rico y muy listo, el cual tenía nueve caballos. Ya ha muerto, y ahora todo lo dirige el hijo mayor. Este hijo es tonto de capirote, pero aún no ha tenido tiempo de dar al traste con todos los bienes que dejó su padre. En su casa encontraremos caballos. ¿Quiere V. que se los traiga? Tiene unos hermanos que se sorben los vientos de listos; y, no

obstante, él es quien está á la cabeza de ellos.

—¿Y por qué?

—Porque es el mayor de todos. Si eres más joven, sométete...

Y aquí soltó Yermolai una expresión muy enérgica, pero que no puede escribirse.

—Lo traeré. Es un inocente. Se le pueden dar mil vueltas.

Mientras que Yermolai iba en busca del inocente, me pregunté á mí mismo si no haría mejor en irme á Tula. En primer término, aleccionado por la experiencia, Yermolai me inspiraba poquísima confianza: una vez le mandé á la ciudad para que me hiciese unas compras, me juró no dejar de hacer en el día todas mis comisiones; regresó al cabo de una semana, después de haberse bebido todo mi dinero en la taberna, y volvió á pié habiendo salido en un *drochki*. En segundo lugar, conocía yo en Tula á un chalán, y pensaba poder comprarle un caballo para reemplazar al de veras.

—Cosa hecha—dije para mí;—tanto más, cuanto que podré dormir en el camino, porque mi *tarantas* no traquetea demasiado el cuerpo.

—Aquí está—exclamó un cuarto de hora después Yermolai, entrando bulliciosamente en la *isba*.

Seguíale un labriego de gran estatura, vestido con camisa blanca, anchos pantalones de lienzo azul, y

laptis (calzado de madera de álamo blanco). La roja barbilla acabada en punta, los ojos adormilados, la nariz grande y abotagada, dábanle en efecto el aire de un inocente.

—Tiene los caballos—dijo Yermolai—y está conforme con todo.

—Es decir...—dijo el aldeano con voz ronca y vacilante, echando atrás los cabellos y deslizando los dedos por el borde de la gorra puesta delante del pecho—yo... es decir...

—¿Cómo te llamas? — le pregunté.

El aldeano bajó la vista, se quedó pensativo al parecer, y repitió:

—¿Cómo me llamo?

—Sí. ¿Cuál es tu nombre?

—Tengo un nombre... Me llamo Filofei.

—Pues bien, oye de lo que se trata, hermano Filofei: me han dicho que tienes caballos. Tráenos tres, los engancharemos en mi *tarrantas*, que es ligera, y vámonos á Tula. Hace fresco y luna clara. ¿Qué tal es el camino?

—¿El camino? A pedir de boca. No hay más que veinte *verstas* de aquí á la carretera. Sólo un trocito no es bueno. Lo demás, bien.

—¿Qué trocito es ese?

—Un vado que hay que pasar.

—Pero, *barín*—interrumpió Yermolai—¿es que va á ir á Tula V. mismo?

—¡Sí, yo mismo!

—¡Vamos, bien! — dijo mi fiel servidor, meneando la cabeza.

Y salió dando un portazo de despecho. Ya no le interesaba ni pizca el viaje á Tula.

—¿Conoces bien el camino?— pregunté á Filofei.

—¿Cómo no conocer el camino? Hágase la voluntad de V.... Sin embargo, sin más ni más, no puedo... así...

Yermolai se había limitado á decirle: «Estáte tranquilo; se te pagará, imbécil.» Por imbécil que fuese Filofei, no podía contentarse con tal promesa. Me pidió cincuenta *rublos*, le ofrecí diez, y nos pusimos á regatear. Yermolai, que acababa de entrar otra vez, quiso convencerme de que ese imbécil... («le gusta la palabra» dijo Filofei en voz baja) no sabía contar el dinero. Con ese motivo me recordó que una posada, construida por mi madre hace veinte años en un sitio de mucho tránsito en el cruce de dos carreteras, acabó por arruinarse, porque un antiguo criado, á quien se le había hecho posadero, ignoraba realmente el valor de las monedas y las apreciaba por el número de ellas, dando (por ejemplo) *un rublo* de plata por *seis copecks* de cobre, á la vez que trataba de ladrones á los caminantes á quienes albergaba.

—Eres un verdadero Filofei— exclamó al cabo Yermolai, quien salió dando un portazo.

Filofei no respondió nada, como si conviniese en su interior en que no era nada decente eso de llamarse Filofei, por más que el verdadero culpable de esto fué el *pope*, á quien no se le había pagado con bastante largueza el día del bautizo.

Al fin convinimos en veinte rublos. Fué en busca de los caballos, y bien pronto trajo cinco para elegir. Eran unas bestias bastante buenas, por más que las crines y colas estuvieran endemoniadamente enmarañadas y tuvieran la barriga más grande que un bombo. Filofei regresó acompañado por dos de sus hermanos, que, en efecto, no se le asemejaban en nada. De breve estatura, cuadrados de hombros, con la nariz puntiaguda y los ojos negros, tenían de veras (según dijo Yermolai) facha de sorberse los vientos de puro listos. Charlaban mucho, pero no dejaban de obedecer al mayor. Hubieran querido enganchar en varas el caballo gris, diciendo que éste bajaba muy bien la montaña. Pero Filofei opinó por el de la cabeza peluda, y el de la cabeza peluda fué el que pusieron en las varas.

Atiborraron de heno el *tarantas* y metieron allí las colleras de mi

caballo cojo, para probárselas al que comprase en Tula. Filofei, que había tenido tiempo de ir corriendo á su casa, volvió de ella con una larga hopalanda que había pertenecido á su padre, un sombrero en punta y unas grandes botas embreadas. Luego se instaló con solemnidad en el pescante. Yo también tomé asiento y miré el reloj: eran las diez y cuarto. Yermolai ni siquiera se dignó desearme feliz viaje, y se puso á maltratar al perro. Filofei agitó las riendas, como un campanero las cuerdas de las campanas, y gritó con voz de falsete: «¡A escape, chiquitos!» Sus dos hermanos echaron á correr cada uno por un lado, pegando en el vientre á los caballos á la carrera. Moviése el *tarantas* y salió del patio á la calle; el de la cabeza peluda quiso ir á la querencia de la cuadra, pero Filofei le hizo entrar en razones con algunos latigazos, y cátanos ya fuera del lugarejo, rodando por un camino bastante llano, festoneado por frondosos avellanos.

La noche era suave y tranquila, una verdadera noche de viaje. Soplabá á ratos un vientecillo ligero que meneaba las ramas, y aquietábase en seguida. Inmóviles en el cielo estaban unas nubecitas plateadas, y la luna iluminaba fuertemente desde el zenit todos los objetos. Me tendí en el heno, é iba ya

á dormirme cuando me vino á la memoria el «trocito que no es bueno».

—¡Eh, Filofei! ¿Falta mucho de aquí al vado?

—Ocho *verstas*.

Ocho *verstas* (pensé): aún tardaremos más de una hora en llegar á él. Tengo tiempo de dormir.

—¡Filofei! De veras, ¿conoces el camino?

—¡Pues no lo he de conocer! Si fuese la primera vez...

Sin duda debió de añadir alguna otra cosa, pero no le oí: estaba dormido.

La intención de despertarme al cabo de una hora no fué, cual suele suceder á veces, lo que me despertó; sino un débil pero extraño chapoteo junto á mis oídos. Levanté la cabeza.

¿Qué diablos es? Estoy tumbado en el *tarantas*, y junto á los bordes del carruaje se extiende una gran sábana de agua, rizada y temblorosa á la luz de la luna. Miro adelante: Filofei está inmóvil como una estatua, con la cabeza inclinada y el torso doblado, en el pescante; y más lejos, por encima del agua murmuradora, la línea oblicua de la *duga* con las cabezas y los cuellos de los caballos. Y todo en silencio, como en los cuentos de hadas.

¿Qué demonio pasa? Me vuelvo para mirar atrás: estamos en medio

del río, la orilla dista treinta pasos de nosotros.

—¡Filofei!—exclamé.

—¿Qué se ofrece?—contestó.

—¿Cómo que se ofrece? ¿Dónde estamos?

—¡En el río!

—Ya lo veo; pero, vamos á ahogarnos. ¿Es así como pasas el vado?... Estás durmiendo, Filofei; contesta.

—Me equivoqué unas mijas—dijo al fin mi cochero.—¡Por mis pecados! me torcí demasiado á la izquierda. Ahora hay que aguardar.

—¿Cómo es eso de aguardar! ¿El qué?

—Es preciso que se oriente el de de la cabeza peluda; y á la parte donde se decida, habrá que ir allí.

Me incorporé sobre el montón de heno. La cabeza del caballo de varas no hacía ningún movimiento sobre el agua; todo cuanto podía verse al clarísimo fulgor de la luna, era que una de sus orejas se movía con lentitud, tan pronto adelante como atrás.

—¿Pero, también duerme tu cabeza peluda?

—No, *barín*; está ocupado en husmear el agua.

Y todo volvió á quedar en silencio. No se oía más que el leve rumor de la corriente. ¡Aquella luna, aquella noche, aquel río y nosotros den-

tro!... Acabé por quedarme petrificado.

—¿Qué son esos silbidos?— pregunté á Filofei.

—Serán crías de ánade, entre los juncales; ó tal vez culebras.

De pronto se agitó con violencia la cabeza del caballo de varas, irguió las orejas, resopló con ruido...

—¡Ohó, ohó!—prorrumpió Filofei á grito pelado; y levantándose cuan largo era, hizo eses con la tralla del látigo. En seguida se vió el *tarantas* como arrancado y lanzado adelante á través de las ondas; luego avanzó, zangoloteándose á diestro y siniestro. En los primeros instantes me pareció que aún bajábamos más; pero tras de vaivenes y zambullidas, de pronto pareció bajar el nivel del agua, que continuó huyendo mientras el *tarantas* sobresaía más cada vez de la superficie líquida. Al fin aparecieron de repente las colas de los caballos y las ruedas del coche; hasta que, por último, levantando grandes haces líquidos que se esparcían trocados en diamantes... no, en zafiros... á la azulada luz de la luna, los caballos nos llevaron de un tirón á la ribera arenosa y siguieron por la cuesta del camino, braceando con elegancia y á compás los mojados y relucientes cascos.

Pues bien, ocurrióseme entonces,

si irá Filofei á decirme: ¿No ve V. cómo tengo razón? ó cualquiera otra cosa parecida. Pero no dijo ni una sola palabra. Por eso no me creí en el caso de reprenderle por su torpeza; y habiéndome agazapado otra vez en el heno, traté de conciliar el sueño nuevamente.

Sin embargo, no me pude dormir; y no porque no me sintiera bastante fatigado de la cacería ó porque la inquietud me mantuviese aún abiertos los ojos, sino porque el país que recorriamos era en verdad demasiado hermoso para dejar de contemplarlo. Eran unas praderas que se perdían de vista, pingües, lozanas, espesas, entrecortadas por multitud de laguitos, charcas, arroyuelos y esas caletas circulares procedentes del deshielo, cuyos bordes están cubiertos de alisos y sauces; esos prados «libres y ricos» como los llama el pueblo ruso, de los cuales hablan ya nuestras antiguas leyendas, á propósito de los valientes del ciclo de Kieff, de los compañeros de Wladimiro, el gran Kniaz esclavo, los cuales iban allí á cazar «los blancos cisnes y las grises ocas». El camino, muy hollado, desplegábase ante nosotros como una cinta ondulante. Los caballos corrían alegremente. Y yo miraba sin apartar los ojos. ¡Era tan grande la suavidad y la armonía con que todo aquello se deslizaba ante nuestra

vista, bajo la luna «amiga!» El mismo Filofei se conmovió.

—Estas praderas—dijo, volviéndose hacia mí—llevan entre nosotros el nombre de San Jorge, y más lejos comienzan las praderas de los Antiguos Grandes-Duques. No las hay como ellas en toda Rusia. ¡Son tan hermosas!

En este momento estornudó el caballo de la cabeza peluda.

—¡Dios te asista!—dijo en seguida Filofei, con voz grave y baja. —¡Son tan hermosas—repitió, dando un profundo suspiro.—Pronto llegará la corta del heno, y es increíble lo de montones de heno que se harán aquí. ¡Y qué de pesca en todos estos lagos, con unos peces tan gordos! Baste una palabra: el hombre que viva aquí no necesita morir.

Y levantó de pronto la mano.

—Diga V., mire allá, por encima del agua. ¿No es una garza real? ¿Cogerá peces hasta por la noche?

Luego se echó á reír.

—¡Qué tonto soy! ¿Pues no he tomado una rama por una garza real? La luna nos engaña siempre.

Rodamos largo tiempo á través de aquellas praderas, mas al fin cesaron. Aparecieron unos bosquecillos, después campos cultivados; más adelante dejóse adivinar por dos ó tres puntos de fuego una al-

dea lejana. Ya no faltaban más que cinco *verstas* para llegar á la carretera. Me dormí.

Otra vez me desperté, y no por mí mismo, sino por la voz de Filofei:

—¡*Barín, barín!*

Me levanté; el *tarantas* se hallaba parado en medio de la carretera, en una llanura enteramente plana. Volviéndose hacia mí desde el pescante, y con los ojos muy abiertos (no me había imaginado que fueran tan grandes), murmuraba con voz misteriosa:

—Se oye ruido...

—¿Qué dices?

—Digo, *barín*, que se oye ruido. Asómese y escuche... ¿Oye V.?

Saqué la cabeza del *tarantas*, contuve el aliento, y oí efectivamente lejos, muy lejos, detrás de nosotros, como un ruido débil y con intermitencias de ruedas que rodasen.

—¿Oye V.?—repitió Filofei.

—Sí—repliqué;—es un carruaje cualquiera.

—Pero, ¿no oye V. allá ahora unos cacasbeles... y alguien que silba?... Quítese el gorro y oirá V. mejor.

No me quité el gorro, pero agucé el oído.

—Es verdad. Pero, ¿qué consecuencia sacas de eso?

Filofei se volvió hacia los caballos y recogió riendas.

—Es una *telega*... sin carga, y las ruedas tienen llantas de hierro. Son malas gentes, *barín*. Hay malos lances en los alrededores de Tula.

—¿Qué locura! ¿Por qué supones que son malas gentes?

—Vaya, no me engaño. Cascabelles, una *telega* vacía y gente que silba... ¿Qué puede ser?

—¿Falta aún mucho desde aquí á Tula?

—¿Quince *verstas*, y no hay ni una casa!

—Pues bien; vuela, y no remolonees.

Filofei hizo restallar el látigo, y el *tarantas* echó á rodar otra vez.

Sin embargo de no dar crédito á los dichos de Filofei, no pude volver á dormirme, pensando: «¿Y si no obstante lo fueran?...»

Tuve una sensación desagradable. Permanecí sentado en el *tarantas*, y me puse á mirar á derecha é izquierda. Durante mi sueño había-se formado una ligera neblina, no sobre el suelo, sino á la altura de las nubes, y la luna parecía colgar dentro de ella, como una mancha blanquizca. Veíase un poco más claro abajo; pero, sin embargo, todo parecía deslucido y pálido. ¡Tristes lugares los que atravesábamos! Campos y más campos, y algunas quebradas llenas de malezas, y vuelta á los campos, casi todos en bar-

becho, sembrados apenas de algunas malas hierbas. Todo estaba vacío, muerto; ni siquiera una codorniz que cantase.

Caminamos así durante media hora. Filofei no cesaba de excitar á los caballos; pero ni él ni yo pronunciábamos una sola palabra. Al llegar á lo alto de una pequeña colina, Filofei detuvo los caballos:

—¿Se oye ruido, *barín*, se oye ruido!

Me asomé afuera del *tarantas*, pero hubiese podido permanecer debajo de la capota; tan claros llegaban hasta mí, aunque lejanos todavía, el ruido de las ruedas de una *telega*, los silbidos de varios hombres, el cascabeleo de las colleras y hasta el redoblado golpear de los cascos de los caballos sobre el suelo del camino. Hasta me pareció oír cantares y risas. Verdad es que el viento venía de allá abajo; pero, sin duda alguna, los desconocidos viajeros habían adelantado hacia nosotros una ó quizá dos *verstas*.

Filofei y yo nos miramos; se caló la gorra hasta los ojos, y apretando las riendas la emprendió á latigazos con los caballos. Sus tres bestias arrancaron á galope; mas no pudieron sostener mucho tiempo ese paso, y acortaron hasta convertirlo en trote, á pesar de los esfuerzos de Filofei y de los golpes que llovían.

No habiendo participado al prin-

cipio de las sospechas de Filofei, no hubiese podido decir por qué me sentí de pronto convencido de que, en efecto, nos seguían malas gentes. Continuaban los mismos ruidos, los mismos cascabeles, los mismos silbidos, pero ya no dudaba; Filofei no podía equivocarse.

Aún pasaron veinte minutos, y entre el estruendo del *tarantas*, á todo escape, oíamos ya el ruido del otro carruaje.

—Para, Filofei—dije.—Hay que concluir.

Filofei soltó un «soo» quejumbroso, y los caballos detuviéronse al punto, satisfechos de tomar descanso.

¡Gran Dios! Los cascabeles repiquetean á nuestra espalda; unos hombres gritan, silban y cantan. La *telega* arma un estrépito de hierros, los caballos resoplan y golpean el suelo con los cascos.

Nos alcanzaron.

—¡Qué desgracia!—murmuró Filofei.

Iban á poner de nuevo el tiro en marcha cuando, de repente y con estrépito espantoso, pasó junto á nosotros como un torbellino una gran *telega* con tres caballos trasiados; y á pesar de ir á todo galope, pararon bruscamente en firme delante de nuestro coche para ponerse al paso de andadura.

—¡Verdadero estilo de salteadores!—balbuceó Filofei.

Confieso que se me encogió el corazón dentro del pecho, y miré con dificultad á través de aquella bruma confusa. Delante de nosotros veíanse dentro de la *telega* seis hombres con blusa roja, con el *armiak* sobre los hombros, sentados unos, otros tumbados; dos de ellos iban sin gorra. Fuera de la *telega* colgaban unas piernas con grandes botas; había manos que se alzaban y bajaban con desorden. Con toda evidencia, aquellos hombres iban borrachos. Unos cantaban hasta desgañitarse; uno de ellos daba silbidos claros y penetrantes; otro juraba como un energúmeno. En el asiento delantero erguíase, riendas en mano, una especie de gigante vestido con un chaquetón de piel de carnero. Iban al paso, y no parecían prestarnos la más mínima atención.

¿Qué hacer? Los seguimos, también al paso. Durante un cuarto de *versta* marchamos de ese modo. La ansiedad era angustiosa. Imposible huir ni defenderse. Eran seis, y yo ni siquiera tenía un garrote. Si volvíamos atrás, nos alcanzarían en un abrir y cerrar de ojos. Vinome á la memoria un verso de nuestro poeta Jukowski, allí donde habla del asesinato del mariscal Kamenski:

«El hacha de un vil bandido»,

ó bien te aprietan el pescuezo con una cuerda fangosa, y te tiran al hoyo y agoniza con estertores de borrachera, como una liebre cazada con lazo...

¡Horror! Y continúan caminando al paso y sin fijarse en nosotros, al parecer.

—Filofei—le dije en voz baja—trata de tomar un poco á la derecha, como si quisieses tomarles la delantera.

Filofei lo intentó y tomó á la derecha, pero los otros también tomaron por la derecha. Imposible adelantarse.

Filofei hizo otro intento y tomó á la izquierda; pero asimismo se nos atravesaron en el camino, y hasta hubo risas dentro de la *telega*.

—Verdaderos ladrones de caminos—me dijo quedo Filofei.

—¿Pues á qué aguardan?—dije también en voz baja.

—¿Ve V. delante de nosotros, en esa hondonada, aquel puentecillo sobre el arroyo? Pues bien; allí, ellos y nosotros... siempre dan sus golpes de mano junto á los puentes.

Barín—añadió, suspirando—nuestro negocio no puede ser más claro. No nos dejarán vivos, porque su cuidado principal es que no quede un gallo para cantar. Sólo siento una cosa, *barín*, y es, que mi pobre *troika* (1) me huele á socarrina. Ni

siquiera la heredarán mis hermanos.

Si no hubiera pensado en mí mismo, me hubiera asombrado que en tales momentos pudiera Filofei pensar en sus caballos.

—Me matarán. Pero, ¿por qué? Yo les daría todo lo que tengo...

Nos acercábamos al puentecillo, que cada vez era más visible. De pronto resonó un grito penetrante; la *telega* pareció lanzarse de un vuelo como un ave, y al llegar cerca del puente se detuvo de un modo repentino, un poco á un lado de la carretera:

—¡Ah, sí! No podía ser más clara nuestra situación.

—¡Hermano Filofei—le dije—vamos juntos á la muerte. Perdóname el haber causado tu perdición.

—¿Qué falta has cometido, *barín*? ¿Es que puede nadie evitar su suerte? Vamos, cabeza peluda, mi buen caballo fiel, anda adelante, hermano. Préstame el último servicio. ¡Sea con nosotros la gracia de Dios!

Puso su *troika* al trote; comenzamos á acercarnos al puente y á aquella terrible *telega* que nos esperaba inmóvil. Todo era silencio en ella; nada se movía. Así hacen el sollo, el gabilán, todos los animales de rapiña, cuando la víctima se acerca. Ya estamos enfilados con la *telega*. El gigante con pelliza sal-

(1) Tiró de tres caballos en fila á lo largo.

ta de su asiento y viene derecho hacia nosotros. No dice una palabra á Filofei. Pero éste, por propio impulso, tiró de las riendas y se detuvo el *tarantas*. El gigante puso ambas manos en la portezuela, é inclinando hacia adelante su cabezota melenuda y marcando una sonrisa afectada, pronunció el siguiente discursito, con esa voz chocarrera y aflautada de los obreros de fábricas en Rusia:

«Respetable señor: salimos de un honrado festín, de una cenita de boda; acabamos de casar á uno de nuestros mozos; y tantos festejos le hemos hecho, que se ha quedado tendido en tierra. Todos somos unos jóvenes calaveras, unas cabezas calientes; hemos bebido hasta más no poder, pero ya no tenemos con qué tomar la colambre ó la mañana y matar el gusanillo. ¿No tendría V. la gran generosidad..., no nos haría V. la merced de alargarnos un poquillo de dinero... sólo para que hubiera una botella por barba? Las beberíamos á la salud de vuestro honor. Pero si no quiere V. hacernos ese favor, entonces, ¡á fe mía! no se enfade V. si...»

—¿Qué quiere decir esto?—pensé.—¿Es un sarcasmo, una burla?

El gigante continuaba de pié junto al *tarantas*. En aquel momento la luna se abrió paso entre la niebla, y le iluminó de lleno la cara.

Todo sonreía en aquel rostro, los ojos, los labios; no había ninguna amenaza, sino yo no sé qué extraña espera. Y luego, sus dientes tan blancos, tan largos...

—¿Yo? Con mucho gusto—exclamé. Y sacando el portamonedas, tomé de él dos *rublos* de plata (por aquel entonces aún se veían en Rusia).—Tome V. ¿Basta con eso?

—¡Muchas gracias!—gritó el gigante al estilo de los soldados.

Y sus grandes dedos me arrancaron en seguida, no todo el portamonedas (como yo esperaba), sino tan sólo los dos *rublos* ofrecidos.

—¡Muchas gracias!

Sacudió las melenas y se fué corriendo á la *telega*.

—¡Muchachos—gritó—el señor viajero os obsequia con dos *rublos*!

Sus camaradas le respondieron con un *hurra* general. El coloso se acomodó en el pescante suyo.

—¡Hasta otra vista!

Y no hubo más que decir. Los caballos partieron como flechas, la *telega* subió á escape la cuesta, dibujóse un momento sobre la oscura línea que separaba el cielo de la tierra, y desapareció...

Ya no más gritos ni cascabeles; ningún ruido, un silencio de muerte.

Antes de que Filofei y yo nos repusiéramos de la sorpresa, transcurrieron unos instantes.

—¡Ah, que picarón de muchacho!—dijo al fin; y quitándose el sombrero, se puso á persignarse.— Es gracioso de veras—añadió, volviéndose hacia mí con el rostro radiante de alegría.—Y también debe de ser un buen hombre. Vamos, vamos, amiguitos, mucha prisa; nada os pasará, no le sucederá nada á nadie. Y él era quien, sin embargo, no nos dejaba pasar; él era quien tenía las riendas. ¡Picarón de muchacho! ¡Arre, arre! ¡Adelante!

Yo no hablaba nada, pero también sentía cierto bienestar. No le sucederá nada á nadie—repetí asimismo...—y no nos ha salido caro. Hasta tuve un poquillo de vergüenza por haberme acordado del verso de Jukowski. Vinoseme una idea á la cabeza, y exclamé:

—¿Filofei?

—Qué.

—¿Eres casado?

—Sí, estoy casado.

—¿Tienes hijos?

—Sí, tengo hijos.

—Y entonces, ¿cómo no te has acordado de ellos? Te apenaste por los caballos. ¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos?

—¿Y por qué tenía que apenarme por ellos? No iban á caer en manos de los bandidos. Pero los he tenido todo ese tiempo en la memoria, y ahora también, y siempre...

Filofei se calló por un instante.
—¿Quizá nos haya favorecido el Señor por ellos á ti y á mí!

—¿Y cómo? ¡Si no eran salteadores!

—¿Y tú qué sabes? ¿Te has medido nunca en el alma de otro? El alma ajena, como dice el proverbio, es el pozo oscuro. Mientras que Dios... Nada hay mejor que esto.

—¡Oh no, *barín!* ¿Ves?... Por mí, por mi familia... ¡Adelante, pequeños, adelante!

Era ya casi de día, cuando nos aproximamos á Tula. Yo estaba sumido en la inconsciencia de un semisueño.

—*Barín*—me dijo de pronto Filofei—mira un poco. Se han detenido en la taberna. Ahí está su *telega*.

En efecto, allí estaban la *telega* y sus caballos. En el quicio de la taberna apareció de repente nuestro conocido, el coloso del chaquetón de piel de carnero.

—Señor—exclamó agitando el gorro—acabamos de bebernos el dinero de V. Y tú, valiente coche-ro—añadió meneando la cabeza—¿has tenido un poco de miedo, eh?

—Este hombre es muy alegre—dijo Filofei cuando estuvimos á cien pasos de la taberna.

Por fin entramos en Tula. Compré municiones, té y vino (ya que había ocasión), así como un caballo



en casa del chalán. Volvimos á ponernos en camino hacia el mediodía.

Al volver á pasar por el sitio donde habíamos oído por primera vez el ruido de la *telega*, Filofei (á quien un traguillo que bebió en Tula le había puesto de buen humor, hasta al punto de contarme cuentos de vieja) se echó de pronto á reír.

—¿Te acuerdas, *barín*, cómo no dejaba yo de decirte: «Se oye ruido?»

Esta frase le parecía muy cómica; reíase tanto con ella, que agitaba ambas manos.

Aquella misma noche llegamos á su aldea. Referí la aventura á Yermolai. Como estaba en ayunas, no me dió testimonio alguno de interés; sino que se contentó con decir «¡hum!», no sé si con aprobación ó por vituperio, porque sin duda él

mismo tampoco lo sabía. Pero dos días más tarde me informó muy satisfecho, de que la misma noche y en el mismo camino había sido robado y muerto un comerciante que iba á Tula. Al pronto no creí la noticia; pero hube de convencerme, porque me afirmó la verdad del hecho un oficial de policía que fué al sitio del suceso para hacer las primeras averiguaciones acerca del crimen. ¿Sería aquella la boda de donde regresaban nuestros «calaveras», y sería ese el mozo á quien dejaron tendido en tierra, según la expresión del gigante chocarrero? Permanecí aún cinco días en el villorrio de Filofei; y cada vez que le encontraba, no dejaba de decirle:

—¡Eh! ¿Se oye ruido?

—Es un muchacho muy alegre— respondía dando siempre una carcajada.

IVÁN TURGUENEF.

LOS APARECIDOS

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

ELENA, viuda del capitán Alving, gentil-
hombre de cámara.
OSWALDO ALVING, su hijo, pintor.

EL PASTOR MANDERS.
ENGSTRAND, carpintero.
REGINA ENGSTRAND, doncella de Elena.

La escena pasa en el campo, en casa de Elena, á orillas de uno de los grandes furdos de la Noruega Septentrional.

ACTO PRIMERO

Una estancia espaciosa con vistas al mar. Puerta á la izquierda. Dos puertas á la derecha. En medio de la estancia un velador rodeado de sillas; sobre el velador libros, revistas y periódicos. En primer término, á la izquierda, una ventana, y delante de ella un sofá y una mesa. En el fondo un invernadero en comunicación con la estancia. A la derecha del invernadero una puerta por donde se baja á la playa. Por entre los cristales del invernadero se divisa el furdo melancólico al través de un velo de lluvia.

(Engstrand se halla en la puerta que da paso á la playa. Tiene la pierna izquierda más corta que la derecha y lleva una suela de madera. Regina, con una regadera vacía en la mano, trata de impedirle que se adelante.)

REGINA. (*A media voz.*)—¿Qué quieres? A ver si te estás quieto. Vienes chorreando.

ENGSTRAND.—Es lluvia de Dios, hijita.

REGINA.—Querrás decir una lluvia del demonio.

ENGSTRAND.—¡Ave María! ¡Vaya una manera de hablar! (*Da algunos pasos cojeando.*) Oye: quería decirte...

REGINA.—¡Despacha, hombre, y no hagas tanto ruido con el pié! El señorito está durmiendo aquí arriba, cabalmente encima de nosotros.

ENGSTRAND.—¿Está durmiendo todavía á estas horas? ¿Tan entrado el día?

REGINA.—Eso á ti no te importa.

ENGSTRAND.—La noche de ayer la pasé de gran francachela.

REGINA.—Lo creo sin trabajo.

ENGSTRAND.—¿Qué quieres, hija? Somos hombres, somos débiles...

REGINA.—Sí, no es malo el sastre...

ENGSTRAND.—...Y en este bajo mundo menudean las tentaciones. Pero Dios me es testigo de que esta mañana á las cinco y media estaba en el trabajo.

REGINA.—Bien, hombre, bien. Ahora ¿no podrías marcharte? No quiero que me vean aquí de *rendez-vous* contigo.

ENGSTRAND.—¿Cómo has dicho? ¿Que no quieres qué? No he comprendido bien.

REGINA.—Que no quiero que te vean aquí. ¡Ea! Te vas por donde has venido.

ENGSTRAND. (*Dando algunos pasos hacia ella.*)—Eso no, no me voy hasta haberte hablado. Esta tarde termino mi tarea en la escuela que se acaba de construir, y por la noche tomaré el vapor para volverme á la ciudad.

REGINA. (*Entre dientes.*)— Buen viaje.

ENGSTRAND.—Gracias por la intención, hija. Mañana se inaugura el asilo, y habrá comilonas rociadas con bebidas fuertes. Pues bueno: nadie ha de decir que Jacobo Engstrand no puede resistir á la tentación cuando se presenta.

REGINA.— ¡Lo que es eso!...

ENGSTRAND.—Sí, mañana se reunirán aquí tantos señorones... Estará el pastor Manders, ¿verdad?

REGINA.— Hoy viene.

ENGSTRAND.—¿Lo ves? Y maldito si quiero yo que tenga nada que decir de mí...

REGINA.— ¡Ah! ¡Ya estoy al cabo! ¡Ya, ya!

ENGSTRAND.— ¿Qué?

REGINA. (*Mirándolo de hito en hito.*) —¿Qué nuevo embuste piensas hacer tragar al pastor Manders?

ENGSTRAND.— ¡Cht! ¿Estás loca? ¡Hacer tragar embustes yo al pastor Manders!... ¡Válgate Dios! El pastor Manders ha sido muy bueno para mí. Pero nos apartamos de lo que quería decirte. Quedamos en que esta tarde me vuelvo á casa.

REGINA.— ¡Tanto mejor! Cuanto antes...

ENGSTRAND.— Sí, pero es que quiero llevarte conmigo, Regina.

REGINA. (*Mirándolo atónita un momento.*)— ¿Llevarme tú á mí? ¿Qué estás diciendo?

ENGSTRAND.— Digo que quiero tenerte á mi lado, en casa.

REGINA. (*Con sorna.*)— ¡Nunca, jamás!

ENGSTRAND.— ¡Ah! ¡Lo veremos!

REGINA.— ¡Vaya si lo veremos! Puedes estar seguro. ¿Yo, educada en casa de la viuda de un gentilhombre? ¿Yo, tratada aquí casi como una hija, irme á vivir contigo? ¿A una casa como la tuya? ¡Quita, hombre, quita!

ENGSTRAND.— ¡Eh! ¿Cómo se entiende? ¿Vas á rebelarte ahora contra tu padre?

REGINA. (*A media voz, sin mirarlo.*)— Has dicho muchas veces que yo no era nada tuyo.

ENGSTRAND.— ¡Bah! No hagas caso de eso...

REGINA.— ¿Cuántas veces no me has dicho que era una...? ¡Quita allá, quita!

ENGSTRAND.—¡No, no, por Dios! Yo no he usado una palabra tan fea.

REGINA.—¡Oh! Me acuerdo muy bien de las palabras que empleabas.

ENGSTRAND.—Era sólo cuando estaba bebido, Regina. ¡Hay tantas tentaciones en el mundo!...

REGINA.—¡Uf!

ENGSTRAND.—Y además era también porque tu madre tenía muchos humos. Yo necesitaba inventar algo para domeñarla, hija. Siempre se hacía la remilgada. (*Imitándola.*) «¡Por favor, Engstrand! ¿quieres dejarme? ¡Yo he servido tres años en casa del Sr. Alving, de un gentilhombre!» (*Sonriendo.*) ¡Vaya por Dios! No podía olvidar que el capitán había llegado á ser gentilhombre, cuando ella estaba en su casa.

REGINA.—¡Pobre madre! ¡No te ha dado mucho que hacer! ¡En cambio tú á ella!...

ENGSTRAND. (*Con un movimiento que le hace cojear.*)—Claro; la culpa de todo es mía.

REGINA. (*Apartándose y á media voz.*)—¡Uf! ¡Y encima esa pierna!

ENGSTRAND.—¿Decías...?

REGINA.—*Pied de mouton.*

ENGSTRAND.—¿Es inglés eso?

REGINA.—Sí.

ENGSTRAND.—Ya, ya veo que te has hecho muy instruida aquí. Estoy pensando que eso podría venir de molde, Regina.

REGINA. (*Después de un momento de silencio.*)—¿Y qué es lo que quieres que vaya yo á hacer á la ciudad?

ENGSTRAND.—Eso no se pregunta.

¿Qué ha de querer un padre de su única hija? ¿No soy viudo? ¿No estoy solo y abandonado?

REGINA.—Déjate de plamplinas. ¿A qué he de ir contigo?

ENGSTRAND.—Bien, pues te lo voy á decir: se me ha ocurrido una idea, una cosa nueva, que quisiera emprender.

REGINA.—No será la primera, y jamás has hecho nada.

ENGSTRAND.—¡Esta vez ya verás, Regina! ¡Lléveme el diablo...!

REGINA. (*Dando con el pié.*)—¡Cht, cht.

ENGSTRAND. (*Con viveza.*)—Tienes razón. No quería decirte más que una cosa: he ahorrado algún dinero desde que trabajo en ese nuevo asilo.

REGINA.—¿De veras? Pues mejor para ti.

ENGSTRAND.—¿Qué había yo de hacer de mi dinero aquí, en la aldea?

REGINA.—Vamos, sigue.

ENGSTRAND.—Pues verás: he pensado colocar ese dinero de modo que me dé alguna cosilla. Habría que emprender algo, como, supongamos, una especie de posada para los marinos.

REGINA.—¡Puf!

ENGSTRAND.—Yo me entiendo: se trata de una posada decente, no de una pocilga para los marineros, ¡no, por Cristo! Sería para los capitanes de navío, para los pilotos, para todo lo mejorcito, mujer.

REGINA.—¿Y yo tendría que...?

ENGSTRAND.—Tú tendrías que ayudarme, claro; pero por aquello del buen parecer, ya me entiendes. ¡Ah, no, hi-

ja! nada de faenas ordinarias. ¡Pues no faltaba más! Tú no harás más que lo que quieras.

REGINA.—¡Ah! ¿sí? Muy bien.

ENGSTRAND.—Ya comprendes que en la casa hace falta una mujer: eso es claro como la luz. Por la noche habría que divertirse un ratito; tendríamos nuestro poquito de canto, de baile y todo lo demás que es natural. Hazte cargo: gente de mar engolfada en el océano del mundo. (*Acercándose á ella.*) Vamos, Regina, no seas tonta, no te perjudiques á ti misma. ¿De que te va á servir que la señora haya hecho gastos para instruirte? He oído decir que vas á cuidar de los niños en el nuevo asilo. Y pregunto yo: ¿es ese un trabajo bueno para ti? ¿Tienes tantas ganas de perder la salud por esos asquerosos de chiquillos?

REGINA.—No, y si todo saliese á medida de mi deseo, ya sé yo... sí, bien puede suceder.

ENGSTRAND.—¿Qué es lo que puede suceder?

REGINA.—Eso no te interesa á ti. ¿Es una cantidad crecida la que has economizado?

ENGSTRAND.—Podrá haber entre todo unas setecientas ú ochocientas coronas.

REGINA.—No es tan poco.

ENGSTRAND.—Siempre será lo bastante para empezar, hija.

REGINA.—¿No piensas darme algo de ese dinero?

ENGSTRAND.—¡No, por Dios! ¡no pienso en tal cosa!

REGINA.—¿Ni para un corte de vestido? ¿Ni siquiera eso?

ENGSTRAND.—Sígueme, y tendrás todos los vestidos que quieras.

REGINA.—¡Hemos concluido! Yo sabré arreglármelas sola, cuando se me antoje.

ENGSTRAND.—Regina, siempre te guiará mejor la mano paternal. A estas horas yo puedo tener una casa muy regularcita en la calle del Puerto. No se necesita una gran cantidad para comprarla, y allí se podría hacer una especie de albergue para los marinos.

REGINA.—¡Pero yo no quiero seguirte! No hay nada de común entre nosotros. Anda, vete.

ENGSTRAND.—No estarías mucho tiempo conmigo. No, caramba; no tendría yo esa suerte. De fijo que harías tu agosto. Una muchacha guapa como tú, porque te has puesto guapa estos últimos años...

REGINA.—Bien, ¿y qué?

ENGSTRAND.—Que no se pasaría mucho sin que se viese llegar un piloto y quién sabe si un capitán...

REGINA.—No quiero tomar marido entre hombres de esa especie. Los marinos no tienen *savoir-vivre*.

ENGSTRAND.—¿El qué no tienen los marinos?

REGINA.—Te digo que los conozco. No son hombres para casarse con ellos.

ENGSTRAND.—Nadie te obliga á casarte. Se puede sacar partido de otro modo. (*Confidencialmente.*) ¿Tú conoces al inglés—el inglés del yate?—Pues bien: ese dió trescientos escudos, y á buen seguro que ella no era tan guapa como tú.

REGINA. (*Adelantándose hacia él.*)— ¡Sal de aquí!

ENGSTRAND. (*Retrocediendo.*)— ¡Eh, eh! supongo que no vas á andar á trastazos.

REGINA.—Te equivocas: si hablas de madre, andaré á trastazos. (*Le empuja hacia la puerta que lleva á la playa.*) Y no des golpes á las puertas, porque el señorito...

ENGSTRAND.—¡Bah! Está durmiendo. Es chocante lo que te ocupas del señorito. (*Bajando la voz.*) ¡Dios de Dios! ¿No iremos á salir ahora con que...?

REGINA.—Ya te estás yendo más de prisa que á paso. ¡Tú has perdido el juicio! No, por ese camino no. Ahí viene el pastor Manders. ¡Vamos! lárgate por la escalera de la cocina.

ENGSTRAND. (*Pasando á la derecha.*)— Está bien, está bien; ya me voy. Pero no dejes de hablar unas palabritas con el que viene ahí. Es hombre que puede decirte lo que los hijos deben á los padres, porque, quieras que no, yo soy tu padre; puedo probarlo por los registros de la parroquia.

(*Sale por la otra puerta, que Regina ha abierto y que vuelve á cerrar.*— Regina dirige una ojeada al espejo; se hace aire con el delantal; se compone la cinta de la gorguera, y empieza á arreglar las flores. Entra el pastor Manders por el invernadero, con abrigo, paraguas y un saquito de viaje terciado.)

EL PASTOR MANDERS.—Buenos días, Regina.

REGINA. (*Volviéndose con expresión de alegre sorpresa.*)— ¡Calle! Muy buenos días, señor pastor. ¿Llegó el vapor ya?

EL PASTOR.—Acaba de abordar. (*Se adelanta á la escena.*) Esta lluvia que no lo deja desde hace días es de lo más molesto.

REGINA. (*Andando detrás de él.*)— Para las gentes del campo es un tiempo bendito, señor pastor.

EL PASTOR.—Cierto. Casi nunca pensamos en eso los que vivimos en las ciudades. (*Se quita lentamente el abrigo.*)

REGINA.—¿Me permite V. que le ayude?— ¡Así!— ¡Dios mío, qué mojado! Espere V., voy á colgarlo en el recibimiento. Y ahora el paraguas, voy á abrirlo para que escurra.

(*Sale con ambas cosas por la puerta de la derecha. El pastor se quita la bolsa de viaje y la deja en una silla con el sombrero. En el interin entra Regina.*)

EL PASTOR.—¡Ah! ¡Qué agradable es estar bajo techado! ¡Vamos á ver! ¿Aquí marcha bien todo?

REGINA.—Sí, señor; gracias.

EL PASTOR.—¿Pero supongo que andarán Vds. muy revueltos con la ceremonia de mañana?

REGINA.—¡Y tanto! Que hacer no falta.

EL PASTOR.—¿La señora estará en casa, verdad?

REGINA.—Sí, pero anda por arriba, preparando el chocolate para el señorito.

EL PASTOR.—¡Ah, sí! Me han dicho en el desembarcadero que Oswaldo estaba de vuelta.

REGINA.—Vino antes de ayer. Nosotras no lo esperábamos hasta hoy.

EL PASTOR. —¿Supongo que estará tan bueno y tan listo?

REGINA. —Está bien, gracias. Pero se encuentra horriblemente fatigado del viaje. Ha venido de un tirón desde París; quiero decir que ha hecho todo el trayecto en el mismo tren. Ahora creo que dormita; si á V. le parece, hablaremos un poquito más bajo.

EL PASTOR. —¡Cht! No hagamos ruido.

REGINA. (*Acercando un sillón á la mesa.*) —Pero siéntese, señor pastor, y acomódese á su gusto. (*El pastor se sienta; Regina le acerca un taburete á los pies.*) Así. ¿Está bien el señor pastor?

EL PASTOR. —Gracias, gracias; estoy muy bien. (*Mirándola.*) ¿Sabe V., Regina, que se me figura que ha crecido desde la última vez que la vi?

REGINA. —¿Le parece al señor pastor? También la señora cree que me he desarrollado.

EL PASTOR. —¿Desarrollado? ¡hum! puede. Un poquitín. (*Pausa.*)

REGINA. —¿Querrá V. que avise á la señora?

EL PASTOR. —No hay prisa, querida; gracias. Pero dígame la buena Regina: ¿en que relaciones se halla V. ahora con su padre?

REGINA. —No vamos muy mal, señor pastor.

EL PASTOR. —La última vez que fué á la ciudad estuvo en casa.

REGINA. —¿Sí? Se pone tan contento siempre que puede hablar con el señor pastor.

EL PASTOR. —¿Y va V. á verlo con frecuencia?

REGINA. —¿Yo? Es claro; en cuanto

dispongo de tiempo libre, voy á verlo.

EL PASTOR. —Su padre de V. no es un hombre fuerte. Necesita una mano que lo guíe.

REGINA. —Sí, es muy posible.

EL PASTOR. —Necesita tener á su lado una persona que lo quiera y en cuyo juicio pueda confiar. Me lo ha confesado sinceramente la última vez que estuvo á visitarme.

REGINA. —Sí, también á mí me ha dicho algo. Pero no sé si la señora querría dejarme marchar, sobre todo ahora que tenemos que dirigir el nuevo asilo. Y á mí misma me costaría mucho separarme de la señora, que ha sido tan buena para mí.

EL PASTOR. —¡Pero el deber filial, hija mía!... Por supuesto, no hay que decir que ante todo sería preciso obtener el consentimiento de su señora.

REGINA. —Luego, no sé si es conveniente á mi edad encargarme de la casa de un hombre solo.

EL PASTOR. —¿Qué dice V.! ¡Pero, amiga mía, si se trata de su padre!

REGINA. —Sin embargo... ¡Ah! Si fuese en una buena casa y para servir á un señor respetable...

EL PASTOR. —¡Pero, querida Regina!

REGINA. —Un hombre que pudiese inspirarme veneración, que comprendiese yo que era superior á mí, y que me consideraba como una especie de hija.

EL PASTOR. —Sí, pero, mi querida y buena Regina...

REGINA. —¡Ah, si yo pudiese esperar eso, no me negaría á ir á la ciudad! Aquí se vive en un completo aislamien-

to, y bien sabe el señor pastor por sí mismo lo que es estar una persona sola en este mundo. Además, no tengo inconveniente en decir que yo soy trabajadora y pongo mis cinco sentidos en lo que hago. Señor pastor, ¿no sabría V. de un acomodo así?

EL PASTOR.—¿Yo? no, ni por asomo.

REGINA.—Pero, mi buen señor pastor, si por acaso supiese V. de alguna cosa, acuérdesese de mí.

EL PASTOR. (*Levantándose.*)—De seguro, no dejaría de acordarme.

REGINA.—Sí, porque si...

EL PASTOR.—¿Quiere V. tener la bondad de avisar á la señora?

REGINA.—En seguida vendrá, señor pastor.

(*Vase por la izquierda.*)

EL PASTOR. (*Se pasea por la pieza; luego se dirige al foro, con las manos detrás de la espalda, y mira hacia el mar. Después vuelve al velador, coge un libro y examina el título. Movimiento de retroceso. Mira otros.*)—¡Ah, ah!

Entra Elena por la puerta de la izquierda, seguida de Regina. (Vase esta última por la primera puerta de la derecha.)

ELENA. (*Alargando la mano al pastor.*)—Bien venido, señor pastor.

EL PASTOR.—Buenos días, señora. Aquí me tiene, como había prometido.

ELENA.—Siempre como un reloj.

EL PASTOR.—Puede V. creer que mi trabajo me ha costado escaparme. Todas estas comisiones y direcciones de que formo parte...

ELENA.—Razón de más para agradecerle que haya venido tan temprano. Así podremos arreglar nuestros asuntos antes de sentarnos á la mesa. Pero, ¿y su maleta de V.?

EL PASTOR. (*Con precipitación.*)—Mi equipaje está en la tienda. Paso allí la noche.

ELENA. (*Reprimiendo una sonrisa.*)—Por lo visto, ¿no quiere V. acostumbrarse á pasar la noche en mi casa?

EL PASTOR.—No, no, señora; se lo agradezco á V. mucho, pero prefiero quedarme allá, según mi costumbre. Es más cómodo para volver á tomar el vapor.

ELENA.—En fin, como V. quiera. Pero me parece que dos viejos como nosotros...

EL PASTOR.—¡Por Dios! ¡cómo puede V. hablar así! Bien es cierto que hoy todo lo verá V. alegre. En primer término, la fiesta de mañana; en segundo término, la vuelta de Oswaldo.

ELENA.—Sí, ¡calcule V. si será alegría para mí! Hacía más de dos años que estaba ausente. Y ha prometido pasar todo el invierno conmigo.

EL PASTOR.—¿De veras? Pues eso es meritorio y verdaderamente filial, porque me figuro que debe ser muy tentador vivir en París ó en Roma.

ELENA.—Sí, pero aquí—ya ve V.—tiene á su madre. ¡Querido hijo! Bien se puede decir que su corazón pertenece por entero á su madre.

EL PASTOR.—También sería triste cosa que la separación y sus ocupaciones de artista hubiesen de relajar lazos tan naturales.

ELENA.—¡Ah! tiene V. razón. Pero con él no hay ese peligro. Tengo curiosidad de ver si V. lo reconoce. Dentro de poco bajará; ahora está descansando en el sofá un poco.—Pero siéntese V., querido pastor.

EL PASTOR.—Gracias. ¿No estorbo?

ELENA.—Al contrario.

(Se sienta junto al velador.)

EL PASTOR.—Corriente. Pues voy á exponer á V... *(Toma la bolsa de viaje de la silla en que la puso, se sienta en el lado opuesto del velador, y busca un sitio á propósito para extender los papeles.)* En primer lugar, esto... *(Deteniéndose.)* Dígame V.: ¿de dónde vienen estos libros?

ELENA.—¿Estos libros? Son libros que leo yo.

EL PASTOR.—¿V. lee obras de esta especie?

ELENA.—Sí tal.

EL PASTOR.—¿Cree V. que esto le haga algún bien ó le proporcione algún placer?

ELENA.—Me parece que contribuye hasta cierto punto á darme mayor confianza en mí misma.

EL PASTOR.—Es singular. ¿Y eso cómo?

ELENA.—Le diré á V.: encuentro aquí como una explicación, una confirmación de muchas cosas que suelo pensar y rumiar en mis adentros. Porque, vea V., lo asombroso es que en rigor no se tropieza nada absolutamente nuevo en estos libros; no hay en ellos más que lo que piensan y creen la mayoría de los hombres. La única

diferencia es que la mayoría de los hombres no se dan cuenta de esas cosas ó no quieren cavilar sobre ellas.

EL PASTOR.—¡Ah! ¿De modo que V. cree seriamente que la mayoría de los hombres...?

ELENA.—Sí que lo creo.

EL PASTOR.—¿Pero no en nuestro país, no entre nosotros?

ELENA.—¡Ay! Aquí como en todas partes.

EL PASTOR.—¡Ah, si se puede decir...!

ELENA.—Pero, en resolución, ¿qué tiene V. que decir de estos libros?

EL PASTOR.—No digo nada. ¿No irá V. á creer que yo me ocupo en examinar tales obras?

ELENA.—Eso significa que no conoce V. lo que condena.

EL PASTOR.—He leído bastante de lo que se ha dicho de esos libros para censurarlos.

ELENA.—Bien, pero su opinión de V...

EL PASTOR.—Querida señora, hay ocasiones en esta vida en que uno debe remitirse al juicio de los demás. ¡Qué quiere V.! es un hecho y es un bien. ¿Qué sería de la sociedad, si fuese de otro modo?

ELENA.—¡Cierto! Puede que tenga V. razón.

EL PASTOR.—No niego, por de contado, que puedan tener algún atractivo esas obras. Y tampoco puedo censurar á V. porque quiera conocer las corrientes intelectuales que, según se dice, existen en esa sociedad... por donde ha dejado V. vagar á su hijo tanto tiempo. Pero...

ELENA.—¿Pero...?

EL PASTOR. (*Bajando la voz.*) — Pero no conviene hablar de ello, señora. No hay que dar cuenta á todos de lo que uno lee y piensa entre sus cuatro paredes.

ELENA.—No por cierto; soy de su mismo parecer.

EL PASTOR. — Bueno es que V. se acuerde de las obligaciones que le impone ese asilo que decidió V. erigir en una época en que sus ideas sobre el mundo moral diferían notablemente de las que profesa hoy... hasta donde yo puedo juzgar, por lo menos.

ELENA.—Sí, sí, conformes. Pero el asilo es cabalmente...

EL PASTOR. — Justo, es de lo que teníamos que hablar. Con que... ¡prudencia, querida señora! Y ahora, pasemos al asunto. (*Abre una carpeta y saca papeles.*) ¿Ve V. esto?

ELENA.—¿Son los documentos?

EL PASTOR.—Completos y en regla. Ya puede V. figurarse que no habrá sido fácil obtenerlos. He tenido que usar de toda mi influencia, porque las autoridades, cuando se trata de tomar decisiones, bien puede decirse que son cruelmente concienzudas. Pero, en fin, aquí los tiene V. (*Hojea el legajo.*) Este es un inventario de la hacienda de Solvik, que forma parte del dominio de Rosenvold, con indicación de los edificios recién construidos—escuela, habitación de los maestros y capilla.—Y aquí está la ratificación del legado y la aprobación de los estatutos. ¿Quiere V. enterarse? (*Lee.*) Estatutos del asilo. «A la memoria del capitán Alving.»

ELENA. (*Con la mirada fija en los papeles durante un rato.*)—¡He aquí, pues!

EL PASTOR.—He elegido el título de capitán mejor que el de gentilhombre, porque es menos pretencioso.

ELENA.—Sí, sí, como á V. le parezca.

EL PASTOR.—Y aquí tiene V. la libreta de la Caja de Ahorros, con el capital y los intereses, todo destinado á cubrir los gastos de construcción.

ELENA.—Gracias; pero hágame V. el favor de guardarlos para mayor comodidad.

EL PASTOR.—Con mucho gusto. Por el pronto, opino que dejemos el dinero en la Caja de Ahorros. El interés de la renta no es muy tentador: cuatro por ciento á seis meses. Dicho se está que, si más tarde supiésemos de una colocación más ventajosa—debería ser, por supuesto, una primera hipoteca ó una inscripción perfectamente segura,—podríamos volver á hablar del asunto.

ELENA.—Sí, sí, mi querido pastor, V. entiende más que yo de esas cosas.

EL PASTOR.—En todo caso, estaré á la mira. Pero hay un punto sobre el cual he querido preguntar á V. varias veces.

ELENA.—¿Y es?

EL PASTOR.—¿Se asegura ó no se asegura el asilo?

ELENA.—Naturalmente, sí.

EL PASTOR.—Aguarde V. un poco. Miremos de cerca la cuestión.

ELENA.—En mi casa está asegurado todo: edificios, cosecha, ganado y mobiliario.

EL PASTOR.—Y se comprende: se tra-

ta de la hacienda propia. Yo hago lo mismo, por mi parte. Pero aquí ya comprende V. que se trata de una cosa muy distinta. El asilo debe recibir en cierto modo una consagración para un objeto de orden superior.

ELENA.—Sí, pero eso no quita...

EL PASTOR.—Por mi cuenta, no veo ningún inconveniente en precavernos contra todas las eventualidades.

ELENA.—Es claro.

EL PASTOR.—Pero dígame V.: ¿en qué disposiciones está la comarca? ¿Qué piensan los habitantes? V. lo sabe mejor que yo.

ELENA.—¡Hum! las disposiciones...

EL PASTOR.—¿Hay aquí un número importante de opiniones autorizadas—verdaderamente autorizadas—que pudieran llevar á mal nuestra decisión?...

ELENA.—¿Qué entiende V. por opiniones autorizadas?

EL PASTOR.—Me refiero á personas que ocupen una posición bastante independiente é influyente para que no se pueda desdeñar su manera de ver.

ELENA.—Si se trata de esas, hay cierto número que acaso se escandalizarían si...

EL PASTOR.—¡Ve V.! Entre nosotros, en la ciudad, abundan. Piense V. en las ovejas de todos mis colegas. Muchos se inclinarán á creer que ni V. ni yo tenemos confianza en los decretos de la Providencia.

ELENA.—Pero, por lo que hace á V., querido pastor, bien sabe V. mismo...

EL PASTOR.—Sí, ya sé, ya sé; yo tengo mi alma en mi armario, no hay que decir. Pero no podríamos evitar

comentarios malévolos y desfavorables. Y esos comentarios podrían acabar por entorpecer la obra misma.

ELENA.—De ser así, es verdad.

EL PASTOR.—Yo tampoco puedo perder de vista completamente la situación equívoca—me atreveré á decir difícil—en que podría encontrarme. Los círculos influyentes de la ciudad se ocupan mucho de esta fundación. El asilo ¿no se erige en parte en beneficio de la ciudad? Hay que prometerse que aliviará en grande escala las cargas de la beneficencia pública. Pues bien: habiendo sido su consejero de V. el encargado de toda la parte administrativa de la fundación, temo, lo confieso, ser el primer blanco de las envidias.

ELENA.—En efecto: no debe V. exponerse á ellas.

EL PASTOR.—Sin hablar de los ataques que de fijo dirigirán contra mí ciertos periódicos que...

ELENA.—Basta, mi querido pastor. Su primera consideración es suficiente.

EL PASTOR.—¿Opina V., pues, que debemos pasarnos sin seguro?

ELENA.—Sí, nos pasaremos sin él.

EL PASTOR. (*Recostándose en su sillón.*) —Pero, suponiendo que ocurra un accidente—no se puede saber nunca—¿se encargaría V. de reparar el desastre?

ELENA.—No; se lo digo á V. claramente; no lo haría.

EL PASTOR.—En ese caso, ¿sabe V., señora..., que asumimos una responsabilidad muy grave?

ELENA.—¿Podemos hacer otra cosa?

EL PASTOR.—No, y en eso estriba precisamente la dificultad. En rigor nos es imposible eludirla; pero no podemos exponernos á juicios desfavorables, y no tenemos derecho para escandalizar á la opinión.

ELENA.—V., sacerdote, no seguramente.

EL PASTOR.—Por otra parte, yo creo que en una fundación de esta índole hay que contar con una buena estrella, y aún diré más, con la protección especial de lo alto.

ELENA.—Hay que esperarlo, mi querido pastor.

EL PASTOR.—¿De modo que V. cree que debemos dejar las cosas como están?

ELENA.—Evidentemente.

EL PASTOR.—Se hará lo que á V. le parece. (*Escribiendo.*) Decimos, pues: sin asegurar.

ELENA.—Lo que me asombra es que haya esperado V. hasta hoy para hablarme de eso.

EL PASTOR.—He pensado preguntar á V. muchas veces.

ELENA.—Es que ayer estuvimos á punto de tener fuego allá abajo.

EL PASTOR.—¿Qué me dice V.?

ELENA.—Afortunadamente fué cosa sin importancia: unas virutas que arrieron en la carpintería.

EL PASTOR.—¿Dónde trabaja Engstrand?

ELENA.—Sí, según se dice, tiene tan poco cuidado á veces con las cerillas...

EL PASTOR.—¿Tiene tantas cosas en la cabeza ese hombre! ¡Ha sido tan probado! A Dios gracias, me dicen que

ahora se esfuerza por llevar una vida intachable.

ELENA.—¿Sí? ¿Y quién le ha dicho á V. eso?

EL PASTOR.—Me lo ha asegurado él mismo. Lo que es positivo es que es un buen obrero.

ELENA.—Sí, cuando no bebe.

EL PASTOR.—¡Ah, esa pícaro debilidad! Pero, según él, casi siempre es por culpa de la pierna mala. La última vez que lo ví en la ciudad me impresionó. Fué á visitarme y á darme las gracias calurosamente por haberle procurado trabajo aquí donde puede ver á Regina.

ELENA.—Pues no la ve mucho.

EL PASTOR.—Se equivoca V.; le habla todos los días. El mismo me lo ha asegurado.

ELENA.—Es posible.

EL PASTOR.—¿Comprende tan bien la falta que le hace alguien que pueda contenerlo cuando llega la tentación! Lo que más interesa en Jacobo Engstrand es que acude á V. en sus momentos de flaqueza para confesarla y acusarse á sí mismo. La última vez que estuvo á verme... oiga V. esto... me confesó que sería una felicidad para él tener á Regina á su lado...

ELENA. (*Levantándose precipitadamente.*)—¡A Regina!

EL PASTOR.—V. no debería oponerse.

ELENA.—Al contrario: me opondría. Sobre que, además, Regina hace falta en el asilo.

EL PASTOR.—¡Pero no olvide V. que Engstrand es su padre!

ELENA.—¡Un padre como ese...! Lo

conozco mejor que nadie. ¡No! ¡Jamás irá Regina á su lado con mi consentimiento!

EL PASTOR. (*Levantándose.*)—No lo tome V. tan á pechos, señora. Le aseguro á V. que me causa pena verla prevenida contra Engstrand hasta ese punto. No parece sino que teme V....

ELENA. (*Más tranquila.*)—Poco importa. Yo he recogido á Regina en mi casa, y en mi casa debe quedar. (*Escucha.*) ¡Cht! mi querido pastor, ni una palabra de todo esto. (*Se anima su semblante.*) ¿Oye V.? Es Oswaldo. No pensemos más que en él.

(*Entra por la puerta de la izquierda Oswaldo Alving, con abrigo, un sombrero en la mano y fumando en una pipa grande de espuma de mar.*)

OSWALDO. (*Parándose en la puerta.*)—¡Oh! mil perdones. Creía á todo el mundo en el despacho. (*Acercándose.*) Buenos días, señor pastor.

EL PASTOR. (*Contemplándolo con asombro.*) ¡Oh! ¡Es asombroso!

ELENA.—¿Qué dice á esto el Señor pastor?

EL PASTOR.—Digo... digo... ¡No! Pero ¿es de veras?

ELENA.—Sí, es realmente el hijo pródigo.

EL PASTOR.—Pero, querido mío, amiguito...

OSWALDO.—El hijo recobrado, si le parece á V. mejor.

ELENA.—Oswaldo se acuerda de cuando V. se oponía tanto á que fuese pintor.

EL PASTOR.—Hay tantas decisiones,

temerarias á los ojos humanos, y que después... (*Tendiéndole la mano.*) En fin, bien venido. Crea V., mi querido Oswaldo... ¿puedo llamar á V. así familiarmente, verdad?

OSWALDO.—¿Cómo quería V. llamarme?

EL PASTOR.—¡Bien! Pues iba á decir, mi querido Oswaldo, que no vaya V. á figurarse que yo condeno de una manera absoluta la profesión de artista. Reconozco que en esa profesión, como en todas, hay muchos cuya alma puede librarse de la corrupción.

OSWALDO.—Es de suponer.

ELENA. (*Radiante de alegría.*)—Uno conozco yo que se ha librado en cuerpo y alma. Pastor, mírelo V.

OSWALDO. (*Adelantándose.*)—Bueno, bueno, querida madre, dejemos eso.

EL PASTOR.—Vamos, no hay que negarlo efectivamente. Y además empieza V. á crearse un nombre. Los periódicos han hablado de V. muchas veces con los mayores elogios... Y eso que en estos últimos tiempos ha habido un poco de silencio.

OSWALDO.—(*Se ha acercado á las flores.*)—Desde hace algún tiempo no he podido trabajar con regularidad.

ELENA.—Un pintor tiene derecho al descanso, como cualquiera.

EL PASTOR.—Ya lo creo. Así se prepara uno, recoge sus fuerzas para alguna gran obra.

OSWALDO.—Sí... Madre, ¿comeremos pronto?

ELENA.—Dentro de media horita. A Dios gracias, no le falta apetito.

EL PASTOR.—Ni la afición al tabaco.

OSWALDO.—Encontré arriba la pipa de mi padre, y...

EL PASTOR.—¡Ah, ya caigo!

ELENA.—¿Qué quiere V. decir?

EL PASTOR.—Cuando vi á Oswaldo en el umbral, con la pipa en la boca, creí ver resucitado á su padre.

OSWALDO.—¿De veras?

ELENA.—¡Ah! ¿Cómo dice V. eso? Oswaldo no se parece más que á mí.

EL PASTOR.—Sí, pero en los extremos de la boca, en los labios, hay un no sé qué, que ya había notado yo en las facciones de Alving...

ELENA.—Ni por asomo. A mi juicio, lo que tiene más bien la boca de Oswaldo es algo de sacerdotal.

EL PASTOR.—Sí, sí, es muy cierto; hay una particularidad semejante en algunos de mis colegas.

ELENA.—Pero deja la pipa, hijo; no quiero humo en esta habitación.

OSWALDO. (*Obedeciendo.*)—Con mil amores. No quería más que probarla. Es que fumé en ella una vez siendo niño.

ELENA.—¿Estás seguro?

OSWALDO.—Sí. Era muy chiquitín entonces. Recuerdo que entré una noche en el cuarto de mi padre, y que él estaba tan alegre, tan animado...

ELENA.—¡Oh! Tú no puedes acordarte de esa época.

OSWALDO.—¡Vaya! Me acuerdo perfectamente. Me cogió, me puso encima de sus rodillas y me hizo fumar en la pipa. Fuma, hijo—me dijo;—fuma de firme. Y fumé todo lo que pude, hasta que empezó á correrme el sudor por la frente. ¡Entonces se echó á reír con tanta gana!

EL PASTOR.—Es extraño.

ELENA.—Amigo mío, es algún sueño que ha tenido Oswaldo.

OSWALDO.—No, madre; no es un sueño. La prueba—¿no te acuerdas?—es que entraste tú y me llevaste al cuarto de los niños; allí me sentí mal y vi que llorabas. ¿Solía gastar padre á menudo esas bromas?

EL PASTOR.—Era muy bromista en su juventud.

OSWALDO.—Y, sin embargo, hizo tantas cosas en este mundo, tantas cosas buenas y útiles durante el poco tiempo que vivió.

EL PASTOR.—Es verdad. Lleva V. el nombre de un hombre digno y activo, mi querido Oswaldo Alving. Confiamos que será una animación, un estímulo para V.

OSWALDO.—Debiera serlo, en efecto.

EL PASTOR.—Por el pronto, ya es un buen precedente que empiece V. consagrando un día á su memoria.

OSWALDO.—¿Qué menos?

ELENA.—Y yo que lo tendré tanto tiempo conmigo... Por eso es más bueno que por nada...

EL PASTOR.—Sí, me dicen que se quedará V. con nosotros todo el invierno.

OSWALDO.—Vengo por tiempo indeterminado, señor pastor. ¡Ah, qué cosa tan buena verse uno en su casa!

ELENA.—¿Verdad que sí, hijo?

EL PASTOR. (*Mirándolo con interés.*)—Bien joven era V. cuando empezó á correr el mundo, mi querido Oswaldo.

OSWALDO.—Sí, señor. A veces me pregunto si no era demasiado joven.

ELENA.—Nada de eso. Es una cosa que no puede hacer más que bien á un muchacho desenvuelto, y sobre todo á un hijo único. Lo malo es permanecer pegado á los padres, sin salir del hogar, y convertirse en un niño mimado.

EL PASTOR.—Ese es un problema difícil de resolver. Después de todo, el hogar paterno será siempre la verdadera patria del hijo.

OSWALDO.—En eso estoy pronto á aceptar la opinión del pastor.

EL PASTOR.—Vea V., si no, su propio hijo. Sí, podemos hablar perfectamente de estas cosas en su presencia. ¿Cuál ha sido la consecuencia por lo que toca á él? Ahí lo tiene V. á los veintiséis ó veintisiete años sin haber tenido jamás ocasión de conocer la verdadera vida de familia...

OSWALDO.—Dispense V., señor pastor... En ese punto padece V. un error completo.

EL PASTOR.—¿Sí? Pues yo creía que V. no había frecuentado más que los círculos de artistas.

OSWALDO.—Exactísimo.

EL PASTOR.—Y especialmente los de los artistas jóvenes.

OSWALDO.—Como V. lo dice.

EL PASTOR.—Y yo creía que los más de ellos no tenían medios de crear una familia y de constituir un hogar...

OSWALDO.—Hay algunos que no pueden casarse, señor pastor.

EL PASTOR.—Pues eso es precisamente lo que digo.

OSWALDO.—Pero eso no impide que tengan un hogar, y lo tienen muchas

veces... y un hogar muy decente y muy bien organizado.

(*Elena escucha atentamente y hace signos de aprobación con la cabeza, pero sin decir nada.*)

EL PASTOR.—No se trata de la casa de un soltero. Yo llamo un hogar, un hogar doméstico, aquel en que vive un hombre con su mujer y sus hijos.

OSWALDO.—Sí, con sus hijos y con la madre de sus hijos.

EL PASTOR. (*Con un movimiento de sobresalto y juntando las manos.*)—Pero... ¡misericordia!

OSWALDO.—¿Qué?

EL PASTOR.—¿Vivir con... la madre de los hijos?

OSWALDO.—Sí; ¿preferiría V. que se la abandonase?

EL PASTOR.—¿De modo que de lo que V. habla es de relaciones ilegítimas, de falsos matrimonios?

OSWALDO.—Yo no he visto nunca nada de falso en esa comunidad de vida.

EL PASTOR.—Pero ¿cómo es posible que un hombre y una mujer que tengan... siquiera un poco de educación se amolden á una existencia de ese género á los ojos de todo el mundo?

OSWALDO.—¡Eh! ¿Qué quiere V. que hagan? Un artista pobre, una joven pobre... Para casarse se necesita mucho dinero. ¿Qué quiere V. que hagan?

EL PASTOR.—¿Qué quiero que hagan? Se lo diré á V., señor Alving. Lo que deben hacer es alejarse el uno del otro en un principio, ¡eso!

OSWALDO.—El consejo no haría gran

mella en jóvenes enamorados y apasionados.

ELENA.—La verdad es que no serviría de mucho.

EL PASTOR. (*Insistiendo.*) — ¡Y las autoridades que toleran tales cosas y dejan que se consumen á la luz del día...! (*Volviéndose hacia Elena.*) ¿No tenía yo razón al preocuparme profundamente por su hijo?... En círculos donde se ostenta descaradamente la inmoralidad, donde adquiere, por decirlo así, derecho de ciudadanía...

OSWALDO.—Le confesaré además, señor pastor, que yo visitaba con mucha frecuencia á una de esas familias irregulares, en cuya casa pasaba todos los domingos.

EL PASTOR.—¡Los domingos encima!

OSWALDO.—¡Pues claro! Es el día en que uno se distrae. Pero jamás he oído allí una palabra inconveniente, ni menos he sido testigo de ninguna cosa que pudiera tacharse de inmoral. No; ¿sabe V. dónde y cuándo he tropezado con la inmoralidad en los círculos de artistas?

EL PASTOR.—¡No, no lo sé, á Dios gracias!

OSWALDO.—Pues me voy á permitir decirselo: he tropezado con ella cuando algún marido y padre de familia modelo, de los de por acá, se ha dignado honrar con su visita los estudios de los artistas y sus humildes figones, para echar una cana al aire. ¡Entonces es cuando ha aprendido uno lo bueno! Esos caballeros nos iniciaban, contándonos casos y cosas en que jamás habíamos pensado.

EL PASTOR.—¿Cómo? ¿Me dirá V. que

hombres honrados de este país irían...?

OSWALDO.—¿Ha oído V. alguna vez á esos hombres honrados, de vuelta en su patria, discutir sobre la inmoralidad que reina en los países extranjeros?

EL PASTOR.—Naturalmente.

ELENA.—Y yo también.

OSWALDO.—¡Sí, sí! Se los puede creer por su palabra. Hay peritos entre ellos. (*Llevándose las manos á la cabeza.*) ¡Pero, señor! ¿Es concebible que se pueda manchar así de lodo aquella hermosa, aquella soberbia, aquella libre existencia!

ELENA.—No te exaltes, Oswaldo, que eso no te hace bien.

OSWALDO.—No, madre, tienes razón; nada saco de eso. ¿Ves? La maldita fatiga. Voy á dar una vueltecita antes de comer. Dispéñeme, señor pastor; V. no puede colocarse en mi lugar, pero ha sido un arrebató del momento.

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ELENA.—¡Pobre hijo!...

EL PASTOR.—Sí. Celebro oírsele decir á V. ¡Vea adónde ha venido á parar!

(*Elena lo mira en silencio.*)

EL PASTOR. (*Paseando.*)—Hijo pródi-go, ha dicho. ¡Ay sí! ¡ay sí! (*Elena continúa mirándolo.*) Y V., ¿qué dice á todo esto?

ELENA.—Digo que Oswaldo tiene razón de todo en todo.

EL PASTOR. (*Sobresaltado.*) — ¡Razón! ¿Razón en formular tales principios?

ELENA.—Aquí, á mis solas, he lle-

gado á pensar como él, señor pastor. Pero no me he atrevido á tocar la cuestión muy de cerca. ¡Sea! Mi hijo hablará por mí.

EL PASTOR.—Es V. muy digna de compasión, señora. Oigame, vamos á hablar seriamente. En este instante no tiene V. delante de sí su agente de negocios, su consejero, su amigo de la juventud y el de su difunto marido; ahora el que está aquí es el sacerdote, que va á hablar á V. como lo haría en la hora del mayor extravío de su vida.

ELENA.—¿Y qué tiene que decirme el sacerdote?

EL PASTOR.—Ante todo, señora, quiero refrescar sus recuerdos. El momento es oportuno: mañana es el décimo aniversario de la muerte de su marido. Mañana se descubrirá el monumento que ha de honrar su memoria. Mañana me dirigiré á toda la concurrencia; hoy quiero entenderme con V. sola.

ELENA.—Bien, señor pastor; hable V.

EL PASTOR.—¿Recuerda que al cabo de un año de matrimonio se encontró V. al borde del abismo, que desertó de su hogar... que abandonó á su esposo? Sí, señora; lo abandonó y se negó á volver, á pesar de todas sus instancias, á pesar de todas sus súplicas.

ELENA.—¿Olvida V. lo desgraciada que fui aquel primer año?

EL PASTOR.—Buscar la felicidad en esta vida es dar muestras de un espíritu de rebelión. ¿Qué derecho tenemos á la felicidad? No, señora; lo que tenemos que hacer es cumplir nuestro deber, y el deber de V. era vivir al lado

del hombre que había elegido y á quien la unía un lazo sagrado.

ELENA.—Bien sabe V. la vida que llevaba Alving en aquella época, y los desórdenes de que se hizo culpable.

EL PASTOR.—Sé perfectamente los rumores que circulaban sobre él, y lejos de mí la intención de aprobar su conducta durante la juventud hasta donde fuesen justificados esos rumores. Pero una mujer no está autorizada para erigirse en juez de su marido. Su deber de V. era soportar humildemente la cruz que la voluntad suprema estimó oportuno imponerle. En vez de eso, se sublevó, rechazó la cruz y abandonó al ser débil á quien tenía la misión de sostener. Desertó V. exponiendo su nombre y su reputación, y, por si algo faltaba, estuvo V. á punto de perder la reputación de los demás.

ELENA.—¿De los demás? De uno que errará V. decir.

EL PASTOR.—¿No era cosa más que inconsiderada venir á mi casa en busca de refugio?

ELENA.—¿A casa de nuestro pastor, de nuestro amigo?

EL PASTOR.—Precisamente por eso. Sí, bien puede V. agradecer á nuestro Señor el que yo tuviese la firmeza indispensable para apartarla de sus exaltados designios y restituirla á la vía del deber y á la casa de su legítimo esposo.

ELENA.—Sí, pastor, es verdad que eso fué obra de V.

EL PASTOR.—Yo no fui más que un humilde instrumento en manos del Altísimo. Y gracias á la ventura que me

fué concedida de reducir á V. al deber y á la obediencia, ¡cuál no ha sido la bendición del resto de su vida! ¿No se han arreglado las cosas como yo le predije? ¿No se despidió Alving de todos los desórdenes de su existencia, como cuadra á un hombre? Y después, ¿no vivió siempre al lado de V. amoroso y al abrigo de toda censura? ¿No llegó á ser el bienhechor del país, y no se elevó V. misma con él hasta hacerse poco á poco su colaboradora? ¡Y animosa colaboradora en verdad! ¡Oh! Todo eso lo sé, señora, y le debo en justicia este elogio. Pero lleguemos á lo que ha sido después el gran error de su vida.

ELENA.—¿Qué quiere V. decir?

EL PASTOR.—Así como un día renegó V. de sus deberes de esposa, renegó V. posteriormente de los de madre.

ELENA.—¡Ah!...

EL PASTOR.—Siempre ha estado V. poseída de una ciega confianza en sí propia; nunca ha aspirado más que á la emancipación de todo yugo y de toda ley; nunca ha querido soportar cadenas de ningún linaje. Cuanto estorbaba á V. en la vida lo ha rechazado sin sentimiento, sin vacilación, como una carga insoportable, no oyendo más dictados que los de su albedrío. Llegó á no convenirle á V. ser esposa, y se libró de su marido; la pareció molesto ser madre, y envió V. su hijo al extranjero.

ELENA.—Todo eso lo he hecho, es verdad.

EL PASTOR.—Así ha llegado V. á convertirse en una extraña para él.

ELENA.—No, no; se engaña V. en eso.

EL PASTOR.—No me engaño, y el hecho es natural. ¿Cómo vuelve Oswaldo á su patria? Reflexiónelo V. bien, señora. Fué V. culpable con su marido; V. misma lo reconoce, erigiendo ese monumento á su memoria; reconozca V. también el mal que ha hecho á su hijo; quizá aún es hora de restituirlo al camino derecho. Vuelva V. misma sobre sus pasos, y enmiende lo que confío que aún podrá enmendarse. (*Levantando el índice.*) Porque—se lo digo sinceramente, señora—¡V. es una madre culpable! He ahí lo que he creído de mi deber manifestarle. (*Pausa.*)

ELENA. (*Lentamente, dominiéndose.*)—Ha hablado V., señor pastor, y mañana lo hará en público para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana; pero hoy tengo también que participarle algo...

EL PASTOR.—Naturalmente: procurará V. disculpar su conducta.

ELENA.—No. Me limitaré á referirle ciertos hechos.

EL PASTOR.—Veamos.

ELENA.—En todo lo que acaba V. de decir á propósito de mi marido, de mí y de nuestra vida común, desde que consiguió V. atraerme, para emplear su lenguaje, á la vía del deber, en todo eso no hay absolutamente nada que V. haya sabido por sí mismo, porque desde aquel momento V., que nos visitaba diariamente, no volvió á poner los piés en nuestra casa.

EL PASTOR.—Vds. se marcharon de la ciudad inmediatamente después de esos sucesos.

ELENA.—Sí, y en vida de mi mari-

do jamás vino V. á vernos aquí. Los asuntos del asilo son los que le han obligado á V. á visitarme.

EL PASTOR. (*Con voz baja é insegura.*)

—Elena... si es una reconvención, yo le suplico que reflexione...

ELENA.—En las consideraciones que debe V. á su estado, sí. Y además, yo era una mujer que había abandonado á mi marido. Nunca se está á bastante distancia de mujeres así.

EL PASTOR.—Querida... señora, hay en eso una exageración tan palmaria...

ELENA.—Sí, sí, sí; dejemos eso á un lado. Todo lo que yo quería decir es que, al juzgar mi vida doméstica, V. no hace más que asociarse á la opinión corriente.

EL PASTOR.—Bien, sí. ¿Y qué?

ELENA.—Pero hoy, Manders, hoy quiero decirle á V. la verdad. He jurado que la sabría V. solo algún día.

EL PASTOR.—¿Y qué verdad es esa?

ELENA.—Esa verdad es que mi marido ha muerto en medio de la disolución en que había vivido siempre.

EL PASTOR. (*Buscando el respaldo de una silla para apoyarse.*)—¿Qué ha dicho V.?

ELENA.—Disolución tan profunda después de diez y nueve años de matrimonio como en vísperas de nuestra unión.

EL PASTOR.—¿Y á esos extravíos de la juventad, á esas irregularidades, á esos desórdenes, si V. quiere, á eso llama V. disolución!

ELENA.—Esa era la palabra que empleaba nuestro médico.

EL PASTOR.—Ahora ya no comprendo á V.

ELENA.—Sería inútil que me comprendiese.

EL PASTOR.—Se confunde mi cabeza. ¡De modo que todo el matrimonio de Vds., esa vida común de tantos años con su esposo no era más que un velo tendido sobre un abismo!

ELENA.—Ni más ni menos. Ahora ya lo sabe V.

EL PASTOR.—Esa... Ha de pasar mucho antes de que yo pueda explicarme todo eso. ¡No comprendo absolutamente nada! No puedo formarme una idea siquiera. Pero ¿cómo era posible...? ¿Cómo ha podido permanecer oculta tal cosa?

ELENA.—Para que el secreto no trascendiese tuve que sostener una lucha de todos los instantes. Después del nacimiento de Oswaldó pareció que había alguna mudanza, pero no duró mucho. Más adelante tuve que luchar doble, tuve que empeñar un combate mortal para que nadie sospechara qué clase de hombre era el padre de mi hijo. Aparte de esto, V. recordará cómo sabía ganar los corazones Alving. Parecía imposible que nadie concibiese un mal pensamiento acerca de él. Parecía de esa especie de hombres contra cuya reputación todo es impotente. Pero al fin Manders—es menester que lo sepa V. todo,—al fin cometió una abominación mayor que todas las demás.

EL PASTOR.—¿Mayor que todo?

ELENA.—Yo llevaba con paciencia las cosas, aunque sin ignorar nada de

lo que pasaba fuera de casa; pero cuando el escándalo se instaló entre estas cuatro paredes...

EL PASTOR.—¿Qué dice V.? ¡Ah, Dios mío!

ELENA.—Sí, aquí, bajo nuestro techo. Ahí (*señalando la primera puerta de la derecha*) tuve la primera revelación un día que necesité entrar en ese cuarto; ví á la doncella entrar con agua para regar las flores.

EL PASTOR.—¿Y bien?

ELENA.—Al poco rato entró también Alving. Le oí hablar muy tiernamente á esa muchacha. Después oí (*con una risa seca*), ¡oh! aún resuenan en mi interior aquellas palabras desgarradoras y ridículas á la vez... oí á mi propia criada murmurar: «Déjeme V., señor; haga el favor de soltarme.»

EL PASTOR.—¡Oh, una imperdonable ligereza! Pero una ligereza nada más, señora; créalo V.

ELENA.—Lo que debía creer no tardé en saberlo. El gentilhombre logró sus fines con la muchacha, y el hecho, pastor, tuvo consecuencias.

EL PASTOR. (*Petrificado.*)—¡Todo eso en esta casa, en esta casa!

ELENA.—En esta casa he soportado yo muchas cosas. Para retenerlo aquí por las tardes y por las noches, tuve que ser su compañera de orgía allí arriba, en su cuarto; tuve que sentarme á la mesa con él, tuve que beber en su compañía; tuve que escuchar sus demencias; tuve que luchar cuerpo á cuerpo para llevarlo á la cama.

EL PASTOR. (*Conmovido.*)—¿Y V. pudo sufrir todo eso?

ELENA.—Me acordaba de mi hijo, y por él lo sufría todo. Pero al saber aquel último ultraje, al ver á mi propia criada... juré que todo aquello acabaría. Recabé la autoridad en la casa, la autoridad sobre todo... sobre él mismo; porque, como tenía ya un arma contra él, no se atrevía á moverse. Entonces fué cuando mandé á Oswaldo fuera de aquí. Cumplía en aquella fecha siete años, y empezaba á observar y á hacer las preguntas que todos los niños. Todo eso, Manders, no podía tolerarlo yo. Me pareció que el niño debía envenenarse en aquella atmósfera de mancias. Por eso lo saqué de aquí. Ahora comprenderá V. por qué no ha vuelto á pisar esta casa, mientras ha vivido su padre. ¡Nadie sabe lo que me ha costado.

EL PASTOR.—En verdad, ha tenido V. una dura experiencia de la vida.

ELENA.—Jamás hubiese resistido, á no tener un deber que cumplir. ¡Ah, puedo decir que he trabajado! Todas esas ventajas—el aumento de las tierras, la mejora de la posesión,—todas esas obras útiles, cuya gloria recogió Alving, ¿cree V. que fué él quien las llevó á cabo? ¡El, que desde la mañana hasta la noche estaba tendido en el sofá, engolfado en la lectura de una antigua *Guía oficial!* No, necesito que sepa V. otra cosa: yo era la que le hacía moverse en sus horas de lucidez, y yo era la que debía llevar todo el peso, cuando se entregaba á sus excesos habituales ó quedaba sumido en un marasmo sin nombre.

EL PASTOR.—¿Y á la memoria de un hombre así eleva V. un monumento?

ELENA. — Vea V. lo que puede una mala conciencia.

EL PASTOR. — ¿Una mala...? ¿Qué quiere V. decir?

ELENA. — Me ha parecido siempre que la verdad no podría menos de traslucirse, y que acabaría por ser conocida de todos. De ahí que ese asilo esté destinado en cierto modo á acallar todos los rumores y á evitar todas las sospechas.

EL PASTOR. — Pues no ha ido V. descaminada, señora.

ELENA. — Tenía otro móvil además. Yo no quería que Oswaldo, que mi hijo, heredase nada de su padre.

EL PASTOR. — De modo que con la herencia de Alving es con la que...

ELENA. — Sí, las sumas que año tras año he consagrado á ese asilo forman —lo hé calculado exactamente— el total de un haber por el cual se consideraba en su día al teniente Alving como un buen partido.

EL PASTOR. — Comprendo...

ELENA. — Ese dinero fué el precio de compra. No quiero que pase á manos de Oswaldo. Mi hijo debe recibirlo todo de mí, todo.

(Entra Oswaldo Alving por la segunda puerta de la derecha; ha dejado en el vestíbulo el abrigo y el sombrero.)

ELENA. *(Yendo á su encuentro.)* — ¿Estás ya de vuelta, querido mio?

OSWALDO. — Sí. ¿Qué va uno á hacer fuera con esta eterna lluvia? Pero oigo decir que vamos á comer. ¡Santa palabra!

REGINA. *(Saliendo del comedor con un*

paquete en la mano.) — Un paquete para la señora.

(Lo entrega á Elena.)

ELENA. *(Dirigiendo una mirada al pastor.)* — Probablemente las cantatas para la fiesta de mañana.

EL PASTOR. — Hum...

REGINA. — Y la señora está servida.

ELENA. — Bien, en seguida vamos. No quiero más que...

(Empieza á abrir el paquete.)

REGINA. *(A Oswaldo.)* — ¿El señorito desea Porto blanco ó tinto?

OSWALDO. — Los dos, Regina.

REGINA. — Bien... está muy bien.

(Entra en el comedor.)

OSWALDO. — Yo puedo ayudar á V. á destapar...

(La sigue al comedor, cuya puerta queda entornada.)

ELENA. *(Después de abrir el paquete.)* — Eso es: aquí están las cantatas, pastor.

EL PASTOR. *(Juntando las manos.)* — ¿Cómo podré yo tener el espíritu bastante sereno para pronunciar mi discurso de mañana? ¡La verdad...!

ELENA. — ¡Oh! Ya saldrá V. adelante.

EL PASTOR. *(Bajando la voz para no ser oído en el comedor.)* — ¿Qué quiere V.? El hecho es que no podemos despertar el escándalo.

ELENA. *(Bajando la voz, pero con firmeza.)* — No; pero ese será el fin de esta larga y odiosa comedia. Desde pasado mañana obraré como si el difunto no

hubiese vivido jamás en esta casa. No quedará aquí nadie más que mi hijo y su madre.

(En el comedor se oye caer una silla y rumor de palabras.)

(La voz de Regina, entre ahogada y estridente.)—Pero, Oswaldo, ¿estás loco? ¡Suéltame!

ELENA. *(Retrocediendo espantada.)*— ¡Ah!...

(Dirige miradas extraviadas á la puerta entreabierta. Se oye toser y reír á Oswaldo, y el ruido de destapar una botella.)

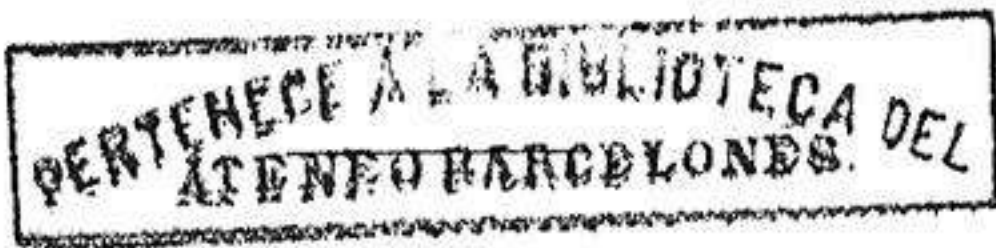
EL PASTOR. *(Indignado.)*—Pero, ¿qué significa?... ¿Qué es esto, señora?

ELENA. *(Con voz ronca.)*— Espectros..., la reaparición de la pareja del invernadero.

EL PASTOR.—¿Qué dice V.? ¿Regina...? ¿Sería?...?

ELENA.—Sí. Venga V. ¡Ni una palabra!

(Toma el brazo del pastor Manders, y se dirige al comedor con paso inseguro.)



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. El cielo cubierto, como antes, de espesa niebla.

(Salen del comedor el pastor Manders y Elena.)

ELENA. *(Volviendo la cabeza hacia atrás.)*—¿Vienes, Oswaldo?

OSWALDO. *(Desde dentro.)*—No, gracias; voy á dar una vueltecita.

ELENA.—Bien pensado. Sal un instante antes de que empiece otra vez el aguacero. *(Cierra la puerta del comedor, se dirige hacia la del vestíbulo y llama.)* ¡Regina!

REGINA. *(Desde dentro.)*—¿Señora?

ELENA.—Ve al lavadero á echar una mano á las guinaldas.

REGINA.—Sí, señora.

(Elena se cerciora de que ha salido Regina, y cierra la puerta.)

EL PASTOR.—¿El no puede oír nada desde donde está, verdad?

ELENA.—Cerrada la puerta, no. Además, va á salir.

EL PASTOR.—Todavía estoy aturdido. No sé cómo he podido pasar un bocado.

ELENA. *(Paseando agitadamente y tratando de dominar su emoción.)*—Ni yo tampoco; pero, ¿qué hacer?

EL PASTOR.—¿Qué hacer, en efecto? No sé, por mi parte. Tengo tan poca experiencia en este género de cosas...

ELENA.—Estoy absolutamente segura de que no hay nada todavía...

EL PASTOR.—¡No! ¡El cielo nos libre! Pero no por eso dejan de ser familiaridades muy inconvenientes.

ELENA.—Todo eso es un simple capricho de Oswaldo. Puede V. estar seguro.

EL PASTOR.—¡Oh! Yo, lo repito, soy poco competente en esta clase de cosas. Sin embargo, me parece...

ELENA.—Ella tiene que salir de la casa, y en seguida. Eso es claro como la luz.

EL PASTOR.—Naturalmente...

ELENA.—Pero, ¿dónde ha de ir? Nosotros no podemos cargar con la responsabilidad de...

EL PASTOR.—Irá sencillamente á casa de su padre.

ELENA.—¿A casa de quién, dice V.?

EL PASTOR.—A casa de su... Digo no, es verdad: Engstrand no es su... Pero, ¡por Dios, señora! ¿Cómo es posible! Vamos, estará V. equivocada.

ELENA.—¡Ay! No estoy equivocada. Juana tuvo que confesármelo, y Alving no pudo negar. No había, pues, más remedio que echar tierra sobre el asunto.

EL PASTOR.—Evidentemente, no había otro partido.

ELENA.—La muchacha salió de casa inmediatamente, después de recibir una suma bastante respetable, como precio de su silencio. Con eso supo bandearse, una vez en la ciudad. Allí volvió á entenderse con el carpintero Engstrand, le dejó comprender el mucho dinero que tenía, y le urdió una historia sobre un extranjero que había entrado en el puerto con su yate el verano anterior. Y ahí tiene V. cómo se casó con Engstrand, de la noche á la mañana. ¡Eh! ¡Si V. mismo los casó!

EL PASTOR.—Pero, ¿cómo explicar...? Yo recuerdo muy bien la actitud de Engstrand cuando fué á verme para su matrimonio. Se presentó tan contrito y se reconvenía con tanta amargura por la ligereza de que se habían hecho culpables su prometida y él...

ELENA.—Claro que tenía que echar la culpa sobre sí.

EL PASTOR.—Pero todo aquel disimu-

lo... ¡Y conmigo! No lo hubiera esperado de Jacobo Engstrand. ¡Ah! Tendrá que darme cuenta de todo, y seriamente; yo se lo prometo. ¡Y encima una unión tan inmoral! ¡Por dinero! ¿A cuánto ascendió la cantidad de que podía disponer la muchacha?

ELENA.—A trescientos escudos.

EL PASTOR.—¡Qué le parece á V.! ¡Casarse con una mujer perdida por trescientos miserables escudos!

ELENA.—¿Y qué dice V. de mí, que me dejé casar con un hombre perdido?

EL PASTOR.—Pero ¡Dios me valga! ¿Qué está V. diciendo? ¡Un hombre perdido!

ELENA.—¿Acaso cree V. que Alving fuese más puro, cuando lo acompañé al altar, que Juana, cuando se casó con Engstrand?

EL PASTOR.—Los casos son tan diferentes...

ELENA.—No tanto. Lo único diferente son los precios: por una parte, trescientos míseros escudos...; por la otra, una fortuna.

EL PASTOR.—¡Vaya! ¿Cómo puede V. comparar dos cosas tan distintas? ¿No se aconsejó V. de sus allegados y no sondeó V. su propio corazón?

ELENA. (*Sin mirarlo.*)—Yo creí que V. había comprendido por dónde andaba extraviado en aquella época este corazón, como V. lo llama.

EL PASTOR. (*Con austeridad.*)—Si lo hubiese comprendido, no hubiera visitado diariamente la casa de su marido de V.

ELENA.—En fin, lo cierto es que yo no me había consultado.

EL PASTOR.—Bien, pero de todos modos V. siguió las prescripciones al tomar el consejo de sus parientes más cercanos: de su madre y de sus dos tías.

ELENA.—Es verdad. Ellas tres fueron las que arreglaron el asunto, y no yo. ¡Estaban tan convencidas de que hubiese sido una locura rechazar ofrecimiento semejante! ¡Si mi madre pudiese levantar la cabeza y ver en lo que han venido á parar todos esos esplendores!

EL PASTOR.—Nadie puede responder del resultado. Lo seguro es que el matrimonio de V. se hizo estrictamente según el orden prescrito.

ELENA. (*A la ventana.*)—¡Ah, ese orden y esas prescripciones! ¡A veces me parece que son la causa de todas las desgracias de este mundo!

EL PASTOR.—Señora, ahora comete V. un pecado.

ELENA.—Es posible; pero todos esos lazos, todas esas consideraciones se me han hecho insoportables. No puedo... quiero desasirme, quiero la libertad.

EL PASTOR.—¿Qué quiere V. decir?

ELENA. (*Dando golpecitos en un cristal.*)—Yo no hubiera debido tender el velo sobre la vida de Alving. Pero no me atrevía á obrar de otro modo, hasta por consideraciones personales: ¡tan cobarde era!

EL PASTOR.—¿Cobarde?

ELENA.—Si se hubiera sabido algo, hubiesen dicho: ¡Pobre hombre! es natural que claudique: un hombre cuya mujer huye.

EL PASTOR.—Y hasta cierto punto no hubiese faltado razón para hablar así.

ELENA. (*Mirándole á la cara.*)—Si yo hubiese sido como debía, hubiera llamado aparte á Oswaldo y le hubiera dicho: Escucha, hijo mío, tu padre era un hombre perdido...

EL PASTOR.—¡Misericordia!

ELENA.—Le hubiese contado todo lo que he contado á V., ni más ni menos.

EL PASTOR.—Acabaré por indignarme con V., señora.

ELENA.—Sí, sí. Yo también me indigno (*apartándose de la ventana*) de verme tan cobarde.

EL PASTOR.—¿Y llama V. cobardía á cumplir sencillamente con su deber? ¿Olvida que un hijo debe amor y respeto á sus padres?

ELENA.—Dejémonos de generalidades. Una pregunta: ¿Debe amar y respetar Oswaldo al gentilhomme Alving?

EL PASTOR.—¿No hay una voz de madre que le veda á V. destruir el ideal de su hijo?

ELENA.—Pero ¿y la verdad?

EL PASTOR.—Pero ¿y el ideal?

ELENA.—¡Oh! ¡el ideal, el ideal! ¡Con solo que yo fuese un poco más animosa de lo que soy...!

EL PASTOR.—No tire V. piedras al ideal, señora, porque se venga cruelmente. Y puesto que se trata de Oswaldo, Oswaldo ¡ay! no es muy rico en ideal; pero, hasta donde he podido ver, tiene uno: su padre.

ELENA.—En eso no se engaña V.

EL PASTOR.—Y ese sentimiento V. misma lo ha despertado y alimentado con sus cartas.

ELENA.—Sí, era esclava del deber y

de los miramientos, y he mentido á mi hijo durante años. ¡Oh! ¡qué cobarde, qué cobarde era!

EL PASTOR.—Ha implantado V. una ilusión saludable en el alma de su hijo, y á buen seguro que no es un bien de poco valor.

ELENA.—¡Hum! ¿Quién sabe si es un bien...? En cuanto á un enredo con Regina, no lo quiero. No es cosa de que por una ligereza vaya á causar la desgracia de esa pobre muchacha.

EL PASTOR.—¡No, gran Dios! Sería espantoso.

ELENA.—Si yo supiese que tenía intenciones serias, y que iba en ello su felicidad...

EL PASTOR.—¿El qué? No comprendo.

REGINA.—Pero no hay caso, porque Regina, desgraciadamente, no se presta á ello.

EL PASTOR.—¿Cómo? ¿Qué quiere V. decir?

ELENA.—Si yo no fuese tan pusilánime, con gusto le diría: cástate con ella ó haced lo que os plazca; pero no haya engaño.

EL PASTOR.—¡Cielo santo! ¡Un matrimonio en esas condiciones! ¡Una cosa tan espantosa... tan inaudita!

ELENA.—¿Inaudita, dice V.? Pastor Manders, con la mano en el corazón, ¿no cree V. que en torno de nosotros, en el país, hay más de una unión entre parientes tan cercanos?

EL PASTOR.—No la entiendo á V.

ELENA.—¡Vaya!

EL PASTOR.—V. piensa en casos excepcionales en que... ¡ay! la vida de familia no siempre es desgraciadamen-

te todo lo pura que debiera. Pero una cosa como esa á que hace V. alusión no se sabe jamás... al menos con certidumbre. Aquí, á la inversa, se daría el caso de que V., una madre, quisiese que su...

ELENA.—Pero si yo no lo quiero ni remotamente. Por nada del mundo lo consentiría; es precisamente lo que digo.

EL PASTOR.—Porque es V. cobarde, según su expresión. De modo que, si no fuese V. cobarde... ¡Dios bondadoso! ¡Una unión tan repulsiva!

ELENA.—¡Eh! todos, me parece, descendemos de uniones de esa clase. ¿Y quién ha instituido tales cosas Pastor?

EL PASTOR.—Señora, yo no trato con V. de semejantes materias. Está V. lejos de hallarse en la disposición requerida; pero cuando se atreve V. á decir que es una cobardía de su parte el...

ELENA.—Escuche V. y sepa lo que quiero decir. Tengo miedo, porque hay en mí algo que me obsedia, recuerdos terribles que me persiguen como fantasmas de que no puedo librarme.

EL PASTOR.—¿Cómo dice V.?

ELENA.—Cuando vi en ese sitio á Regina y á Oswaldo, me pareció como si el pasado reviviese ante mí. Y no me falta nada para creer, pastor, que todos somos aparecidos. No es sólo que corra en nuestras venas la sangre de nuestros padres; es que llevamos también una especie de idea destruida, una especie de creencia muerta con todo lo que á ella se asocia. Nada de eso vive; pero, á pesar de todo, no deja de estar allá, en el fondo de nosotros

mismos, sin que jamás logremos des-
 echarlo. ¿Cojo un periódico y me pon-
 go á leer? Pues veo surgir fantasmas
 entre las letras. Se me figura que el
 país está poblado de aparecidos, que
 hay tantos como granos de arena en el
 mar. Y, por remate, ¡todos, mientras
 existimos, tenemos un miedo tan mi-
 serable á la luz!

EL PASTOR.—He aquí, pues, el fruto
 de sus lecturas. ¡Bello fruto en verdad!
 ¡Ah! ¡Esos abominables libros, esos
 escritos revolucionarios de los libre-
 pensadores!

ELENA.—Se equivoca, mi querido
 pastor. Quien me indujo á reflexionar
 fué V. mismo, y le debo á V. las gra-
 cias.

EL PASTOR.—¿Yo?

ELENA.—Sí. Cuando V. me redu-
 jo á lo que llamaba el deber, cuando
 me alabó como justo y equitativo aque-
 llo contra lo cual se sublevaba horro-
 rizado todo mi ser, empecé á examinar
 la trama de sus enseñanzas. Yo no
 quería tocar más que un solo punto;
 pero, suelto ese, se deshacía todo. Y en-
 tonces vi que las costuras de V. esta-
 ban hechas á máquina.

EL PASTOR. (*Pausadamente, con emo-
 ción.*)—¿Sería éste el premio de lo que
 fué el más duro combate de mi vida?

ELENA.—Diga V. mejor la más sen-
 sible de sus derrotas.

EL PASTOR.—Fué la mayor victoria
 de mi vida, Elena: un triunfo sobre
 mí mismo.

ELENA.—Un crimen contra nosotros
 dos.

EL PASTOR.—¿Qué? Un día va V. á

mi casa, completamente extraviada,
 gritando: «Aquí me tienes, tómame»;
 entonces yo le suplico, yo le digo:
 «Mujer, vuelva al lado de quien es su
 esposo ante las leyes», ¿y á eso llama
 V. un crimen?

ELENA.—En mi opinión, sí.

EL PASTOR.—V. y yo no nos com-
 prenderemos nunca.

ELENA.—En todo caso, no nos com-
 prendemos ya.

EL PASTOR.—Jamás... jamás he con-
 siderado á V. en mis pensamientos más
 secretos sino como la mujer de otro.

ELENA.—¿Está V. seguro?

EL PASTOR.—¡Elena!

ELENA.—¡Se olvida uno tan fácil-
 mente...!

EL PASTOR.—No tanto. Por mi par-
 te, soy el mismo de siempre.

ELENA. (*Cambiando de tono.*)—Bien,
 bien; no hablemos más del pasado.
 Ahora anda V. metido hasta el cuello en
 juntas y direcciones, y yo estoy aquí
 luchando contra aparecidos dentro y
 fuera.

EL PASTOR.—En cuanto á los de fue-
 ra, podré ayudar á V. á librarse de
 ellos. Después de todo lo que he sabido
 hoy con espanto, no puedo en concien-
 cia asumir la responsabilidad de dejar
 en su casa á una muchacha inexperta.

ELENA.—¿No cree V. que lo mejor se-
 ría procurarle una posición... quiero
 decir... algún buen partido?

EL PASTOR.—Sin ninguna duda. Opi-
 no que sería de desear en todos senti-
 dos. Regina ha llegado á la edad en
 que... ¡Dios mío! Yo no entiendo de
 esas cosas, pero...

ELENA.—Regina se ha desarrollado pronto.

EL PASTOR.—¿No es verdad? Por lo que toca á desarrollo corporal, creo acordarme de que estaba ya muy adelantada cuando yo la preparaba para la confirmación. Pero, mientras, es preciso de todos modos que vuelva á su casa. Bajo la mirada de su padre... ¡Digo, no! Engstrand no es... ¡Ah! ¡Que haya podido él, él, ocultarme así la verdad!

(*Llaman á la puerta del vestibulo.*)

ELENA.—¿Quién podrá ser? Adelante.

ENGSTRAND. (*En traje de domingo, á la entrada.*) Vds. dispensen, pero...

EL PASTOR.—¡Ah, ah! ¡Hum!...

ELENA.—¿Es V., Engstrand?

ENGSTRAND.—No estaban ahí las muchachas, y he tenido que tomarme la libertad excesiva de llamar á la puerta.

ELENA.—Bien, bien. Entre. ¿Tiene V. algo que decirme?

ENGSTRAND. (*Entrando.*)—No, señora, mil gracias. A quien querría hablar una palabrita es al señor pastor.

EL PASTOR. (*Paseándose.*)—¿A mí? ¿Es á mí á quien quiere V. hablar? ¿A mí, no es verdad?

ENGSTRAND.—Sí, señor; yo querría...

EL PASTOR. (*Parándose delante de él.*)—¡Bueno! ¿Y puedo saber de qué se trata?

ENGSTRAND.—Pues verá V., señor pastor: es la hora de la paga allá... Mil gracias, señora... Ya está todo preparado, y á mí me ha parecido conveniente que los que hemos estado tra-

bajando en tan buena armonía durante todo ese tiempo... me ha parecido que haríamos bien en terminar con una reunioncita piadosa.

EL PASTOR.—¿Una reunión allá en el asilo?

ENGSTRAND.—Sí... á no ser que al señor pastor no le parezca conveniente, porque entonces...

EL PASTOR.—Claro que me parece conveniente, pero... ¡Jem!...

ENGSTRAND.—Yo mismo solía arreglar reunioncitas por la noche...

ELENA.—¿Sí?

ENGSTRAND.—Sí, de vez en cuando, algún ejercicio de piedad; pero yo no soy más que un pobre hombre humilde y rudo, y no tengo las dotes necesarias... ¡Dios me ayude!... Así que, como el señor pastor estaba aquí, pensé que...

EL PASTOR.—Bien, pero yo tengo que hacerle antes una pregunta, señor Engstrand. ¿Está V. en las disposiciones requeridas para tal reunión? ¿Tiene V. libre y limpia la conciencia?

ENGSTRAND.—¡Oh! Dios nos perdone, no vale la pena de que uno hable de su conciencia, señor pastor.

EL PASTOR.—Al contrario, se trata de ella cabalmente. Veamos: ¿qué tiene V. que responder?

ENGSTRAND.—¡Eh! La conciencia puede encontrarse á veces en falta.

EL PASTOR.—Vamos, al menos conviene V. en ello. Pero ¿quiere V. decirme aquí, francamente, qué historia es esa de Regina?

ELENA. (*Con viveza.*)—¡Pastor Manders!

EL PASTOR. (*Haciendo un ademán para calmarla.*)—Déjeme hacer.

ENGSTRAND. — ¿Regina?... ¡Señor! ¡Me da V. miedo! (*Mira á Elena.*) ¿Supongo que no le habrá ocurrido ninguna desgracia á Regina?

EL PASTOR.—Es de esperar. Pero de lo que yo hablo es de su situación de V. con respecto á Regina. A V. lo tienen por padre suyo, ¿no es esto? Bien; pues diga...

ENGSTRAND. (*Vacilando.*)—¡Jem! El señor pastor sabe muy bien lo ocurrido conmigo y con mi difunta Juana...

EL PASTOR.—Es inútil atenuar la verdad. Su difunta mujer se lo reveló todo á la señora antes de dejar su servicio.

ENGSTRAND.—¡Oh! ¡que se lo...! ¿Esas tenemos? Pero ¿hizo eso de veras?...

EL PASTOR.—¡Ea! Ya está V. desenmascarado, Engstrand.

ENGSTRAND.—...¡Y ella que había jurado por la salvación de su alma...!

EL PASTOR.—¡Por la salvación de su alma!

ENGSTRAND.—No, no; había jurado simplemente, pero con todo su corazón.

EL PASTOR.—¡De manera que V. me ha ocultado la verdad durante tantos años! ¡Me la ha ocultado V. á mí que le demostraba una confianza tan inquebrantable en todo y siempre!

ENGSTRAND.—¡Ay! Sí, lo he hecho.

EL PASTOR.—¿He merecido yo que V. me engañase, Engstrand? ¿No me ha encontrado V. siempre propicio á ayudarle con mis consejos y con actos hasta donde dependía de mí? Responda, ¿es cierto? ¿sí ó no?

ENGSTRAND.—Efectivamente, más de

una vez me hubiera costado trabajo salir de apuros, á no ser por el pastor Manders.

EL PASTOR.—Y V. me lo recompensa así. Me ha hecho V. sentar falsas inscripciones en los registros de la parroquia, y durante toda una serie de años no me ha dado V. ninguna de las explicaciones que me debía, que debía á la verdad. ¡Engstrand, su conducta de V. no tiene perdón, y desde ahora todo ha acabado entre nosotros!

ENGSTRAND. (*Suspirando.*)—Es verdad; bien lo veo.

EL PASTOR.—Sí, porque ¿cómo podría V. justificarse?

ENGSTRAND.—Pero ¿cómo ha podido ella confesar su vergüenza? Vamos, señor pastor, supóngase V. que está en el caso de mi difunta Juana...

EL PASTOR.—¡Yo!

ENGSTRAND.—Señor, no es más que un suponer. Yo quiero decir, pongo por caso, que el señor pastor tuviese alguna cosa vergonzosa que ocultar á los ojos del mundo, como se dice. Nosotros, los hombres, no debemos apresurarnos á condenar á una pobre mujer, señor pastor.

EL PASTOR.—No es á su mujer de V. á quien acuso, sino á V.

ENGSTRAND.—¿Si yo pudiese hacer una preguntita al señor pastor?

EL PASTOR.—Vamos, hágala.

ENGSTRAND.—¿Un hombre no tiene el deber de levantar á toda criatura que cae?

EL PASTOR.—Evidentemente.

ENGSTRAND.—¿Y un hombre no está obligado á cumplir su palabra?

EL PASTOR.—También. Pero...

ENGSTRAND.—Después de su desgracia por causa de aquel inglés—puede que fuese un americano ó un ruso, como los llaman—Juana vino á la ciudad. La pobre muchacha me había rechazado ya varias veces, porque ella no tenía ojos más que para lo bonito, y yo me encontraba con este defecto de la pierna. Ya, ya se acuerda el señor pastor del accidente. Un día fui á caer en un baile donde andaban de bullanga los marineros en medio del delirio de la embriaguez, como se dice. Y queriendo convencerlos para que abrazasen una nueva vida...

ELENA. (*En la ventana.*)—Hum...

EL PASTOR.—Estoy al cabo, Engstrand: aquellos hombres groseros le tiraron por la escalera. Me lo ha contado V. Su achaque le honra.

ENGSTRAND.—No es que me envanezca, señor pastor. Quería decirle que por entonces vino Juana á confiarse á mí con las lágrimas en los ojos y rechinando los dientes. Puede creerme, señor pastor: me desgarraba el alma oír sus lamentos.

EL PASTOR.—¿De veras, Engstrand? Continúe V.

ENGSTRAND.—Entonces le dije: el americano navega por esos mares, y tú, Juana, has cometido un pecado y te has perdido. Pero aquí está Jacobo Engstrand, le dije luego; aquí está firme sobre sus piés. No era más que una figura, vamos al decir, señor pastor.

EL PASTOR.—Comprendo muy bien. Siga.

ENGSTRAND.—¡Pues bueno! Yo la le-

vanté y me casé con ella á la faz de todo el mundo para que no se supiese su desliz con un extraño.

EL PASTOR.—En todo eso obró V. dignamente. Pero lo que yo no puedo aprobar es que se rebajase V. á admitir dinero.

ENGSTRAND.—¡Dinero! ¿Yo? Ni un céntimo.

EL PASTOR. (*Interrogando con la mirada á Elena.*)—¡Pero...!

ENGSTRAND.—¡Ah, sí!... Aguarde V. un poco; recuerdo que Juana tenía algo, es verdad. Pero yo no quise jamás oír hablar de tal cosa. ¡Quita allá!, dije; eso es el precio del pecado. Este oro miserable—ó esos billetes de Banco... lo que sea... no sé—vamos á tirárselo á la cara al americano: así dije yo. Pero el hombre se había marchado, había desaparecido al través de los mares y de las tempestades, señor pastor.

EL PASTOR.—¿Hizo eso el bueno de Engstrand?

ENGSTRAND.—Ya lo creo. Entonces Juana y yo convinimos en que ese dinero debía servir para criar á la niña; y así ha sido, y yo puedo rendir cuentas hasta de la moneda más insignificante.

EL PASTOR.—Eso hace variar mucho la cuestión.

ENGSTRAND.—Eso es lo que ha pasado, señor pastor; y, bien puedo decirlo, yo he sido un verdadero padre para Regina en la medida de mis fuerzas, porque no soy por desgracia más que un pobre lisiado.

EL PASTOR.—Vamos, vamos, querido Engstrand.

ENGSTRAND.—Pero eso, sí, señor, lo puedo decir: yo he educado á la niña, he vivido en espíritu de amor con mi difunta Juana, y he ejercido la autoridad en la casa, como está escrito. Y jamás me ha pasado por la cabeza ir á buscar al pastor Manders para alabarme y hacer gala de haber cumplido yo también un día una buena acción. No; cuando á Jacobo Engstrand le pasa eso, calla y se lo guarda para sí. Desgraciadamente, eso no ocurre á menudo, como V. comprende, y, cuando estoy con el pastor Manders, no me faltan extravíos y flaquezas de que hablarle. Porque, repito lo que decía hace poco: la conciencia puede encontrarse en falta de vez en cuando.

EL PASTOR.—Deme la mano, Jacobo.

ENGSTRAND.—¡Jesús mío! Señor Pastor...

EL PASTOR.—No ande con niñerías. (*Le estrecha la mano.*) ¡Así!

ENGSTRAND.—¿Y si yo pidiese ahora perdón al señor pastor?...

EL PASTOR.—¿V.? Yo soy, al contrario, el que debo disculparme.

ENGSTRAND.—¡Ah, eso jamás!

EL PASTOR.—Mucho que sí; y lo hago de todo corazón. Perdone mi sospecha; y si yo pudiese demostrarle de algún modo mi absoluta confianza y mi buena voluntad...

ENGSTRAND.—¿Haría V. tal cosa, señor Pastor?

EL PASTOR.—Con el mayor placer.

ENGSTRAND.—Es que... en este mismo momento tendría V. la ocasión de hacerlo. Con el dinero que he ahorrado

aquí quiero fundar en la ciudad un albergue para los marinos.

ELENA.—¡Oiga!

ENGSTRAND.—Sí; vendría á ser, como quien dice, una especie de asilo. El hombre de mar está expuesto á todas las tentaciones cuando viene á tierra. Pero en mi albergue, en la casa de que le hablo, estaría como bajo las miradas de un padre. Ese es mi proyecto.

EL PASTOR.—¿Qué le parece de esa idea, doña Elena?

ENGSTRAND.—No dispongo de mucho, y si encontrase una mano bienhechora...

EL PASTOR.—Corriente, corriente. Habrá que pensar en todo eso. Su designio de V. me halaga extraordinariamente. Ahora váyase á sus cosas, y que enciendan para que todo tenga su airecito de fiesta; después nos ocuparemos de nuestra reunión edificante, mi querido Engstrand, porque ahora sí que lo creo á V. de veras en buenas disposiciones.

ENGSTRAND.—Eso me parece á mí también. Vaya, pues con Dios, señora, y gracias por sus favores; guárdeme V. bien á Regina (*se limpia una lágrima*), la hija de mi difunta Juana... Es singular... pero no parece sino que ha echado raíces en mi corazón. ¡Ah, es la pura verdad!

(*Saluda y vase por la puerta del vestíbulo.*)

EL PASTOR.—¿Eh? ¿Qué le parece á V. de ese hombre, señora? La explicación que nos ha dado se aparta un poco de la de V....

ELENA.—En efecto.

EL PASTOR.—Ya ve V. cuánto hay que mirarse antes de pronunciar juicios sobre el prójimo. Pero, en cambio, ¡qué alegría cuando uno reconoce su error! ¿No lo cree V. así?

ELENA.—Lo que creo, Manders, es que V. es y será siempre un niño.

EL PASTOR.—¿Yo?

ELENA. (*Poniendo las dos manos sobre los hombros del Pastor.*)—Y añado que me entran grandes ganas de echarle á V. los brazos al cuello.

EL PASTOR. (*Retrocediendo apresuradamente.*)—¡No, no, Dios bendito!... ¡Semejantes deseos...!

ELENA. (*Sonriendo.*)—¡Vamos, no tenga V. miedo de mí!

EL PASTOR. (*Después de acercarse al velador.*)—Tiene V. á veces una manera de expresarse tan vehemente... Ahora guardo los documentos en mi cartera. (*Lo hace.*) Eso es. Hasta la vista. No aparte los ojos de Oswaldo, cuando venga. Yo volveré dentro de poco.

(*Coge el sombrero y vase por la puerta del vestíbulo.*)

ELENA. (*Exhala un suspiro; dirige una mirada por la ventana; arregla un poco el cuarto, y se dispone á entrar en el comedor; pero se detiene estupefacta en el umbral, y profiere una exclamación sorda.*)—¡Oswaldo! ¡Todavía estás en la mesa!

OSWALDO. (*Desde el comedor.*)—No quería más que acabar el cigarro.

ELENA.—Creí que habías salido á pasearte un rato.

OSWALDO.—¡Con este tiempo!

(*Se oye ruido de vasos. Elena deja abierta la puerta y se sienta en el sofá cerca de la ventana, con el bordado en la mano.*)

OSWALDO. (*Desde dentro.*)—¿No es el pastor Manders el que acaba de salir?

ELENA.—Sí, va al asilo.

OSWALDO.—¡Jem!

(*Se oye el choque de un vaso y una botella.*)

ELENA. (*Mirando intranquila.*)—Querido Oswaldo, conviene que tengas cuidado con ese licor, porque es fuerte.

OSWALDO.—Es bueno contra la humedad.

ELENA.—¿No prefieres venir aquí conmigo?

OSWALDO.—No podría fumar.

ELENA.—Ya sabes tú que puedes fumar un cigarro.

OSWALDO.—Bueno, bueno, ya voy. Nada más que otra gotita... ¡Ea! concluido.

(*Entra con el cigarro en la boca y cierra la puerta. Una pausa breve.*)

OSWALDO.—¿Dónde ha ido el Pastor?

ELENA.—Si acabo de decirte que ha ido al asilo.

OSWALDO.—Justo.

ELENA.—No debías quedarte tanto tiempo en la mesa, Oswaldo.

OSWALDO. (*Llevándose á la espalda la mano en que tiene el cigarro.*)—Pero si eso es una delicia, madre. (*La acaricia y le da golpecitos.*) Figúrate: acabado de regresar, verme sentado á la limpia mesa de mi madrecita, en la casa de

mi madrecita, y saborear la excelente cocina de mi madrecita...

ELENA.—Querido mío.

OSWALDO. (*Se levanta, pasea y fuma con alguna impaciencia.*)—¿Y qué hacer aquí sin eso? No puedo ponerme á trabajar.

ELENA.—¿No? ¿No podrías?

OSWALDO.—¿Tan oscuro como está? ¿Sin un rayo de sol en todo el día? (*Paseando agitadamente.*) ¡Oh! ¡Qué suplicio no poder trabajar!...

ELENA.—¿Te habrás precipitado un poco al volver aquí?

OSWALDO.—No, madre, era preciso.

ELENA.—Es que mejor querría cien veces seguir privada de la felicidad de tenerte conmigo que verte...

OSWALDO. (*Parándose delante de la mesa.*)—Pero... dime, madre, ¿de veras es tan gran felicidad para ti tenerme á tu lado?

ELENA.—¡Sí es una felicidad!

OSWALDO. (*Estrujando un periódico.*)—Me parece que te debería ser indiferente hasta cierto punto el que yo existiese ó no.

ELENA.—¿Y tienes alma para decir eso á tu madre, Oswaldo?

OSWALDO.—Pues tú has podido vivir sin mí hasta ahora perfectamente.

ELENA.—Sí, he podido vivir sin ti, es cierto...

(*Pausa. Oscurece poco á poco. Oswaldo pasea precipitadamente. Deja el cigarrillo.*)

OSWALDO. (*Deteniéndose delante de Elena.*)—Madre, ¿puedo sentarme en el sofá junto á ti?

ELENA. (*Haciéndole sitio.*)—Sí, ven, ven, querido mío.

OSWALDO. (*Sentándose.*)—Ahora tengo que decirte una cosa, madre.

ELENA. (*Prestando atención.*)—¿Qué?

OSWALDO. (*Mirando fijamente en frente de sí.*)—No puedo tenerlo más tiempo sobre mi corazón.

ELENA.—¿Tener el qué? ¿Qué hay?

OSWALDO. (*Mirando en frente, como antes.*)—No he podido resolverme á escribirte sobre el particular, y desde mi regreso...

ELENA. (*Cogiéndole del brazo.*)—¿Pero qué es, Oswaldo!

OSWALDO.—Ayer y hoy he procurado librarme de mis pensamientos... des-echarlos. Inútil.

ELENA. (*Levantándose bruscamente.*)—Oswaldo, vas á decírmelo todo.

OSWALDO. (*Obligándola á sentarse de nuevo.*)—Quédate aquí. Probaré. Me he quejado de una fatiga causada por el viaje...

ELENA.—Bien... ¿y...?

OSWALDO.—Y no es eso, ó, mejor, no es una fatiga ordinaria...

ELENA. (*Intentando levantarse otra vez.*)—¿Pero no estarás enfermo, Oswaldo?

OSWALDO. (*Obligándola á sentarse nuevamente.*)—No te muevas, madre. Oye-me con calma. Lo que yo tengo no es una enfermedad, lo que se llama generalmente una enfermedad. (*Cruzando las manos sobre la cabeza.*) ¡Madre! ¡Yo estoy quebrantado de espíritu, soy hombre perdido!... ¡Jamás podré trabajar!

(*Ocultando la cara con las manos, cae*

de rodillas delante de su madre y prorrumpe en sollozos.)

ELENA. (*Pálida y temblorosa.*)—¡Oswaldo! ¡Mírame! ¡No, no, nada de eso es verdad!

OSWALDO. (*Mirándola con desesperación.*)—¡No volver á trabajar jamás! ¡jamás...! ¡jamás! ¡Ser un muerto en vida! Madre, ¿puedes figurarte tú ese horror?

ELENA.—¡Pobre hijo mío! Pero ¿de qué viene ese horror? ¿Cómo ha llegado á dominarte?

OSWALDO.—¡Ah! Es precisamente lo que no me explico. Yo no he llevado jamás una vida borrascosa en ningún sentido; puedes creerme, madre. Soy sincero.

ELENA.—Pero si no lo dudo, Oswaldo.

OSWALDO.—El caso es que me encuentro así... ¡Una desgracia tan terrible!

ELENA.—¡Oh! todo eso se disipará, hijo de mi alma. No es más que un exceso de trabajo, créelo.

OSWALDO. (*Sordamente.*)—Eso me figuraba también al principio; pero es otra cosa.

ELENA.—Cuéntamelo todo, punto por punto.

OSWALDO.—Es lo que me propongo.

ELENA.—¿Cuándo notaste eso por primera vez?

OSWALDO.—Desde que llegué á Paris, después de mi última estancia acá. Empecé por sentir unos dolores de cabeza violentísimos, especialmente en el occipucio; parecía como si me hubiesen metido el cráneo en un anillo de hierro desde la nuca hasta la coronilla.

ELENA.—¿Y qué más?

OSWALDO.—Creía que era el dolor de cabeza que me hizo sufrir tanto en la época del crecimiento.

ELENA.—Sí, sí.

OSWALDO.—Pero no era eso. No tardé en convencerme. Me fué imposible trabajar. Quise empezar un gran cuadro, y me encontré como sin facultades. Todas mis fuerzas estaban como paralizadas; no podía concentrarme y llegar á ver imágenes fijas. Todo giraba en torno mío, como si hubiese estado poseído de vértigo. ¡Fué una situación terrible! Al fin mandé llamar al médico, y por él lo supe todo.

ELENA.—¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—Era uno de los grandes médicos de allá. Tuve que especificarle lo que sentía, y él me hizo luego una porción de preguntas que, á mi juicio, no tenían nada que ver con mi estado; yo no adivinaba á dónde quería ir á parar.

ELENA.—Sigue.

OSWALDO.—Acabó por decirme: V. tiene algo *vermoulu* desde su nacimiento; es la palabra francesa que usó.

ELENA. (*Escuchando con atención concentrada.*)—¿Qué quería decir?

OSWALDO.—Es cabalmente lo que yo no comprendía; así que le rogué que se explicase con más claridad. Entonces dijo el cínico del viejo... (*Cerrando el puño.*) ¡Oh!...

ELENA.—¿Dijo?

OSWALDO.—Los hijos pagan los pecados de los padres.

ELENA. (*Levantándose lentamente.*)—¡Los pecados de los padres...!

OSWALDO.—Ganas me daban de abofetearlo.

ELENA. (*Atrevesando la escena.*)—Los pecados de los padres...

OSWALDO. (*Con forzada sonrisa.*)—Sí. ¿Qué te parece? Naturalmente, yo le aseguré que, por lo que hace á mí, no había que pensar en tal cosa. ¿Crees que se desdijo? Nada de eso, sostuvo su afirmación; y hasta que cogí tus cartas y le traduje los pasajes referentes á padre...

ELENA.—¿Qué?

OSWALDO.—Que entonces no tuvo más remedio que confesar que erraba el camino. ¡Y de ese modo supe la verdad, la incomprensible verdad! Esa desdichada existencia de joven, esos tratos alegres... hubiese debido abstenerme de tales cosas. Había abusado de mis fuerzas. ¡De manera que por mi propia culpa...!

ELENA.—¡No, Oswaldo! ¡No lo creas!

OSWALDO.—No había otra explicación posible, según dijo. He ahí lo más afrentoso. ¡Perdido irreparablemente para toda la vida por mi propio aturdimiento! Todo lo que hubiese podido hacer en este mundo... ¡ni intentar pensarlo, ni intentar soñarlo siquiera! ¡Oh! ¡Que no pueda yo revivir! ¡Que no pueda yo hacer que todo eso no hubiese pasado! (*Se deja caer de cara al sofá. Elena se retuerce las manos y recorre la escena en una lucha muda consigo misma. Oswaldo, después de un instante, levantándose á medias y permaneciendo de codos, continúa*): ¡Todavía si fuese una herencia, una cosa contra la cual hubiese sido yo impotente!... ¡Pero

así! ¡Disipar uno con tal ligereza, de una manera tan necia y vergonzosa su propia felicidad, su propia salud, todo... el porvenir, la vida...!

ELENA.—¡No, no, querido hijo, es imposible! (*Se inclina hacia él.*) El caso no es tan desesperado como tú crees.

OSWALDO.—¡Ah! Tú no sabes... (*Levantándose de una sacudida.*) Y toda esta pena, madre, toda esta pena que te causo. Más de una vez he deseado que en el fondo te preocupases menos de mí, y casi lo he supuesto.

ELENA.—¡Yo, Oswaldo! ¡Mi único hijo! Lo más precioso que tengo en el mundo, mi única preocupación.

OSWALDO. (*Cogiendo las manos de su madre y cubriéndolas de besos.*)—Sí, sí, ya lo veo, madre, cuando estoy en casa, ya lo veo. Y es otra de las cosas que más me pesan... Pero ahora ya lo sabes todo, y no volveremos á hablar de ello por hoy. No puedo pensar en esto mucho tiempo seguido. (*Se dirige hacia el fondo.*) Que me den algo de beber, madre.

ELENA.—¿De beber? ¿Qué quieres beber á estas horas?

OSWALDO.—¡Eh! Cualquier cosa. Tú tienes en casa ponche frío.

ELENA.—Sí, pero mi querido Oswaldo...

OSWALDO.—No te opongas á esto, madre. Sé amable. Necesito algo con que ahogar todos los pensamientos que me consumen. (*Entra en el invernadero.*) ¡Y, para colmo, esta oscuridad que reina aquí!

(*Elena tira del cordón de la campanilla que está á la derecha.*)

OSWALDO. — ¡Y esta lluvia continua! Una semana tras otra, y meses enteros sin parar. ¡Ni un rayo de sol nunca! De todas las veces que he estado en casa no recuerdo una en que haya hecho sol.

ELENA. — Oswaldo, tú piensas abandonarme.

OSWALDO. (*Suspirando profundamente.*) — Yo no pienso en nada. No puedo pensar en nada. (*Bajando la voz.*) No hay cuidado.

REGINA. (*Saliendo del comedor.*) — ¿Ha llamado la señora?

ELENA. — Sí, traiga V. la lámpara.

REGINA. — En seguida, señora. Está encendida. (*Vase.*)

ELENA. (*Acercándose á Oswaldo.*) — Oswaldo, no disimules conmigo.

OSWALDO. — No te oculto nada, madre. (*Aproximándose á la mesa.*) Me parece que te he hecho no pocas confesiones...

(*Entra Regina con la lámpara y la pone en la mesa.*)

ELENA. — Oye, Regina, ve por una botella pequeña de champaña.

REGINA. — Sí, señora. (*Sale.*)

OSWALDO. (*Estrechando la cabeza de Elena.*) — Eso sí que está bien. Ya sabía yo que mi madrecita no consentiría que su hijo tuviese sed.

ELENA. — ¡Pobrecito Oswaldo! ¿Cómo podría yo negarte nada ahora?

OSWALDO. (*Con viveza.*) — ¿Es de veras, madre? ¿Lo dices en serio?

ELENA. — ¿Cómo? ¿El qué?

OSWALDO. — ¿Que no tienes nada que negarme?

ELENA. — Pero, mi querido Oswaldo...

OSWALDO. — ¡Cht!

REGINA. (*Dejando en la mesa una bandeja con una botella pequeña de champaña.*) — ¿He de destapar?

OSWALDO. — Gracias, voy á hacerlo yo.

(*Vase Regina.*)

ELENA. (*Sentándose á la mesa.*) — ¿Qué hay, pues, que no debería negarte yo? ¿En qué pensabas?

OSWALDO. (*Ocupado en abrir la botella.*) — Ante todo uno... ó dos vasos.

(*Hace saltar el tapón, llena un vaso, y quiere llenar otro.*)

ELENA. (*Sujetándole la mano.*) — Gracias... yo no tomo.

OSWALDO. — Entonces será para mí.

(*Bebe un vaso, y lo vuelve á llenar y á vaciar. Después se sienta á la mesa.*)

ELENA. (*Esperando que hable.*) — ¿Conque...?

OSWALDO. (*Sin mirarla.*) — Oye: me ha llamado la atención cómo estabais en la mesa tú y el pastor Manders... tan callados los dos...

ELENA. — ¿Notaste tú eso?

OSWALDO. — Sí. (*Después de una pausa.*) Dime... ¿qué piensas de Regina?

ELENA. — ¿Que qué pienso?

OSWALDO. — Sí. ¿Verdad que es soberbia?

ELENA. — Mi querido Oswaldo, tú no la conoces como yo.

OSWALDO. — ¿Eso quiere decir...?

ELENA. — Regina, desgraciadamente,

ha permanecido demasiado tiempo en su casa; debí recogerla más pronto.

OSWALDO.—Bien, pero ¿no es soberbia, madre?

(*Llena el vaso.*)

ELENA.—Regina tiene muchos y muy grandes defectos...

OSWALDO.—¿Y eso qué?

(*Bebe.*)

ELENA.—Pero no por eso le tengo menos cariño; y soy responsable de ella. Por nada de este mundo querría que le sucediese ninguna cosa.

OSWALDO. (*Levantándose de un salto.*) —¡Madre, Regina es mi única salvación!

ELENA.—¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—Yo no puedo continuar soportando á solas este tormento.

ELENA.—¿No tienes á tu madre para soportarlo contigo?

OSWALDO.—Así lo creía, y por eso he venido. Pero ya veo que las cosas no podrán seguir de este modo. Yo no podré pasar aquí toda mi existencia.

ELENA.—¡Oswaldo!

OSWALDO.—Yo tengo que vivir de otro modo, madre. He ahí por qué es preciso que te deje. Yo no quiero que tengas siempre este espectáculo delante de los ojos.

ELENA.—¡Infeliz hijo! Pero mientras estés tan enfermo, Oswaldo...

OSWALDO.—Si no fuese más que la enfermedad, me quedaría contigo, madre, porque tú eres el mejor amigo que tengo en el mundo.

ELENA.—¿Verdad que sí, Oswaldo? ¡Di!

OSWALDO. (*Yendo de un lado para otro con desasosiego.*)—Pero son además todos estos tormentos, todos estos remordimientos interiores... y por remate esta gran angustia, esta angustia mortal. ¡Oh!... ¡Esta horrible angustia!

ELENA. (*Yendo detrás de él.*)—¿Angustia? ¿Qué angustia? ¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—¡Ah! No me preguntes más sobre eso. No sé, no puedo describírtela.

(*Elena pasa á la derecha y tira del cordón de la campanilla.*)

OSWALDO.—¿Qué quieres?

ELENA.—Quiero que mi hijo esté alegre, ¡eso! Es menester que no vea negras todas las cosas. (*A Regina que aparece en la puerta.*) ¡Más champaña! Ahora una botella grande.

(*Vase Regina.*)

OSWALDO.—¡Madre!

ELENA.—¿Crees tú que nosotros no sabemos vivir aquí?

OSWALDO.—¿No tiene esa muchacha una estampa soberbia? ¡Vaya unas formas! Y rebosando salud por todas partes.

ELENA. (*Sentándose á la mesa.*)—Ven-te aquí, Oswaldo, y hablemos tranquilamente.

OSWALDO. (*Sentándose.*)—¿No sabes, madre, que yo tengo que reparar una falta cometida con Regina?

ELENA.—¿Tú?

OSWALDO.—O, si prefieres, una ligera imprudencia, y muy inocente. La última vez que estuve aquí...

ELENA.—¿Qué pasó la última vez?

OSWALDO.—Me hizo mil preguntas sobre París, y le conté qué sé yo cuántas cosas. Después recuerdo que un día acerté á decirle: «¿No le gustaría á V. ir allá?»

ELENA.—¿Y ella?...

OSWALDO.—Se puso como la grana, y me dijo: «Sí, me gustaría muchísimo.»—«Bien, le respondi, está bien, puede que haya un medio de satisfacer su deseo.»

ELENA.—¿Y qué más?

OSWALDO.—Naturalmente, me había olvidado de todo; pero anteayer le pregunté si estaba contenta del mucho tiempo que yo iba á permanecer aquí...

ELENA.—¿Y qué respondió?

OSWALDO.—Me miró de una manera singular, diciéndome: «¡Sepamos...! ¿Y mi viaje á París?»

ELENA.—¿Su viaje?

OSWALDO.—Entonces vi que había tomado la cosa en serio, que había estado pensando en mí toda esta temporada, y que se había puesto á aprender el francés.

ELENA.—¡Ya! Por eso...

OSWALDO.—¡Madre! Al ver esa soberbia muchacha, tan linda, tan llena de salud—jamás me había fijado hasta entonces,—al verla, puede decirse, con los brazos abiertos, dispuesta á recibirme...

ELENA.—¿Oswaldo!

OSWALDO.—... Comprendí que era la salvación. Lo que yo veía en mi presencia era la alegría de vivir.

ELENA. (*Asombrada.*)—¿La alegría de vivir...? ¿Esa es, pues, la salvación?

REGINA. (*Presentándose en el umbral, con una botella en la mano.*)—Dispénsenme Vds. si he tardado tanto, pero he tenido que bajar á la bodega.

OSWALDO.—Denos V. otro vaso.

REGINA. (*Mirándolo con asombro.*)—Aquí tiene V. el vaso de la señora, señorito.

OSWALDO.—Sí, pero un vaso para ti, Regina.

(*Regina se estremece y mira tímidamente á su señora.*)

OSWALDO.—¿Vamos?

REGINA. (*Perpleja y bajando la voz.*)—¿Lo permite la señora?

ELENA.—Vé por el vaso, Regina.

(*Regina pasa al comedor.*)

OSWALDO. (*Siguiéndola con los ojos.*)—¿Has reparado en su manera de andar? ¡Tan firme y tan resuelta!

ELENA.—¡Eso no puede ser, Oswaldo!

OSWALDO.—Está decidido. Ya lo ves: es inútil contradecirme.

(*Entra Regina con un vaso, que conserva en la mano.*)

OSWALDO.—Siéntate, Regina.

(*Regina interroga á su señora con la mirada.*)

ELENA.—Siéntate.

(*Regina se sienta en una silla cerca de la puerta del comedor, y conserva en la mano el vaso vacío.*)

ELENA.—Oswaldo... ¿qué me decias de la alegría de vivir?

OSWALDO.—¡Oh, madre, la alegría de vivir...! En nuestra tierra apenas la conocéis. Yo no la siento aquí jamás.

ELENA.—¿Ni aun estando en casa?

OSWALDO.—Ni aun estando en casa. Pero tú no me comprendes.

ELENA.—Sí, ahora creo interpretar tu idea.

OSWALDO.—¡La alegría de vivir... y luego la alegría de trabajar! ¡Eh! En el fondo es lo mismo. Pero también desconocéis aquí esa alegría.

ELENA.—Puede que tengas razón. Sigue hablándome de eso, Oswaldo.

OSWALDO.—Mira, yo pienso sencillamente que aquí se enseña á mirar el trabajo como un azote de Dios, como un castigo de nuestros pecados, y la vida como una cosa miserable, de que urge librarse cuanto más pronto.

ELENA.—Sí, un valle de lágrimas. Y la verdad es que hacemos todo lo posible porque sea así.

OSWALDO.—Pues allá no se quiere saber nada de esas cosas. Allá esa clase de enseñanzas nõ encuentra creyentes. Allá puede uno sentirse lleno de alegría y de felicidad, por la sencilla razón de que se vive. Madre, ¿no has notado tú que todo lo que he pintado gira en torno de la alegría de la vida? Por todas partes y siempre la alegría de la vida. Allá todo es luz, sol, regocijo, y los semblantes humanos brillan de placer. Por eso me asusta permanecer aquí.

ELENA.—¿Te asustas? ¿Y de qué te asustas en casa?

OSWALDO.—De que todo lo que fer-

menta en mi interior se transforme aquí en mal.

ELENA. (*Mirándolo fijamente.*)—¿Crees eso posible?

OSWALDO.—Absolutamente seguro. Aunque yo tratase de llevar en casa idéntica vida que allá, no sería lo mismo.

ELENA. (*Que ha escuchado con atención creciente, se levanta y fija en su hijo una mirada profunda y pensativa.*)—¡Ahora lo comprendo todo!

OSWALDO.—¿El qué?

ELENA.—Es la primera vez que veo la verdad y ahora puedo hablar.

OSWALDO. (*Levantándose.*)—No te entiendo, madre.

REGINA. (*Se ha levantado también.*)—¿Debo marcharme?

ELENA.—No, quédate. Ahora puedo hablar. Ahora, hijo mío, vas á saberlo todo, y después tomarás una determinación. ¡Oswaldo! ¡Regina!

OSWALDO.—Silencio. El Pastor...

EL PASTOR. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¡Bueno! Hemos tenido una de esas reunioncitas que ensanchan el alma.

OSWALDO.—Nosotros también.

EL PASTOR.—Hay que ayudar á Engstrand en eso del albergue de los marinos. Es menester que Regina se vaya con él y le preste su concurso.

REGINA.—No, gracias, señor Pastor.

EL PASTOR. (*Que no había reparado en ella todavía.*)—¿Qué...? ¡Aquí...! ¡Y con un vaso en la mano!

REGINA. (*Apresurándose á dejar el vaso.*)—Vds. perdonen...

OSWALDO.—Regina se viene conmigo, señor pastor.

EL PASTOR.—¡Que se va! ¿Con V.?

OSWALDO.—Sí, en calidad de esposa... si lo exige.

EL PASTOR.—Pero ¡misericordia!...

REGINA.—Yo no puedo hacer nada... señor Pastor.

OSWALDO.—O se queda aquí, si yo me quedo.

REGINA. (*Involuntariamente.*)—¡Aquí!

EL PASTOR.—Me deja V. atónito, doña Elena.

ELENA.—No sucederá nada de eso, porque ahora puedo decirlo todo.

EL PASTOR.—¡Pero no querrá V.! ¡No, no, no!

ELENA.—Puedo y quiero. Tranquilícese V., no habrá ningún ideal destruido.

OSWALDO.—¿Qué se me oculta aquí, madre?

REGINA. (*Escuchando.*)—¡Señora! ¡Oiga V.! Hay gente fuera; gritan.

(*Pasa al invernadero y mira por la ventana.*)

OSWALDO. (*En la ventana de la izquierda.*)—¿Qué pasa? ¿De qué procede ese resplandor?

REGINA. (*Profiriendo un grito.*)—¡Es que está ardiendo el asilo!

ELENA. (*A la ventana.*)—¡Ardiendo!

EL PASTOR.—¿Ardiendo? Imposible. Vengó de allí.

OSWALDO.—¿Dónde está mi sombrero? ¡Ah! Poco importa... ¡El asilo de mi padre!

(*Sale corriendo por la puerta que da al mar.*)

ELENA.—¡Mi chal, Regina! ¡Todo está envuelto en llamas!

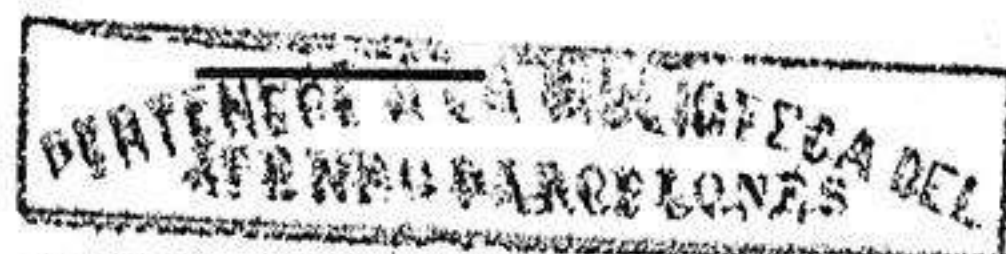
EL PASTOR.—¡Es espantoso! Señora, ¡es el castigo que cae sobre este lugar de perdición.

ELENA.—Sí, sí, seguramente. Ven, Regina.

(*Se precipita, seguida de Regina, por la puerta del vestíbulo.*)

EL PASTOR. (*Juntando las manos.*)—¡Y sin asegurar!

(*Vase detrás de ellas.*)



ACTO TERCERO

La misma decoración. Todas las puertas abiertas. La lámpara sigue encendida encima del velador. Fuera reina aún la oscuridad de la noche; no se ve más que un débil resplandor en el fondo del paisaje, á la izquierda.

(*Elena, envuelta en su chal, mira por una ventana del invernadero. Regina, con chal también, se encuentra detrás á corta distancia.*)

ELENA.—Todo ha ardido. Se ha destruido todo.

REGINA.—Aún hay fuego en los cimientos.

ELENA.—¡Y Oswaldo sin volver! No hay nada que salvar, sin embargo.

REGINA.—¿Iré á llevarle el sombrero?

ELENA.—¿No tiene sombrero siquiera?

REGINA. (*Señalando con el dedo hacia el vestíbulo.*)—No, señora; véalo V. en la percha.

ELENA.—Déjalo ahí. No puede tardar en volver. Voy á ver yo misma.

(*Vase por la puerta que da al mar.*)

EL PASTOR. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¿No está la señora?

REGINA.—Acaba de salir hacia la playa.

EL PASTOR.—Es la noche más terrible que he pasado en mi vida.

REGINA.—Sí. ¿No es una desgracia horrorosa, señor Pastor?

EL PASTOR.—¡Oh! No me hable V. de eso. Apenas puedo pensarlo.

REGINA.—Pero, ¿cómo ha empezado el fuego?

EL PASTOR.—¡No me pregunte V. nada! ¿Lo sé yo? ¿Es que quiere V. también...? ¿No basta que su padre...?

REGINA.—¿Qué ha hecho?

EL PASTOR.—¡Oh! Me volverá del revés la cabeza.

ENGSTRAND. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¡Señor pastor...!

EL PASTOR. (*Volviéndose con espanto.*)—¿Cómo? ¿Me persigue V. hasta aquí?

ENGSTRAND.—¡Sí; que el cielo me confunda!... ¡Jesús, lo que digo! Pero todas sus lamentaciones de V. no sirven de nada, señor pastor.

EL PASTOR.—¿Qué hay?

ENGSTRAND.—¡Ah! Mira tú; todo se debe á esa reunión piadosa. (*Aparte á Regina.*) ¡Esta es la nuestra, hija! (*Alto.*) ¿De modo que yo tengo la culpa de que el señor pastor haya...?

EL PASTOR.—Pero yo le aseguro á V., Engstrand...

ENGSTRAND.—Nadie ha tocado á las luces más que el señor pastor.

EL PASTOR. (*Deteniéndose.*)—Sí, eso dice V.; pero yo no recuerdo haber tenido una luz en la mano.

ENGSTRAND.—Y yo que vi perfectamente al señor pastor despabilar una vela con los dedos, y tirar el pábilo en el serrín.

EL PASTOR.—¿V. ha visto eso?

ENGSTRAND.—Perfectamente.

EL PASTOR.—No lo entiendo. Sobre que yo no he tenido jamás la costumbre de despabilar las velas con los dedos.

ENGSTRAND.—Sí, aquello no parecía bien. Pero, ¿es realmente una costumbre peligrosa, señor pastor?

EL PASTOR. (*Paseándose con desasosiego.*)—¡Que no me pregunte V. hombre!

ENGSTRAND. (*Siguiéndole.*)—Y, para que nada falte, ¿no había tomado seguro el señor pastor?

EL PASTOR. (*Sin dejar de andar.*)—No, no y no; lo sabe V. de sobra.

ENGSTRAND. (*Siguiéndole.*)—¡Sin seguro! ¡Vamos, que prenderse fuego así!... ¡Jesús, Jesús, qué desgracia!

EL PASTOR. (*Limpiándose la frente.*)—¡Ah! Bien puede V. decirlo.

ENGSTRAND.—¡Y que eso pase con un establecimiento de beneficencia, que debía ser útil á la ciudad y á sus arrabales, como suele decirse! Mucho me temo que los periódicos no traten como es debido al señor pastor.

EL PASTOR.—No, en eso estoy pensando precisamente. Es, quizá, lo más doloroso... ¡Todos esos ataques abominables, todas esas acusaciones... ¡Ah! ¡Es terrible pensarlo!

ELENA. (*Entrando por la puerta que da á la playa.*)—No es posible hacer que abandone el fuego.

EL PASTOR.—¡Ah! ¿Está V. ah í, señora?

ELENA.—V. siquiera se ha librado del discurso inaugural, pastor Manders.

EL PASTOR.—¡Oh! Yo hubiese tenido tanto gusto...

ELENA. (*Con voz sorda.*)—Más vale que haya sido así. De ese asilo no podía salir nada bueno.

EL PASTOR.—¿V. cree...?

ELENA.—¿Lo duda?

EL PASTOR.—De todos modos, es una inmensa desgracia.

ELENA.—Expliquémonos en algunas palabras sobre este asunto, como sobre una cuestión de intereses... ¿Espera V. al pastor, Engstrand?

ENGSTRAND. (*Cerca de la puerta del vestíbulo.*)—Sí, señora; estoy esperándolo.

ELENA.—Entonces siéntese V.

ENGSTRAND.—Gracias; estoy muy bien de pié.

ELENA. (*Al Pastor.*)—¿V. tomará el vapor probablemente?

EL PASTOR.—Sí, dentro de una hora.

ELENA.—En ese caso, tenga V. la bondad de llevarse todos los papeles. No quiero volver á oír una palabra de este asunto. En este instante me dominan otras preocupaciones.

EL PASTOR.—Señora...

ELENA.—Más tarde le enviaré á V. plenos poderes para terminar como á V. le parezca.

EL PASTOR.—Lo haré con la mayor

voluntad. La disposición primera del testamento es ya, por desgracia, completamente inaplicable.

ELENA.—Dicho se está.

EL PASTOR.—Por el pronto, pienso hacer este arreglo: el cercado de Solvik, pertenecerá á la localidad. La tierra no carece de valor: siempre podrá servir para algo. En cuanto á la renta del capital que queda en la Caja de Ahorros, quizá podré emplearlo convenientemente en beneficio de la población.

ELENA.—Será lo que V. quiera. Hoy todo eso me es completamente indiferente.

ENGSTRAND.—Piense V. en mi refugio para los marinos, señor pastor.

EL PASTOR.—Sí, puede ser; es una idea. Veremos. Hay que reflexionar.

ENGSTRAND.—No, caramba; ¡qué reflexión!... (*Reportándose.*) ¡Ave María purísima!

EL PASTOR. (*Suspirando.*)—Y luego, yo no sé desgraciadamente hasta cuándo tendré que ocuparme de estos asuntos, y si la opinión pública no me obligará á retirarme. Todo depende del resultado de la información.

ELENA.—¿Qué dice V.?

EL PASTOR.—Y el resultado no es posible preverlo.

ENGSTRAND. (*Acercándose á él.*)—V. perdone, si que se puede prever. No olvide que está aquí Jacobo Engstrand.

EL PASTOR.—Sí, sí, pero...

ENGSTRAND. (*Más bajo.*)—Jacobo Engstrand no es hombre que abandona á un bienhechor generoso en la hora del peligro, como se dice.

EL PASTOR. — Sí, querido; pero ¿cómo...?

ENGSTRAND. — ¡Jacobó Engstrand es, por decirlo así, como el ángel de la salvación, señor Pastor!

EL PASTOR. — No, no, lo que es eso no podré consentirlo de ningún modo.

ENGSTRAND. — Y, sin embargo, así será. Yo sé de uno que ya ha cargado en cierta ocasión con la falta de otra persona.

EL PASTOR. — ¡Jacobó! (*Le estrecha la mano.*) Es V. un hombre raro. ¡Vamos! Se hará lo que sea preciso por el asilo de V. Cuente con ello.

ENGSTRAND. (*Quiere dar las gracias, pero la emoción ahoga su voz.*)

EL PASTOR. (*Terciándose la bolsa de viaje.*) — ¡Y ahora andando! Los dos nos vamos juntos.

ENGSTRAND. (*Aparte á Regina, que está cerca de la puerta del comedor.*) — Vente conmigo, chiquilla; estarás como una reina.

REGINA. (*Moviendo la cabeza.*) — ¡Gracias!

(*Pasa al vestibulo y da al Pastor la maleta.*)

EL PASTOR. — ¡Adiós, señora! Y quiera el cielo que penetre pronto en esta morada el espíritu de orden y de regularidad.

ELENA. — ¡Adiós, Manders!

(*Se dirige al invernadero, al ver entrar á Oswaldo por la puerta exterior.*)

ENGSTRAND. (*Secundado por Regina, ayuda al Pastor á ponerse el abrigo.*) — Adiós, hija mía; y, si te ocurre algu-

na cosa, ya sabes dónde encontrar á Jacobó Engstrand. (*Aparte.*) ¡Callejuela del Puerto, jem!... (*A Elena y Oswaldo.*) Y la casa de los marinos se llamará el «Asilo del gentilhomme Alving...» ¡así! Y, si consigo dirigir esa casa como pienso, puede asegurarse que será digna del difunto señor gentilhomme.

EL PASTOR. (*En la puerta.*) — ¡Hum! Vamos, querido Engstrand. ¡Adiós, adiós!

(*Engstrand y él vanse por el vestibulo.*)

OSWALDO. (*Acercándose á la mesa.*) — ¿Qué casa es esa de que hablaba?

ELENA. — Una especie de asilo que quieren fundar él y el pastor Manders.

OSWALDO. — Arderá como éste.

ELENA. — ¿De dónde sacas eso?

OSWALDO. — Va á arder todo. No va á quedar nada que recuerde la memoria de mi padre. Y yo también me abraso.

(*Regina lo mira asombrada.*)

ELENA. — ¡Oswaldo! No debiste estar allá tanto tiempo, ¡pobre hijo mío!

OSWALDO. (*Sentándose á la mesa.*) — Creo que tienes razón.

ELENA. — Déjame enjugarte la cara; estás completamente mojado.

(*Se la limpia con su pañuelo.*)

OSWALDO. (*Paseando una mirada indiferente.*) — Gracias, madre.

ELENA. — ¿No estás cansado? ¿Querías dormir quizá?

OSWALDO. (*Con angustia.*) — No, no... ¡no quiero dormir! Yo no duermo nun-

ca; hago que duermo. (*Con voz sorda.*) Pronto me llegará la hora.

ELENA. (*Mirándolo con inquietud.*)— ¡Ah! ¿De modo que estás malo de veras, bendito mío?

REGINA. (*Prestando atención.*)—¿Está malo el Sr. Alving?

OSWALDO. (*Con impaciencia.*)— ¡Y esas puertas! ¡Cerradas todas! Esta angustia mortal...

ELENA. — Cierra, Regina.

(*Regina cierra y se queda en la puerta del vestíbulo. Elena se quita el chal. Regina hace otro tanto.*)

ELENA. (*Aproximando una silla y sentándose al lado de Oswaldo.*)—Ya ves: me vengo junto á ti.

OSWALDO.— ¡Sí, eso es! Y que no se vaya Regina. Regina tiene que estar siempre á mi lado. Tú acudirás en mi auxilio, ¿verdad, Regina?

REGINA.—No comprendo...

ELENA.—¿En tu auxilio?

OSWALDO.—Sí... cuando haga falta.

ELENA.—Oswaldo, ¿no está aquí tu madre para volar en tu ayuda?

OSWALDO. — ¿Tú? (*Sonriendo.*) No, madre; tú no puedes prestarme ese auxilio. (*Con sonrisa forzada.*) ¡Tú! ¡Ja, ja! (*La mira gravemente.*) Y la verdad es que ese era tu papel. (*Con violencia.*) ¿Por qué no me tuteas, Regina? ¿Por qué no me llamas Oswaldo?

REGINA. (*En voz baja.*)—Creo que no le gustará á la señora.

ELENA.—Dentro de poco tendrás ese derecho. Ahora ponte junto á nosotros tú también...

(*Regina se sienta en silencio y con alguna vacilación al otro lado de la mesa.*)

ELENA.—Ahora, pobre hijo mío, quiero quitarte el peso que tienes sobre tu alma.

OSWALDO.—¿Tú, madre?

ELENA.—Sí: todo lo que tú llamas penas, remordimientos y arrepentimiento...

OSWALDO.—¿Y crees que alcanzará á tanto tu poder?

ELENA.—Sí, Oswaldo, estoy segura. Cuando hace un momento hablabas de la alegría de vivir, lo he visto claro todo, y he contemplado bajo un nuevo aspecto mi vida entera.

OSWALDO. (*Moviendo la cabeza.*)—No comprendo nada.

ELENA.— ¡Ah! Si hubieses conocido á tu padre cuando era todavía un jovencuelo teniente... ¡La alegría de vivir! El parecía personificarla...

OSWALDO.—Sí, ya sé.

ELENA.—Comunicaba la alegría, difundía el regocijo en torno de sí. Y luego ¡aquella fuerza indomable, aquella plenitud de vida que poseía!

OSWALDO.—Bien, ¿pero...?

ELENA.—Y he aquí que aquel alegre niño—porque era como un niño en esa época—llega á establecerse en una modesta población con pretensiones de gran ciudad, que no podía depararle ningún goce íntimo, sino sólo placeres sensuales. Se encontró sin un objetivo que alcanzar, sin más que un empleo. Ningún trabajo en que poder ocupar todo su espíritu; nada más que negocios. Ni un solo amigo capaz de sentir lo que es la alegría de vivir, sino única-

mente compañeros de ociosidad y de orgía.

OSWALDO.—¡Madre...!

ELENA.—Sucedió lo que debía suceder.

OSWALDO.—¿Y qué debía suceder?

ELENA.—Tú mismo lo decías hace poco, al anunciar lo que sería de ti, si permanecieses en casa.

OSWALDO.—¿Quieres decir con eso que mi padre...?

ELENA.—Tu pobre padre no encontró jamás un desahogo para aquella alegría de vivir que le rebosaba. Yo tampoco llevé la serenidad á su hogar.

OSWALDO.—¿Tú tampoco?

ELENA.—Yo había recibido algunas enseñanzas en que no se hablaba más que de deberes y de obligaciones, y en ese sentido he vivido mucho tiempo. Toda la existencia se resumía en deberes—mis deberes, sus deberes, etc.;—temo haber hecho insoportable la casa á tu pobre padre, Oswaldo.

OSWALDO.—¿Cómo no me has hablado de eso nunca en tus cartas?

ELENA.—Porque hasta este día nunca he creído posible confesártelo todo á ti, á su hijo.

OSWALDO.—¿Y hoy has comprendido...?

ELENA. (*Lentamente.*)—Yo no vi más que una cosa, y es: que tu padre era hombre perdido antes de tu nacimiento.

OSWALDO. (*Con voz sorda.*)—¡Ah!...

(*Se levanta, y se acerca á la ventana.*)

ELENA.—Y después reflexioné que Regina pertenecía á esta casa... con

el mismo derecho que mi propio hijo.

OSWALDO. (*Volviéndose precipitadamente.*)—¡Regina...!

REGINA. (*Estremeciéndose y con voz contenida.*)—¡Yo...!

ELENA.—Ahora los dos lo sabéis todo.

OSWALDO.—¡Regina!

REGINA. (*Hablándose á sí misma.*)—De modo que mi madre era una...

ELENA.—Tu madre, Regina, tenía muchas cualidades buenas.

REGINA.—Sí, pero lo era de todos modos. ¡Oh! Bien me lo decía yo á veces; sólo que... ¡Vaya, señora! ¿Me permite V. marcharme en seguida?

ELENA.—¿De veras querías irte, Regina?

REGINA.—Lo quiero, sí.

ELENA.—Eres libre, naturalmente; pero...

OSWALDO. (*Adelantándose hacia Regina.*)—¿Quieres irte ahora que estás aquí en tu casa?

REGINA.—*Gracias*, señor Alving... Es verdad, ahora puedo decir Oswaldo, pero no precisamente de la manera que yo pensaba.

ELENA.—Regina, no he sido franca contigo.

REGINA.—Verdaderamente que no, no puede decirse tal cosa. Si yo hubiera sabido que Oswaldo estaba enfermo, y que no podía haber nada serio entre nosotros... No, yo no voy á consumirme aquí cuidando enfermos.

OSWALDO.—¿Qué? ¿Ni aun por un hombre tan allegado á ti?

REGINA.—No, no puedo. Una muchacha pobre tiene que emplear su

juventud... de otro modo; podría encontrarse algún día sin casa y sin hogar. Y yo también deseo disfrutar de la vida, señora.

ELENA.—¡Ay, sí! Pero no vayas á perderte, Regina.

REGINA.—¡Bah! Si me pierdo, será que estaba de Dios. Si Oswaldo se parece á su padre, supongo que yo debo parecerme á mi madre... ¿Puedo preguntar á la señora si el pastor Manders está enterado de lo que se refiere á mí?

ELENA.—El pastor Manders lo sabe todo.

REGINA. (*Poniéndose el chal.*)—Entonces necesito darme prisa para alcanzar el vapor. Es tan fácil entenderse con el pastor Manders, y me parece que yo tengo tanto derecho al dinero como... ese cojo de carpintero.

ELENA.—No deseo otra cosa, Regina.

REGINA. (*Mirándola friamente.*)—Bien hubiera podido la señora educarme como á la hija de un hombre de condición; eso hubiese sido más conveniente. (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Bah!... ¡Me tiene sin cuidado! (*Mirando de soslayo, con amargura, la botella cerrada.*) Después de todo, yo podría beber Champaña con personas de alto copete.

ELENA.—Si alguna vez necesitas un hogar, ven á mi casa, Regina.

REGINA.—No; se lo agradezco, señora. El pastor Manders me tomará á su cargo. Y si debiese acabar mal, sé un sitio donde estaré como en mi casa.

ELENA.—¿Dónde?

REGINA.—En el asilo del gentilhomme Alving.

ELENA.—Ya veo, Regina, que corres á tu perdición...

REGINA.—¡Bah! Adiós.

(*Saluda y vase por la puerta del vestíbulo.*)

OSWALDO. (*Mirando por la ventana.*)—¿Se ha marchado?

ELENA.—Sí.

OSWALDO. (*Entre dientes.*)—Tanto peor.

ELENA. (*Detrás de él, y poniéndole las manos sobre los hombros.*)—Oswaldo, querido hijo, ¿te has afectado mucho?

OSWALDO. (*Volviendo la cabeza hacia ella.*)—¿Por qué? ¿Por lo que se refiere á padre?

ELENA.—Sí; á tu desgraciado padre. Temo tanto que la impresión haya sido demasiado fuerte para ti...

OSWALDO.—¿Qué te induce á creerlo? Naturalmente, todo esto me ha sorprendido de una manera extraordinaria, pero en el fondo me es igual.

ELENA. (*Retirando las manos.*)—¿Igual? ¿Que tu padre haya sido tan profundamente desgraciado?

OSWALDO.—Puedo compadecerle como á cualquier otro, pero...

ELENA.—¿Nada más? ¡Por tu propio padre!

OSWALDO. (*Con impaciencia.*)—Mi padre... mi padre. ¿He conocido yo por ventura á mi padre? ¡No tengo ningún recuerdo de él, como no sea que un día me hizo vomitar!

ELENA.—¡Es horrible pensarlo! A pesar de todo, un hijo, ¿no debe amar á su padre?

OSWALDO.—¿Cuando ese padre no

tiene ningún título á su gratitud? ¿Cuando el hijo no lo ha conocido nunca? Y tú, tan ilustrada en todo lo demás, ¿tendrías realmente esa añeja preocupación?

ELENA.—¡No sería, pues, más que una preocupación...!

OSWALDO.—Sí, puedes afirmarlo, madre. Es una de esas ideas corrientes que el mundo admite sin examen y...

ELENA. (*Sobrecogida.*)—¡Aparecidos!

OSWALDO. (*Atravesando la escena.*)—Sí, así puedes llamarlas.

ELENA. (*Con transporte.*) ¡Oswaldo...! ¿Entonces tampoco á mí me quieres?

OSWALDO.—A ti, por lo menos, te conozco.

ELENA.—Me conoces; pero... ¿nada más?

OSWALDO.—Y sé lo que me quieres; por fuerza he de estarte agradecido. Además, puedes serme tan útil ahora que estoy enfermo...

ELENA.—¿Verdad, Oswaldo? ¡Oh! Poco me falta para bendecir la enfermedad que te ha traído á mi lado. Porque bien se ve que no te poseo; es menester que te conquiste.

OSWALDO. (*Con impaciencia.*)—Sí, sí, sí, todo eso son maneras de hablar. Es preciso que te acuerdes de que soy un enfermo, y no puedo ocuparme de otros; bastante tengo con pensar en mí mismo.

ELENA. (*Con dulzura.*)—Yo tendré paciencia.

OSWALDO.—¡Y alegría, madre!

ELENA.—Sí, hijo mío, tienes razón. ¿He logrado al fin librarte de esos remordimientos y preocupaciones que te consumían?

OSWALDO.—Sí, lo has logrado. Pero ahora, ¿quién me libraré de la angustia?

ELENA.—¿De la angustia?

OSWALDO. (*Atravesando la escena.*)—Regina lo hubiera conseguido con una buena palabra.

ELENA.—¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

OSWALDO.—¿Va muy avanzada la noche, madre?

ELENA.—Va á amanecer. (*Mira por una ventana del invernadero.*) Ya tiñe el alba los montes. ¡Y hará buen día, Oswaldo! Dentro de un momento podrás ver el sol.

OSWALDO.—Me alegro. Hay tantas cosas que pueden alegrarme é invitarme á vivir...

ELENA.—¡Ya lo creo!

OSWALDO.—Aunque no pueda trabajar...

ELENA.—¡Oh! No has de tardar en poder hacerlo, puesto que ya no tienes esos pensamientos enervadores que te consumían y á que andabas dando vueltas á todas horas.

OSWALDO.—Es una gran suerte que hayas disipado todas esas pesadillas. Y ahora que he podido salvar este paso... (*Sentándose en el sofá.*) hablemos, madre.

ELENA.—Sí, eso es.

(*Acerca una butaca al sofá y se sienta muy cerca de su hijo.*)

OSWALDO.—Ya ves: sale el sol, y lo sabes todo, y se fué la angustia.

ELENA.—¿Que lo sé todo? ¿Qué quieres decir?

OSWALDO. (*Sin escucharla.*)—Madre, ¿no has dicho que no hay nada en el mundo que tú no hicieses por mí, si yo te lo rogase?

ELENA.—Sí, es verdad.

OSWALDO.—¿Y sigues diciéndolo?

ELENA.—Puedes estar seguro, querido mío, mi único hijo. ¿Vivo yo para otra cosa que para ti?

OSWALDO.—Sí, sí. Entonces óyeme. Madre, tú tienes el alma bien templada; lo sé yo. Pues bueno, es preciso que me escuches con calma y sin interrumpirme...

ELENA.—Veamos. ¿Qué cosas son esas tan terribles?

OSWALDO.—Es que no has de alborotarte. ¿Me lo prometes? Vamos á hablar aquí muy tranquilos. ¿Me lo prometes, madre?

ELENA.—Sí, sí, te lo prometo. ¡Pero habla!

OSWALDO.—Bien. Pues has de saber que esta fatiga... y esta situación en que se me hace insoportable la idea del trabajo, todo eso no es la misma enfermedad.

ELENA.—¿Y esa enfermedad...?

OSWALDO.—Esa enfermedad que me ha cabido en herencia está... (*Poniendo el dedo en la frente y bajando mucho la voz.*) está aquí dentro.

ELENA. (*Casi afónica.*)—¡Oswaldo...! ¡No... no!

OSWALDO.—¡No grites! No puedo soportarlo. Sí, sábelo: está aquí en acecho. Puede estallar cuando menos se piense.

ELENA.—¡Ah, eso es espantoso!...

OSWALDO.—Pero ten calma. He ahí cómo me encuentro...

ELENA. (*Dando una sacudida.*)—¡Todo eso es falso, Oswaldo! ¡Es imposible! ¡No puede ser!

OSWALDO.—Allá tuve un acceso. Pasó pronto; pero me perseguía y enloquecía la angustia, y corrí aquí, junto á ti, lo antes que pude.

ELENA.—¡De modo que esa es la angustia!...

OSWALDO.—Sí, es un horror indecible, como comprendes. ¡Ah! ¡Si no se tratase más que de una enfermedad mortal común! Porque yo no tengo tanto miedo de morir... á pesar de que desearía vivir todo lo más posible.

ELENA.—¡Sí, sí, Oswaldo, y así será!

OSWALDO.—¡Pero en esto hay algo tan horrible!... Volver, por decirlo así, al estado de la primera infancia... necesitar uno que lo alimenten, necesitar... ¡Ah!... ¡No hay palabras con que expresar lo que sufro!

ELENA.—El niño cuenta con su madre para cuidarlo.

OSWALDO. (*Saltando de su sitio.*)—¡No, jamás! ¡Eso es precisamente lo que no quiero! No puedo hacerme á la idea de permanecer en este estado años y años quizá... de envejecer, de encañecer así. Y entre tanto podrías morirte tú y dejarme solo. (*Se sienta en la butaca de su madre.*) Porque el médico ha dicho que esto no concluye necesariamente con una muerte inmediata. Supone que es una especie de reblandecimiento del cerebro ó algo así. (*Con forzada sonrisa.*) Me parece que la expresión suena armoniosamente. Yo me doy á pensar de continuo en telas de terciopelo de seda, de un matiz cere-

za... alguna cosa así muy suave al tacto.

ELENA.—¡Oswaldo!

OSWALDO. (*Levantándose de un salto y atravesando la escena.*)—¡Y me has quitado á Regina! ¡Que no esté aquí! Ella es quien hubiese venido en mi ayuda.

ELENA. (*Acercándose á él.*)—¿Qué quieres decir, alma mía? ¿Hay alguna ayuda que yo no esté dispuesta á ofrecerte?

OSWALDO.—Cuando recobré los sentidos, después del acceso, el médico me dijo que, si se repetía—y se repetirá—no habría ya esperanza.

ELENA.—¡Y tuvo el valor de decirte eso!

OSWALDO.—Le obligué yo. Le dije que estaba dispuesto á tomar... (*Con una sonrisa siniestra.*) Y era cierto. (*Saca una cajita del bolsillo interior de la cazadora.*) ¿Ves esto, madre?

ELENA.—¿Qué es?

OSWALDO.—Polvos de morfina.

ELENA. (*Mirándolo espantada.*)—¡Oswaldo... hijo mío!

OSWALDO.—He conseguido reunir doce papeles.

ELENA. (*Tratando de coger la caja.*)—¡Dame esa caja, Oswaldo!

OSWALDO.—Todavía no, madre.

(*Vuelve á guardarla en el bolsillo.*)

ELENA.—Yo no sobrevivo á este golpe.

OSWALDO.—¡No se ha de poder sobrevivir! Si yo tuviese aquí á Regina le participaría mi resolución... y reclamaria de ella este último auxilio.

Estoy seguro de que no me negaría su ayuda.

ELENA.—¡Jamás!

OSWALDO.—Si me diese el ataque en su presencia, y me viese tendido, más débil que un niño, impotente, miserable, sin esperanza... sin salvación posible...

ELENA.—Regina no hubiese consentido jamás...

OSWALDO.—Regina no hubiese vacilado mucho. ¡Era tan hermosamente blanda de corazón!... Y pronto se hubiese cansado de cuidar á un enfermo así.

ELENA.—Pues entonces ¡bendito sea Dios por haberse ido Regina!

OSWALDO.—Sí, madre; de manera que á ti te toca ahora socorrerme.

ELENA. (*Profiriendo un grito.*)—¿A mí?

OSWALDO.—¿Y quién sino tú?

ELENA.—¡Yo, tu madre!

OSWALDO.—Justamente.

ELENA.—¡Yo que te he dado la vida!

OSWALDO.—No te la pedí. ¿Y qué clase de vida me has dado? ¡No la quiero! ¡Vuélvetela á llevar!

ELENA.—¡Socorro! ¡Socorro!

(*Huye al vestibulo.*)

OSWALDO. (*Corriendo tras ella.*)—¡No me dejes! ¿Dónde vas?

ELENA. (*En el vestibulo.*)—A llamar al médico, Oswaldo. ¡Déjame salir!

OSWALDO. (*Alcanzándola.*)—Ni saldrás tú, ni entrará aquí nadie.

(*Echa la llave.*)

ELENA. (*Volviendo.*)—¡Oswaldo, Oswaldo!... ¡Hijo mío!

OSWALDO. (*Siguiéndola.*)—¿Y tienes corazón de madre tú... tú que puedes verme sufrir esta angustia sin nombre?

ELENA. (*Con voz contenida, después de una pausa.*)—Aquí tienes mi mano.

OSWALDO.—¿Consientes...?

ELENA.—Si llega á ser preciso. Pero no, no sucederá. ¡Eso no es posible nunca, nunca!

OSWALDO.—Deseémoslo. Y vivamos juntos mientras podamos. Gracias, madre.

(*Se sienta en la butaca que Elena acercó al sofá. Amanece; la lámpara sigue encendida encima del velador.*)

ELENA. (*Aproximándose con dulzura.*)—¿Te sientes tranquilo ahora?

OSWALDO.—Sí.

ELENA. (*Inclinada hacia él.*)—No era más que un sueño terrible de tu imaginación, cosa de pura fantasía. Todas estas sacudidas te han quebrantado. Ahora es menester que descanses, aquí, en casa de tu madre, ¡cariño mío! Todo lo que desees lo tendrás, como cuando eras pequeñito... ¿Ves? ha pasado el acceso. ¡Ah! bien lo sabía yo... ¡Y mira qué hermoso día tenemos, qué sol tan brillante! Ya verás cómo vas á ser otro aquí, en tu casita.

(*Se acerca al velador y apaga la lámpara. Sale el sol. Las montañas y la llanura resplandecen en el fondo del paisaje con la luz de la mañana.*)

OSWALDO. (*Inmóvil en su butaca, de espaldas al foro; de repente pronuncia estas palabras.*)—Madre, dame el sol.

ELENA. (*Cerca de la mesa, mirándolo espantada.*)—¿Qué dices?

OSWALDO. (*Con voz sorda y débil.*)—¡El sol!... ¡El sol!...

ELENA.—(*Acercándose á él.*)—¿Qué tienes Oswaldo?

(*Oswaldo parece desvanecerse; se distinguen todos sus músculos; el semblante pierde toda expresión; los ojos se apagan y miran con fijeza.*)

ELENA. (*Temblando de terror.*)—¿Qué es esto? (*Gritando.*) ¡Oswaldo! ¿qué tienes? (*Se arrodilla delante de él y lo sacude.*) ¡Oswaldo! ¡Oswaldo! ¡Mirame! ¿No me conoces?

OSWALDO. (*Con la misma voz desmayada.*)—¡El sol!... ¡El sol!...

ELENA. (*Levantándose de un salto, desesperada, llevándose las manos al pelo y gritando.*)—¡No puedo! (*En voz baja y rápida.*) ¡No puedo...! ¡Jamás! (*Súbitamente.*) Pero ¿dónde están? (*Registra precipitadamente el bolsillo de Oswaldo.*) ¡Aquí! (*Retrocede algunos pasos y exclama.*) ¡No, no, no!... ¡Sí!... ¡No, no!

(*Permanece á algunos pasos de su hijo, con las manos crispadas en el pelo, y mirándolo fijamente, muda de terror.*)

OSWALDO. (*Siempre inmóvil en la butaca.*)—El sol .. El sol...

ENRIQUE IBSEN.

TRES CUENTOS

EL PRIMER FABRICANTE DE AGUARDIENTE

Un pobre *mujik* fué á labrar los campos sin haberse desayunado. Llevaba un zoquete de pan. En cuanto dió vuelta al arado, guardó el zoquete debajo de un brezo y echó el *caftán* encima.

El caballo estaba fatigado, el *mujik* tenía hambre. El *mujik* desenganchó el caballo y lo dejó pacer; luego se acercó al *caftán* para comer. Levantó el *caftán*: no estaba el mendrugo. Busca y rebusca, vuelve y revuelve el *caftán*, lo sacude: no estaba el zoquete.

El *mujik* se asombra.

«¡Qué cosa tan extraña!—pensaba.—¡No he visto venir á nadie y, sin embargo, alguien me ha quitado el mendrugo!»

Y fué un diablejo quien le había robado el pan, mientras el *mujik* labraba. Después habíase sentado detrás del brezo, para oír cómo iba

á enfadarse el *mujik* y nombrar al diablo.

El *mujik* no estaba contento.

—¡Bah!—dijo—no me moriré de hambre. Sin duda, quien me lo ha quitado tenía necesidad de él: que se lo coma y buen provecho le haga.

Y el *mujik* se fué de allí al pozo y bebió agua; descansó un momento, unció de nuevo el caballo al arado y comenzó á labrar otra vez.

El diablejo estaba furioso de no haber podido hacer pecar al *mujik*. Fué á pedir consejo al jefe de los diablos. Le contó cómo le había quitado al *mujik* su corteza de pan, y cómo en vez de incomodarse el *mujik*, había dicho: «¡Buen provecho!»

El diablo en jefe se encolerizó y dijo:

—Puesto que el *mujik* te ha burlado en este negocio, consiste en

que tú mismo has faltado á tu deber. No has sabido manejártelas. Si se consiente á los mujiks y también á sus *babas* desafiarnos así, eso no es vida... Eso no puede seguir así; anda, pues, vuelve á ese mujik, y gana tu mendrugo si quieres comértelo. Si de aquí á tres años no has vencido á ese mujik, te sumergiré en agua bendita.

El diablejo quedó espantado.

Volvió corriendo á la tierra y pensó largo tiempo en el medio de reparar su falta. El diablejo no hizo más que meditar y meditar; hasta que, por fin, dió en ello.

Tomó la forma de un buen hombre y entró al servicio del mujik. Previendo que el verano sería seco, persuadió á su amo para que sembrase trigo en los terrenos aguanosos. El mujik dió escucha á su servidor, y sembró el trigo en las tierras empantanadas.

En las de los otros mujiks se abrasó el trigo con el solazo. En la del pobre mujik brotó alto y derecho; tuvo para comer hasta la siega siguiente, y aún le sobró mucho pan.

Al otro estío, el sirviente persuadió al mujik de que sembrara el trigo en las alturas; y precisamente el año fué de lluvias.

En los sembrados de los demás tumbóse el trigo, se pudrió, no maduraron las espigas; al paso que el

mujik recolectó en las alturas un trigo admirable. Le sobró tanto trigo, que no sabía lo que hacer con él.

Entonces el criado enseñó al mujik á que con él hiciese *vodka* (1); se puso á beberlo él mismo y hacerlo beber á los demás.

Entonces el diablejo fué á ver al jefe de los diablos, alabándose de haber ganado su zoquete de pan; el diablo en jefe quiso convencerse de ello.

Vino á casa del mujik, y vió que, habiendo invitado éste á los notables, les daba á todos *vodka*. La misma patrona era quien servía de beber; pero al pasar junto á la mesa, se agarró á una esquina de ésta y derribó un vaso.

El mujik se incomodó y riñó á su mujer, diciendo:

— ¡Mira esta necia del demonio! ¿Es agua de fregar para que la tires de ese modo al suelo?

El diablejo dió un codazo al diablo en jefe, y dijo:

— Fíjate. Veremos si ahora no echaría de menos el mendrugo.

Después de reñir á su mujer, el mujik quiso servir él mismo: se echó una ronda y trincaron todos. Llegó un pobre mujik, á quien no esperaban. Saludó y sentóse. Al ver

(1) Aguardiente de cereales, alcohol amílico.

á los otros bebiendo vodka, también hubiera querido beber él un poco para confortarse. Allá se estuvo el pobre mujik, tragando saliva todo el tiempo. El amo rehusó hacerle beber y no hacía más que refunfuñar:

—¿He hecho bastante para dársela á todo el que venga?

También esto le gustó al diablo en jefe. Y enorgulleciéndose el diablejo, exclamó:

—Eso no es todo; espérate á lo que sigue.

Habiendo bebido su vodka los ricos mujiks, y con ellos el amo, halagábanse los unos á los otros y se prodigaban muchas alabanzas, y sus palabras eran melifluas.

El jefe de los diablos no hacía más que escuchar y oír, y felicitaba al diablejo diciéndole:

—Si hechos hipócritas por este brevaje se engañan mutuamente, entonces los tenemos á todos por la mano.

—Espera un poco lo que va á suceder—repuso el diablejo.—Déjalos que beban nada más que otro vasito. Ahora son zorros que mueven la cola uno delante de otro y tratan de engañarse; pero dentro de un rato los verás más feroces que lobos.

Los mujiks bebieron otro vaso y pusiéronse á gritar y hablar groseramente. En vez de decir palabras melifluas, se injuriaban; les acome-

tió una furia; se dieron de golpes y se saltaron unos á otros las narices. Y habiéndose mezclado el patrón en la pelea, llevó su parte en los trompazos.

El diablo en jefe no hacía más que mirar y regocijarse.

—¡Bien va esto!—exclamó.

Y el diablejo le respondía:

—Espera un poco lo que sigue. Déjalos beber otra copita. Ahora son lobos rabiosos; pero en cuanto beban el tercer vaso serán como cerdos.

Los mujiks bebieron cada cual un tercer vaso. Estaban todos ellos como aturdidos. Gruñían, gritaban sin saber lo que decían, y no se escuchaban unos á otros. Fuéronse cada cual por su lado, unos solos, otros en grupos de dos ó tres, y todos fueron á caer al suelo en sus respectivas calles.

El amo, que había salido para acompañar á sus huéspedes, cayóse en un charco, se manchó todo y se quedó allí tumbado como un cochino que gruñe.

Y eso le gustó más al jefe de los diablos, quien dijo:

—¡Muy bien! Has inventado una bebida famosa. Bien ganaste tu mendrugo. Enséñame ahora cómo has fabricado ese brevaje. Preciso es (lo juraría) que en él hayas puesto, lo primero, sangre de zorro, y por eso los mujiks se han vuelto

bellacos como zorros; después sangre de lobo, que les hizo feroces como lobos, y, por último, sangre de puerco, que los ha hecho como puercos.

—No—dijo el diablejo;—no me las he arreglado así. Solamente he hecho que tuviera trigo. En él es donde estaba la sangre de las bestias; pero esta sangre no podía obrar mientras el trigo apenas le daba para lo necesario. Entonces era cuando no echaba de menos ni aun su última corteza de pan. Y

cuando comenzó á tener trigo de sobra, entonces se puso á pensar qué haría de él para utilizarlo. Y entonces le enseñé á beber vodka. Y cuando se puso á destilar por su gusto los dones de Dios, convirtiéndolos en vodka, entonces salió la sangre del zorro, del lobo y del cerdo; ahora no tendrá sino que beber vodka para trocarse al punto como las bestias.

El jefe de los diablos felicitó al diablejo, le dió el zoquete de pan y le ascendió de grado.

LOS TRES STARETZI

«Y cuando orareis, no habléis mucho, como los gentiles. Pues piensan que por mucho hablar serán oídos.

»Pues no queráis asemejaros á ellos: porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidáis.»

(SAN MATEO, capítulo VI, versículos 7 y 8.)

El arzobispo de la ciudad de Arkángelsk iba en un buque hacia el monasterio de Solouki. El mismo buque conducía peregrinos, que iban á ver las santas reliquias. El viento era favorable y el tiempo magnífico; el barco no cabeceaba.

Unos peregrinos iban echados, otros comiendo, y algunos, sentados en corrillos, conversaban. También el arzobispo subió al puente, á pasearse. Cuando llegó á proa, vió un corro de fieles: un *mujik* joven hablaba, señalando el mar con la mano, y los otros le escuchaban.

Detúvose el arzobispo y miró en la dirección que apuntaba el mujik: nada distinguía, nada más que el mar centelleante al sol. El arzobispo se acercó al grupo y aguzó el oído. Al verle el mujik quitóse el gorro y se calló; á ejemplo suyo, se descubrieron los demás en respeto al arzobispo.

—No os molestéis, hermanos míos—dijo este último...—He venido á escuchar también lo que cuentas, muchacho.

—Pues bien, el pescadorcillo nos contaba—dijo un mercader, menos tímido que los demás— la historia de los tres *staretzi* (1).

—¡Ah!... ¿Y qué está contando acerca de ellos?—interrogó el arzobispo.

Acercóse á la borda y se sentó en una caja.

—Habla—añadió—yo también quiero escucharte... ¿Qué señalabas allá, hijo mío?

—Aquel islote que se ve allá abajo—respondió el joven mujik, indicando un punto del horizonte, á su derecha.—En ese islote precisamente es donde los *staretzi* trabajan en su salvación.

—Pero, ¿dónde está ese islote?—preguntó el arzobispo.

—Dígnese Vuestra Grandeza mi-

rar en la dirección de mi mano... ¿No ve aquella nubecita? Pues bien, un poco más abajo, á la izquierda... aquella especie de banda gris.

El arzobispo miraba y remiraba: relucía el agua al sol, y por falta de costumbre nada veía.

—No veo...—dijo.—Pero, ¿quienes son esos *staretzi*, y cómo viven? ¿De qué manera trabajan por su salvación?

—Son hombres de Dios—contestó el aldeano.—Hace mucho tiempo que oía hablar de ellos, pero nunca había tenido ocasión de verlos. El verano pasado los vi.

Y el pescador volvió á empezar su relato. Un día que salió de pesca, fué arrojado contra ese islote; y él mismo no sabía dónde estaba. Iba errante á la mañana por el islote, cuando de pronto vió una *isba* muy pequeña, y junto á la *isba* un *staretz*, seguido inmediatamente por otros dos. Le dieron de comer, secaron el vestido de él y ayudaron á componer su barca.

—¿Y cómo son?—preguntó el arzobispo.

—Uno de ellos es bajito, encorvado, sumamente anciano. Va vestido con una sotana vieja, y parece tener más de cien años. Las canas de la barba empiezan á ponersele verdosas. Está risueño y tranquilo como un ángel del cielo. El segundo, un poco más alto y tan viejo como

(1) Plural de *staretz*, título honorífico que se da á los religiosos ancianos.

él, gasta un *caftán* roto, y su larga barba gris tiene reflejos amarillos. Es un hombre robusto: ha vuelto quilla arriba mi barca como si fuese un cubo, sin darme tiempo siquiera para ayudarlo. También él estaba muy alegre. Y el tercero era muy alto; la barba, de una blancura de cisne, le llegaba hasta las rodillas; triste y con las cejas erizadas encima de los ojos, estaba desnudo por completo, salvo un taparrabos de cortezas entretrejidas.

—¿Y qué te dijeron?—preguntó el arzobispo.

—¡Oh! Todo lo hacían sin decir gran cosa, y hablaban muy poco aun entre ellos. Una sola mirada, y al instante se comprendían. Pregunté al mayor si hacía mucho tiempo que habitaban allí; frunció las cejas y murmuró no sé qué, con tono de enfado. Pero el anciano más pequeño le cogió en seguida la mano, sonrióse y el grande se calló.

El viejecito sólo dijo:

—Favorécenos...

Y se sonrió.

Mientras hablaba el aldeano, habíase aproximado el buque á un grupo de islotes.

—Ahora es cuando se ve con mucha claridad—dijo el mercader.—Dígnese mirar Vuestra Grandeza—añadió extendiendo la mano.

El arzobispo miró. Vió, en efecto, una banda gris: era el islote. Miró

por largo tiempo; después, pasando de proa á popa, se dirigió al piloto, y dijo:

—¿Qué islote es aquel que se ve allá abajo?

—No tiene nombre. Como él tenemos aquí muchos.

—¿Es cierto lo que se dice, que los *staretzi* trabajan allí en pro de su salvación?

—Así se dice, Eminencia; pero, yo ignoro si es verdad. Pescadores hay que aseguran haberlos visto; pero también acontece hablar sin saber lo que se dice.

—Quisiera desembarcar en ese islote para ver á los *staretzi*—dijo el arzobispo.—¿Cómo nos las arreglaríamos?

—Con el buque no se puede—añadió el piloto.—Se necesita una canoa para eso. El capitán es el único que puede conceder autorización.

Llamóse al capitán.

—Quisiera ver á los *staretzi*—le dijo el arzobispo.—¿Podrán conducirme allí?

El capitán quiso disuadirle.

—No tiene nada de imposible, pero perderíamos mucho tiempo. Me atrevo á exponer á Vuestra Grandeza que no valen la pena de verlos. He oído decir que esos viejos son idiotas, no comprenden nada y no saben hablar mejor que los peces del mar.

—Deseo verlos ; pagaré la molestia ; conducidme.

No había nada que replicar. Hicieronse los preparativos, se maniobró el velamen, el piloto viró de bordo y se navegó á velas desplegadas en dirección á la isla. Y todos los pasajeros reuniéronse á proa, para mirar también el islote. Los que tenían buena vista distinguían ya los peñascos de la isla y enseñaban á los demás la pequeña *isba*. Bien pronto uno de ellos hasta vió á los tres *staretzi*.

El capitán trajo el anteojo, miró por él y alargóselo en seguida al arzobispo, diciendo:

—Es verdad. A la derecha, en la costa, hay una gran peña: se ven tres hombres.

A su vez el arzobispo tendió el anteojo en la dirección indicada y miró. Vió, en efecto, tres hombres: uno muy alto, otro más bajo y pequeñísimo el tercero. Estaban de pié en la orilla, cogidos de la mano.

El capitán se acercó al arzobispo.

—Eminencia, aquí es donde debe aguantar el buque. Si Vuestra Grandeza lo tiene á bien, pase ya á la falúa y aquí esperaremos anclados.

Echóse el ancla, se amainaron velas y el barco se puso á dar arfadas. Arriaron al agua la falúa, saltaron á ella los remeros y el arzobispo bajó por la escala.

Una vez abajo, sentóse en un banco, á popa de la canoa; los remeros dieron un golpe de remo y bogaron con derrota al islote.

Muy pronto llegaron á una ensenada de piedra. Distinguíanse perfectamente los tres *staretzi*: uno muy alto, desnudo del todo, excepto un taparrabos de cortezas trenzadas; otro más bajo, con un *caftán* roto; después el viejo pequeñito, encorvado, con la sotana vieja. Los tres estaban cogidos de la mano.

Los remeros llegaron á la costa y atracaron. El arzobispo echó pié á tierra y bendijo á los *staretzi*, quienes se deshicieron en saludos. Después les habló y dijo:

—He sabido, *staretzi* de Dios, que estabais aquí ocupados en vuestra salvación y que rogabais á Cristo por vuestros prójimos. Y como por la gracia de Dios, yo su indigno servidor, he sido llamado á apacentar sus ovejas, he querido visitaros á vosotros, que también servís al Señor, y traeros, si es posible, la santa palabra.

Los *staretzi* continuaron silenciosos y se sonrieron mirándose.

—Decidme: ¿cómo trabajáis en vuestra salvación y cómo servís á Dios?—prosiguió el arzobispo.

El *staretz* mediano suspiró y echó una mirada al viejo chiquitín.

El *staretz* alto se puso fosco y también miró al viejo pequeño.

Este se sonrió, y dijo:

—Siervo de Dios, nosotros no podemos servir sino á nosotros mismos, ganándonos el pan.

—Pues entonces, ¿cómo rezáis?
—continuó el arzobispo.

—He aquí nuestra plegaria: «Tú eres Tres, nosotros somos tres... Favorécenos.»

En cuanto el viejo pequeñito hubo pronunciado estas palabras, los tres *staretzi* levantaron los ojos al cielo, y los tres repitieron:

—Tú eres Tres, nosotros somos tres... Favorécenos.

El arzobispo se sonrió y dijo:

—Esa es la Santísima Trinidad, de la cual habéis oído hablar; pero no es así como debe rezarse. Os he tomado afecto, venerables *staretzi*; estoy seguro de que queréis agradecer á Dios, pero ignoráis cómo se le debe servir... No es así como debe rezarse; oidme, os voy á enseñar. Lo que voy á enseñaros no soy yo quien lo ha enseñado, sino la Sagrada Escritura de Dios, donde el Señor indica á cada uno cómo hay que orar.

Y el arzobispo les explicó cómo se reveló el Señor á los hombres; les explicó Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Luego añadió:

—Dios Hijo descendió á la tierra para salvar al género humano; y he aquí cómo nos enseñó á todos á

orar. Escuchadme y repetid conmigo.

Y el arzobispo comenzó:

—Padre nuestro...

Y uno de los *staretz* repitió:

—Padre nuestro...

Y el segundo *staretz* repitió:

—Padre nuestro...

Y el tercer *staretz* repitió:

—Padre nuestro...

—...Que estás en los cielos...

Y los tres *staretzi* repitieron:

—...Que estás en el cielo...

Pero el *staretz* mediano equivocóse de palabras, diciendo una cosa por otra; el *staretz* alto tampoco pudo continuar, porque los bigotes le cubrían la boca; y el viejo bajito, como no tenía dientes, articulaba muy ma .

El arzobispo volvió á empezar la oración, y con él empezáronla de nuevo también los *staretzi*. Tomó asiento en una piedra, los *staretzi* formaron corro en torno suyo, mirándole la boca y repitiendo lo que él decía.

Y el arzobispo batalló con ellos todo el día hasta por la tarde, repitiendo diez y veinte y cien veces la misma palabra, que los *staretzi* repetían en pos de él. Equivocábanse; les corregía y les hacía que volvieran á empezar.

El arzobispo no abandonó á los *staretzi* hasta que no les hubo enseñado la oración de Dios. La rezaron

PERFECTION AND LIBERTY
 THE LIBRARY OF THE
 UNIVERSITY OF CHICAGO
 DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES

con él, luego solos. Habiéndola aprendido el *staretz* mediano antes que los otros dos, la repitió solo. Entonces el arzobispo se la hizo decir y repetir á él solo; y los otros dos le imitaron.

Comenzaba á ser ya de noche, y salía del mar la luna, cuando el arzobispo se levantó para ir en demanda del buque. Despidióse de los *staretzi*, quienes le hicieron reverencias hasta el suelo. Los levantó, abrazó á los tres, les dijo que rezasen como les había enseñado, sentóse en el banquillo de la falúa, y ésta bogó hacia el buque.

Y mientras bogaban hacia el buque, el arzobispo oía sin cesar á los tres *staretzi*, que recitaban en voz alta la plegaria de Dios.

Bien pronto estuvo la falúa junto al buque. Ya no se oían las voces de los *staretzi*; pero veíase á los tres en la orilla, á la luz de la luna, el anciano bajito en medio, el alto á su derecha y el otro á su izquierda.

Llegó el arzobispo al buque y subió á cubierta. Levaron anclas, largaron velas, que el viento hinchó, y el buque, puesto en movimiento, prosiguió su viaje.

Fuése el arzobispo á popa y se sentó allí, sin apartar los ojos del islote. Aún se veían los *staretzi*; luego desaparecieron, y ya no se vió más que la isla. Muy pronto desapareció también ésta, y sólo brilla-

ba el mar jugando á los rayos de la luna.

Acostáronse los peregrinos, y quedó en silencio el puente. Pero el arzobispo no se quiso dormir todavía. Solo á popa, miraba el mar por donde se ocultara el islote; y estuvo pensando en los buenos *staretzi*. Recordaba el gozo de éstos al enseñarles á rezar, y daba gracias á Dios por haberle designado para ir en ayuda de los venerables *staretzi*, para enseñarles la palabra divina.

Así pensaba el arzobispo, fija la vista en el mar, allá donde había desaparecido el islote. De pronto ve una cosa blanquear y relucir en el reguero luminoso de la luna. ¿Era una gaviota, ó una vela blanca? Mira más fijo y piensa: es una barca, una barca que nos sigue con una vela. Pero, ¿qué rápidamente va! Hace poco estaba lejos, allá lejos, muy lejos, y ahora está ya muy cerca; y, además, es una barca como no se ven, y con una vela que no parece vela... Sin embargo, aquella cosa les persigue, y el arzobispo no puede distinguir aquella cosa. ¿Es una barca, un ave, un pez? Se asemeja á un hombre, pero es demasiado grande para hombre; y luego, un hombre no podría caminar así por el mar.

Levantóse el arzobispo, acercóse al piloto, y le dijo:

—¡Mire V.! ¿Qué es aquello?—le preguntó.

Pero ya ha visto él mismo claramente que son los *staretzi*, que corren sobre el mar; sus blancas barbas brillan; se aproximan al buque.

Habiendo vuelto la cabeza el piloto, soltó despavorido el timón, y exclamó:

—¡Señor! ¡Los *staretzi* nos persiguen sobre el mar; corren como en tierra!

Al oír esos gritos, levantáronse los pasajeros y se precipitaron hacia la popa; todos ellos pudieron ver á los *staretzi*, corriendo cogidos de la mano, y haciendo señas los de los lados para que se detuvieran.

Aún no había habido tiempo para tomar ni un rizo, cuando los *staretzi* alcanzaron al buque, llegaron hasta la borda, y alzando los ojos dijeron en seguida:

—Hemos olvidado, siervo de Dios, hemos olvidado lo que nos enseñaste... Lo recordábamos mientras lo repetíamos; mas al cabo sólo de una hora de haber cesado de repetirlo, trabucamos una frase y todas las hemos olvidado. Enséñanos de nuevo.

El arzobispo hizo la señal de la cruz, inclinóse hacia los *staretzi* y dijo:

—¡*Staretzi* de Dios, á pesar de todo, vuestra plegaria llegará al Señor! Yo no soy quien tiene que enseñaros. Rogad por nosotros, pobres pecadores.

Y el arzobispo los reverenció hasta el suelo. Y los *staretzi* permanecieron un instante inmóviles, después volvieron la espalda y marcháronse otra vez por encima de la superficie del mar.

Y hasta el alba se vió una gran luz hacia el lado por donde habían desaparecido.

DIOS ESTÁ DONDE HAY AMOR

Había en una ciudad un zapatero remendón llamado Martín Avdieitch. Ocupaba una covachuela iluminada por una ventana. La ventana daba á la

calle; veíase pasar la gente; y aun cuando Martín sólo veía los piés de las personas, conocíalas por las botas.

Mucho tiempo llevaba allí, y co-

no sabía mucha gente. Era raro que un par de botas no pasara dos ó tres veces por sus manos. A unas echaba medias sueltas, á otras remiendos; á veces ponía tapas nuevas. Y á menudo veía á través de la ventana la obra prima, labor de sus dedos.

Avdieitch tenía mucho trabajo, porque trabajaba con esmero, ponía buen material, no llevaba caro á nadie y entregaba los encargos con puntualidad. Y todos le apreciaban, y jamás holgó falta de tarea.

En todos tiempos había dado muestras Avdieitch de ser un mozo honrado. Pero, al entrar en años púsose á pensar más que nunca en su alma y en acercarse á Dios. Cuando aún trabajaba en casa de su patrón, murió su mujer dejándole un niño de tres años.

Ninguno de sus hijos vivía; perdió los primeros que tuvo. Al principio quiso enviar su hijo al campo, á casa de su hermana; después le dió pena y pensó:

—A mi Kapitochka le sería demasiado duro vivir con una familia extraña. Quiero tenerlo conmigo.

Y Avdieitch abandonó á su patrón y se estableció por su cuenta con su hijo. Pero Dios no bendijo á Martín en su descendencia. Cuando Kapitochka comenzaba á crecer y ayudar á su padre, cayó enfermo, desmedróse durante una semana y murió.

Avdieitch dió sepultura á su hijo y desesperó de todo. Estaba tan sin consuelo, que se puso á murmurar contra Dios. Sentíase Martín tan desdichado que á menudo pedía la muerte al Señor, acusándolo de no habersele llevado á él, que era un viejo, en lugar de á su hijo único y adorado. Hasta cesó de frecuentar la iglesia.

Cátate que un día, hacia Pentecostés, llegó á casa de Avdieitch un paisano suyo, un peregrino siempre errante desde ocho años hacía. Charlaron, y quejóse Martín amargamente de sus desventuras.

—Ya ni siquiera tengo afán por vivir, hombre de Dios—decía.— Sólo anhelo morir. Eso es todo cuanto á Dios imploro. Ahora ya no tengo esperanza ninguna.

Y el viejecito le respondió:

—No está bien hablar así, Martín. No nos corresponde juzgar lo que Dios ha hecho; esto es superior á nuestra inteligencia. Sólo Dios es juez de lo que hace. Ha resuelto que tu hijo muriese y que tú vivieras: será que vale más que así sea. Y tu desesperación proviene de que quieres vivir para ti, para tu propia felicidad.

—¿Y para qué vivimos?—preguntó Avdieitch.

Y dijo el anciano:

—Es preciso vivir para Dios. El es quien te da la vida, para El de-

bes vivir. Cuando comiences á vivir para El, ya no tendrás penas y lo sobrellevarás todo fácilmente.

Martín guardó silencio un instante. Después replicó:

—¿Y cómo vivir para Dios?

Y contestó el viejo:

—¿Cómo vivir para Dios? Cristo lo ha revelado. ¿Sabes leer? Compra el Evangelio y lee. En él aprenderás cómo es necesario vivir para Dios. Allí encontrarás respuesta á todo lo que preguntas.

Estas palabras llegaron al corazón de Avdieitch. El mismo día salió á comprar un Nuevo Testamento en letra gorda, y se puso á leerlo.

Sólo quería leer durante los días de fiesta; pero, una vez que hubo comenzado, sintió tal sosiego en el alma, que tomó la costumbre de recorrer todos los días algunas páginas. A veces quedaba tan absorto con la lectura, que consumía todo el petróleo de la lámpara sin poder dejar el santo libro.

De esta suerte, leía todas las noches. Y cuanto más leía, con mayor claridad comprendía lo que Dios le mandaba y cómo hay que vivir para Dios; el gozo penetraba más y más dentro de su corazón.

Antaño, sucedíale antes de acostarse entrarle ganas de suspirar y gemir, evocando el recuerdo de Kapitochka. Hogaño contentábase con decir:

—¡Gloria á Ti, gloria á Ti, Señor! ¡Hágase tu voluntad!

Desde ese tiempo, la vida de Avdieitch cambió por completo. Antes entraba los días de fiesta á beber té en el *traktir*, y tampoco se privaba de un vaso de *vodka*. A veces dejábase arrastrar á beber con un amigo; y al salir del *traktir*, si no borracho un poco alegre, poníase á decir locuras, á dar gritos é injuriar á los transeuntes.

Pero todo eso estaba ya lejano. Ahora se deslizaba su vida apacible y feliz. Ponía manos á la obra desde el alba, concluía su tarea, descolgaba la lámpara, poníala sobre la mesa, sacaba el libro del estante, lo abría y comenzaba á leer. Y cuanto más leía, más comprendía y más serena quedaba su alma.

Sucedíole una vez quedarse leyendo hasta más tarde de lo que tenía por costumbre. Estaba entonces en el Evangelio según San Lucas. En el cap. VI, leyó los versículos siguientes:

«Y al que te hiriere en una mejilla, preséntale también la otra. Y al que te quitare la capa, no le impidas también llevar la túnica.

»Da á todos los que te pidieren: y al que tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas á pedir.

»Y lo que queréis que hagan á vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros á ellos.»

En seguida leyó los otros versículos, donde el Señor dice:

«¿Por qué, pues, me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?

»Todo el que viene á mí, y oye mis palabras, y las cumple, os mostraré á quién es semejante:

»Semejante es á un hombre que edifica una casa, el cual cavó y ahondó, y cimentó sobre la piedra: y cuando vino una avenida de aguas, dió impetuosamente la inundación sobre aquella casa, y no pudo moverla: porque estaba fundada sobre piedra.

»Mas el que oye y no hace, semejante es á un hombre que fabrica su casa sobre tierra sin cimiento, y contra la cual dió impetuosamente la corriente, y luego cayó: y fué grande la ruina de aquella casa.»

Avdieitch leyó estas palabras y llenóse de regocijo su corazón. Se quitó las gafas, las dejó encima del libro, se puso de codos en la mesa y se quedó pensativo. Y comparó sus propios actos con sus palabras, y dijo para sus adentros:

—¿Está fundada mi casa sobre roca ó sobre arena? Bueno fuera que lo esté sobre roca. ¡Se siente uno tan satisfecho, estando solo, si se ha obrado como Dios manda! Mientras que si se deja uno apartar de Dios, puede caerse en el pecado. Voy á proseguir; esto es muy bueno. ¡Dios me asista!

Después de haber meditado así, quiso acostarse. Pero le costaba mucho trabajo dejar el libro. Y se puso otra vez á leer el séptimo capítulo. Leyó la historia del centurión y del hijo de la viuda; leyó la respuesta de Jesús á los discípulos de San Juan. Llegó al pasaje en que el rico fariseo convidó en su casa al Señor; leyó cómo le ungió los piés la pecadora y los lavó con sus lágrimas, y cómo El la perdonó sus pecados. Llegó luego al versículo 44, y leyó:

«Y volviéndose hacia la mujer, dijo á Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los piés; mas ésta con sus lágrimas ha regado mis piés y los ha enjugado con sus cabellos.

»No me diste beso; mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besarme los piés.

»No ungiste mi cabeza con óleo; mas ésta, con unguento ha ungido mis piés.»

Leyó este versículo y pensó:

«No me diste agua para los piés, no me diste beso, no ungiste mi cabeza con óleo.»

Y Avdieitch se quitó de nuevo las gafas, dejó el libro y se puso á meditar.

—Sin duda, era como yo ese fariseo. Yo también he pensado únicamente en mí: con tal de beber té, estar calentito y no faltarme nada,

no pensaba yo lo más mínimo en el convidado. Sólo me ocupaba de mí, y del convidado nada. ¿Y quién es el convidado? ¡El Señor mismo!... ¿Y si hubiese venido á mi casa, hubiera obrado yo de esa manera?

Y con la cabeza apoyada en ambas manos, durmióse Avdieitch sin darse cuenta de ello.

—¡Martín!—exclamó de pronto una voz junto á sus oídos.

Martín se despertó, sobresaltado, de su modorra.

—¿Quién va?

Volvió la cabeza, miró á la puerta: no había nadie.

Otra vez se quedó dormido.

De repente, oyó con suma claridad estas palabras:

—¡Martín! ¡Eh, Martín! Mira mañana á la calle. Vendré á verte.

Despabilóse Avdieitch, se levantó de la silla y se frotó los ojos. El mismo ignoraba si había oído estas palabras en sueños ó en realidad.

Apagó la lámpara y se acostó.

A la mañana siguiente se levantó antes de la aurora, dirigió sus preces á Dios, encendió la hornilla, puso en ella á cocerse el *stechi*, col fermentada, *kacha*, hizo hervir agua en el *samovar*, atóse el mandil y se sentó á trabajar junto á la ventana.

Y mientras trabajaba, acordábase de lo que la víspera le sucedió; y no sabía qué pensar. Unas veces

le parecía haber sido juguete de una alucinación, otras que realmente le habían hablado.

—Son cosas que ocurren — dijo para sí.

Continuó Martín trabajando y mirando por la ventana; y si pasaba alguien con botas desconocidas para él, encorvábale para ver á través de la ventana, no sólo los piés, sino también la cara.

Pasó un portero (*dvornik*) con botas de fieltro (*valenki*) nuevas; luego el aguador; después un soldado veterano del tiempo de Nikolai, calzado con *valenkis* viejas, á las que había echado ya soletas, y armado con una larga pala de madera.

Llamábase Stepanitch y vivía en casa de un mercader vecino, quien le tenía recogido por caridad. Estaba encargado de ayudar á los *dvorniks*.

El veterano se puso á espalear la nieve delante de la ventana de Avdieitch. Este le miró y continuó su tarea.

—No cabe duda de que soy bien majadero al atisbar así—pensaba Avdieitch burlándose de sí mismo... —Es Stepanitch que está espaleando la nieve, y me figuro que es Cristo que viene á verme. Soy un mentecato que desvaría.

Sin embargo, al cabo de otras diez puntadas miró de nuevo por la ventana; y vió á Stepanitch, quien

apoyando la pala en la pared, descansaba y entraba en calor.

—Es viejo ese buen hombre— se decía Avdieitch.—Se ve que ya ni siquiera tiene fuerza para espalear la nieve; quizá le viniera bien darle té, y precisamente está á punto de enfriarse mi *samovar*.

Clavó la lezna en el banco, se levantó, puso el *samovar* en la mesa, echó agua caliente en la tetera y tocó en la ventana. Volvióse Stepanitch y se aproximó. El zapatero le hizo una seña y fué á abrir la puerta, diciéndole:

—Entra á calentarte; debes de estar con frío.

—¡Cristo sea con nosotros! Sí, es verdad, me duelen los huesos— respondió Stepanitch.

Entró el anciano, sacudióse la nieve de los piés, los enjugó por miedo de ensuciar el piso entarimado, y vaciláronle las piernas.

—No te tomes la molestia de secarte los piés; ya limpiaré esto—dijo Avdieitch.—Eso no importa nada; ven á sentarte y toma un poco de té.

Llenó dos vasos y alargó uno de ellos á su huésped; él derramó el suyo en la salvilla y se puso á soplar encima.

Bebió Stepanitch, volvió el vaso boca abajo, puso encima el azúcar sobrante y dió las gracias. Pero, veíase que aún quería más.

—Toma otra vez, dijo Martín.

Y de nuevo llenó ambos vasos.

Mientras bebía, Avdieitch miraba á cada momento á la calle.

—¿Esperas á alguien?—le preguntó el huésped.

—¿Si espero á alguien? Ver-güenza me da decir que sí. No sé si tengo razón ó no para esperar, pero he oído unas palabras que me han llegado al corazón... ¿Sería un sueño, ó no sé qué?... Oye, hermano; leía yo ayer el Evangelio de nuestro buen Padre Jesucristo, cuánto sufrió, cómo anduvo por la tierra. ¿Habrás oído hablar de esto, no es así?

—Sí, he oído hablar de ello— respondió Stepanitch.—Pero, nosotros los ignorantes no sabemos leer.

—Pues bien; leía yo cómo andaba *El* por la tierra... ¿Sabes? He leído cómo entró en casa del fariseo y cómo éste no salió á recibirle. Leía yo, pues, hermano mío, esto ayer precisamente, y pensaba: «¿Cómo es posible no reverenciar lo mejor que se pueda á nuestro Padrecito Cristo. Si, pongo por caso, me sucediera á mí (como á cualquier otro) una cosa semejante, ni siquiera sabría cómo agasajarle con todo el respeto debido. ¡Y el fariseo no *Le* acogió bien!» He aquí lo que yo pensaba. Y me adormecí. Y cuando estuve adormecido, hermano, oigo que me llaman por mi nombre.

Me levanto, y la voz parece que murmura junto á mí, y dice: «Espérame, vendré mañana.» Y así, dos veces de seguido... ¡Pues bien! ¿Quieres creerme? Se me ha quedado eso en la cabeza. ¡Por más que me reprendo á mí mismo, *Le* espero siempre, á *El*, á nuestro Padrecito!

Stepanitch meneó la cabeza sin contestar. Acabó el vaso, y lo puso boca abajo en el platillo; pero Avdieitch lo levantó de nuevo y volvió á echar té.

—¡Toma, y de salud te sirva! Pienso que *El*, nuestro Padrecito, cuando andaba por el mundo, no rechazaba á nadie y buscaba sobre todo á los humildes. Siempre entraba en casa de los humildes; *Sus* discípulos los tomó de entre nosotros, pescadores, artesanos como nosotros. «El que se ensalza, será humillado, decía; el que se humilla será ensalzado... Vosotros me llamáis Señor, dice, y yo os lavo los pies á vosotros; el que quiera ser el primero, debe ser el servidor de los otros... Porque, dijo, bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Stepanitch se había olvidado del té. Era un hombre viejo y sensible. Escuchaba y corríanle las lágrimas á lo largo de las mejillas.

—¡Anda, toma otro poco más!—le dijo Avdieitch.

Pero Stepanitch hizo la señal de la cruz, apartó el vaso y se levantó.

—Te doy las gracias, Martín Avdieitch, por haberme tratado de este modo y haberme satisfecho el alma á la vez que el cuerpo.

—Para servirte. Hasta otra vez. Siempre me agrada que vengan á verme—dijo Avdieitch.

Marchóse Stepanitch.

Martín echó para sí el resto del té, se lo bebió, quitó la vajilla y volvió á sentarse junto á la ventana á trabajar.

Se pone á coser, y mientras cose mira por la ventana y espera á Cristo. Y no hace más que pensar en *El*, y repasa en su memoria lo que *El* hizo y habló.

Pasaron dos soldados, el uno con botas de ordenanza, el otro con botas suyas; luego un *barín* con zapatos de charol; después un panadero con su banasta.

Y hete aquí que frente á la ventana apareció una mujer con medias de lana y zapatones de campesina. Pasó más allá de la ventana y se detuvo arrimada á la pared. Avdieitch, inclinándose, mira á través de los vidrios. Ve una mujer forastera, con una criaturita en brazos, apoyada en la pared y vuelta de espaldas al viento. Trataba de abrigar á su hijito, pero sin lograrlo, porque no tenía nada con que arroparle. Aquella mujer llevaba

vestidos de verano en malísimo estado.

Y tras de la ventana, Avdieitch oyó al niño gritar y á la madre consolarle, pero sin conseguirlo.

Levantóse, abrió la puerta, salió y se puso á gritar en la escalera:

—¡Buena mujer! ¡Eh, buena mujer!

La forastera le oyó y volvióse hacia él.

—¿Por qué te quedas al frío con tu hijo? Entra en mi habitación y estarás mejor para cuidarle... ¡Por aquí! ¡Por aquí!

Suspensa la mujer, ve un viejo con mandil y anteojos, quien la hace señas de que venga. Le sigue, baja los escalones y entra en la cochuela. Y el viejo la dice:

—Aquí, ven aquí. Siéntate más cerca del hornillo. Calientate, y da de mamar á tu chiquitín.

—Es que me he quedado sin gota de leche—respondió ella.—Desde esta madrugada no he comido ninguna cosa.

Y, sin embargo, puso al pecho su criatura.

Avdieitch meneó la cabeza. Acercóse á la mesa, cogió pan y un tazón, abrió el hornillo donde se cocía el *stchi*, sacó un puchero de *kacha*; pero como la *kacha* no había tenido tiempo de hervir, echó solamente *stchi* en el tazón y lo puso encima de la mesa. Partió pan, des-

colgó una servilleta y puso el cubierto.

—¡Siéntate y come, buena mujer! Te tendré un poco el niño. Yo también he tenido hijos y sé atenderlos.

La mujer hizo la señal de la cruz, se puso á la mesa y comió; mientras tanto, Martín, que se había sentado en la cama con el niño, le echaba besos para consolarle. Como la criaturita no cesaba de llorar, Avdieitch inventó amenazarle con el dedo, aproximándose y alejándolo alternativamente de sus labios, pero sin metérselo en la boquita, porque lo tenía negro de pez. Y el nene, mirando fijamente el dedo, cesó de llorar y hasta echóse á reír, con gran contento de Avdieitch.

En tanto que comía, refirió la forastera quién era y de dónde venía:

—Soy mujer de un soldado. A mi marido le hicieron marchar hace ya ocho meses, y no he vuelto á tener noticias de él. Vivía yo de mi oficio de cocinera, cuando parí; con un niño, no han querido conservarme, y va para tres meses que estoy sin colocación. Me he comido cuanto tenía; quise ponerme á criar como nodriza, y me han rechazado diciendo: «¡Demasiado flaca!» Entonces he ido á casa de una tendera donde está colocada nuestra pequeña *baba*; allí me han prometido tomarme. Pensé que la cosa iba á

hacerse en seguida, pero me han dicho que vuelva la otra semana; y vive muy lejos... Estoy extenuada, y he fatigado también á mi pobre hijito. Por fortuna, nuestra patrona ha tenido lástima de nosotros, y, en nombre de Cristo, nos deja dormir en su casa. De otro modo, no sé qué sería de mí.

Avdieitch suspiró y dijo:

—¿Y no tienes ropa de abrigo?

—No. Ayer empeñé por veinte *kopeks* mi último chal.

Acercóse la mujer á la cama y cogió al niño. Avdieitch se levantó, se fué á la pared, buscó y trajo un abrigo viejo (*poddiovka*).

—Toma; es malo, pero siempre te servirá para arroparte.

La forastera miró la *poddiovka*, miró al anciano, tomó la prenda de abrigo y se deshizo en lágrimas. Alejóse Avdieitch, no menos conmovido; luego se acercó á la cama, sacó un baúl, lo abrió, anduvo buscando en él y fué á sentarse otra vez enfrente de la mujer.

Y la mujer dijo:

—¡Cristo te salve, abuelito! Sin duda, *El* es quien me ha conducido ante tu ventana. Sin eso, el niño hubiera cogido un pasmo. Cuando salí de mi casa hacía calor, y ahora ¡qué frío! ¡Qué buena idea te ha inspirado *El*, nuestro Padrecito, de mirar por la ventana y haberte apiadado de mí!

Avdieitch se sonrió y dijo:

—En efecto, *El* es quien me ha inspirado esta idea. No era por casualidad por lo que miraba yo á través de la ventana.

Y refirió su ensueño á la mujer, cómo había oído una voz y cómo el Señor habíale prometido venir aquel mismo día á su casa.

—Todo puede suceder—contestó la mujer.

Levantóse, cogió la *poddiovka*, envolvió al niño, se inclinó y dió las gracias á Avdieitch.

—En el nombre de Cristo, toma—dijo Avdieitch, deslizándola en la mano una moneda de veinte *kopeks*; —toma esto para desempeñar el chal.

Santiguóse la mujer, Martín se santiguó también; después la acompañó hasta la puerta.

Y la forastera se fué. Después de haber comido el *stchi*, Avdieitch se puso otra vez á trabajar. Mientras tiraba de la lezna no perdía de vista la ventana, y cada vez que se veía una sombra alzaba los ojos para examinar al transeunte. Pasaban algunos á quienes conocía y otros á quienes no conocía; pero éstos no tenían nada que le llamase la atención.

Y cátrate que precisamente delante de la ventana ve pararse una vieja vendedora ambulante, que llevaba en la mano una cestita con

manzanas; ya no quedaban muchas; de seguro que había vendido las demás. Llevaba á la espalda un saco de leña menuda, que había debido de recoger en algún almacén; y se volvía de regreso á su casa. Como, al parecer, el saco la hacía daño, quiso mudarlo de hombro; así, pues, lo dejó en el suelo, colocó la cesta de manzanas encima de un poste, y se puso á amontonar la leña. Mientras estaba así ocupada, un chiquelo salido de no sé dónde, con una gorrilla rota, cogió una manzana de la cesta y quiso echar á correr.

Pero le vió la vieja, volviése y agarró al pequeño por la manga. El niño se rebullía; pero ella le sujetó con ambas manos, le quitó la gorra y le dió de repelones en el cabello.

El muchacho da alaridos, la vieja echa sapos y culebras; Avdieitch, sin perder el tiempo en clavar la lezna, la tira al suelo y corre á la puerta. Hasta tropezó en la escalera y dejóse caer las gafas. Voló á la calle. La vieja continuaba tirándole del pelo al chiquillo, le zurraba de lo lindo y amenazábale con los guardias de orden público (*gorodovoi*).

Bregaba el chico y negaba, diciendo:

—Yo no he cogido nada. ¿Por qué me pegas? ¡Suéltame!

Avdieitch se empeñó en separarlos. Cogió de la mano al pilluelo, y dijo:

—Suéltale, *babuchka*. Perdónale en nombre de Cristo.

—Voy á perdonarle de manera que se acuerde hasta la próxima condena correccional. Voy á llevar á la prevención á este granuja.

Martín suplicó á la vieja, diciéndola:

—Déjale, *babuchka*, ya no lo hará más. Suéltale, pues, en nombre de Cristo.

La vieja soltó su presa. El pillete disponíase á huir, pero Avdieitch le detuvo.

—Ahora, pide perdon á la *babuchka*, y no vuelvas á hacer eso en adelante; porque te he visto coger la manzana.

El muchacho echóse á llorar y pidió perdón.

—¡Eso está bien! Y ahora, aquí tienes una manzana.

Y Martín cogió del cesto una manzana, alargándosela al niño.

—Voy á pagártela, *babuchka*— continuó, dirigiéndose á la vieja.

—Vas á echar á perder á este mala pécora—dijo la vieja.—Lo que era menester es recompensarle de modo que pensara en ello toda la semana.

—¡Eh, *babuchka*! Nosotros así juzgamos, pero Dios no juzga así. Si había que azotarle por una man-

zana, ¿qué sería preciso hacer con nosotros por nuestros pecados?

La vieja guardó silencio.

Y Martín contó á la vieja la parábola del acreedor que perdonó al deudor su deuda, y del deudor que fué á matar á su bienhechor.

Escuchaba la vieja, y el chiquillo escuchaba también.

—Dios nos manda perdonar— dijo Avdieitch—pues de otro modo nada nos será perdonado á nosotros mismos... Y perdonar á todos, y más que á nadie á quienes no saben lo que hacen.

La vieja meneó la cabeza y suspiró, diciendo:

—No digo que no. Sólo que los niños son de por sí demasiado propensos á obrar mal.

Pues entonces, á nosotros los viejos nos toca enseñarles el bien.

—Eso mismo digo yo. Yo también tuve siete hijos—replicó la vieja;—no me queda más que una hija...

Y la anciana se puso á contar cómo vivía en casa de su hija, de la cual tenía nietos.

—¿Ves mi debilidad? Y, sin embargo, trabajo. Mis nietos... ¡Me da lástima de ellos, son tan gallardos, tan presurosos en salirme al encuentro! Pues, ¡y Aksiutka! Ahí tienes una que no se iría con nadie sino conmigo. «¡*Babuchka*—me dice—querida *babuchka!*...»

Y la anciana enternecióse por completo.

—En verdad que esto no es más que una niñería. ¡Dios le guarde!—exclamó la mujer dirigiéndose hacia el chicuelo.

Pero, cuando se disponía á volver á echarse el saco á la espalda, acudió el muchacho diciendo:

—Dame, *babuchka*, te lo voy á llevar; vamos por el mismo camino.

La vieja meneó la cabeza y le dió el saco.

Y fuéronse juntos ambos. La vieja hasta se olvidó de reclamar á Avdieitch el pago de la manzana. Y al quedarse Martín sólo, los miró y oyó marcharse y conversar mano á mano.

Siguióles con la vista; después volvió á entrar en casa, encontró intactos los anteojos en la escalera, recogió la lezna y prosiguió el trabajo. Trabajó un momento; mas ya no veía bien para enhebrar el hilo; vió al farolero, que iba á encender los faroles.

—Necesito encender la lámpara—dijo para su capote.

Arregló la lamparita, la colgó y reanudó su tarea. Dió término á una bota y la examinó: estaba bien. Recogió las herramientas, barrió los recortes, descolgó la lámpara, la puso encima de la mesa y sacó del armario el Evangelio.

Quiso abrir el libro por la página en que se quedó la víspera; pero salió otra página.

Cuando estaba abriendo el Evangelio, acordóse del sueño de la víspera; y al punto creyó oír que se movían detrás de él.

Volvióse Avdieitch y le pareció ver gente en el rincón... En efecto, eran personas; pero no podía distinguir-las. Y una voz le murmuró al oído:

— ¡Martín! ¡Eh, Martín! ¿No me conoces?

— ¿Quién eres? — exclamó Avdieitch.

— ¡Pero, si soy *Yo!* — dijo la voz.
— ¡Soy *Yo!*

Y era Stepanitch; quien surgiendo del rincón oscuro, echóle una sonrisa, se disipó cual una nube y se desvaneció.

— ¡Y también soy *Yo!* — dijo otra voz.

Y del rincón oscuro salió la mujer con el niño; sonrióse la mujer, sonrióse el niño, y se desvanecieron los dos.

— ¡Y también soy *Yo!* — exclamó otra voz.

Y aparecióse la vieja con el muchacho que tenía una manzana; sonriéronse ambos, y se desvanecieron.

Y sintió Avdieitch gozo en el corazón. Hizo la señal de la cruz, se puso las gafas y leyó el Evangelio en la página por donde se había abierto.

Y en lo alto de la página leyó:

«Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me hospedasteis.»

Y en lo bajo de la página:

«En verdad os digo: que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí me lo hicisteis.» (SAN MATEO, capítulo XXV, vers. 35 y 40.)

Y comprendió Avdieitch que el ensueño no le había engañado; que, en efecto, el Salvador había venido aquel día á su casa; y que á *El* es á quien había hospedado.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

LAS EMOCIONES DE UN PERDIGÓN ROJO

Ya sabéis que los perdigones van por bandadas y anidan juntos en el hueco de los surcos, para levantar el vuelo á la menor alarma, desparramándose como los granos que se siembran. Nuestra compañía particular es alegre y numerosa y está acampada en un llano junto á la linde de un gran bosque, donde tenemos buen botín y magníficos refugios á ambos lados. Por eso, desde que sé correr, tengo buen plumaje y estoy bien alimentado, me encuentro muy dichoso de vivir. Sin embargo, una cosa tenía-me algo intranquilo, y era esa célebre conclusión de la veda, de que nuestras madres empezaban á hablar en voz baja unas con otras. Un viejo de nuestra banda me decía siempre acerca de esto:

—No tengas miedo, Rojillo— me llaman Rojillo á causa de mi pico y de mis patas, del color de la

serba; — no tengas miedo, Rojillo. Yo te tomaré por mi cuenta el día de la apertura de la caza, y estoy seguro de que no te ocurrirá nada malo.

Es un macho viejo muy picarón y vivaracho todavía, aun cuando tiene ya señalada la *herradura* en el pecho y algunas plumas blancas acá y allá. De joven recibió en un ala un perdigón de plomo; y como esto le ha hecho ser un poco pesado, mira dos veces antes de alzar el vuelo, mide bien el tiempo y sale del apuro. A menudo me llevaba consigo hasta la entrada del bosque. Hay allí una rara casita, oculta entre los castaños, muda como una madriguera vacía y siempre cerrada.

—Mira bien esa casita, pequeño —me decía el viejo;— cuando veas salir humo por la techumbre y abiertas la puerta y las ventanas, mala señal para nosotros.

Y yo me fiaba de él, sabiendo de ciencia cierta que ya estaba él ducho en eso de las aperturas de la caza.

En efecto, la otra mañanita, al rayar la aurora, oí que me llamaban muy quedo dentro del surco...

—Rojillo, Rojillo.

Era mi viejo macho. Tenía un mirar extraordinario.

—Vente á escape—me dijo—y haz lo que yo.

Le seguí medio dormido, desliziéndome por entre los terrones, sin volar, sin saltar casi, como un ratón. Ibamos por el lado del bosque; y al pasar vi que había humo en la chimenea de la casita, luz en las ventanas, y, delante de la puerta, de par en par, unos cazadores, unos cazadores equipados del todo y una trahilla de perros que saltaban. Cuando pasábamos, gritó uno de los cazadores:

—Registremos el llano esta mañana, y luego de almorzar haremos lo mismo en el bosque.

Entonces comprendí por qué mi viejo compañero nos llevaba cuanto antes á la arboleda. A pesar de esto palpitábame el corazón, sobre todo al pensar en nuestros pobres amigos.

De pronto, en el momento de llegar al lindero, pusiéronse á galopar hacia nosotros los perros...

—¡Agáchate, agáchate!—me dijo

el viejo bajándose; al mismo tiempo, á diez pasos de nosotros, una codorniz despavorida abrió cuanto pudo sus alas y su pico, y echó á volar dando un grito de miedo. Oí un formidable ruido y quedamos rodeados por un polvo de un olor extraño, blanco y caliente, aunque apenas había salido el sol. Estaba yo tan amedrentado que ya no podía correr. Felizmente entrábamos en el bosque. Mi camarada se agazapó tras una pequeña encina, yo me coloqué junto á él y ambos permanecimos allí ocultos, mirando por entre las hojas.

En los campos había un terrible fuego de fusil. A cada escopetazo cerraba yo los ojos despavorido; luego, cuando me decidía á abrirlos, veía el llano inmenso y desnudo, y los perros corriendo, husmeando entre las briznas de hierba, entre las gavillas, girando sobre sí mismos como locos. Los cazadores juraban detrás de ellos y los llamaban; las escopetas relucían al sol. Hubo un momento en que creí ver volar como hojas sueltas, entre una nubecilla de humo aun cuando en los alrededores no había ningún árbol. Pero el viejo macho me dijo que eran plumas; y, en efecto, á cien pasos frente á nosotros un magnífico perdigón gris cayó dentro de un surco, doblando su cabeza ensangrentada.

El tiroteo cesó de pronto cuando el sol quemaba desde lo alto. Los cazadores regresaban hacia la casita, donde se oía peterrear una gran hoguera de sarmientos. Hablaban entre ellos con la escopeta al hombro, discutían los disparos hechos, y mientras tanto sus perros iban detrás, jadeantes, con la lengua colgando...

— Van á almorzar—me dijo mi compañero;—hagamos lo mismo.

Nos metimos por un sembrado de trigo morisco junto al bosque, un gran campo blanco y negro, en flor y granado, con aroma de almendra. Picoteaban también allí unos hermosos faisanes de irisadas plumas, bajando sus crestas rojas de miedo de ser vistos. ¡Ah! ¡Estaban menos altivos que de costumbre! Mientras comían, nos pidieron noticias y nos preguntaron si había caído alguno de los suyos. Durante este tiempo el almuerzo de los cazadores silencioso al principio, íbase haciendo cada vez más bullanguero; oíamos chocar las copas y saltar los corchos de las botellas. El viejo advirtió que ya era hora de irnos á nuestro refugio.

Dijérase que á la sazón el bosque estaba durmiendo. La charca adonde van los gamos á beber no estaba enturbiada por ningún lengüetazo. Ni un hocico de conejo entre los sérpoles del vivar. Solo se oía un

estremecimiento misterioso, como si cada hoja, cada brizna de hierba resguardase una vida amenazada. ¡Esa caza de monte tiene tantos escondrijos! Las gazaperas, la montanera, las faginas, las malezas y además los hoyos, esos hoyitos de bosque que conservan por tanto tiempo el agua después de haber llovido. Confieso que me hubiera gustado estar en el fondo de uno de esos agujeros; mas mi acompañante prefería permanecer al descubierto, tener anchuras, ver á lo lejos y sentir ante sí el campo libre. Bien hicimos, porque los cazadores penetraban en la selva.

¡Oh! Jamás olvidaré aquella primera descarga en el bosque, aquel tiroteo que horadaba las hojas como el granizo en Abril y dejaba señales en las cortezas de los árboles. Un conejo pasó huyendo á la carrera á través del camino, arrancando matitas de hierba con sus uñas extendidas. Una ardilla bajó velozmente de un castaño, dejando caer castañas aún verdes. Sintiéronse dos ó tres pesados revuelos de gordos faisanes y un tumulto entre las ramas bajas y las hojas secas, al viento de ese escopetazo que agitó, despertó y asustó á todo bicho viviente en el bosque. Los musgaños se escondían en lo más hondo de sus agujeros. Un escarabajo, que salió del hueco del árbol tras del cual estábamos

agachados, movía sus ojos salientes y estúpidos, yertos de terror. Por todas partes pobres bichitos azorados, libélulas azules, moscardones, mariposas... hasta un saltamontes chiquitín con alas de color escarlata, que vino á pararse junto á mi pico; pero también yo estaba asustado en demasía para aprovecharme de su miedo.

El viejo, por su parte, continuaba tan tranquilo siempre. Muy atento á los ladridos y á los disparos, hacíame señas cuando se acercaban; y nos íbamos un poco más lejos, fuera de la pista de los perros, y muy ocultos entre el follaje. Sin embargo, una vez creí que estábamos perdidos. La calle de árboles por donde teníamos que cruzar estaba guardada á cada extremo por un cazador á la atisba. Por un lado, un mocetón con patillas negras, quien sonaba como una panoplia vieja cada vez que se movía, con su cuchillo de monte y su cartuchera y el cuerno de municiones, sin contar con que sus polainas hebilladas hasta las rodillas le hacían parecer aún más alto; en el otro extremo, un viejecito, apoyado tranquilamente contra un árbol, fumaba en su pipa, guiñando los ojos como si quisiera dormirse. Este no me daba miedo, sino el mocetón de allá abajo...

—No entiendes una jota de esto,

Rojillo—me dijo mi camarada riéndose.—Y sin temor ninguno, con las alas abiertas de par en par, levantó el vuelo casi entre las piernas del terrible cazador de las patillas. Y el hecho es que el pobre hombre estaba tan engolfado con todos sus atavíos de caza, tan ocupado en admirarse de arriba á abajo, que cuando se echó al hombro la escopeta estábamos ya lejos de su alcance. ¡Ah! ¡Si cuando los cazadores se creen solos en un rincón de un bosque, supieran cuántos ojuelos fijos les atisban desde los matorrales, cuántos piquitos puntiagudos reprimen la risa al ver su torpeza!...

Nosotros andábamos, andábamos sin parar. No teniendo nada mejor que hacer sino seguir á mi viejo acompañante, mis alas se desplegaban á compás de las suyas, para replegarse y quedar inmóviles así que él se paraba. Aún me parece ver todos los sitios por donde pasamos: el conejar cuajado de brezos, lleno de madrigueras al pié de los árboles amarillentos, con esa gran cortina de robledales donde parecíame ver escondida la muerte por todas partes; y la verde sendita por donde mi madre la Perdiz había paseado tantas veces su pollada bajo el sol de Mayo, donde saltábamos picoteando las hormigas rojas que trepaban por nuestras patas, donde

encontrábamos faisanitos cebados, gordos como pollastros, y que no querían jugar con nosotros.

Vi como en un sueño mi senderito, en el momento de atravesarlo una corza, erguida sobre sus delgadas patas, con los ojos muy abiertos y dispuesta á saltar. Después, la balsa adonde íbamos en partidas de quince ó treinta, todos al mismo vuelo, alzándonos de la llanura en un minuto, para beber el agua del manantial y salpicarnos de gotitas que ruedan sobre el plumaje lustroso... En medio de esa charca había una aliseda, como un ramillete muy espeso; y en aquel islote nos refugiábamos. Preciso sería que los perros tuviesen una nariz de primera, para ir á buscarnos allí. A poco de llegar nosotros, presentóse un corzo arrastrándose sobre tres patas y dejando una rastra roja sobre el musgo tras de sí. Daba tanta tristeza el verle, que escondí la cabeza bajo las hojas; pero oía al herido beber en la charca resollando y ardiendo en fiebre...

Caía la tarde. Los disparos de escopeta se alejaban y disminuían en número. Después quedó todo en silencio... Había concluido aquello. Entonces regresamos despacio á la llanura, para saber noticias de nuestra gente. Al pasar por delante de la casita de madera, vi una cosa horrible.

Al borde de un hoyo, unos junto á otros yacían liebres de rojo pelo y conejillos grises de cola blanca, con las patitas juntas por la muerte, en ademán de pedir misericordia, y con ojos empañados que parecían llorar; además, perdices rojas, machos de perdiz grises, con la *herradura* como mi camarada, y perdigoncillos de aquel año que tenían como yo pelusa debajo de las plumas. ¿Hay nada más triste que un ave muerta? ¡Las alas son tan vivas! El verlas plegadas y frías hace temblar... Un gran corzo, magnífico y tranquilo, parecía que estaba durmiendo con su lengüecita sonrosada fuera de la boca, cual si aún fuese á lamer.

Y allí estaban los cazadores, inclinados sobre aquella carnicería, contando y tirando hacia sus morrales de las patas sangrientas y de las alas rotas, sin respeto á todas esas heridas recientes. Los perros, atraillados para el camino, fruncían aún sus hocicos en ristre, como si se dispusiesen á lanzarse de nuevo á los talleres del soto.

¡Oh, mientras el ancho sol se ponía por allá abajo y se marchaban todos jadeantes, alargando sus sombras sobre los terrones de los surcos y las sendas húmedas con el sereno del crepúsculo, cómo maldecía yo, cómo detestaba á toda la banda, hombres y animales!... Ni

mi compañero ni yo teníamos ánimos para lanzar, como de costumbre, unas notitas de despedida á ese día que acababa.

En nuestro camino encontramos infelices bestiezueltas, muertas por un perdido perdigón de plomo y abandonadas allí á las hormigas; musgaños con el hocico lleno de polvo, picazas, golondrinas derribadas al vuelo, tendidas de espaldas

y levantando sus rígidas patitas hacia el cielo, de donde descendía la noche á escape como suele en otoño, clara, fría y húmeda. Pero lo más conmovedor de todo, era el oír en los linderos del bosque, al margen del prado y allá abajo en los juncales del río, llamamientos angustiosos, tristes y diseminados, á los cuales nadie contestaba.

ALFONSO DAUDET.

LA COPA

—

DE SULLY PRUDHOMME

Rodar veréis en torpes bacanales
De grosero licor cántaro lleno;
Mas no abunda lo mismo el vino bueno
Que ha de espumar en límpidos cristales.

Aguarda, en tanto, en altos pedestales,
Aureo, artístico vaso, noble estreno;
Vacío permanece su hondo seno;
Nadie osa profanar copas reales.

El espíritu va cual la materia;
Contenta á un pecho vil placer inmundo;
Altiua es la pasión del alma altiva;

Y quien aspira á la pureza eteria
No halla amor, entre amores de este mundo,
Digno de que su seno le reciba.

M. A. CARO.

EL SALÓN DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA

(CONCLUSIÓN)

El séquito de la Emperatriz en Aquisgrán se componía de la señora duquesa de Larochefoucauld, su camarera mayor, de cuatro damas de palacio;

La condesa de Luçay, y más tarde la señora de Lannes, que volvía de Portugal;

La condesa de Colbert (señorita de Canclaux) y la baronesa de V.***;

Del caballerizo mayor, el caballero de Harville, y dos gentilhombres, el Sr. de Beaumont y el señor de Aubusson de la Feuillade;

De un caballerizo de carrera;

Y del Sr. Deschamps, secretario de órdenes, antes autor de zarzue-
lillas muy picantes, camarada literario y dramático de Picard, con quien había compuesto muchas pie-
cecitas, en las cuales ponía también todo su ingenio su amigo Deprez.

El Sr. Deschamps, elevado ó des-

cendido de pronto desde el papel de hombre de letras al de servidor de la corte, veíase á veces apurado por su antigua intimidad con el actor-
autor de *El Villorrio*, lo cual divertiría mucho por su parte al autor de *Los Herederos*. Podía aplicársele al Sr. Deschamps lo que Chamfort decía del Sr. de Guerville:

—Observad que este poeta nunca ha hecho una obra maestra él solo; siempre ha tenido un colaborador, lo cual hace más ligera para la envidia la carga de su gloria.

Por lo demás, este buen Deschamps, cortés, servicial é ingenioso, era el más infeliz de los hombres en aquel puesto, tan ambicionado por él; porque se había reído demasiado con sus colaboradores de las ridiculeces cortesanas para no sufrir al verse también cargado de ellas, él á quien su nacimiento, su vocación y sus antecedentes debían

dispensar más que á nadie de esos nobles errores. Además, siendo por su cargo el natural confidente de las deudas que á diario contraía la Emperatriz, á despecho de las recomendaciones del Emperador, el pobre secretario de órdenes veíase sin cesar amenazado, á la menor indiscreción, de caer en desgracia con su señora, ó de tener que aguantar las iras del señor, y ya se sabe el miedo que inspiraban estas iras.

Reuniendo entonces las funciones de intendente y las de secretario particular, era preciso rebajar las cuentas, disminuir su total, sin saber cómo se saldaría el exceso disimulado; era necesario halagar á los acreedores y comprar su silencio, y redactar luego humildes observaciones acerca de los excesivos gastos consagrados á objetos de capricho, observaciones que Josefina leía ó escuchaba con tanta mayor paciencia cuanto que no hacía caso de ellas y no gastaba ni un céntimo menos. Todo esto aún no era nada. Pero eso de llevar desde la mañana casaca francesa y espada al cinto, saltar casi repentinamente desde la *carmañola* del Terror y el *redingot* de la República al casacón palaciego de la corte de Luis XVI, á esa vestimenta condenada á muerte por los revolucionarios y que nuestros actores apenas se atrevían á sacar en los papeles de marquee-

ses de Molière, requería mucho valor, porque llevándola entonces no tenía ya que arrostrar más que el riesgo de ir incómodo y ridículo.

Entre las personas á quienes el interés por su salud ó por su fortuna había llevado á baños aquella temporada, se distinguían el señor y la señora de Sémonville, sus hijos los señores de Montholon y la encantadora señora de Macdonald, cruelmente herida por la enfermedad que la ha arrebatado al amor de su familia; el señor y la señora de Turenne, el señor de Villontrais, el duque de Aremberg y varios castellanos principales de las riberas del Rhin.

La señora de Turenne, recién llegada de su provincia, apareció de pronto en medio de las mujeres que se presentaron á la Emperatriz. Era bastante bonita para producir efecto; pero, preciso es confesarlo, á la belleza de sus diamantes debió sobre todo las particulares atenciones de la soberana y de las personas encargadas por el Emperador de atraer á la corte de la Emperatriz las mujeres de los hidalgos ricos.

Cuando se supo que aquella mujer, de ojos espléndidos como los brillantes que llevaba puestos, tenía por marido á un buen mozo llamado el señor de Turenne, y que ambos iban á formar parte de la servidumbre imperial, difundióse cómico regoci-

jo entre muchos de los oficiales cuya instrucción en genealogías nobiliarias no estaba siempre al nivel de su valentía personal.

—Enhorabuena—decía en mi casa uno de los adictos á la ex-república;— puesto que *el general* tiene el antojo de querer mezclar con los nuestros apellidos aristocráticos, que nos los dé como éste; no hay un coronel á quien no le halague ser camarada del *nieto* del gran Turenne. ¡Caracoles, y qué bien se debe batir con ese nombre! Eso vale más que los *currutacos* de emigrados que se cuelan por todas partes para hacerse rogar que les hagan volver á sus farsas de antaño.

Por más que se le contestaba que el mariscal de Turenne no había dejado ningún hijo, y que entre esos *currutacos* de emigrados había descendientes directos de los Montmorency, de los Montemart, de los Rohan, de los Bouffers, de los Villars, de los Broglie, etc., cuyos antecesores habían guerreado tan bien como él mismo, no por eso cesaba en sus diatribas contra la antigua nobleza francesa, en la cual no hacía más que una sola excepción á favor del pretendido hijo del mariscal de Turenne.

Este intrépido soldado de nuestros ejércitos republicanos era un verdadero tipo del militar de la época, valiente hasta el heroísmo,

amante de la libertad, por la cual creía combatir, desdeñoso para toda ciencia extraña á la guerra, idólatra de Bonaparte, descontento del Emperador, de cuyos decretos *re-negaba*, y á quien obedecía como un esclavo. No permitía á nadie más que á sí mismo hablar mal de él. Inflexible en lo que atañe al cumplimiento del deber, aunque humanitario y hasta generoso, pasó por la prueba más cruel que la suerte pudo imaginar contra un oficial de aquellos tiempos: había sido elegido para mandar el piquete de gendarmes de primera que había de fusilar al duque de Enghien...

Despertado á media noche con orden de encaminarse á los fosos del castillo de Vincennes, para hacer allí justicia (decíanle), en la persona de un oficial traidor y sentenciado por el consejo de guerra, había creído tener que cumplir uno de esos tristes deberes impuesto por la disciplina. Tan presente se halla en mi memoria el relato que me hizo de lo que había sufrido en aquel terrible momento, que aún me parece oírle con sus expresiones medio grotescas, medio conmovedoras.

—¡Preciso es tener desgracia!—decía.—¡Yo que siempre aborrecí esas fiestas!... Pero, ¿qué quiere V.? Son cosas del oficio y hay que resignarse; de lo contrario, le tomarían á uno por un cobarde si se

tuvieran melindres para fusilar á un desertor ó á cualquier pobre diablo, culpable de algún arranque brusco contra un superior suyo; por eso no rechisté una palabra cuando vinieron á llamarme de parte del general para hacer ejecutar la sentencia del consejo. Sólo que me chocó la hora elegida para aquella expedición. Matar á un hombre en pleno día, pase; pero en medio de la noche, á la luz de una linterna puesta sobre su corazón, ¡mil truenos! es para imponer al más intrépido.

Al hablar así, el abultado rostro del capitán H.*** palidecía con el recuerdo. Y añadió:

—Eso sin contar con que todo, cuando se hace por el estilo, á la chita callando, siempre me es un poco sospechoso. Vamos—dije para mí—el pobre muchacho ha hecho alguna barbaridad y es justo que la pague. Entonces preparé mis hombres y les repetí que fueran exactos á la voz de mando, porque entre aquellos mozos hay quienes matan austriacos como gorriones y no saben apuntar á un camarada.

De pronto ábrese una puertecilla y salen los fusileros; como es de cajón, el paciente iba en medio de ellos. ¡Ah, ah! —pensé al verle—no es ningún pelafustán. ¡Vaya un aspecto noble! ¡Qué buena planta! ¡Cómo marcha con paso firme!

Pero ¡Dios me perdone! aún es muy joven, treinta años á lo sumo; preciso es que sea algún hijo de buena casa, porque los jefes le tratan con cortesía. ¿Quién dijera que con esa figura y ese valor ha podido merecer tan fea muerte?

Y esta reflexión me trastorna la cabeza; me imagino que es un pobre joven víctima de informes falsos, un valiente oficial calumniado. Me da como un ahogo en el pecho; me parece que me falta ya la voz y que la palabra *¡fuego!* no podrá salir de mi boca. Sin embargo, no había que retroceder, pues no era cosa de hacerse fusilar en lugar suyo.

Por fortuna le veo hacer señas á uno de los nuestros, cual si quisiera hablarle. Le entrega un papel. Creo que trata de ganar tiempo. Bueno—me digo—flojea un poco. ¡Caramba! El momento es duro y se trata de retardarlo. Eso me da valor á mí... y cumplo con mi deber.

Al llegar aquí el capitán se detuvo, pálido y abatido, como si aún oyera la fatal explosión. Alzó los ojos hacia mí; sin duda habría en mi cara vivas muestras de indignación y de terror, puesto que volvió bruscamente la cabeza, exclamando:

—Me disculpa V., ¿no es cierto? ¿Sabía yo quién era él? ¿Sabía yo

que el consejo de guerra se había apresurado á despacharlo para el otro barrio, por miedo de que el Emperador le perdonase? ¿Sabía yo siquiera que el papel que entregó al camarada era un mechón de pelo suyo, el postrer adios á la mujer á quien amaba? ¡Dios me confunda! Creo que si yo lo hubiese sospechado, nunca hubiera tenido ánimos para mandar que disparasen; y bien sabe Dios cuánto aborrezco á todos esos Borbones desde lo de la máquina infernal. Pero ¡mil bombas! aquel tenía el aspecto de un oficial intrépido, y además el continente de un soldado que no tiene nada que echarse en cara y se burla de la muerte. ¡Vaya una mirada de lástima que nos dirigía, como diciendo: ¡Pobres gentes, os compadezco más que á mí mismo, porque vais á matar á un buen francés! Y cuando sepáis que no era culpable, esta acción os pesará en el alma como un crimen.

—Sin embargo, es verdad, señora —añadió el capitán golpeándose el pecho;— tenía la conciencia limpia. Y cuando al acabar aquella triste expedición he visto al camarada M.*** (1) desmayarse como una mujer; cuando este pobre chico, educado en casa del antes príncipe de Condé, se puso á sollozar diciéndo-

(1) Es el oficial citado en la biografía del duque de Enghien.

nos que acabábamos de matar á un inocente..., que ese joven tan guapo y tan animoso, que yacía allá atravesado por nuestras balas, era... el duque de Enghien... ¡ay! sentí como un puñetazo en el corazón... y sabe Dios cuánto he jurado contra quienes nos comisionaron para hacer aquello...; porque, desengáñese V., de verdad, aquella ejecución sumaria no salió del magín del Emperador.... ¡Demonches! no es así como trata á sus enemigos..., los mata en pleno día, á cañonazo limpio..., á riesgo de que se lo lleve á él mismo por delante una bala rasa... Eso es cosa de algunos zascandiles de la corte, que temen una buena carrera de baquetas como volviesen los antiguos á quienes han plantado; esos *cochinos* políticos son quienes han tomado sobre sí la carga de fusilar á un Borbón, creyendo darle un plato de gusto al general. Pues bien, se han equivocado; por un primo mío, de servicio en la camareta de las Tullerías, he sabido que al ver entrar el Emperador en su aposento á Josefina, con el rostro demudado, anegada en lágrimas y exclamando: — ¡Ha muerto el duque de Enghien! ¡Ah, Dios mío! ¿Qué has hecho?

Sé que el Emperador ha palidecido, y ha dicho con voz ahogada:

— *Los desdichados han ido demasiado á escape.*

Sé que estuvo varios días abrumado por el peso de una sombría tristeza, y que pasó varias noches sin sueño... ¡Ah! Esas noches se quedarán grabadas en su memoria; nunca dirá el daño que ha sufrido, es justo; la cosa ya está hecha y hay que sostenerla. Pero crea V. que toda su vida aborrecerá á quienes la aconsejaron y hasta á los pobres diablos que, como yo, la ejecutaron sin saber lo que hacían.

La llegada de M. de C. interrumpió ese relato, que hubiera yo temblado de ver continuar delante de él. Después me ha confesado que, chocándole muchísimo la alteración pintada en mi rostro y en el del capitán H., estuvo á punto de retirarse por discreción; pero que le había contenido el apuro de una salida inmotivada.

M. de C. era uno de esos emigrados recién venidos, á quienes el recuerdo y la proximidad de Coblenza sostenían en las márgenes del Rhin. El miedo á un retorno del Terror entraba también por algo en su cuidado de no alejarse de la frontera. Pero lo que más agradable les hacía la estancia en esas provincias era el gusto de oír allí hablar mal sin cesar de los agentes del gobierno francés, y echar de menos al mismo tiempo todas las vejaciones que se deploraban durante

la dominación germánica, capricho habitual de toda provincia conquistada; y esta malquerencia contra los vencedores estaba en armonía con el mal humor de los perjudicados por la Revolución.

El capitán H. advirtió muy pronto, por mi apuro, que acababa de entrar un hombre cuyas confianzas legitimistas temía tanto, como su relato republicano acababa de hacerme temblar. Me echó una mirada reprobadora, pues temer que un emigrado se comprometiese ante él era injuriarle: hubiera podido hacerlo impunemente. El Capitán H. era un hombre de honor, en toda la extensión de la palabra. Pues bien; el recuerdo de sus eminentes cualidades y del servicio que había prestado á mi marido dejándole escaparse de la prisión en el 93, no llegaban á cohonestar el de la atroz comisión que se había visto obligado á desempeñar; y, lo confieso para vergüenza mía, esa desgracia, que hubiera debido aumentar mi interés por él á causa del sentimiento que le produjo, me hizo insoportable su presencia. Veíale siempre mandando el asesinato de un inocente... ¡Y qué inocente!..

Me dijo un día:

— Señora, hice muy mal en hablarle á V. del asunto de Vincennes; es V. como yo. ¿Está pensando V. en ello siempre?

—Sí, demasiado á menudo—le contesté.

—¿Y me tiene V. mala voluntad por haber cumplido con mi deber?

—Es cierto; mas es una injusticia que pasará, así lo espero.

—¡Nunca!—replicó con amargura;—las mujeres son como los generales: nunca se les debe contar sino lo que nos honra.

Desde aquel día no he vuelto á ver al capitán H. Murió en una de nuestras victorias.

*
* *

Pocos días antes de marcharse de París, había asistido la Emperatriz á la distribución de las cruces de la Legión de Honor. Celebróse aquella ceremonia con gran pompa en la iglesia de los Inválidos; y pudieran escribirse tomos enteros con el enjambre de epigramas, pullas y chistes desdeñosos que saludaron la fundación de esta orden, solicitada después por todas las personas ilustres de Francia.

Sin embargo, Napoleón, sentado por vez primera en un trono, recibió aquel día á mil novecientos caballeros. También por vez primera acababa de pasar el séquito de la corte imperial por la misma plaza donde cayó la cabeza de Luis XVI.

El vencedor de Marengo había dejado su caballo de batalla para atravesar en coche de gala el paseo principal de las Tullerías; este jardín, perfumado como hoy de flores, lleno de guerreros y de mujeres elegantes, resonaba con los gritos de *¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!* en vez de los gritos del día: y los periódicos también pregonaban: *¡Todos los corazones están ebrios! ¡El entusiasmo llega al colmo!* Porque de todos los géneros de estilo, el menos variable es el que se aplica al poder.

No obstante, los fieles á la libertad devolvían sus cruces; los republicanos amenazaban tratar al nuevo trono como al antiguo; aquellos cuyos apellidos ó intereses les ataban al partido caído, reíanse de lástima viendo parodiar así el esplendor manárquico, y decían:

—He aquí una cruz que me asegura la vuelta de mi cruz de San Luis.

La noche de aquella gran solemnidad, el Emperador condujo toda su corte á la sala de las estatuas antiguas. A la claridad de las antorchas admiráronse las obras maestras conquistadas por él en Italia. Así es como en cada uno de los actos regios á que se atrevía, á despecho de la República, gustaba de manifestar sus derechos á la gratitud nacional.

Cada departamento había de tener participación en las condecoraciones. Decidióse que la Emperatriz distribuiría las destinadas al departamento de Roër. Soñaban ya con la pomposa ceremonia de la coronación, y se quiso hacer una especie de boceto en la catedral donde había sido coronado Carlomagno.

El obispo, á la cabeza de todo el clero, salió á la puerta de la iglesia para recibir á la Emperatriz; la cual cruzó, bajo palio, la larga basílica y fué á sentarse en un trono preparado para ella en el coro.

La belleza de ese monumento tan rico en nobles recuerdos, el esplendor de los uniformes militares, las galas de aquella nueva corte, las de todos los asistentes, y aún más el retorno de aquella pompa sacerdotal por tanto tiempo oculta á las miradas, daban á esa ceremonia el aspecto de una verdadera solemnidad.

La Emperatriz, revestida por vez primera con el manto de corte, llevaba una diadema de diamantes; y el conjunto de su vestir, la cola de aquella falda de *moaré* blanco bordado de oro que se extendía por las gradas del trono, aquel talle majestuoso, aquella actitud sencilla y digna, completaban la ilusión. Era efectivamente una soberana. Y el clero numeroso, revestido con ricas casullas sembradas de perlas finas,

regalo en otros tiempos hecho por el emperador Othon, representaba la corte eclesiástica de una poderosa emperatriz.

Habíanse sacado del tesoro una parte de las reliquias sagradas. Las insignias imperiales y reales de Carlomagno, su corona y su cetro, estaban allí sobre el altar; parecían puestas á disposición de quien osara apoderarse de ellas. Y bajo las bóvedas de ese templo gótico donde Carlomagno daba el espaldarazo á sus valientes caballeros, á Roland, á Roger, á Renaud, era donde los caballeros de la Legión de Honor se inclinaban ante Josefina y recibían de manos de ésta las insignias de la Orden.

Durante ese tiempo, el pueblo prosternado entonaba, con todas las reglas de la armonía, los cánticos de Mozart, y no puede expresarse el efecto de aquella reunión de voces puras, naturalmente sabias y propias de Alemania; de ese coro público, del cual ningún coro de ópera puede imitar la imponente masa, la unidad de intención y el fervor de alma que nace del sentimiento religioso de todo un pueblo.

Aquellas innumerables voces que cubrían la del órgano, hacían retemblar las vidrieras de colores de la antigua metrópoli é infundían en el ánimo de los circunstantes una fiebre piadosa. Los menos devotos

veíanse arrastrados por aquel torrente de armonía, y, sin querer, se mezclaban sus preces con la plegaria general. Dábanse gracias también á aquel gran erector de reinos y de leyes, por haber fundado asimismo en Francia la música de iglesia (1). Comprendíase, en fin, que se gozara Dios en oír cantar de aquel modo sus alabanzas.

En medio de aquella noble exaltación, ocurriósele al general L. pronunciar un discurso adaptado á las circunstancias y en el cual se felicitaba (decía) de ver la virtud en el trono y *la belleza al lado*.

Aquella rara elocuencia ofendía por igual á las *virtudes* y á las *bellezas* que allí estaban; pues con justo motivo cada una de ellas hacía poco caso de la hermosura sin virtud, y aún menos quizá de la virtud sin hermosura.

La misma noche, en el salón, bromeó dulcemente la Emperatriz acerca de la noble parte que la había otorgado el general L.; después me preguntó qué pensaba de ese discurso. La pregunta era dificultosa, pues no quería yo disgustar á la Emperatriz ni al general; y salí sencillamente del apuro respondiendo que, distraída por el ostentoso espectáculo de la ceremonia

y convencidísima de que el general orador no podía dirigir á S. M. sino gratas verdades, no había atendido á escucharle.

—Lo cual no le impedirá á V. reirse de él con ganas esta noche entre sus amigos—me dijo en voz baja la Emperatriz; y luego, al ver mi asombro, añadió:—Sé por M. Deschamps que da V. en su casa regocijadas cenas, donde se ríe cual se reía en otros tiempos; que Duval y Picard, son allí tan divertidos como en sus comedias, y que se cuentan las historias más jocosas. Debiera V. relatarme algunas de ellas, pues ha de saber V. que nada le hace tanta gracia al Emperador como esos chismes y habladurías. Cuando vamos al teatro, su mirada de águila descubre en un minuto las nuevas relaciones entabladas durante su ausencia; quiere saber las rupturas y las paces, interesándose lo increíble por todos esos pequeños dramas de sociedad. Por ejemplo: hay ciertas personas cuya vida sigue con toda la perseverancia empleada en continuar la lectura de una novela que interesa. Advina V. de quién quiero hablar, ¿no es así?

—Lo creo, señora.

—¿La ve V. siempre?

—Lo más á menudo que me es posible. V. M. sabe mejor que nadie cuán amable y buena es.

(1) V. Anquetil: *Historia de Francia*, t. 1., página 266.

—¡ Ah! Sí, lo sé—respondió Josefina suspirando;—sé cuán dulce es su amistad. Creo que se han educado Vds. juntas, así es que la querrá V. mucho.

—Sí, señora. En los tiempos de su poderío, la debí la libertad y acaso la vida de varios amigos míos; por eso estoy eternamente agradecida á ella.

—Y yo también la quiero mucho; pero Bonaparte no quiere que la vea, y esto me desconsuela.

Advirtiendo entonces que se fijaban en nuestra conversación, añadió Josefina:

—Tengo que darla un encargo; venga V. mañana á verme.

—Esperaré sus órdenes.

—No. Pídame V. audiencia por medio del Sr. de Harville; hablaremos más á nuestras anchas.

Y la conversación volvió á ser lo que era antes, es decir, una especie de monólogo entrecortado por preguntas insignificantes, cuyo único objeto era dirigir la palabra á casi todas las personas que formaban la tertulia. Las más ducas en esos escauceos cortesanos soltaban á veces frases graciosas, afortunadas adulaciones. La señora de Sémonville era una de las más ingeniosas en este género, por lo cual gozaba de gran favor en el salón de la Emperatriz. En primer lugar, tenía la ventaja de haber visto el de María

Antonietta; sabía cómo puede aliarse la gracia de una conversación fácil con el respeto debido á la elevada posición, y Josefina hablaba con ella enteramente segura; sabía con plena certeza que por reciente que fuese su elevación, ésta no sería olvidada ni un instante por la señora de Sémonville. Además, el culto de una mujer tan ingeniosa por la etiqueta y las atenciones de la corte, era el mejor modelo que pudiera ofrecerse á las jóvenes damas de palacio y á los cortesanos cuya inexperiencia ocasionaba todos los días tantos yerros.

Durante ese tiempo el Sr. de Sémonville, nuestro embajador en Holanda, estaba en plena desgracia injustísimamente, por haber obedecido órdenes que el Emperador parecía querer desaprobado en su política. El Sr. de Sémonville, satisfecho de su inocencia, permanecía en Aquisgrán, mucho más ocupado en velar por la salud de su nuera que por sus propios intereses. Venía con frecuencia á participarme sus inquietudes, sus tristes presentimientos; y debo hacerle la justicia de decir que ninguna nostalgia del poder y ningún deseo ambicioso distraían esos paternales pesares. Pues bien; aquel dolor sincero y conmovedor pasaba en sociedad por pesadumbre de ministro relevado. Esa incredulidad para con los buenos

sentimientos es lo que más autoriza á pensar mal de los palaciegos; y la odio más que nada porque alimenta esa ola de lugares comunes contra los cortesanos, con la cual nos abre- van desde hace tantos siglos.

Sin hacerme esperar obtuve la prometida audiencia, y allí encontré á la señora de Beauharnais con toda su ingenuidad y benevolencia para sus conocimientos antiguos.

Me habló de las disputas que á menudo tenía con el Emperador acerca de su amiga la señora de C.***, y me dijo que éste no la perdonaba sobre todo el haber desdeñado el gran papel que estaba llamada á representar después de haber librado de Robespierre á Francia.

—Eso puede ser una lástima— dije—pero no es un cargo.

—Sí—replicó ella;—Bonaparte se lo hace á todos cuantos faltan á lo que su destino promete.

—Confieso que tiene derecho á mirarlos con lástima; pero odiarlos, eso es injusto...

—Y hasta ingrato—interrumpió Josefina.—Porque sabe que Teresa nos ha servido con su poder y con interés cuando se trató de hacer que le dieran el mando del ejército de Italia. No le he ocultado los socorros de todos géneros que debí á esa excelente amiga cuando salí de la prisión, viuda, arruinada y sin saber el porvenir que esperaba á mis

hijos. Crea V. que se necesita que haya algún motivo muy grave para contrarrestar esos recuerdos en el ánimo de Bonaparte, porque es más agradecido y más sensible de lo que se figuran; yo misma soy una prueba de ello; se hacen multitud de cosas para incitarle contra mí, se intentan todos los días para inducirle á una separación que sería mi muerte. Pues bien, el recuerdo de mi adhesión, de lo que él cree deberme, ha podido siempre más que las insinuaciones y pérfidas denuncias de su familia. Verdad es que yo soy su superstición, acaso más que su amor, y que me juzga uno de los rayos de su buena estrella.

Entonces me refirió Josefina la predicción que la habían hecho en el momento de su marcha á la Martinica.

—Perdería su primer marido de muerte violenta—la había dicho la hechicera;—el segundo la haría más grande que la reina.

Este oráculo, la mitad del cual habíase ya cumplido cuando conoció á Bonaparte, tenía ella la certidumbre de que contribuyó mucho á la prontitud y confianza con que se hizo elegir emperador de los franceses.

—Es tan supersticioso como yo misma—añadió.—Por ejemplo: tan persuadido se halla de que le doy buena sombra, que por nada del

mundo partiría para ponerse al frente del ejército sin haberme besado. Cierto es que me riñe mucho cuando su maldita policía le advierte de que he visto á la señorita Lenormand; pero, aunque la trata de embustera y amenaza con hacerla encerrar si especula más tiempo con nuestra estúpida credulidad, no deja de hacerme repetirle lo que ha visto aquélla en sus cartas; y cuando ha predicho para él nuevos triunfos, siempre se sonríe con complacencia.

Después la Emperatriz me habló de Méhul, de Ducis, de Nepomuceno Lemercier y de otros varios antiguos contertulios habituales de la Malmaisón, todos los cuales habíanse retirado en el momento en que los gentilhombres iban á convertir en antecámara el salón que precedía á ese famoso gabinete donde tantos hechos memorables se meditaron.

—Ducis y Lemercier—continuó Josefina—acaban de devolver al Emperador la cruz de la Legión de Honor. Considera esta devolución como un gran insulto; pero lo que sobre todo explica su cólera es la despedida de Lemercier, quien le dijo en su última visita:

—«¡Ah! ¿Conque os place rehacer la cama á los Borbones? Pues bien; os predigo que no dormiréis en ella diez años (1).»

(1) Sólo durmió en ella Bonaparte nueve años y nueve meses.

—Aun cuando esta predicción no le da pena ninguna—añadió Josefina—comprenderá V. muy bien que le guarda rencor por ella. Así es que me encuentro privada de ver á quienes eran mis predilectos amigos. V. que tiene todos los días el gusto de volverlos á ver y de escuchar su conversación tan chispeante, dígalos que los echo de menos en medio de todas las pompas y todos los placeres que me aturden; pero dígaselo muy quedo, pues imputaríaseme como un delito el interés que por ellos conservo. Y no es esto todo (añadió, mirando á todas partes para ver si alguien nos oía, como en las comedias); es preciso que induzca V. á Teresa á romper sus relaciones de amistad con el Sr. O.***. Bonaparte le cree uno de sus mayores enemigos; y, á decir verdad, esta es la causa de su animosidad contra ella. Trate V. de obtener ese sacrificio, y estoy segura de que la devolverá su antiguo afecto y me permitirá que vuelva á verla cual en otros tiempos.

El encargo era difícil, y no esperaba yo además conseguir en él ningún buen éxito. La mujer que había arrostrado el cadalso por sus amigos, no podía inmolar ninguno de ellos en aras del odio, ó más bien de las injustas prevenciones del Emperador. La hice en voz alta esta reflexión:

—No importa—replicó Josefina; —prométame V. inducir la á seguir mi consejo. ¡Dios mío! Nunca hay tan buenos motivos para...

No concluyó la frase, y su restricción me hizo sonreír. Prometí hacer lo que con tanta gracia me pedía; é iba ya á despedirme de ella, cuando me detuvo para hablar de trapos.

Llamó á su primera azafata, la señora de Saint-Hilaire, para enseñarme el último traje que acababa de entregarla Leroi (1). Era de tul de color de rosa, estaba adornado con flores y hubiera convenido perfectamente á una novia de diez y seis años de edad, para su tornaboda. Mientras elogiaba yo la extremada elegancia de aquel vestido, pensaba que haría parecer á la Emperatriz más vieja de lo que era. Me equivoqué: sentaba tan bien á su talle, que se le perdonaba el que no favoreciese á su semblante.

—¿Quién la peinó á V. ayer?—me dijo.—Llevaba V. un turbante plegado á las mil maravillas.

—¡Ah, Dios mío!—exclamé riendo.—¿También contra éste la va á emprender V. M.?

Y la confesé que ese turbante en que se había fijado era obra de su segundo ayuda de cámara.

—¡Qué! ¿Ese joven Herbault hace tan lindas cosas? Es necesario que dé yo empleo á su talento.

En esta frase había toda una fortuna. Luego, pasando á otro asunto, me dijo:

—Encargue V. á su amigo Picard que varíe un poco más su repertorio. Siempre hay los mismos chistes, las mismas ridiculeces cursis; tiene ingenio bastante para dedicarse á la alta comedia. ¿No encuentra V. que sus continuas sátiras contra el señorío hecho de prisa se han pasado de moda?

—Creo que mañana estrena una comedia nueva—respondí—porque en la corte se vuelve uno un normando para contestar.

—¿Sabe V. qué título tiene?

Iba á soltarlo ya... cuando un femenino instinto me contuvo.

—Es un título muy raro—respondí, fingiendo esfuerzos por acordarme de él;—pero no lo recuerdo ya.

Lo cierto es que titulándose aquella comedia *La mujer de cuarenta y cinco años*, tenía yo el presentimiento de que sería desagradable el título á la Emperatriz y pudiera hacer que formase prejuicios contrarios á la obra.

Por desgracia, aquella pequeña comedia no era de naturaleza á propósito para vencer esas prevenciones. Jamás he comprendido cómo

(1) Famoso modisto y sastre de la corte imperial.

Picard, con todo su ingenio, pudo imaginarse divertir á la Emperatriz con la tristemente fiel pintura de una mujer casi vieja, defendiéndose á fuerza de afeites y atavíos contra los ultrajes del tiempo.

Durante aquella representación estuve en un potro. Mi palco no estaba lejos del de la Emperatriz; veía yo contraérsele el rostro á cada chiste lanzado contra las ridiculeces de la mujer á los cuarenta y cinco años; y buscaba el medio de evitar cualquiera conversación acerca de este asunto, cuando el señor de B., gentilhombre de la Emperatriz, vino á invitarme de su parte á que me dirigiese á su salón al salir del espectáculo.

No podía, pues, librarme de las críticas y hasta de las embozadas acusaciones con que iban á abrumar al pobre autor. Era imposible justificarle y casi una cobardía el abandonarle; mi papel hacíase difícil.

Apenas hice mis reverencias, cuando la Emperatriz me dijo con una sonrisa algún tanto amarga:

—Dígame V., señora Gay, ¿qué le parece á V. la comedia? Yo no puedo juzgarla. Debiérase aconsejar á Picard que no se representara sino ante mujeres de veinticinco años.

—Paréceme, señora, que en ese auditorio debería comprenderse á las que no representan más que esa edad.

Esta adulación, bastante traída por los cabellos, me valió una mirada cariñosa.

Los cortesanos cayeron con toda la pesadez de su ingenio sobre el de Picard. El error de un hombre de talento es la *comidilla* de la jauría de las gentes que no lo tienen; hay que dejarles desgarrar su presa.

En aquellas circunstancias, Picard había dado muestras de torpeza, por lo menos. La Emperatriz quiso castigarle ofreciendo á su rival, Alejandro Duval, una ocasión para ser aplaudido en presencia de ella. Había yo invitado á M. Deschamps á la lectura que iba á darnos Duval de una obra que acababa de concluir.

Por aquella época, era un acontecimiento dramático la aparición de una obra en cinco actos del autor de *Eduardo en Escocia*. Deschamps había hablado de ella en la corte, y la Emperatriz me dijo:

—Se habla de que el Sr. Duval tiene aquí una obra en cartera; mucho me complacería oirla. ¿Se la ha leído á V. ya?

—No, señora.

—No importa. Puede exponerse una sin temor á una lectura suya, con la seguridad de que será interesante. Desearía que la diese aquí.

Y el Sr. Deschamps fué encargado de invitar al Sr. Duval á que

sometiera su comedia al fallo de aquel pomposo areópago.

—¿Piensan allí en eso—exclamó—después de lo sucedido con *Eduardo en Escocia*? ¿Quieren tenderme otro lazo y confiscar esta obra, como la otra?

Podía ser fundada la inquietud; no sabía yo cómo disiparla, cuando se presentó Deschamps á asegurar á Duval que la Emperatriz había defendido siempre su causa contra el Emperador, y que para darle una prueba de su bienquerencia era por lo que le pedía esa lectura.

Duval no podía resistirse á los deseos de la que él denominaba la simpática y buena Josefina; el día designado, recibí el encargo de presentar al autor en medio de aquella corte novicia, en la cual iba él á buscar las ridiculeces más que los aplausos.

Aquella velada dramática fué una verdadera fiesta en esperanza para los pobres hombres condenados á estar de pié todos los días mientras duraba la tertulia de la Emperatriz, y particularmente para el general Harleville, atacado de una enfermedad que había disminuido muchísimo sus fuerzas é hinchado sus piernas: era menester todo el heroísmo del cortesano para resistir tales sufrimientos y para sostenerse con semejantes bases. En verdad que la gloria y la religión no inspi-

ran abnegaciones mayores que el culto á la etiqueta en las almas nacidas para consagrarse á ella. Lástima es que el látigo de la sátira sea la única palma de ese martirio, á la vez atroz y cómico.

Todos los días traíale á Josefina noticias del Emperador un correo de gabinete enviado desde Boulogne; y por la noche comunicaba ella á veces á las personas de su corte algunos párrafos de las cartas imperiales, y les daba parte de los acontecimientos cuyo relato pergeñaba el Emperador, no siempre como habían sucedido, sino como deseaba él que se contaran.

Tuve la prueba de una de esas pasmosas alteraciones, cierta noche que nos habló ella de la horrible tempestad que puso en peligro á toda nuestra escuadrilla.

Aquel mismo día había estado á comer en mi casa un íntimo amigo del almirante Bruix, amigo que también acababa de recibir por un correo del comercio un relato de aquella tempestad y del desastre que la siguió. La carta estaba escrita por un oficial de marina, casi desconocido para el Almirante, pero que teniendo mucha franqueza con el amigo del Sr. Bruix, deseaba hacerle saber la verdad acerca de la causa de haber caído en desgracia el comandante de nuestra escuadra del Océano.

He aquí el pasaje más importante de aquella carta:

«Le dirán á V. y se imprimirá que su amigo ha obrado mal. No es cierto; aunque tuviera que perder mi apellido y mi empleo, lo repetiré: no es verdad.

»La otra mañana, al montar á caballo, anuncia el Emperador que pasará revista á la escuadra; ordena que abandonen su posición los barcos que forman la línea de retaguardia, pues dice que quiere pasar la revista en alta mar. Luego, seguido de Roustan, va á dar su paseo habitual, recomendando que todo esté dispuesto para su vuelta.

»Transmítese en seguida la orden al almirante Bruix, quien responde sencillamente: «Hoy no habrá revista; que nadie se mueva.»

»Bien pronto llega al puerto el Emperador; pregunta si todo está dispuesto; le comunican la respuesta del Almirante. Se la hace repetir dos veces; golpea el suelo con el pié; retrátase la cólera en sus ojos; envía al Almirante la orden de presentarse en seguida ante él. Pero su impaciencia no le permite aguardarle.

»Marcha en su busca, y lo encuentra á mitad de camino de su alojamiento. El estado mayor que seguía á S. M. se detiene, se coloca en semicírculo detrás de él y mira con medroso silencio, pues nunca

había parecido más profundamente encolerizado el Emperador.

—» Señor Almirante—dice con voz alterada—¿por qué no ha hecho V. ejecutar mis órdenes?

—» Señor—contesta el almirante Bruix con respeto y firmeza—una horrible tempestad se prepara. Vuestra Majestad puede verlo como yo. ¿Quiere, pues, exponer la vida de tantos valientes?

—» Caballero—responde el Emperador cada vez más irritado.—He dado órdenes; otra vez pregunto, ¿por qué no las ha hecho V. ejecutar? Las consecuencias á mí solo me conciernen. ¡Obedezca V.!

—» Señor, no obedeceré de ningún modo.

—» Caballero, es V. un insolente.

»Y al decir estas palabras, el Emperador, que tenía levantado el látigo, se adelanta hacia el Almirante; éste retrocede un paso, se lleva la mano á la espada y dice palideciendo:

—» ¡ Señor, mucho cuidado!

» Todos los testigos quédanse helados de espanto. El Emperador, inmóvil, con la mano levantada, clavaba los ojos en el Almirante, quien por su parte conservaba su terrible actitud. Al fin el Emperador tira su látigo al suelo; entonces el Sr. Bruix suelta la empuñadura de su espada y con la cabeza des-

cubierta esperó en silencio el resultado de aquella escena.

—» Señor contraalmirante Magou—dice el Emperador—haga V. ejecutar al instante los movimientos que he ordenado. En cuanto á V., caballero—añadió dirigiéndose á Bruix—en el término de veinticuatro horas salga V. de Boulogne y retírese á Holanda.

» El Emperador se aleja para ver el movimiento que obligaba á hacer á su escuadra el contraalmirante Magou. Pero, apenas toma las primeras disposiciones en acatamiento á las órdenes del Emperador, cuando se cubre el cielo de negras nubes, ruge el trueno y el viento rompe todas las líneas. En fin, ocurre lo predicho por el Almirante. Una horrible tempestad dispersa los barcos y amenaza tragárselos.

» El Emperador, con aspecto sombrío, la cabeza inclinada y los brazos cruzados, paseábase á zancadas por la playa, cuando de pronto se oyen espantosos gritos. Más de veinte chalupas cañoneras acababan de ser lanzadas contra la costa; los infelices que las tripulaban luchaban contra las olas gritando ¡socorro! Pero era tal el peligro, que nadie se atrevía á prestarles ese socorro.

» Yo tenía rabia en el corazón y maldecía con toda mi alma á aquél cuya terquedad era causa de este

desastre, cuando le veo escaparse de los brazos que pugnaban por contenerle, y lanzarse á una lancha de salvamento, gritando:

—» ¡Dejadme, dejadme, hay que sacarlos de ahí!

» Y ya su barca se llenaba de agua; las olas le pasaban por encima de la cabeza; una más fuerte que las otras estuvo á pique de lanzar al Emperador por encima de la borda; cae su sombrero al mar. Electrizados por tanto valor, oficiales, soldados, marinos, paisanos, échanse á nado ó dentro de chalupas para tratar de llevarles socorro; pero no se ha podido salvar sino á un pequeño número de los infelices que componían las dotaciones de las cañoneras, y al día siguiente arrojó el mar á la playa más de doscientos cadáveres, á la vez que el sombrero del vencedor de Marengo.

» Aquel tremendo día siguiente lo fué de desolación para todo el campamento; cada cual reconocía un amigo entre los cuerpos hacinados por las olas. El Emperador parecía abatido por este espectáculo, y pienso que interiormente deploraba su injusticia para con el Almirante; pero no es menos cierto que aquí se culpa á Bruix de haber exasperado al Emperador con sus respuestas y haberle inducido, con su lacónica resistencia, á dar la desas-

trosa orden, que con un poco más de complacencia se hubiese podido hacer retirar. Pero no lo crea V.; que el Almirante vuelva ó no á entrar en gracia del Emperador, Bruix no es culpable, no ha hecho más que cumplir con su deber.»

Aún estaba yo conmovida con este relato que me habían hecho dos horas antes, cuando la Emperatriz, llevando aún en la mano la carta que acababa de recibir del Emperador, nos dijo que una *imprudencia* del almirante Bruix estuvo á punto de ser funesta para la escuadrilla; pero que ésta había arrostrado felizmente la tormenta, y que nada podía compararse con el gozo de los marineros y soldados, quienes disputaban ya sobre quién sería el primero en pisar las costas de Inglaterra. El Emperador concluía aquella carta acusándose de haberse reído con toda su alma días antes, al ver al ministro de Marina caerse al agua.

Aconteció esto algún tiempo después de la hermosa fiesta en que el Emperador, sacando del casco de *Du Guesclin* las cruces de la Legión de Honor, había condecorado con ellas á los más valientes de su ejército. Para hacer que S. M. pasara desde el muelle á una chalupa cañonera, habían echado una simple tabla de una orilla á la otra; el Emperador había pasado de un salto el

ligero puente; pero el Sr. de Crest, poco ágil y demasiado obeso, después de haber puesto con timidez un pié sobre la tabla, que pandeaba con su peso, perdió el equilibrio precisamente á mitad del trayecto; rompióse el tablón, y el ministro se zambulló en el agua entre el muelle y la chalupa. Habiéndose precipitado al mar en seguida los marineros para pescarlo, izáronlo con sumo trabajo desde la chalupa, donde el Emperador se acusaba (como lo decía en su carta) de haberle acogido con carcajadas poco caritativas.

Esta última anécdota fué la única de que se habló durante la velada... ¡alegrándose de poderse reír con toda seguridad de un suceso del cual habíase reído el mismo Emperador!

Llegado el día de la lectura, encontramos el salón de la Emperatriz, independientemente de las personas de su corte, lleno de todos los bebedores de agua y nobles extranjeros á quienes había juzgado dignos de asistir á aquella solemnidad literaria. Duval tuvo la más graciosa acogida por parte de la Emperatriz; lo cual no era razón para ser tan bien recibido por todos aquellos que allí se encontraban, pues cada cual sabía que su carácter bretón y su talento independiente habían desagradado á veces al Emperador; era preciso, pues, mantenerse entre la obligación de aprobar la benevolencia de

la Emperatriz para con Duval y la fría reserva que todo buen palaciego debe conservar para con aquel que alguna vez no ha sido del agrado y puede volver á desagradar al amo y señor.

La obra tenía que vencer más de una preocupación de esa importancia; era la primera vez que se arreglaba la tertulia de manera que todos estuviesen sentados, y aún no estaba bien resuelto el orden de los sitios. Los de la dama de honor y las damas de palacio estaban naturalmente junto á la soberana; pero como ésta las veía á todas horas, prefería entablar una conversación nueva cerca de los invitados, lo cual hacía que algunas veces se acercaran á ella gentes con pocos títulos para tamaño favor. Eso ponía en un potro á la señora de La Rochefoucauld, gran sacerdotisa de la etiqueta: pasaba porque la señora de Sémonville, cuya alcurnia, cuyo ingenio y cuyos modales ofrecían todas las condiciones requeridas, se viese honrada con preferencias por la Emperatriz; pero en cuanto cualquiera otra recibía el menor agasajo, aquello era un levantamiento general.

En aquella tertulia nueva, dispuesta con vacilaciones de inexperiencia, nadie estaba contento con su sitio, excepto yo que no tenía derecho á ocupar ninguno; me en-

contraba lo bastante cerca de la Emperatriz para que pudiese comunicarme sus observaciones acerca de la obra sin ser oída por todo el mundo.

La preocupación del auditorio había apoderado también del autor; le veía cautivado por la observación de esos pequeños tormentos y de esas pequeñas ambiciones, hasta el punto de olvidar por completo el papel que iba á hacer en aquella pomposa asamblea. Sabía bien que no iba á ser escuchado sino á través de las ideas más extrañas á su obra; y por eso leyó su comedia á través del plan de la que meditaba.

Un gesto de la Emperatriz le indicaba que se acercase á la mesa dispuesta para la lectura; hace otra señal al Sr. de Harville, quien invita á señoras y caballeros á que se sienten. El más profundo silencio reina en el salón. Pero si todo el mundo calla, nadie escucha tampoco; y corre el primer acto cual un arroyo que se desliza por una llanura.

El título de *tirano*, aunque *tirano doméstico*, había promovido al pronto alguna desconfianza; temíase un asunto republicano; pero bien pronto se tranquilizaron, al pensar que el Sr. Duval tenía demasiada perspicacia y que yo no era tan estúpida que fuese á poner en peligro á ambos en ese salón imperial con una

lectura ofensiva, y, por tanto, muy arriesgada.

Al final del acto primero, dice Carlos á su hermana:

Para las armas pienso haber nacido.
Tiene mi nuevo estado inmensos goces:
hoy mismo compraré noble caballo,
soberbio bruto de gallardo porte;
bien pronto me has de ver con otro aspecto,
si me han cortado bien el uniforme.

—He ahí precisamente cómo hablaba Eugenio antes de partir para Italia—dijo la Emperatriz;—no es posible pintar mejor el gozo del joven oficial con su primer uniforme.

Y cada uno repitió con confianza ciega este elogio, en idénticos términos.

En el segundo acto, habiéndose amortiguado un poco las agitaciones personales, concedióse más atención á la comedia; además, era preciso aparentar ocuparse mucho de lo que parecía interesar en el más alto grado á la Emperatriz.

—¡Ah, Dios mío!—me dijo en voz baja tras una tirada de versos de Valmont;—es enteramente el carácter de mi primer marido, sólo que aún era más amable delante de gente.

Por esta relación, en la que de seguro no había pensado el autor, puede juzgarse el buen éxito que obtuvo la lectura en el ánimo de Josefina. Sin embargo, todo el interés dramático de la obra resintióse un

momento por un incidente cómico de lo más inesperado.

El Sr. Creté, director general de Obras públicas, que había llegado aquella misma mañana después de pasar varias noches de camino y cerca de una hora en salir del atolladero donde había volcado su carruaje, había querido aceptar la invitación de la Emperatriz, arrojando el insomnio y las consecuencias de su caída.

La pícara casualidad le había proporcionado un excelente sillón, dentro del cual se hallaron tan á gusto sus remolidos y gordos miembros, que todas las ilusiones de una buena cama fascinaron bien pronto su cerebro. La Emperatriz le vió, lo mismo que yo, adormecerse con toda la pesadumbre de su fatiga; pero como, estando sentado tras del autor, no podía ser visto, no pensó ella en turbar aquel inocente descanso.

Cuando, terminado el tercer acto, uniéronse varias voces á la de la Emperatriz para felicitar al señor Duval, el ruido despertó al director. Ve á todo el mundo de pié, porque la Emperatriz se había levantado para ir á hablar al autor de la comedia. Y confuso al ver que es el único que permanece sentado, quiere levantarse precipitadamente. Pero los hermosos cisnes blancos esculpidos por Jacob, que sostienen los brazos del sillón, se han incrus-

tado en los muslos del durmiente durante su sueño; nada puede separarlos de él, y armado con ese pertinaz escudo mezcla sus elogios con todos los que abruma al autor.

No hay seriedad que valga contra lo cómico de una situación así. En vano se esforzó la Emperatriz por no ver los esfuerzos del futuro ministro para desembarazarse de la poltrona antigua que se agarraba á él como un pretendiente; en vano las patas al aire de aquel sillón hacíanse amenazadoras para cuantos estaban detrás; no sabiendo cómo dar rienda suelta á la reprimida risa, desahogáronse echándole el muerto al papel del marido ridículo y bueno, contrapuesto en la comedia de Duval al marido *tirano doméstico*; y jamás hubo personaje cómico que excitara más la alegría.

A la postre, el sillón abandonó su presa, y ya nada vino á perturbar la atención que merecía la obra.

Por más empeño que se ponga en matarse el corazón á fuerza de vanidades, quédale siempre un poco de sensibilidad para compadecer los pesares de familia; y después de su ruina, el único suceso que puede enternecer á los *egoistas* es acaso la idea de verse abandonados por las personas á quienes hacen infelices. Por eso produjeron mucho efecto los últimos actos de la comedia. La Emperatriz quedó visiblemente afec-

tada por las penas de la señora de Valmot, por las lágrimas de sus hijos, por el arrepentimiento del *tirano*; y todo el mundo predijo al autor el triunfo que después obtuvo.

Por un momento, la conversación se asemejó á lo que era en otros tiempos, en la Malmaison, en casa de la señora Bonaparte; hubiérase dicho que al volver cada cual á sus sentimientos naturales, con la pintura de los disgustos comunes en tantas familias, olvidaba la corte y la exagerada reserva que impone.

Siempre he compadecido á los reyes por la obligación que voluntariamente se han impuesto de no conversar nunca; pues no puede llamarse *conversación* ese monólogo entreverado de preguntas, que constituye la base de toda conversación regia. Los más ingeniosos, como Federico II, han intentado tomar parte en este recreo, el más grande y duradero de los provechos del talento; pero siendo la intimidad y la libertad dos condiciones indispensables para esta deliciosa distracción, los reyes se han condenado á no ver más que ridículas parodias de ella. El mismo Voltaire nos advierte que, á despecho de los estímulos y engatusamientos de Federico, en los instantes en que más animadas estaban las cenas de Postdam y en que los convidados

hacían más esfuerzos de ingenio, el pensamiento de que aquel hombre á quien divertían, tenía el poder de meterlos en su calabozo, si le daba ese capricho, no les abandonaba nunca y enfriaba considerablemente la verbosidad de los convidados enciclopédicos.

Hoy no es el miedo al calabozo lo que dificultaría una conversación *semiregia*, pues hay que convenir en que nunca ha habido más libertad, sobre todo en Francia; pero el amor á los altos puestos y al dinero, paraliza todavía más el ingenio que el miedo al poder absoluto. Como por lo común los soberanos no hablan sino con aquellos á quienes tienen más cerca, el temor de perder los empleos que poseen y que esperan, sostiene justamente su conversación en aquella nulidad servil que es lo clásico del género.

Un príncipe heredero, cuyo padre disfrute de buena salud, si gusta del ingenio, tiene algunas posibilidades de conocer el encanto de aquella comunicación pronta é íntima de las ideas en que abundan los que saben conversar bien. Gusta transmitir las luces propias á quien debiera verlo todo para socorro de todos: es un campo de esperanza donde es grato sembrar ideas generosas. Hay la ilusión halagüeña de que, asociándole á todos los goces de la inteligencia, llegarán á

repugnarle las groseras adulaciones y la perversa charla de las medianías; fórmase de antemano una corte de hombres superiores, aptos para guiarle en sus elecciones, para defenderle en sus peligros, para cantarle en sus glorias.

Se exponen á contrariarle para probar la sinceridad de su celo; no por el estilo de ese ministro que hablaba con aspereza al Emperador y le decía, golpeando en la mesa del consejo como fuera de sí: «Señor, es preciso que V. M. oiga bien la verdad; es necesario que V. M. sepa al fin que es el más grande hombre del mundo.» Pero no se teme manifestar á un príncipe joven que se tiene diferente opinión que él; se puede discutir y hasta bromear; se puede tener con él esa astucia tan francesa de pasar por la zumba para llegar á la razón; puede enseñársele, con señales ciertas,

á leer en la frente de los malvados.

Pero que se apresure á disfrutar de aquella confraternidad de espíritu, de aquella confianza que le permite ver á los hombres tales como son. Porque la venda va unida á la corona: tan pronto como la una ciña sus sienes, la otra cubrirá sus ojos. No importa: si ha sabido aprovecharse de su noviciado regio, á lo menos le quedarán descubiertos los ojos de la memoria; éstos

pueden bastar aún para conducir á un soberano é impedirle caer.

Esparcióse repentinamente la especie de una inesperada aparición del Emperador. Todo Aquisgrán se conmovió. Cada cual se puso á investigar en sus acciones la reprensión que podía temer ó la gracia que tenía derecho á pedir. La llegada de varios grandes personajes, que precedían ó acompañaban siempre al Emperador, no dejaba ya ninguna duda acerca de su próxima venida.

*La entrada fué enteramente militar. Creo que el mariscal Mortier era quien abría la marcha; seguía el general Moutón. Ambos eran el asombro del pueblo alemán, por su elevada estatura y su arrogante porte. El estado mayor deslumbraba. Pero el Emperador pareció menos hermoso de lo que ese pueblo se lo había imaginado, según las relaciones físicas y morales que los eruditos del país se empeñaban en hallar entre Napoleón y Carlomagno.

Los antiguos vínculos de amistad entre el señor Maret, secretario de los cónsules, y mi marido, así como las nuevas obligaciones del intendente de Hacienda del departamento de Roër para con el secretario de Estado, nos habían hecho pretender el honor de alojar al señor Maret en nuestra casa durante su permanencia en Aquisgrán.

Nunca olvidaré la benevolencia con que se dignó aceptar nuestra invitación, ni los deliciosos momentos que tuvo la bondad de consagrarnos, sin menoscabar los que reclamaban sus múltiples trabajos.

Apreciando el Emperador la lucidez, el orden y la facilidad del estilo del señor Maret, no consentía que ningún otro tradujera sus pensamientos, lo mismo en *El Monitor* que en sus correspondencias políticas. Seguro de su ilustrada prudencia, de su razonador ingenio y de su perfecta discreción, le consultaba acerca de todas las cosas y le encargaba la ejecución de los proyectos que acababa de forjar. Cuando se piensa en todo lo que pasaba en un día por la voluntad de Napoleón, asombra que haya encontrado en una sola persona ingenio para comprenderla siempre bien, talento y tiempo para transcribirla. Apenas bastaban cuatro secretarios para copiar las notas escritas por la mano del ministro, el cual estaba en todas las solemnidades, en todas las tertulias y en todos los espectáculos de la corte. Cuando hacia las dos de la madrugada, después de trabajar tres ó cuatro horas, oía hablar aún en mi salón, veíamos entreabrirse la puerta de su gabinete, y nos preguntaba si no era demasiado tarde para venir á echar un párrafo con nosotros.

Sorprendíame entonces en medio de lo que denominaba mi estado mayor. Era una tertulia de gente de buen humor, habladores chispeantes y artistas, en que estaban en mayoría los ayudantes de campo; uno de los de Bernadotte, el coronel Gérard, jugaba á la *bouillotte* con otros mariscales en agraz como él, que se habían distinguido ya por varios hechos de armas y prometían á la gloria tanto como ésta ha hecho por ellos.

La manera como entonces se jugaba era peculiar en aquella época. El oro, que rige hoy al mundo, acababa de ser en Francia motivo de una revolución sanguinaria contra sus poseedores; la guillotina lo había desacreditado. La guerra, que producía mucho sin dejar algunas veces tiempo para gozar de él, no inspiraba ningún deseo de atesorarlo; así es que se arriesgaba con un desinterés y una nobleza que se considerarían en la actualidad como un acto de locura. ¡Pero cuánta gracia tenía esa locura! ¡Cuánto se diferenciaba de la hipócrita sangre fría ó de la sinceridad de mal humor de nuestra juventud jugadora. Y es que entonces el juego era un placer, una pasión, y no un negocio.

Reíase al jugar, se interrumpía la partida para oír el menor relato divertido: testigo de ello, el que nos refirió Picard, de una mixtificación

de que fué víctima su primer galán joven y que le puso á él, como director de la compañía, en un cómico aprieto.

Decíase que el actor Clozel era muy guapo y muy aficionado á las aventuras amorosas. Habiendo sido bien recibido en una casa de Aquisgrán, apresuróse á cortejar á la señora de la casa, sin advertir los celos que causaba á un amigo de la susodicha señora. Una cita dada para el día siguiente en el bosque de Aquisgrán acabó de hacer perder la chaveta al pobre celoso, quien resolvió imposibilitar á Clozel de asistir al paseo y aprovechar la cita.

Su recurso era violento, es verdad, pero seguro; conocía lo inútil de las reconvenciones; hubiéranse burlado de las amenazas; el duelo era comprometedor; así es que prefirió recurrir á la farmacia.

Dos granos de tártaro emético, recetados por su doctor para una indisposición fingida, le bastaron para su venganza.

En su calidad de amigo de la casa, era él quien hacía el té y distribuía las tazas en las diferentes mesitas de juego que por lo común llenan un salón de provincias.

Apenas había bebido Clozel la taza que le ofreciera su rival con tanta cortesía, cuando, sintiéndose demasiado inquieto para continuar

su partida, cedió los naipes á otra persona, lo cual excitó risas ahogadas entre algunos guasones confidentes del bromazo. Dos horas después presentóse un criado para decir á la señora de la casa que el señor Clozel no podría ir á dar el paseo proyectado para el amanecer del siguiente día, porque estaba enfermo de gravedad.

Al oír esta noticia, levántase Picard alarmadísimo para ir á ver en seguida á su primer galán. Los burlescos, queriendo calmar su inquietud, le hacen saber la causa de la indisposición momentánea del guapo Clozel, sin pedirle que guardara secreto, pues aquellos señores hubieran tenido mucho gusto en responder á las iras del burlado. Picard se enfada y se ríe á la vez, porque sus recuerdos de estudiante y oficial de procurador le hacen, á pesar suyo, indulgente en demasía para las jugarretas á los presuntuosos.

Sin embargo, aunque era á media noche corre á casa de Clozel y le encuentra con el abatimiento consecutivo á una crisis del estómago; por lo demás, muy bien, pero con una inquietud acerca de sí mismo que nada puede calmar. En vano Picard da á aquella indisposición las causas más probables, sin atreverse á decir la verdadera: Clozel se obstina en creerse enfermo de muerte. Se niega en redondo á salir á las tablas

la noche inmediata; y es la única representación á que asistirá el Emperador. ¿Qué hacer? Al contarnos Picard su desesperación, indignábase de nuestras risas.

Le aconsejé que fuera á confiar la anécdota al señor Deschamps para que hablase de ella á la Emperatriz, la cual no dejaría de divertirse con su relato al Emperador. Todos los soberanos se asemejan, añadiendo cuando el Emperador *se ríe, está desarmado*.

En efecto, todo pasó á pedir de boca. El Sr. de Rémusat envió á pedir noticias de Clozel. Picard le hizo creer que era de parte del Emperador. Orgulloso de tan noble prueba de interés, el actor quiso corresponder á ella representando muerto ó vivo; y como, no obstante de creerse en la agonía, Clozel estaba bueno y sano, nunca se representó mejor ni hizo reír más el papel de Riffard.

Yo que velaría hasta con los aburridos, si á los aburridos les gustara trasnochar, lo cual no he visto nunca, estaba encantada de tener un momento más que dedicar á la conversación con el señor Maret; porque independientemente del interés que tenía la más mínima palabra de una persona que pasaba la vida en intimidad con Napoleón, la conversación del señor Maret era á un tiempo la de un hombre de so-

ciudad y la de un literato. Siempre tenía algunos hechos menudos que contar relativos al Emperador, que lo presentaban como tanto gusta ver á las gentes superiores, con la sencillez burguesa de su existencia. Aquella noche nos dijo cómo el ejército de Italia, riéndose al ver á su general mandarlo con el sombrero rozado y deformado que se había cubierto del polvo de tantas batallas, se había suscrito á escote para obsequiarle con un sombrero nuevo, lo cual le había halagado y divertido. Nos habló también de las cartas inimaginables y burlescas que diariamente recibía el Emperador de muchos de sus soldados, confiándole como á un padre sus repetidos asuntos de familia. Entre otras, una decía:

«V. M. es demasiado justo y conoce muy bien á mi tío Eustaquio, para creer que nunca me dará ni un cuarto de la hijuela de mi madre, á menos de que no vaya al pueblo yo para ponerle las peras á cuarto. Por eso necesito una corta licencia.»

Otro le contaba con el mismo aplomo sus penas amorosas. Había algo de la antigua sencillez de los combatientes de Homero en esas candorosas expansiones del soldado con su general en jefe. Esto era prueba de que suponían en él, como en la Providencia, esa mirada divina que penetra lo mismo en la

choza del pobre que en el palacio de los reyes, ese poder que se interesa por las penas de los más pequeños, igual que por las lágrimas de los más grandes, el conocimiento completo de todos los seres y de sus más recónditas ideas. Nada sirve para dar un concepto más cabal de la gloria del Emperador como esos ejemplos de un culto sincero en donde se encuentran los mayores beneficios del culto religioso: la fe, la esperanza y la súplica.

El señor Maret nos dijo que, cuando una feliz casualidad permitía al Emperador algún poco de vagar para leer una de esas cartas, era muy raro que no fuese favorable la contestación. Esperamos que tantos detalles interesantes, tantos secretos íntimos ó políticos, vivos aún en la memoria del señor duque de Bassano, no quedarán perdidos para la posteridad; y que nos legará un cuadro fiel de los grandes y pequeños acontecimientos de que ha sido confidente, actor ó testigo.

Después de haber dado audiencia á todas las autoridades departamentales y á los embajadores que aún no habían presentado la credencial desde que el primer cónsul se había hecho Emperador, Napoleón, seguido por toda la corte y por algunas personas de la ciudad, dirigióse á la catedral de Aquisgrán. Iba á ver las santas reliquias

regaladas á Carlomagno por la emperatriz Irene.

Estas reliquias, que se enseñan al pueblo cada siete años, son: una camisa de la Virgen María, un pañal del Niño Jesús, huesos de San Esteban, un brazo de Carlomagno, etc., etc.

Este brazo llamó la atención sobre todo al Emperador.

Llamó al doctor Corvisart, que era de su séquito, para preguntarle á qué parte de ese formidable brazo pertenecía aquel gran hueso, conservado bajo cristales tantos años.

Al oír esta pregunta, sonrióse Corvisart y guardó silencio; pero interrogado de nuevo, contestó en voz baja que aquel hueso es una *tibia* perteneciente á una pierna, quizá de Carlomagno, pero que nunca había formado parte de ningún brazo.

—Chitón, guarde V. ese descubrimiento para sí solo—dijo el Emperador;—es preciso respetar todos los prestigios.

Pero la observación anatómica del doctor había sido oída por algunos vecinos, quienes me la contaron.

La puerta del armario de hierro que contiene esas reliquias está tabicada; esa pared no se demuele en el intervalo de los siete años de reclusión, sino en obsequio de las

testas coronadas. Esto tenía que mirarse como un homenaje doblemente halagüeño para el poderío personal y el nuevo título de Napoleón.

Entre esas reliquias hallábase un cofrecito de plata sebredorada, que excitó la curiosidad de la Emperatriz. El obispo la dijo que una antigua tradición prometía una gran felicidad á quien abriese aquel cofrecillo, pero que hasta entonces nadie lo había logrado. No se veían en él cerraduras ni goznes.

Apenas tuvo en las manos la Emperatriz el cofre, abrióse éste en seguida. Por la cara que puso al obrarse este milagro, comprendióse que atribuía tal honor á los sacerdotes guardianes de las reliquias, y en manera alguna á su predestinación. El Emperador sonrióse al ver este halago sacerdotal, como hombre resuelto á recibirlos todos, sin apreciarlos en más de lo que valen.

Se mostró menos indulgente para con el obsequio de un camafeo antiguo, incrustado en uno de los relicarios del tesoro. Habiendo admirado Josefina con sobrado motivo ese camafeo, el clero de Aquisgrán creyó deber suyo hacerle ofrenda de él; pero el Emperador la prohibió aceptar, acto enteramente imperial y que no fué muy del agrado de Josefina.

Al salir del sacro tesoro, el Emperador bajó á la tumba de Carlomagno.

Sentóse en el sitio de piedra sin labrar en donde tomaban asiento los emperadores todos de Alemania cuando se hacían coronar en Aquisgrán.

Dicen las crónicas que ese sillón fué extraído del sepulcro de Carlomagno por mandato de Othón III. Cuando hizo abrir el mausoleo imperial, encontraron el cuerpo del más grande de nuestros reyes, revestido mitad con los ornamentos de un cristiano penitente, mitad con los de un emperador y rey de Francia. Othón hizo sacar los que el tiempo y la humedad habían respetado, además de la corona y el mandoble. El cadáver del *Emperador-rey* estaba aún sentado en el mismo sitio donde le coronaron; parecía que su altivez no le dejaba inclinarse ni siquiera ante la muerte, que el descanso y el lecho del sepulcro no eran para él. Othón dió el último golpe á ese orgullo póstumo, despojando á los restos de Carlomagno de los atributos de un conquistador y de un santo, y depositando aquéllos en un sarcófago, donde son objeto de la veneración de los héroes, de los legisladores y de los ambiciosos, desde hace más de mil años.

Los sucesos acaecidos después,

permiten suponer los pensamientos que agitaban á Napoleón en aquel sitio y junto á ese esqueleto que había dominado medio mundo con sus armas y sus leyes.

Pálido, con los ojos relumbrantes con todos los fulgores de la gloria, hubiérase dicho que Napoleón leía su propio destino en los fúnebres despojos de aquel coloso del poder; y nunca he dudado de que la impresión de ese momento influyó mucho sobre el resto de su gloriosa vida.

Hasta entonces había subido al acaso, sin inquietarse por el puesto que eligiese, con tal de estar más alto que todos. Solamente allí acababan de surgir del caos de su ambición el mundo y el trono con que soñaba; sólo allí acababa de encontrar su modelo y su meta; pero el torrente de gloria que le arrastraba hacia esa meta había de tragárselo antes de que la pudiera tocar.

El aspecto de lo que queda del palacio de Carlomagno no aumentó en nada la impresión producida por su tumba. El Emperador sólo fué distraído de ella por la advertencia de uno de los eruditos de su séquito, quien recordó la inscripción latina que se leía encima de la puerta de aquel palacio antes de que los normandos lo devastaran:

*Hic sedes regni trans Alpes habeatur
Caput omnium civitatum et provinciarum Galliae.*

Esta inscripción comprueba que Carlomagno había hecho de Aquisgrán la Sede del imperio de Occidente.

¡Y el imperio de Occidente aún podía renacer!...

Todo conspiraba á alimentar esos proyectos gigantescos. En el gran Consejo en donde el Emperador de Alemania había resuelto, el 10 de Agosto anterior, tomar el título de emperador hereditario de Austria, este monarca se había decidido igualmente á reconocer el advenimiento de Napoleón. Cuando este advenimiento se notificó á las cortes extranjeras, el Austria había consultado á Rusia, sin obtener respuesta. Más vecina de Francia, comprendió con razón que su silencio acerca de tal comunicación equivaldría á una ruptura; y como no se encontraba en estado de declarar la guerra, su embajador, el conde de Cobentzel, recibió la orden de ir á Aquisgrán á presentar sus nuevas credenciales á Napoleón. El mismo día, el señor de Talleyrand presentaba al nuevo Emperador al conde de Lima y al señor de Souza, aquél embajador y éste enviado extraordinario del príncipe regente de Portugal; al bailío de Ferette, ministro de la orden de Malta, y al marqués de Gallo, embajador de la corte de Nápoles.

Así, pues, aquel salón de la Emperatriz, aquella corte á medio for-

mar, cuya cursi aristocracia había promovido tantas chanzonetas, se volvió imponente de golpe. El aparato militar, que era su lustre, deslumbraba los ojos. Admirábase allí aquel estado mayor de grandes generales de rico y noble aspecto, que reemplazaba con ventaja á toda esa patulea de petimetres con casacas bordadas de la antigua corte, y la multitud de embajadores de casi todos los soberanos de Europa, que, esperando á sus señores, iban entretanto á depositar sus homenajes á los piés del vencedor de Marengo. En fin, de tal manera se dejaba sentir el prestigio inherente á un poder muerto con Luis XVI y resucitado por la gloria, que no había medio de burlarse.

Además, todos los ornamentos, las preocupaciones y hasta los defectos del antiguo régimen tenían allí su representante. El ingenio, la indolencia, los chistes, el desenfado, la gracia, toda la coquetería diplomática habían vuelto allá con el señor de Talleyrand. El joven Augusto de Colbert, tan hermoso y tan friamente audaz, representaba allí la elegante valentía de los condes de Fontenoy; la señora de La Rochefoucauld hacía allí el efecto de una duquesa conservada. Su sillón tenía un falso aspecto de taburete, que no dejaba nada que desear á los amantes de los vetustos privilegios.

de la corte. El Sr. de Aubusson de la Feuillade, con su casaca de chambelán, representaba allí el verdadero gentilhomme de cámara. El caballero de Harville recordaba allí á ese señor que se bañaba con un cordón de hoja de lata pintado de azul al óleo para no desprenderse ni por un instante de las insignias de su grandeza.

Verdad es que las mujeres, en su mayoría jóvenes, hermosas y engalanadas, estaban con una actitud más rígida que la de las grandes damas que en otro tiempo se veían en el juego de la reina. Quizá consistiera eso en que las mujeres en la corte de Luis XIV ya en la de Luis XV no pensaban sino en conseguir una frase galante del rey, y las de la corte de Napoleón preocupábanse á menudo de evitar una frase severa por parte de éste. Deben perdonársele tales muestras de mal humor, porque casi siempre eran con justo motivo. Por ejemplo: los ingleses nos hacían entonces todo el daño posible. El Emperador no podía herirlos más que en su comercio. Pues bien; á despecho de las leyes, de su voluntad tan fuerte y del interés nacional, en cada paseo de la mañana veía á las damas de palacio y á la misma Emperatriz vestidas con todas las telas inglesas que él mismo había prohibido; cuanto mayor era el riesgo del contrabando, más

se apoderaba la moda de ellas; que el espíritu de contradicción puede en Francia mucho más que todo sentimiento patriótico.

Indignado el Emperador por esta culpable indiferencia, toda su severidad era poca para echarla en cara, puesto que se resistía á todas sus reprensiones.

¡Ah! Preciso es creer que somos incorregibles, puesto que el mayor genio del siglo, el que se sometió á tantos poderosos y reformó tantos abusos, no ha podido triunfar de esta *frivolidad patricida*.

Siendo los recuerdos de Carlomagno el asunto de más interés en el viaje del Emperador á Aquisgrán, subió á Louisberg, lugar adonde iba antaño en peregrinación, con los pies descalzos y la cabeza descubierta, el mismo soberano que podía ostentar tantas espléndidas coronas. Bonaparte, presuroso por llegar al castillo de Franckenberg, cerca de ese lago donde fué arrojado el anillo de Carlomagno, había descendido á galope de la montaña, y sus mejores caballerizos habían tenido que pasar fatigas para seguirle por el sendero escabroso y rápido, reemplazado hoy por encantadoras calles de árboles. El Emperador se encontró con Josefina en medio de su corte, al llegar al pié del gótico torreón de donde salieron Emma y Eginhard, junto á

ese puente donde sólo se encontraron impresas en la nieve las huellas del paso de una mujer. Allá, bajo los muros de ese castillo donde Carlomagno espiaba desde la ventana los amores de su hija, donde él mismo descansaba de las fatigas de la gloria y del poderío, con el placer de amar y de obedecer, allá vimos de pronto improvisarse al azar la más hermosa decoración de ópera que pueda imaginar el genio de los Ciceri, inspirado por los más brillantes recuerdos de nuestra historia.

El Emperador á caballo, subido, á despecho de una escalera rota, en la cima de la peña que sustenta la torre de Franckenberg: este torreón derruido por el tiempo y por lo alto del cual asoma una vieja encina con las ramas abiertas como paternales brazos, símbolo druídico que parece proteger hoy á las ruinas, como las alas del águila imperial protegían antaño al noble castillo; los generales, los ayudantes de campo, los oficiales de la guardia, desparramados en gradación por el puente, las murallas y los restos de la antigua fortaleza; Roustán *el Mameluco*, apeado de su cor-

cel árabe, con el brazo metido por la brida, estirado el cuello, con la vista fija en su señor, espiando el fin de su contemplación para obedecer á la menor señal... Y Napoleón dominando desde la cúspide de aquella ruina la risueña comarca elegida para delicia de Carlomagno... apartando con su bella mano las guirnaldas de hiedra y de espino que cuelgan de las viejas almenas, como para formarle una corona natural; dirigiendo alternativamente sus miradas al lago que recibió el anillo mágico, talismán de amor y de locura, y luego á los hirvientes arroyos (1) que surcan la pradera, cubierta entonces de mujeres y de flores. Aquel cuadro representaba toda la poesía de la historia gótica y de la historia moderna; y hubiera podido creerse que la Emperatriz había transportado aquel día su salón á la sombra de aquella ruina imperial para que allí se vieran, cual en otro tiempo, valientes soldados, hazañosos caballeros y hermosas mujeres rodeando también al más gran conquistador de Europa.

(1) La senda que conduce á Franckenberg está entre dos arroyos, uno de ellos de agua muy termal.

SOFÍA GAY.

LA LITERATURA COLOMBIANA

Si hay para Colombia una gloria legítima é indiscutible— despues de la que le procuró la persistente y heroica lucha por la independencia— es ciertamente la del adelanto de su literatura, tan manifiesto en los últimos años, que ha logrado alcanzar merecido renombre en casi todos los países de la América española y aun en la Península.

Es innegable que los colombianos se han distinguido siempre por su amor á las letras, y en esa misma plausible inclinación debemos buscar el origen de la vehemencia con que han solido acometerse entre nosotros apasionadas luchas por defender distintos ideales; luchas que han producido en variadas manifestaciones resplandecientes fulgores de ingenio, rica savia de maduro raciocinio, que han sido á modo de gala y ornato de nuestra prensa periódica, á punto de que ni la juiciosa y reflexiva de Chile, ni la pulida y sensata del Perú, podrían exceder á la nuestra en variedad de tonos ni en profundidad y alteza de miras.

Y es cosa que halaga sobremanera el patriotismo colombiano poder afirmar que, si las opiniones encontradas, los diversos sistemas religiosos y políticos han sido generalmente discutidos con calor, los bandos enemigos han rendido siempre culto á la necesidad de convenirse recíprocamente por medio de la controversia ilustrada, persuadidos de que sólo son estables los triunfos que se alcanzan sobre el espíritu, y de que no hay victoria más legítima ni duradera que aquélla. Lo que equivale á afirmar que paulatinamente han ido imponiéndose los obreros del pensamiento y del trabajo á los caudillos voluntarios de la conquista y de la guerra.

La vida colonial de nuestro país no es la que mayor atractivo puede ofrecer á quien investigue los orígenes y la marcha progresiva de la cultura intelectual. Poblaciones incipientes, formadas en su mayor parte por el elemento indígena, éste de comprensión tardía y muy desprovisto de cualidades imaginativas, la misión civilizadora emprendida por los conquistado-

res tenía que ser lenta y enojosa por todo extremo, comenzando por la dificultad de difundir su propio idioma en reemplazo del imperfecto con que se entendían los naturales.

Es error nacido de la sed de progreso el querer juzgar las épocas pasadas por las ideas y preocupaciones que entre nosotros ha difundido la cultura del siglo. Aquellos fueron tiempos de dura prueba. Sólo el esfuerzo varonil del noble pecho español pudo avasallar tan insuperables obstáculos y arrollar indómito las mismas poderosas fuerzas naturales que se oponían á su dominio.

Hasta 1790 es, por tanto, exigua la producción intelectual del nuevo reino de Granada. Las dos relucidas imprentas que contaba la capital no daban salida sino á novenas y á algunos cuadernos puramente místicos.

Debióse á la iniciativa del ilustrado virrey D. José Ezpeleta la aparición del semanario titulado *Papel periódico de Santafé de Bogotá*, cuya redacción corrió á cargo del entendido bayamés, D. Manuel del Socorro Rodríguez, quien á poco desempeñó también el puesto de bibliotecario nacional.

El aludido semanario se ocupaba en copiar las noticias que contenía la *Gaceta de Madrid*, con tal cual artículo de fondo, entre los que aparecieron extensas noticias sobre las diversas clases de quina del nuevo reino, escritas por el célebre jefe de la expedición botánica, D. José Celestino Mutis, y que fueron lo que mayor notoriedad é interés dió á dicho periódico, que se publicó

desde el 9 de Febrero de 1791 hasta el mismo mes de 1797.

En 1801, D. Jorge Tadeo Lozano, y el presbítero Dr. Luis Azuola dieron á luz el *Correo Curioso*, que también era semanal. Terminó con el número 46, y contiene noticias y datos curiosos.

En 1801, D. Francisco José de Caldas redactó el *Semanario de la Nueva Granada*, la publicación más seria é importante de aquella época, que tuvo mucha aceptación, y contó entre sus colaboradores á varios distinguidos jóvenes, quienes allí se exhibieron con talento y madurez. Particularmente llamaron la atención desde el principio los discursos de Caldas sobre la geografía de Nueva Granada, y sobre otros puntos.

Agotada brevemente esta obra científica, el coronel D. Joaquín Acosta hizo de ella la segunda edición en París, en 1849, suprimiendo de sus páginas lo que ya no presentaba interés general.

En el *Semanario* apareció la primera composición poética de D. José Fernández Madrid:

«¡Oh sabio autor de tantas maravillas
Del universo, augusto Soberano!
¡Qué dulce llanto inunda mis mejillas
Al contemplar las obras de tu mano! (1).»

Por aquel tiempo D. Manuel del Socorro Rodríguez ensayó también la publicación de otra hoja periódica, que podía considerarse como la continuación de la que había redactado durante

(1) *A la noche*, oda.

el período de mando del virrey Ezpeleta, pero tuvo que suspenderla apenas despuntaron los primeros amagos de la revolución de 1810.

Durante la primera época de ésta, que terminó con la entrada de Morillo, en 1816, el mejor periódico de los que se publicaron fue el *Argos de la Nueva Granada*, que apareció en Tunja en 1813, y terminó en Bogotá en 1816. Sus páginas registran artículos interesantes sobre política, escritos por varios de los hombres célebres de aquel entonces, como Camacho, Castillo y Madrid.

Cuando el pabellón republicano volvió á enarbolarse en Nueva Granada, que fué en 1819, apareció la *Gaceta de la ciudad de Bogotá*, que duró hasta 1821, y entonces comenzó la *Gaceta de Colombia*. Una y otra contienen los anales de nuestra revolución.

El periodismo aumentó progresivamente hasta 1830, año en que se disolvió la gran República de Colombia, y de esa fecha en adelante, hasta 1850, se desarrolló muchísimo. Pero, bien considerado, en lo general, el mayor interés que despiertan en la actualidad los periódicos de esas épocas, es el de darnos á conocer las agitaciones locales, sin que, por otra parte, pueda dejar de estimarse el gradual adelantamiento que todos ellos manifiestan en la legítima expresión de las ideas y en los atavíos con que acicalaban éstas para presentarlas en público (1).

(1) De 1820 á 1830 se señalaron como periodistas de nombradía el general Santander,

De los órganos de la prensa que surgieron desde 1832, cuando se estableció el gobierno de Nueva Granada, asta el haño últimamente citado, uno de los que mayor boga y popularidad alcanzaron, según el común decir, fué *El Día* (fundado el 23 de Agosto de 1840): hoja neutral, que daba acogida benévola á las opiniones encontradas de los políticos, y que, seguramente por esta causa, como por la reconocida laboriosidad y perseverancia de su editor, D. José A. Cualla, alcanzó á durar cerca de once años, hasta la revolución de 1851, época en que era redactado por el ilustrado Dr. Mariano Ospina, quien lo convirtió en clamorosa y vehemente tribuna contra el gobierno del Presidente López.

Después se señaló ruidosamente *El Neogranadino*, escrito por la galana y descriptiva pluma del Dr. Manuel Ancizar, durante los primeros meses de su aparición; luego por el Dr. Manuel Murillo, su principal redactor, y con asidua colaboración del Dr. Salvador Camacho Roldán. Este periódico significó un gran paso en el arte tipográ-

los Dres. Vicente Azuero y Estanislao Vergara, y el infortunado vate, autor de *Las Convulsiones*. Luis Vargas Tejada, talento literario de primer orden, versadísimo en el conocimiento de las literaturas extranjeras, y de 1830 á 1840 el mismo general Santander, Florentino González, Lorenzo María Lleras, Eladio Urisarri, Juan Nepomuceno Vargas, quien de 1844 á 1845 redactó *La Noche*, periódico de oposición; Rufino Cuervo, José Ignacio de Márquez, Juan de Dios Aranzazu, Ignacio Gutiérrez Vergara, José Félix Merizalde, Juan Francisco Ortiz y José Joaquín Ortiz.

fico, como que era impreso con singular esmero y corrección por los hermanos Echevarrías (Jacinto, León y Cecilio), quienes, á instancias del mismo Dr. Ancizar, dejaron su poética ciudad del Guaire para venir á Bogotá á dar impulso á la imprenta. Su ejemplo y esfuerzos no fueron infructuosos, como que hoy se hacen allí ediciones que compiten con las europeas.

El primer número de *El Neogranadino* apareció el 4 de Agosto de 1848, y con él nació también entre nosotros el arte de la litografía, á impulsos del muy recordado artista venezolano don Celestino Martínez, quien dibujaba hábilmente en la piedra retratos de varios personajes colombianos ó piezas de música, que *El Neogranadino* daba á sus suscritores.

No menos importancia tuvo en su clase *El Catolicismo*, revista religiosa que comenzó á publicarse quincenalmente el 10 de Noviembre de 1849, y luego fué semanal hasta el 4 de Abril de 1861. Fué su fundador el virtuoso arzobispo D. Manuel José Mosquera, quien ayudó á su redacción, encomendada principalmente á los Sres. D. Rufino Cuervo y D. Ignacio Gutiérrez Vergara.

De 1850 á 1860, la literatura colombiana vivió vida de excitabilidad nerviosa, amparada por los grandes ideales políticos que transformaron las sociedades con el más brusco y decisivo cambio que en régimen político y social se haya experimentado aquí desde la época de la colonia. Puede decirse que por ese entonces la espontanei-

dad y el vigor en la forma expositiva constituían las condiciones más relevantes de todo escritor. Había la inexperiencia de la juventud unida al noble entusiasmo de quien se cree capaz de realizar todo lo bueno con sólo el esfuerzo de la voluntad.

Los modelos extranjeros no abundaban con esa exquisita brillantez de colorido y verdad de forma que hoy imprime tan singular atractivo á las obras de ingenios privilegiados.

Buscábase el éxito en la fluidez y fogosa expresión del verso; los símiles que hiriesen vivamente la imaginación; la frase ampulosa y deslumbradora; la queja amarga y vehemente: el arrebató varonil francamente expresado: tales eran, compendiando brevísimamente, los caracteres principales de las composiciones de entonces. Y de tal manera suele ser irresistible el influjo que en la formación del gusto ejercen el estilo y la intención de un autor favorito, que no es raro encontrar en la época presente adoradores de aquel romanticismo subido de punto, quienes se dejan seducir aún con la frase alambicada más que con el escrupuloso análisis de una creación de autor moderno. Y no sólo el vulgo de los consumidores permanece fiel á la vieja escuela; escritores nuestros hay que, formados en aquella atmósfera, no han podido librarse aún de la influencia primitiva que recibieron, y suelen producir cantos que tienen el sabor y la entonación de los pasados tiempos.

Con todo, no es posible desconocer

el avance extraordinario que se ha efectuado en el fomento y cultivo de las bellas letras. Esos triunfos nos han dado más gloria y resonancia fuera que las incruentas batallas de nuestras guerras civiles.

Colombia se enorgullece de ser la patria de historiadores como Restrepo, Acosta, Plaza y Groot. Debe al primero, testigo presencial de muchos hechos de la magna lucha, narración cronológica, circunstanciada y muy verídica de los sucesos que dieron libertad á cinco repúblicas, escrita con imparcialidad y recto juicio, allegando datos y fechas de cuanto más notable y particular ocurrió en ese largo período de transición, ilustrando la narración de los acontecimientos con las reflexiones parsimoniosas y sensatas de un filósofo que aspira á la gloria de la inmortalidad, por lo que ella tiene de más hermoso; esto es, por el respeto á la verdad.

El coronel Acosta, que amaba como naturalista y hombre de corazón á su país, reunió, con celo inteligente y cuidadoso estudio, todo aquello que daba noticia de los primeros años de la existencia de la tierra colombiana, y publicó en París, en 1848, una obra que es imperecedera, especialmente por los datos sobre los aborígenes que poblaban esta parte de la América cuando la época del descubrimiento.

También, comprendiendo la historia antigua de la Nueva Granada, y analizando la existencia colonial del país hasta 1810, el ilustrado Dr. José Antonio Plaza publicó en 1850 una obra

útil (1), escrita con lenguaje animado, aunque frecuentemente confuso, con espíritu independiente y con cierta amenidad de plan. Pero la falta de precisión en algunas fechas y lo incompleto de algunos sucesos, con más los vacíos que la rapidez del relato dejaron en el libro del Dr. Plaza debía corregirlos, llenarlos y subsanarlos más tarde D. José Manuel Groot, quien publicó en 1869 el primer tomo de su laboriosísima y muy leída *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*. Son de notar en ésta el perseverante esfuerzo del autor, á fin de no dejar vacío ninguno en la fiel narración de los sucesos, el particular empeño para mostrar cada época de la historia con el colorido local que le corresponde, y el propósito de pintar gráficamente los personajes que figuraron, no menos que la encomiable intención de inspirarse para el todo en ese sello de sinceridad y de buena fe que tanto gustan y tanto mérito dan á escritos de esta naturaleza. Es cierto que en ocasiones se dejó llevar un tanto de la exageración de partido, la que le induce á calificar con mayor rudeza y acritud de lenguaje hechos que, si censurables, no son faltas imputables á determinada agrupación política, y que el conjunto de la narración merece el calificativo de crónica más propiamente que el de historia.

Y si para abreviar el rápido repaso de nuestras glorias nos colocamos de una vez en la época presente, preciso

(1) *Memorias para la Historia de la Nueva Granada*.

nos será confesar que acredita esfuerzo incomparable de no comunes conocimientos y de profundo amor al estudio y al arte, la traducción de las obras de Virgilio, del humanista D. Miguel Antonio Caro, trabajo de tan bella y significativa representación en el mundo intelectual, que bastaría por sí solo para darnos nombradía en el exterior. Y como dos líneas que prolongándose en ancho campo hasta perderse de vista en el lejano horizonte forman la vía férrea de poderosa locomotora, así al señalar al aprecio de los lectores el perseverante traductor de Virgilio, acude á la mente el recuerdo del modestísimo filólogo D. Rufino José Cuervo, su compañero, alma candorosa y sencilla en sus gustos, exenta de vanaglorias mundanas, pero tan amante del saber, que vive trabajando sin tregua ni reposo con la alta mira de procurar para su patria brillo y esplendor. El público sabe muy bien que el *Diccionario de Regimenes de la lengua castellana* ha sido considerado, por autoridades competentes, como un monumento de sorprendente erudición.

Jorge Isaacs y el sin rival D. Eugenio Díaz, están repitiéndonos siempre, con su espiritual creación de *María* el primero, y el segundo con su original *Manuela*, que en el género novelesco las letras colombianas tienen dos obras de que se enorgullece con justo título. Las numerosas ediciones que de la primera se han hecho en América y en Europa mismo, la han popularizado de tal suerte, que ha venido á ser como la biblia de nuestra literatura. En todo

el Nuevo Continente, el nombre de Jorge Isaac y el de Colombia van inseparablemente unidos. ¡Dichoso dominio el del genio! ¡Poderosa facultad la de la inteligencia, que salva con su vuelo los límites materiales y el azul espacio!

¡La ardiente sangre que corre por nuestras venas; la azarosa y revolucionaria existencia que nos ha tocado; el perpetuo anhelar por el triunfo de grandes ideales, y, cual medio adecuado para mantener vivo el fuego sagrado de la inspiración poética; el suelo virgen é imponderable de esta rica América, son causas para que los cantores colombianos hayan brotado con la fecundidad pasmosa con que las selvas bravías de las orillas del revuelto Magdalena cierran de espeso manto el horizonte y elevan á los aires los enhiestos penachos de sus verdes palmeras!

Pero en esa corte tan inmensa hay un rey. Contemplad la augusta selva á larga distancia y veréis descollar en el horizonte, con el majestuoso atavío de las más lujosas galas de la naturaleza tropical, la inolvidable figura de Gregorio Gutiérrez González, cuya aureola esplendente de gloria parece aumentarse á medida que van desapareciendo las generaciones que se deleitaron desde la cuna con la suave miel de sus canciones.

Gregorio Gutiérrez González ha sido considerado como el bardo más popular, el más simpático y el más original. El raudal poético de su inspiración sólo admite, para compararlo de una manera expresiva y verdadera, el

símil de que, así como el suelo natal del poeta, Antioquia, encierra los más privilegiados veneros del codiciado metal, el cantor imperecedero del cultivo del maíz, el cariñoso y amante *Antíoco*, tenía que ser á modo de vate exclusivo y predilecto de todo un pueblo, en quien se reuniesen la sublimidad de pensamientos á la acendrada ternura de un corazón de paloma. El cantor de *Julia* es una de nuestras más legítimas glorias nacionales, por lo mismo que es la organización poética más completa que poseemos.

Vates filosóficos de elevada entonación, de pensamientos tan profundos como el mar, y tan llenos de misteriosos celajes como el morir del sol en Occidente, aparecen, á nuestra vista, Rafael Núñez y José Eusebio Caro, y como dulce bardo, de lira de oro, diestro en los secretos del arte, intencionado divulgador de las ternezas del alma, Rafael Pombo supo, con el supuesto nombre de *Edda*, hacer su entrada triunfal en el Parnaso, para luego vivir, de modo imperecedero, como sublime cantor de *El Bambuco*.

Y si, desgraciadamente, el arte dramático y los diversos ramos de la crítica no han tenido entre nosotros la representación que debieran, atendidas la natural facilidad y la predilección por las letras que nos domina, hay uno que otro nombre que, en la segunda de las esferas nombradas, ocupa alto puesto y merece toda clase de encomios. D. Miguel A. Caro y D. Rafael M. Merchán han elevado la crítica literaria é histórica al punto que le co-

rresponde en el presente siglo, esto es, á la más acabada manifestación del espíritu humano. ¿Y qué podremos decir aquí, que no sea pálido elogio de las singulares dotes que para tan difícil género posee el estadista Dr. Salvador Camacho Roldán? Las pocas muestras que su pluma nos ha dado en tal clase de escritos, le han conquistado inmensa popularidad.

Salvador Camacho Roldán que, como carácter, como inteligencia y como probidad, es personaje entre los primeros de la sociedad bogotana, ha llevado también á las narraciones de viaje el inmenso caudal de conocimientos que adquirió desde joven; y el relato de su excursión á los Estados Unidos, libro próximo á aparecer (1), vendrá á señalarse como de las más selectas producciones de los ingenios colombianos.

Un ramo que ha gozado de la particular predilección de los colombianos, y quizá el más cultivado después de la poesía lírica, es el de cuadros de costumbres, género que ha servido como de escuela preparatoria en donde todos hemos aprendido á tener gusto por las producciones de los talentos colombianos. Ahí están, como pensador de alta escuela de donairoso y expresivo decir, Juan de Dios Restrepo; como ameno, culto y espiritual narrador, José Caicedo Rojas; como observador sagaz y ocurrente, Medardo Rivas; como in-

(1) Ya ha visto la luz esta hermosa obra, de la cual se ocupó LA ESPAÑA MODERNA. (N. DEL D.)

mortalizador de recuerdos de antaño, Rafael Eliseo Santander; como epigramático, José David Guarín; como original y delicado en sus pinturas, Ricardo Silva; como lleno de sal ática, José Manuel Marroquín; como sentimental, gracioso y de retozón ingenio y exquisita variedad, José María Vergara y Vergara, el más decidido impulsador de nuestras letras, y uno de los más generosos en abrir campo á todo talento que prometía. Si bajo el mando del virrey Ezpeleta surge, como primera figura en el campo literario, la del cubano D. Manuel del Socorro Rodríguez, que fué el iniciador del periodismo bogotano, y cuyo nombre, por este motivo, debe ser recordado con veneración, ¿qué no diremos del insigne Vergara y Vergara, que tan notabilísimos esfuerzos hizo por dar vida y brillo á las letras colombianas?

Para aquellos que hayan olvidado la labor que llenó, nos bastará recordarlos que fué él quien obtuvo, en Madrid, la creación de la Academia Colombiana; á la cual siguieron las demás del Continente hispano-americano, y él quien fundó y dió mayor vida, con su privilegiado ingenio, á *El Mosaico* y la *Revista de Bogotá*.

El periodismo colombiano representa, de algunos años á esta parte, gran fuerza de vida, y es inequívoco testimonio de un movimiento intelectual fecundo y perseverante.

Prolija, y también enojosa para los lectores, sería la enumeración de todos los periódicos y revistas que han aparecido en Bogotá y en algunas po-

blaciones importantes del resto de la República, como Cartagena y Medellín, centros de cultura que siempre han mostrado empeño en no dejarse exceder ni en ilustración, ni amor al arte por los hijos de la ciudad de Monserrate y Guadalupe; pero, con intención de consignar en próxima ocasión una lista más completa, que contenga nombres y circunstancias que ilustren las noticias sobre la prensa, séanos permitido recordar aquí aquéllos de que, aun en el día, se hace memoria, y cuya influencia en el movimiento social y político ha sido indiscutible.

Uno de ellos fué, sin duda, *El Tiempo*, que se publicó semanalmente; los dos primeros números de tamaño pequeño, y desde el 3.º en adelante de gran formato, con seis columnas. Duró en la primera época de su aparición desde 1.º de Enero de 1855 á 28 de Agosto de 1860. Reapareció el 3 de Setiembre de 1861 y terminó el 31 de Diciembre del mismo año. Continuado después en 6 de Enero de 1864, terminó el 5 de Octubre de 1866, y en la cuarta y última época de su publicación, del 11 de Febrero de 1871 al 1.º del mismo mes de 1872. Sus redactores fueron, sucesivamente, José María Samper, el primero, quien allí comenzó á dejar comprender las poderosas facultades intelectuales de que estaba dotado; Ricardo Vanegas, Manuel Ancizar, Santiago Pérez, Manuel Muriello, quien, desde que había redactado en Santamarta la *Gaceta Mercantil* (22 de Setiembre de 1848 á 27 de Diciembre de 1848), adquirió justa nombradía

como escritor político; Felipe Pérez, Januario Salgar, Lorenzo María Lleras, Próspero Pereira Gamba, Lino Ruiz y José María Rojas Garrido.

Otro órgano de la prensa liberal que ha dejado imperecedero recuerdo es *El Mensajero*, diario político que hizo lucida y valiente oposición á la Administración del general Mosquera. Se publicaron desde el 1.º de Noviembre de 1866 hasta el 15 de Marzo de 1867 116 números. Lo redactaron los insignes periodistas D. Santiago Pérez, don Felipe Zapata y D. Tomás Cuenca.

La Opinión y *La Paz*, el primero publicado por tres años, de Febrero de 1863 á fines de 1865, y el segundo, en el año de 1868 y principios de 1869, son dignos de mencionarse por el singular acierto y moderación con que el célebre estadista Dr. Salvador Camacho Roldán dirigió esos periódicos.

Fueron colaboradores de *La Opinión* Francisco E. Alvarez, Ricardo Becerra, Enrique Cortés y Florentino Vesga.

La Revista de Colombia, que apareció también por aquel tiempo, fué fundada y sostenida por una pluma deseosa del progreso del pueblo, de aspiraciones sociales vehementes y de imaginación viva, poética y sensible: por el Dr. Medardo Rivas.

El Liberal, redactado por el conocido publicista Dr. Aníbal Galindo, vió la luz pública de 1869 á 71. Luis Bernal y Antonio María Pradilla, fueron colaboradores de esta hoja.

El *Diario de Cundinamarca* alcanzó catorce años de existencia, dirigido principalmente por D. Florentino Ves-

ga y por el Dr. Nicolás Esguerra y por su editor, también periodista, D. José Benito Gaitán. Al Dr. Vesga cabe la gloria de ser autor de uno de los pocos libros científicos de indiscutible mérito que poseemos: *Memoria sobre el estudio de la Botánica en la Nueva Granada*.

Acuden luego á la mente *La Unión colombiana* y *La Ley*, baluartes en donde el Dr. José María Samper trató de armonizar las conquistas de la libertad con el triunfo del derecho y la voluntad de los pueblos; *La Defensa*, del Dr. Santiago Pérez, hábilmente escrita; *La Reforma*, bisemanario del doctor Narciso González Lineros, primer periódico que se vendió á medio real y que aclimató en Bogotá la pequeña industria ejercida por los muchachos pobres en la venta de impresos por las calles; *La Luz*, dirigida con talento por D. Rafael Núñez y D. Rafael M. Merchán, y en la que escribieron, entre otros, como redactores principales, los Sres. Antonio Roldán, Luis Carlos Rico, Ricardo Becerra y Francisco de P. Mateus; *El Relator*, fundado el 8 de Mayo de 1877, del publicista y razonador D. Felipe Pérez, uno de los periodistas y escritores más fecundos del país y autor de la Geografía más completa que poseemos. Y puesto que hemos apuntado de ligero los nombres de algunos periódicos sostenedores de las ideas liberales, no sería regular prescindir de la enumeración de los más recordados ó significativos del partido conservador. Y son estos:

El Progreso, de José María Torres

Caicedo, publicado durante los años de 1846, 47 y 48.

El Conservador, periódico popular, 52 números, del 13 de Marzo de 1847 á 11 de Marzo de 1848. Redactado por D. José Joaquín Ortiz.

El Siglo, de 1848, escrito por el brillante orador y poeta épico Julio Arboleda, periódico de que fué también redactor Florentino González.

La Civilización, publicada de 1849 á 1850 por D. José E. Caro y por el ex-presidente de la Confederación Granadina, D. Mariano Ospina. En ella colaboró D. José Manuel Groot.

El Porvenir, redactado por D. José Joaquín Ortiz, y un año de los cinco que duró (de 1855 á 1859), por D. Lázaro María Pérez. Entre sus más notables colaboradores se cuentan el doctor Manuel María Mallarino, D. Sergio Arboleda, el Dr. Manuel José González y Juan Salvador de Narvaez.

El Conservador, publicado desde el 13 de Setiembre de 1863 hasta 1866. Escribió mucho para las columnas de esa hoja Marcelino Valverde, y eran colaboradores no menos activos José Caicedo Rojas, José Manuel Groot, José Joaquín Ortiz, Venancio Ortiz, Manuel de J. Barrera y la plana mayor de los conservadores de aquella época, quienes, concluida la lucha de las armas, combatían con singular empeño y decisión por el triunfo de sus principios políticos.

La Prensa, que, fundada el 9 de Junio de 1866, terminó el 3 de Diciembre de 1869. La redacción de ella estuvo á cargo del Dr. Carlos Holguín, quien

con talento y perseverancia defendió en ese periódico los intereses de la causa conservadora, á tal punto, que aquella tarea le convirtió, al andar del tiempo, en autorizado vocero de su partido; luego, en las Cámaras Legislativas, fué siempre el mismo Dr. Holguín, por muchos años, el jefe visible de la idea conservadora.

La Ilustración. Comenzó á publicarse el 1.º de Enero de 1870 y fué redactada, hasta 1877, por el infatigable publicista y filósofo Dr. Manuel María Madieto. Contaba número crecido de colaboradores y corresponsales. Se contaron entre los primeros el Dr. Carlos Holguín, Ezequiel Canal, Manuel María Mallarino, Salomón Forero, Alejo Posse Martínez, Venancio Ortiz, José L. Camacho, Lázaro María Pérez, Emilio M. Escobar y muchos otros.

El Tradicionalista (1871 á 1876), dirigido por la docta pluma de D. Miguel A. Caro, y en dos ocasiones por el doctor Carlos Martínez Silva. En el grupo de sus colaboradores figuran como de los primeros D. Sergio Arboleda, Carlos Holguín y el distinguido sacerdote, hoy obispo de Popayán, Dr. Juan Buenaventura Ortiz.

El Bien Público y *La América*, periódicos de significación y prestigiosos entre sus correligionarios, uno y otro redactados por la pluma de José María Quijano Otero, literato de bondadoso y afable carácter, entusiasta por las glorias patrias y autor del compendio de Historia que sirve de texto en los principales colegios de la República.

El Bien social y *El Conservador* (en

la tercera época de su aparición), tribunas del activo y fogoso periodista Manuel Briceño.

Los más asiduos colaboradores del segundo periódico nombrado fueron el mismo Briceño, D. Sergio Arboleda, D. Alejandro Posada y su editor y fundador D. Rufino Gutiérrez.

El Deber, nacido á impulso de la inquebrantable voluntad y fuerza de acción del Dr. José María Samper, al terminarse la revolución de 1876, y en donde logró reunir, con perseverancia ejemplar, las fuerzas dispersas del partido vencido en la guerra civil de ese año. Ausente su fundador por razones de salud y exigencias comerciales, continuó de redactor de dicho periódico el Dr. Carlos Holguín, y, en su última época, volvió á estar á cargo del mencionado Sr. Samper.

Semanarios destinados en primer término á difundir la fe católica y á trabajar por la moralidad de las costumbres, recuérdanse especialmente *La Fe*, de José María Vergara y V., y *La Caridad*, del decano de nuestros escritores y poetas, D. José Joaquín Ortiz. *La Caridad* apareció el 24 de Setiembre de 1864, y después de dos interrupciones terminó el 26 de Octubre de 1882. Contiene muchos artículos del Dr. Manuel María Mallarino, que firmaba con el seudónimo de *Gama*.

Por inclinaciones de raza, no menos que en razón de la vida sedentaria y monótona que llevamos, los periódicos jocosos y satíricos han tenido siempre pronta acogida entre nosotros.

Hase señalado como el más hiriente

y agresivo en sus ataques *El Alacrán*, publicado por el notabilísimo poeta epigramático Joaquín Pablo Posada y por Germán Gutiérrez de Piñeres, y podría citarse como el más moderado y medido en sus ocurrencias *El Cachaco*, que redactó el conocido literato español D. José María Gutiérrez de Alba, quien fué nuestro huésped durante diez años.

Anteriores á éstos, se recuerdan *Los Cubiletes*, *La Calavera*, *El Trovador* y *El Duende*, este último escrito en mucha parte por la simpática pluma de D. José Caicedo Rojas, por D. Domingo A. Maldonado y D. José Manuel Groot, y uno de los que mayor boga alcanzaron.

También el editor D. Nicolás Pontón publicó en su imprenta *El Loco*, *La Bruja*, *Lós Locos* y *El Chino de Bogotá*; y D. Nicolás Tanco Armero, *El Charivari*.

Aun cuando la política ha absorbido de preferencia nuestra atención, como sucede en toda América, las ciencias y las bellas letras han tenido, sin embargo, órganos útiles y notables en el estado de la prensa. Como dedicados á honrar las primeras pueden citarse los *Anales de la Universidad* y *La Escuela Normal*, que tan importantes y variados trabajos contienen; los *Anales de Instrucción pública* y *El Ingeniero*, y en la lista de los consagrados especialmente á la literatura. *El Mosaico*, base del renacimiento intelectual de los últimos treinta años, periódico fundado el 24 de Diciembre de 1858 por un grupo de distinguidos literatos; la *Biblio-*

teca de señoritas, fundada y redactada, durante un año por D. Felipe Pérez, luego por el profesor D. Eustasio Santamaria; los editados por el generoso y benévolo patrocinador de la juventud, D. Nicolás Pontón, que fueron estos: *El Iris* (1866), *El Hogar* (1868), *El Museo Literario* (1871), *El Rocío* (1872-1875), *El Verjel colombiano* (1875) y *La Pluma* (1880-1883). Después hay que mencionar *La Tarde* y *El Pasatiempo*, ambos dirigidos por su editor D. Ignacio Borda; *El Zipa*, fundado por D. Filemón Buitrago (1877-1881); la *Revista de Bogotá* y *El Eco literario*, publicaciones del laborioso literato D. José Joaquín Borda; *La Patria*, recordada revista de Adriano Páez; el *Anuario de la Academia colombiana*, que contiene pocas pero muy escogidas producciones nacionales; *La Mujer*, moral y muy útil revista quincenal, de la elegante escritora doña Soledad Acosta de Samper, publicada de 1878 á 1881; el *Repertorio colombiano*, la revista mensual de mayor importancia y significación que se ha publicado aquí, dirigida por el Dr. Carlos Martínez Silva (1868-1883), y en sus últimos tiempos por el Sr. D. Enrique Restrepo, y, por último, el que mayor luci-

miento y novedad da á nuestro acervo periodístico, el *Papel Periódico Ilustrado*, del malogrado artista bogotano don Alberto Urdaneta, publicación que, por fortuna para las letras, renace hoy á nueva vida bajo el nombre más amplio de *Colombia Ilustrada*, dirigida por el Sr. J. T. Gaibrois.

Pero no es nuestra intención, ni cabría tampoco en los reducidos límites de esta corta reseña, señalar punto por punto todos los progresos intelectuales que forman el caudal de la literatura colombiana; únicamente hemos querido buscar, en tan lisonjeros recuerdos, ocasión para poder afirmar lo conveniente que es para la obra común del progreso dar acogida deferente á las tareas que ennoblecen el ánimo, ilustran el espíritu y sirven como de guía en el camino de la perfectibilidad humana.

El movimiento creador é impulsivo de 1850, marcó época y logró transformar casi por completo los hábitos y las instituciones existentes; la generación que va extinguiéndose se lleva al sepulcro la satisfacción de haber luchado con nobleza y generosidad de miras. Deja tras sí una huella hermosa que significa trabajo, desprendimiento, heroísmo, entusiasmo.

ISIDORO LAVERDE AMAYA.

ÚLTIMO SUEÑO

—¿Escuchas?

—Sí.

—¿Qué escuchas?

—Un gorjeo

Que brota de los labios de mi amada.

—¡Soñador! es tu madre que murmura

Puesta de hinojos, funeral plegaria.

—¿Escuchas?

—Sí.

—¿Qué escuchas?

—¡El ruido

Del vaporoso traje de mi amada!

—¡Soñador! no te engañes, es que cosen

Un sudario de muerte tus hermanas.

—¿Ves?

—Sí.

—¿Qué ves?

—¡El ardoroso brillo

Que despiertan los ojos de mi amada!

—¡Soñador! es la aurora que despunta

En el mundo incorpóreo de las almas.



—¿Sientes?

—¡Oh! ¡Sí!

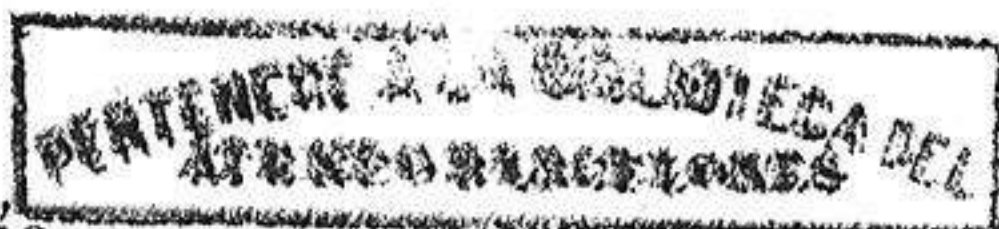
—¿Qué sientes?

—Ella... ella

En este instante con amor me abraza.

—¡Soñador! no te engañes... no delires...

¡Yo soy, yo soy, contempla mi guadaña!



Dijo esto con sárdónica ironía

La horrible muerte en medio de la estancia;

El poeta exhaló su último aliento

Y su espíritu huyó como una ráfaga.

Después, madre y hermanas todas juntas

Al pié de su ataúd, tristes lloraban:

Sus amigos reían... y á lo lejos

Doblaban por un muerto las campanas.

JULIO FLORES.

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX

CAPÍTULO PRIMERO

EL PESIMISMO EN LA HISTORIA

Nunca se ha agitado con el apasionamiento de esta época la cuestión del mal y la del valor de la vida. ¿Qué valor debe tener la vida á los ojos de un hombre calculador, ilustrado por la experiencia y por la ciencia modernas? ¿Es verdad que el mundo es malo, que hay en él un mal radical, invencible, que está dentro de la naturaleza de la humanidad, que la existencia es una desgracia y que vale más la nada que el ser? Estas proposiciones suenan de un modo extraño en los oídos de los hombres de nuestro tiempo, aturdidos por el estrépito de su propia actividad, con razón orgullosos de los progresos de la ciencia, y cuyo temperamento acepta gustoso una estancia prolongada sobre la tierra, y no se resiste á sufrir las duras condiciones de la vida, aceptando los bienes y los males que les corresponden. Sin embargo, esa filosofía que maldice la vida es un hecho, y no sólo se manifiesta en algunos li-

bros brillantes y atrevidos, dados á la estampa para desafiar al optimismo científico é industrial de este siglo, sino que se desarrolla por la discusión y se propaga por contagio á determinados espíritus, turbándolos profundamente. Es una especie de enfermedad intelectual, pero enfermedad privilegiada, concentrada hasta el día en las esferas de la alta cultura, á manera de adorno malsano y corrupción elegante. Constituye una crisis cerebral y literaria al mismo tiempo, pero sin encerrarse dentro de los límites de un sistema. Hemos tratado de analizarla en algunos estudios, de marcar sus analogías en los medios más diferentes, y por el examen de las formas comparadas y de los síntomas llegar hasta la fuente de ese mal, novísimo en los pueblos de Occidente. Confesamos que este estudio tiene más interés psicológico que utilidad práctica. ¿Podrá esta filosofía, mediante el transcurso del tiempo, aclimatarse en Euro-

pa, y llegará día en que atienda la humanidad á la extraña seducción de estos ponderadores de la desesperación y de la nada?

Cuando se dice que el pesimismo es un mal moderno, hay que distinguir: bajo la forma sistemática y sabia que ha tomado en nuestros días, realmente es dolencia moderna; pero ha habido en todo tiempo pesimistas; como que el pesimismo es contemporáneo de la humanidad. En todas las razas, en todas las civilizaciones hubo imaginaciones que se asombraron de lo incompleto, de lo trágico que es el destino humano, y dieron á este sentimiento la expresión más tierna y patética. Gritos profundos de tristeza y desesperación han atravesado los siglos, poniendo de relieve el engaño de la vida y la suprema ironía de las cosas. Este desacuerdo del hombre con su propio destino, la oposición de sus instintos y de sus facultades con su medio, la naturaleza enemiga y dañina, las combinaciones y las sorpresas de la suerte, el hombre lleno de duda y de ignorancia, sufriendo con su pensamiento y con sus pasiones, la humanidad abandonada á luchas sin tregua, la historia llena de los escándalos de la fuerza, la enfermedad, la muerte, en fin, la separación violenta por la muerte de los seres que más se han querido, todos estos sufrimientos y estas miserias forman un clamoreo que resuena desde el fondo de las conciencias en la filosofía, en la religión, en la poesía de los pueblos. Pero estas quejas ó estos gritos de angustia, por profun-

do y apasionado que sea su acento, son casi siempre, en las razas y en las civilizaciones antiguas, accidentes individuales: expresan la melancolía de un temperamento, la gravedad entristecida de un pensador, el desquiciamiento de un espíritu bajo el golpe de la desesperación, no expresan, á decir verdad, una concepción sistemática de la vida, la doctrina razonada de la renuncia al ser. Job maldijo el día en que nació: «El hombre nacido de la mujer vive poco y lleno de miseria»; pero Jehová toma la palabra, aniquila con sus evidencias la ingrata duda, la queja injusta, la rebelión inmotivada de su servidor, le levanta esclareciéndole, y le salva por fin. Salomón declara «que está cansado de la vida, al contemplar todos los males que hay bajo el sol, y que todas las cosas son vanidad y aflicción del espíritu»; pero sería una interpretación superficial el no ver en esta triste poesía del *Eclesiastes* más que el lado de la desesperación, sin observar al mismo tiempo el contraste de las vanidades de la tierra, apuradas hasta el hastío por una alma grande, atraída por fines más altos, y como la antítesis eterna que resume todas las luchas del corazón humano, que siente su miseria en medio de la embriaguez de sus alegrías, y que busca en regiones más elevadas lo que debe colmar el vacío de su nostalgia.

Sentimientos análogos se encuentran en la antigüedad griega y romana. Se han notado con frecuencia rasgos de profunda melancolía en Hesíodo y en Simónides de Amorgos, así

como también en los coros de Sófocles y de Eurípides. De Grecia ha salido esta queja conmovedora: «Lo mejor para el hombre es no nacer, y si ha nacido, morir joven.» Hartmann ha recordado un pensamiento de la *Apología*, en que Platón le facilita una imagen expresiva para hacer resaltar la proposición fundamental del pesimismo, que el no ser es por término medio preferible á ser: «Si la muerte es la privación de todo sentimiento, un sueño sin ensueño alguno, es un bien muy grande el morir. Compárese una noche pasada en un sueño profundo, que no haya sido turbado por ningún ensueño, con las demás noches y con los días que han llenado el trascurso entero de la vida; reflexiónese y digase en conciencia cuántas noches y cuántos días más felices y más dulces que esa noche se han pasado; yo estoy convencido de que el mismo rey de la Persia encontraría pocos, y que sería fácil contarlos.» Aristóteles ha notado, con su penetrante intuición, que hay una especie de tristeza que parece ser inseparable compañera del genio (1). El trata la cuestión como psicologista; ¿pero no puede decirse, bajo otro punto de vista, completando su pensamiento, que la altura á que se eleva el genio humano sólo sirve para demostrarle con mayor claridad la frivolidad de los hombres y la miseria de la vida?

El epicureismo, alegre, voluptuoso, frívolo, conduce, por una lógica inesperada, á la condenación de la vida.

(1) *Problemas*, XXX.

Testigos son los sectarios de la sensualidad en Roma, que morían con la misma facilidad y con la misma resolución que los fanáticos de la libertad estoica. En el fondo, es el amor exagerado á la vida el que los lleva á condenarla y á rechazarla cuando ya no esperan de ella ningún bien. Si no hay fin superior al placer, ¿por qué sobrevivir al placer extinguido? El placer no es inmortal; cuando empieza el cansancio se acerca el agotamiento de las fuerzas. ¿Y qué puede igualar en tristeza á un epicúreo abandonado por la sensualidad? Más vale prevenir ese abandono, peor que la muerte, y morir con vida. «¿De qué sirve—dicen los epicúreos al sectario voluptuoso que ha gastado ya sus fuerzas—disputar cobardemente algunos días y algunas sensaciones á la naturaleza que se retira de ti? Ya no te queda más que debilidad, dolor y vejez. Bebe la muerte en una última libación.» Bajo estas inspiraciones se formó en Alejandría la academia de los suicidas, de la cual formaron parte Antonio y Cleópatra. Los romanos de la decadencia ofrecían su vida en una suprema fiesta al destino, y se arrojaban, con una especie de vértigo voluptuoso, en ese desconocido que suponían la nada. Petronio, el poeta de la orgía romana, jugó hasta el último instante con el suicidio, haciendo que le abriesen y le cerrasen sucesivamente las venas, como para gozar, saboreándolo, del placer de la muerte.

Hay un epicureismo que no procede del amor exagerado, sino del despre-

cio reflexivo de la vida. Lucrecio renueva con trágica expresión la dura crítica con que ya la trataron algunos filósofos griegos. Han tenido razón los que han censurado esta inspiración que llena las poesías de Lucrecio de quejas que resuenan con dolorosa monotonía, como un eco al través de los fragmentos que nos quedan de Empedocles:

«¡Dioses! ¡Qué grande es vuestra miseria, infeliz raza mortal! ¡En medio de cuántas luchas y de cuántos suspiros habéis nacido!»

Recordemos también esta enérgica pintura de la vida: «Males de todo género caen sobre nosotros, que destruyen nuestro pensamiento. Midamos con la vista la corta carrera de esta vida, que realmente no es viable. ¡Qué pronto morimos! Cada existencia es una bocanada de humo que se desvanece; apenas podemos conocernos en esta agitación que nos lleva no sabemos á dónde; en vano nos envanece-mos de haber abrazado con el pensamiento la universalidad de las cosas; ni la mirada del hombre puede abarcarla, ni el oído aperebirla, ni la inteligencia comprenderla.»

Todo es para nosotros enigma y caos. No sabemos nada de las cosas, en medio de las cuales nos arrastra una fuerza ciega. ¿Qué felicidad puede sentir un espíritu que reflexiona en estas tinieblas agitadas en que vivimos sin conciencia y sin recuerdos? Una inspiración análoga es la que precede al pesimismo de Lucrecio. El poeta latino no busca siquiera el enigma de la vida,

proclama que no lo hay; no hay un sentido oculto en la existencia, ni un orden futuro que pueda reparar el desorden del mundo presente. La sabiduría consiste en apagar todo deseo y en llegar á esa apatía que se parece al nirvana budista, y en la cual no penetra nada, ni ruido de fuera, ni asombro, ni emoción. Pero el budista ha matado en sí mismo el sentimiento de la vida; el sabio de Lucrecio vive todavía y se siente vivir; de ahí procede su dolor incurable; no puede ya respirar en ese vacío en que se ha encerrado, se ahoga. Nos han pintado con tono delicado y vivo este mal del epicúreo, fiel á su estrecha doctrina, y que por una exageración de prudencia ha cerrado aún más el círculo de su acción: «El tedio entra en su espíritu desierto de pasiones. El uniforme espectáculo del mundo, que contempla en su eterna holganza, le cansa y le exaspera. Como Lucrecio, dejará escapar ese grito de hastío: ¡Siempre, siempre lo mismo! *Eadem sunt omnia semper, eadem omnia restant!*... La única ventaja que se aseguró fué la de no temer la muerte; pues arregló de tal manera su vida, que podía pasar de una nada á la otra sin sacudida violenta. Quizá combinó el orden de la naturaleza para ir más rápidamente hacia ese sueño eterno, cuyas primicias ha saboreado ya, y para asegurar á plazo más breve el encanto de la muerte.» ¿No es esto la *gentilezza del morire*, que celebrara Leopardi veinte siglos más tarde?

Para acabar con este gusto singular de la muerte en la antigüedad, recor-

daremos que á principios del siglo III, antes de la Era cristiana, había en Alejandría una escuela de pesimismo abierta por uno de los más célebres doctores de la escuela cineraica, el famoso Hegesias, que sacaba de las doctrinas de Aristóteles consecuencias inesperadas contra la vida. Partiendo del principio de que únicamente el placer puede ser el fin racional de la vida, concluía que la existencia se engaña, porque no consigue ese fin. La felicidad es una cosa puramente imaginaria é irrealizable, que engaña y que engañará siempre nuestros esfuerzos. La suma de placeres no iguala nunca la de las penas, y los bienes no tienen intrínsecamente nada real; la costumbre embota nuestra sensibilidad, y la sociedad los destruye. De ahí procede esta máxima que resume su filosofía: «Sólo al insensato le parece la vida una felicidad, el sabio siente por ella indiferencia y desea la muerte.» La muerte vale tanto como la vida, es la forma suprema de la renuncia, por la cual se libra el hombre de una vana esperanza y de una gran decepción. Había compuesto, nos dice Cicerón un libro titulado *El Desesperado*, en que hace hablar á un hombre que se mata de hambre; sus amigos tratan de disuadirle, y el desesperado les contesta enumerándoles las penas de esta vida. Es la antítesis del *Fedon*, en que Sócrates, al morir, desarrolla las razones que le hacen esperar el remedio de las injusticias de la vida presente. Es curioso hacer constar que este predicador melancólico de la muerte, que se inspira

en la doctrina de la sensualidad, emplea algunos de los argumentos predilectos de Schopenhauer. Hegesias era tan elocuente en sus pinturas sombrías de la vida humana, que recibió el nombre de *Peisithanatos*, y el rey Ptolomeo, asustado de la influencia que su palabra ejercía sobre los espíritus, cerró su escuela para librar á sus oyentes del contagio del suicidio.

Pero el género de sentimiento que expresan estos síntomas filosóficos es poco común entre los antiguos, y es un grave error el del poeta del pesimismo, Leopardi, al haber imaginado en favor de su causa una antigüedad fantástica, y al haber querido persuadirnos de que el pesimismo está en el genio de los grandes escritores de Atenas y de Roma. Sistema ó error, este punto de vista aminora el sentido penetrante y sutil que ha recibido el pesimismo de la antigüedad. Nada más quimérico que Safo meditando sobre los grandes problemas:

...*Arcano é tutto*

Four che il nostro dolor....

Ya no es la inspirada, ya no es la apasionada Venus quien habla, es una rubia alemana que vuelve de un Werther desconocido, separada de él por obstáculos infranqueables, y que exclama «que todo es misterio fuera de nuestro dolor».

En el mismo sentido y bajo el imperio de la misma idea, fuerza Leopardi la interpretación de las dos palabras célebres de Bruto y de Teofrasto en el momento de morir, el uno renegan-

do de la virtud que ha causado su muerte, el otro renegando de la gloria por la cual no ha querido vivir (1). Suponiendo que sean auténticas y que no hayan sido recogidas por la tradición de alguna vaga leyenda por Diógenes Laercio y Dión Casio, no podrían evidentemente tener esas palabras, en la boca que las pronunció, la significación moderna que les atribuye un comentario demasiado sutil é ingenioso. Además, Leopardi se corrige él mismo, vuelve á la verdad histórica de las razas y de los tiempos cuando dice en la misma obra «que la fuente de esos pensamientos dolorosos, poco extendidos entre los antiguos, se encuentra siempre en el infortunio particular ó accidental del escritor ó del personaje que sale á la escena, real ó imaginario». Esta es la verdad. El fondo de la creencia antigua es que el hombre ha nacido para ser feliz, y que, si no logra serlo, es por culpa de alguna divinidad celosa del orgullo humano, que se eleva amenazando á los dioses. Lo que domina en los antiguos es el gusto hacia la vida y la fe en la felicidad terrestre, que persiguen con terquedad; parece, cuando sufren, que están desposeídos de algún derecho.

Hartmann, en su *Filosofía del inconsciente*, marca con precisión esta idea del optimismo terrestre que rige al mundo antiguo (judío, griego y romano). El judío da un sentido temporal á las bendiciones del Señor; la felicidad,

en su opinión, consiste en que sus graneros estén llenos de trigo y sus bodegas repletas de vino (1). Sus concepciones de la vida no tienen nada de trascendental, y para que entre en ese orden superior de pensamientos y de esperanzas, es preciso que Jehová le hable por medio de sus profetas ó le advierta castigándole. La conciencia griega, después de haber apurado la noble embriaguez del heroísmo, busca la satisfacción de esta necesidad de ser feliz en los placeres que procuran el arte y la ciencia; se complace en una teoría estética de la vida. La existencia es el primero de los bienes; recuérdese la frase de Aquiles en los infiernos, en la Odisea: «No pretendas consolarme de la muerte, noble Ulises; prefiero cultivar como un mercenario el campo de un pobre á reinar sobre la inmensa multitud de los hombres.» Es la misma frase del *Eclesiastes*: «Más vale un perro vivo que un león muerto.» La república romana introdujo en el desarrollo un elemento nuevo; transformó el egoísmo del individuo en egoísmo de raza; ennobleció el deseo de la felicidad, marcando al hombre otro fin más elevado, al cual debe sacrificarse el individuo: el bien de la ciudad, el poder de la patria. He ahí, salvo algunas excepciones, los grandes móviles de la vida antigua: las bendiciones temporales en la raza de Israel, los placeres de la ciencia y del arte entre los griegos, en los romanos, el deseo de la dominación uni-

(1) *Comparazione delle sentenze di Bruto e Teofrasto.*

(1) *Proverbios*, III, 10.

versal, el sueño de la grandeza y de la eternidad de Roma. En estas diversas civilizaciones, no existen sino aisladamente inspiraciones del pesimismo. El ardor viril en el combate de la vida que demuestran estas razas enérgicas y nuevas, la pasión de las grandes cosas, el poder y el candor virgen de las nobles esperanzas que la experiencia no ha marchitado, el sentimiento de una fuerza que aún no conoce sus límites, la conciencia reciente que la humanidad tiene de sí misma en la historia del mundo, todo esto explica la profunda fe de los antiguos en la posibilidad de realizar en este mundo la felicidad, todo esto es opuesto á la moderna teoría que parece ser el triste cortejo de la humanidad envejecida, la teoría del dolor universal é irremediable.

En cambio, y como contraste con el mundo antiguo, hay influencias y corrientes de pesimismo en algunas sectas que han interpretado más ó menos fielmente el cristianismo. ¿Puede dudarse, por ejemplo, que tal pensamiento de Pascal ó que tal página de las *Veladas de San Petersburgo* puedan colocarse como ilustraciones de idea y de estilo, al lado de los análisis más amargos de la *Filosofía del inconsciente*, ó entre las *Canzoni* más desesperadas de Leopardi? Esta comparación no parecerá forzada á ninguno de los que saben que el pesimismo del poeta italiano ha revestido en su principio la forma religiosa.

Hay en el cristianismo un lado sombrío, dogmas temibles, espíritu de

austeridad, de abnegación, de ascetismo, que no constituye toda la religión, pero que forma su parte esencial, un elemento radical y primitivo, anterior á las atenuaciones y á las enmiendas que llevan sin cesar las complacencias del yo natural ó las debilidades de la fe. Cada individuo modifica un poco la religión á su modo, dándole un carácter peculiar á su espíritu. El cristianismo, mirado únicamente bajo ese aspecto como una doctrina de expiación, como una teología de lágrimas y de espanto, hiere con frecuencia á ciertas imaginaciones y las inclina á una especie de pesimismo. Esta manera de comprender el cristianismo es la del jansenismo exagerado. La naturaleza humana escarnecida, la perversidad puesta al desnudo, la absoluta incapacidad de nuestras facultades miserables para la verdad y para el bien, la necesidad de distraer á este pobre corazón que quiere huir de sí mismo y de la idea de la muerte, que se agita en el vacío, y, sobre todo, este perpetuo pensamiento del pecado original, que ondea sobre el alma entristecida con las más duras y extremas consecuencias, la visión continua y casi sensible del infierno, el corto número de elegidos, la imposibilidad de la salvación sin la gracia (¡y qué gracia! «no sólo la gracia suficiente, que no basta»), en fin, ese espíritu de mortificación sin piedad, ese desprecio de la carne, ese terror del mundo, la renuncia á todo lo que vale en la vida, semejante cuadro extraído de las *Provinciales* y de las *Pensées*, parecía hecho para agra-

dar al autor de *Bruto minore* y de la *Ginestra*, en las meditaciones de Recanati. Pero esta analogía de sentimientos no dura. ¿Quién no encuentra diferencia entre las dos inspiraciones, en cuanto se entra en familiar conversación con el alma de Pascal, tan dolorosa y tan tierna? El pesimismo de Pascal tiene por fundamento una caridad ardiente y activa; quiere contener al hombre y le consterna, le aterroriza. ¡Pero qué piedad tan profunda hay en esta lógica violenta! Cierra todas las salidas á la razón, pero es para llevarla de un vuelo al calvario y transformar esta tristeza en alegría eterna. Atormenta su genio para descubrir nuevas demostraciones de su fe; parece que sucumbe bajo la responsabilidad de las almas que no consigue convertir, de los entendimientos que no ha ilustrado.

Lo mismo puede decirse, aunque por otras razones, de lo que llamaremos el terrorismo religioso de José de Maistre. Evidentemente parece á primera vista un pesimismo esa apología lúgubre de la Inquisición, ese dogma de la expiación aplicado á la penalidad social, esa teoría mística del sacrificio de sangre, de la guerra considerada como una institución providencial, del patíbulo colocado como base del Estado. El corazón se oprime al contemplar la vida humana sometida á poderes tan formidables, y á la sociedad bajo un yugo de hierro, bajo un amo que es un dios terrible, servido por ministros sin piedad. Pero este aparato de terror no resiste á un instante de reflexión.

Pronto se ve que son paradojas de combate, apologías y afirmaciones violentas, que se oponen á ataques y á negaciones exageradas. José de Maistre es un polemista y no un apologista del cristianismo; la batalla tiene sus arrebatos; la elocuencia, la retórica, tienen su embriaguez; la de M. De Maistre le arrastra, no la domina, está poseído de ella. Los argumentos no le bastan y acude á la hipérbole. Es un gran escritor que escribe sin razón, un gran pintor que abusa del efecto; su pesimismo tiene un colorido exagerado. En el fondo no ha cambiado nada en las perspectivas del dogma cristiano; la vida futura contiene la explicación y el remedio del mal que reina sobre la tierra.

En vano se buscaría en la historia del cristianismo, exceptuando quizá algunas sectas gnósticas, nada que se parezca á esta nueva filosofía. Tampoco ofrece nada análogo la historia de la filosofía. No pueden absolutamente clasificarse entre los pesimistas, á pesar de sus semejanzas superficiales, á los que hacen objeciones al optimismo. De otro modo, todo el mundo sería alguna vez pesimista. Ninguna filosofía ha dado una definición satisfactoria del mal: ni los estoicos, ni Platón, ni Descartes, ni Leibnitz, ni Rousseau, han conseguido por completo conciliar la existencia del mal, bajo todas sus formas, con el gobierno del universo. Existe en esto una antinomia terrible de la razón. Los que lo han propuesto sin resolverlo no son por eso pesimistas, y sería mezclarlo y confundirlo

todo el colocar á Carneade, á Bayle ó á Voltaire entre los filósofos que proclaman el mal absoluto de la existencia: no han presentado más que el mal relativo, en contradicción aparente con la Providencia. En la India es donde el pesimismo ha encontrado sus verdaderos progenitores; él mismo lo reconoce y se enaltece con ello. La coincidencia de las ideas de Schopenhauer con el budismo ha sido con frecuencia reconocida. Volveremos sobre este punto; aquí sólo recordaremos que el pesimismo se ha fundado en la noche solemne en que Zakia, meditando bajo la higuera de Gaja sobre la desgracia del hombre, y buscando los medios de librarle de estas existencias sucesivas, que no son más que un cambio sin fin de sus miserias, exclamó: «Nada es estable sobre la tierra. La vida es como la chispa producida por el roce de la madera. Se enciende y se apaga, no sabemos de dónde viene ni á dónde va... Debe haber alguna ciencia suprema en que podamos encontrar reposo. Si yo la consiguiese, podría llevar la luz á los hombres. Si yo mismo fuese libre, podría libertar al mundo... ¡Oh desgraciada juventud, que la vejez tiene que destruir! ¡Desgraciada salud, que matan las enfermedades! ¡Pobre vida en que el hombre permanece tan pocos días!... ¡Si no hubiese la vejez, la enfermedad, ni la muerte! ¡Si las tres estuviesen para siempre encadenadas!» Y la meditación continúa extraña, sublime, desesperada: «Todo fenómeno está vacío; toda sustancia es el vacío; fuera de ella no hay más que el vacío...

El mal es la existencia; lo que produce la existencia es el deseo; el deseo nace de la percepción de las formas ilusorias del ser. Todo esto son efectos de la ignorancia. La ignorancia es, pues, en realidad, la causa primera de todo lo que parece existir. Conocer esta ignorancia es lo mismo que destruir sus efectos.»

Esta es la primera y la última palabra del pesimismo. Es el extraño pensamiento que absorbe en este instante á algún piadoso hindu, que busca las huellas de los pasos de Zakya-Muni sobre el mármol de un templo de Benarés. Es el problema sobre el cual meditan vagamente á estas horas algunos miles de monjes budistas, en la China, en la isla de Ceylán, en la Indo-China, en el Nepal, en el fondo de sus conventos y de sus pagodas, embriagados por sueños y contemplaciones sin fin; tal es el texto sagrado que sirve de alimento á tantos sacerdotes, á tantos teólogos del *Triptaka* y del *Lotus de la buena ley*, á esas multitudes que piensan y que rezan en estas creencias, y que se cuentan por centenares de millones. Es también el lazo misterioso que une á los pesimistas del extremo Oriente, del fondo de los siglos y á través del espacio, á los filósofos refinados de la Alemania contemporánea, que después de haber atravesado todas las esperanzas de la especulación, después de haber agotado todos los sueños y todas las épocas de la metafísica, vienen, saturados de ideas y de ciencia, á proclamar la nada de todas las cosas, y repiten con una

desesperación sabía la frase de un joven indio, pronunciada hace más de veinticuatro siglos en la orilla del Ganges: «El mal es la existencia.»

Ahora se comprende en qué sentido y en qué medida es cierto que la enfermedad del pesimismo es una enfermedad esencialmente moderna. Es moderna por la forma científica que ha tomado en nuestros días, es nueva en las civilizaciones de Occidente. ¡Qué efecto tan extraño produce el asistir á este renacimiento del pesimismo budista, con todo el aparato de los más sabios sistemas, en el corazón de la Prusia, en Berlín! Que trescientos millones de asiáticos beban el opio de estas doctrinas fatales que enervan y adormecen la voluntad, es cosa ya muy extraordinaria; pero que una raza enérgica, disciplinada, tan fuertemente construida para la ciencia y para la acción, tan práctica al mismo tiempo, calculadora, fría, belicosa y dura, todo lo contrario de una raza sentimental; que una nación formada de estos elementos robustos y activos acoja triunfalmente las teorías de la desesperación reveladas por Schopenhauer, que su optimismo militar acepte con entusiasmo la apología de la muerte y de la nada, he ahí lo que á primera vista parece inexplicable. Y este éxito de la doctrina nacida en las orillas del Ganges no

se detiene en las orillas de la Spree. La Alemania entera ha prestado atención á este movimiento de ideas. La Italia, con un gran poeta, había adelantado la corriente; Francia, como veremos, la ha seguido en cierto modo; también tiene Francia actualmente sus pesimistas. La raza eslava no ha escapado á esta extraña y siniestra influencia. Véase esa propaganda desenfrenada del nihilismo, que espanta con razón al poder espiritual y temporal del czar, y que esparce por toda la Rusia un espíritu de negación descarada y de fría inmoralidad. Véase, sobre todo, esa monstruosa secta de los *skopsy* ó mutilados, cuyos desastres nos han descrito y que «haciendo un sistema moral y religioso de una degradante práctica de los harenes de Oriente, materializando el ascetismo y reduciéndolo á una operación quirúrgica», proclaman con este vergonzoso y sangriento sacrificio que la vida es mala y que es conveniente agotar su origen. Es la forma más degradada del pesimismo, pero es también su expresión más lógica. Es un pesimismo conforme con las naturalezas groseras que van en seguida á los extremos del sistema, sin detenerse en inútiles elegías, en elegantes bagatelas de delicados espíritus, que se quejan continuamente y no concluyen jamás.

CAPÍTULO II

LOS PESIMISTAS DEL SIGLO XIX.—EL POETA DEL PESIMISMO, LEOPARDI.
LA TEORÍA DE «L'INFELICITÁ».

Examinemos de cerca la filosofía del pesimismo moderno y tratemos de apoderarnos de los primeros síntomas en el siglo XIX. Es un hecho curioso que nacieron casi simultáneamente las primeras ideas en el poeta italiano Leopardi y en el filósofo alemán Schopenhauer, sin que pueda observarse ninguna influencia directa del uno sobre el otro. Precisamente en 1818, cuando en la amarga soledad de Recanti se operaba en Leopardi esa fase tan grave que le hacía pasar casi sin transición del cristianismo á la filosofía de la desesperación, salió Schopenhauer para Italia, después de haber remitido á un editor su manuscrito de *El Mundo considerado como voluntad y como representación*. El uno encerrado en la pequeña población que servía de cárcel á su ardiente imaginación, el otro ansioso de la celebridad que había de tardar más de veinte años en llegar, igualmente oscuro entonces, los dos escritores no se encontraron, y es más que probable que Leopardi no leyó nunca á Schopenhauer, cuyo libro no se publicó hasta más tarde, en Alemania; pero en cambio es seguro que Schopenhauer conoció las poesías de Leopardi; las cita una vez

por lo menos, sin darles la importancia que tienen en la historia del sistema.

En cuanto á la cuestión de saber si Leopardi tiene derecho á estar colocado entre los filósofos, basta, para resolverla, comparar la teoría de *l'infelicitá* á lo que se llama «el mal del siglo», la enfermedad de Werther y de Jacobo Ortis, la de Lara y de René, la de Rolla. Ha sido un error el hablar del pesimismo de lord Byron ó de Chateaubriand; este no es más que una forma del romanticismo, el análisis idólatra y dolorido del yo del poeta, concentrado respetuosamente en sí mismo, contemplándose hasta que se produce en su interior un éxtasis doloroso ó embriagador que opone su dolencia ó su aislamiento á los placeres de la vil muchedumbre, pagando de ese modo su grandeza y esforzándose por hacer de la poesía un altar digno de su víctima.

La antigüedad, que en este punto era de la opinión de Pascal, detestaba el yo y le proscribía: las costumbres, de acuerdo con el gusto del público, sufrían con dificultad estos desahogos de una personalidad llena de sí misma, llevada naturalmente á dar demasiada importancia á sus tristezas y á sus ale-

grías. Los dioses, los héroes, la patria, los combates, los trágicos juegos de la fatalidad, el amor también, pero en la expresión de estos sentimientos generales, no en el análisis de los incidentes biográficos, ese es el fondo de la poesía antigua; la poesía personal es rara. Esta fuente de inspiración, comprimida durante tanto tiempo, ha brotado en el nuestro con gran abundancia y á gran altura. De ese culto, á veces extravagante del yo, ha salido el lirismo contemporáneo con sus grandezas y con sus pequeñeces, sus inspiraciones sublimes y sus pueriles vanidades; de ahí proceden todos esos dolores literarios que han agitado y emocionado tan profundamente á una generación, y que las nuevas generaciones, con su educación científica y positiva, apenas puedan tomar en serio. Pero estas tristezas elegantes y altivas no son realmente filosóficas, no proceden de una concepción sobre el mundo y sobre la vida: partes del yo vuelven á él, allí se encierran y gozan, de su delicado orgullo; se guardarían como de una profanación, de revelarse á la muchedumbre. No es la humanidad que sufre, es el poeta, es decir, una naturaleza excepcional. Para que estos sufrimientos puedan formar una teoría, no basta que sean sinceros y profundos, es menester que sea general el sentimiento en que se inspiran. El pesimismo, al contrario, no hace del dolor un privilegio, sino una ley; no crea una aristocracia de desesperados. La única superioridad que atribuye á su genio, es la de ver claramente

lo que la muchedumbre humana siente de un modo confuso. Asimila la existencia entera á la desgracia, y extiende la ley de sufrir del hombre á la naturaleza, de la naturaleza á su principio, si hay alguno, y si ese principio llega á conocerse. El mal subjetivo podría no ser más que un accidente insignificante en el mundo; el mal objetivo es el que hay que mirar, el mal impersonal, absoluto, que reina en todos los grados y en todas las regiones del ser. Sólo así se constituye una filosofía; lo demás es literatura, es biografía ó novela.

Tal es el carácter de la teoría de *l'infelicità* de Leopardi. Ha sufrido mucho sin duda, de diferentes modos, y las desgracias físicas que pesaron tanto sobre su juventud, la quebrantada salud que arrastró á través de su vida como una amenaza perpetua de la muerte, la impaciencia que le consumió en su retiro, la pobreza que le angustiaba, y, sobre todo, esa sensibilidad nerviosa que transformaba en suplicio intolerable las menores contrariedades, y con mayor razón las amarguras de la ambición no satisfecha, las decepciones más tristes aún de un corazón amante que no puede alcanzar más que la sombra de sus anhelos, construyeron dentro de su espíritu tan singular filosofía. Fué mucho lo que sufrió. A pesar de todo, su teoría no es única, y él no consiente que se vea en ella la expresión de sus sufrimientos; si va precedida de una experiencia, es de una experiencia generalizada, se transforma en un conjunto de concep-

ciones razonadas y armónicas sobre la vida humana.

Hay que ver cómo el filósofo, que Leopardi sintió despertar precozmente dentro de sí, pretende demostrar que no ha lanzado al mundo el grito de su dolor personal, cómo teme exponer su corazón á ser pasto de la pública curiosidad, con qué orgullo rechaza la limosna de simpatías que no ha solicitado y que le hacen sonrojar: «Por la pusilanimidad de los hombres, escribe á un amigo suyo, que necesitan estar persuadidos del mérito de la existencia, se han considerado mis opiniones filosóficas como el resultado de mis sufrimientos personales, y se obstinan las gentes en atribuir á *mis circunstancias materiales* lo que sólo se debe á mi entendimiento. Antes de morir, quiero protestar contra esta invención de la debilidad y de la vulgaridad, y rogar á mis lectores que traten de destruir mis observaciones y mis razonamientos, pero que no acusen á mis enfermedades.» Que hay un enlace entre las desgracias de esta vida y la dura filosofía en que se refugió el poeta, como en un último asilo, esto no da lugar á duda alguna; no es posible separar la figura dolorida de Leopardi del monótono fondo de sus cuadros y de sus doctrinas; pero hay que reconocer que, por un esfuerzo meritorio de libertad intelectual, borra casi por completo la huella de sus recuerdos personales en la solución que da al problema de la vida. Eleva esta solución á un grado de generalidad en que empieza la filosofía; su pesimismo es

un sistema, no una apoteosis de la miseria. Por este rasgo que queríamos poner en claro, se diferencia de la escuela de los líricos y de los desesperados en que se ha pretendido colocarle; no tiene más que un parecido remoto con Rolla, á quien algunos han llamado su hermano; vale más que ellos por la altura del punto de vista cósmico á que se eleva; ha querido ser filósofo, ha merecido serlo y lo es.

Juzguémosle, pues, como desea ser juzgado, y veamos si la teoría de *l'infelicità*, que inspira todas sus poesías y está concentrada en las *Obras morales*, recuerda ó anuncia las teorías de la filosofía alemana contemporánea.

No hay, según Hartmann, más que tres formas de dicha posible para la humanidad, tres maneras de comprenderla y de realizarla. De nada servirá excitar y torturar la imaginación para inventar alguna felicidad inédita; esta ansiada felicidad entrará en los cuadros trazados de antemano, y esta ya es una prueba evidente de la pobreza de nuestra facultad de sentir y de la esterilidad de la vida. O bien se pretende poder conseguir la felicidad en el mundo tal como es, en la vida actual é individual, sea por el libre ejercicio de los sentidos, la riqueza y la variedad de las sensaciones, sea por el desarrollo de las altas facultades del espíritu, el pensamiento, la ciencia, el arte y las nobles emociones que de él resultan, sea por la actividad heroica, el gusto de la acción, la pasión del poder y de la gloria. O bien se aplaza la idea de la felicidad,

se la considera realizable para el individuo en una vida trascendente después de la muerte; es la esperanza en que se precipita la mayoría de los que sufren, los pobres, los despreciados del mundo, los desheredados de la vida; es el asilo abierto por las religiones y particularmente por el cristianismo á las miserias irremediables y á los dolores sin consuelo. O bien, en fin, abandonando el más allá trascendental, se concibe un más allá terrestre, un mundo mejor que el mundo actual, que cada generación prepara sobre la tierra por sus trabajos y sus fatigas. Se hace el sacrificio de la felicidad individual para asegurar la llegada de ese nuevo ideal, se eleva uno al olvido de sí mismo, á la conciencia y á la voluntad colectivas, se goza con la idea de esa dicha por la cual se trabaja y que otros disfrutarán, lo desea uno así para sus descendientes, y se embriaga uno con esa idea y con los sacrificios que reclama. Este noble sueño de la dicha de la humanidad futura sobre la tierra por los descubrimientos de las ciencias, por las aplicaciones de la industria, por las reformas políticas y sociales, es la filosofía del progreso, que en algunos espíritus entusiastas se convierte en una religión. Esas son las tres teorías de la felicidad en que se ha agotado la imaginación de la humanidad: son «los tres grados de la ilusión humana», sucesivamente recorridos por las generaciones que se sustituyen sobre la escena del mundo y que, cambiando de fe sin cambiar de decepción, no hacen más que agitarse

en un círculo de inevitable error, con su absurda creencia en la felicidad.

Hartmann se equivoca al pensar que esos tres estados de la ilusión se suceden. Son simultáneos, coexisten en la vida de la humanidad; no ha habido ningún tiempo en que no hayan estado representados; son tres razas eternas del espíritu, y no tres edades históricas. A la hora en que escribo, ¿no hay en la amplia variedad de las sociedades contemporáneas optimistas del tiempo presente, optimistas de la vida futura, optimistas de la edad de oro que el progreso hará renacer sobre la tierra? Además, esos diversos estados los recorre á veces un hombre mismo en su vida; cualquiera de nosotros ha podido perseguir sucesivamente la imagen de la felicidad en el sueño de la vida actual, en la vida futura, en el porvenir de la humanidad. En fin, el orden de sucesión y de desarrollo que marca Hartmann no es un orden riguroso: cada hombre puede recorrer esas diversas etapas en un orden diferente, hasta en un orden inverso. No es raro ver que un espíritu, después de haber atravesado las ilusiones de la felicidad terrestre y las del progreso indefinido, se detenga y repose en la fe de lo invisible y de lo divino; y tampoco es imposible que esta evolución se verifique con un orden contrario, empiece por las más nobles aspiraciones de la religión y acabe por la indolencia epicúrea.

Leopardi, sin presentar ni describir científicamente estos tres estados, los ha conocido por una experiencia dolo-

rosa; los ha atravesado, no se ha detenido en ninguno; los ha pintado separadamente; nos ha enseñado con rasgos singulares y enérgicos por qué no ha adoptado ninguno, y la sinrazón de los hombres que se acogen á ellos. Hasta la edad de diez y ocho años, su adolescencia soñadora no pasó los límites de la fe religiosa. Emplea los recursos de su gran erudición en escribir una especie de apología de la religión cristiana; el *Ensayos sobre los errores populares de los antiguos* (1815). Pero ya en esa nomenclatura de las supersticiones de la antigüedad, dioses y diosas, oráculos, magia, al lado de invocaciones á «la religión más amable» que le entusiasma y lo consuela en sus prematuros dolores, están como los gérmenes del futuro escepticismo. En el mismo período de su vida escribió los *Proyectos de himnos cristianos*, animados por el sentimiento del dolor. Es un pesimista que se dirige en estos términos al Redentor: «Tú lo sabías todo desde la eternidad; pero permite que la imaginación del hombre te considere como el más íntimo testigo de nuestras miserias. Tú has pasado por esta vida, que es la nuestra; has conocido la nada, has sentido la angustia de la desgracia de nuestro ser...» O también en esta oración al Creador: «Ahora voy de esperanza en esperanza, errando todo el día y olvidándote, y siempre engañado... Llegará el día en que, no teniendo otro estado á que recurrir, colocaré todo mi espíritu en la muerte, y entonces iré á Ti...» Esta hora del supremo recurso

no llegó; en el momento mismo en que escribió con mano trémula sobre el papel mojado de sus lágrimas estos fragmentos de himno y de oración, se apercibió de que el abrigo de sus creencias se habia derrumbado, y no quedaba nada en pié; se vió solo en medio de tanta ruina, ante un mundo vacío y bajo un cielo de acero.

Entonces tomó sin vacilación su partido irrevocable: pasó de una fe ardiente á una especie de escepticismo indómito y definitivo, que nunca admitió incertidumbres, ni combates, ni ninguna de esas aspiraciones á un más allá en que se refugia con una especie de voluptuosidad inquieta el lirismo de los poetas contemporáneos. Nada de esto produjeron en Leopardi los desórdenes de su espíritu, las penas y los dolores psicológicos que expresa con tanta ternura. Permanece inquebrantable en la soledad que se ha formado. Hace alguna que otra alusión desdeñosa, de pasada, «al temor que inspiran las cosas del otro mundo.» No vuelve á mencionar á Dios, ni aun para negarle. Evita hasta el nombre: cuando se ve obligado, como poeta, á hacer intervenir un ser que domina el personaje, es Júpiter. La naturaleza, principio misterioso del ser, pariente cercana del Inconsciente de Hartmann aparece sola enfrente del hombre en la meditación perpetua de lo desconocido que abrumba al poeta; á ella sola interroga el hombre sobre los secretos de las cosas tan indescifrables para ella como para él. «Estoy sometida al destierro, dice, cualquiera que sea la causa, que

ni tu ni yo podemos comprender.» La naturaleza y el destino, es decir, las leyes ciegas é inexorables, cuyos efectos sólo aparecen á la luz, cuyas raíces penetran en la noche. Cuando el poeta saca á la escena la curiosidad del hombre sobre los grandes problemas, tiene una manera muy particular de forzar el desenlace. Las momias de Ruysch resucitan por un cuarto de hora; refieren cómo han muerto. «¿Y lo que sigue á la muerte?» pregunta Ruysch. Pero el cuarto de hora ha pasado y las momias callan.

En otro sitio, en un diálogo extraño, un islandés errante, que después de haber huido de la sociedad ha huido de la naturaleza, se encuentra en el fondo del Sahara; lo aturde con sus preguntas, cada una de las cuales es una queja: «¿Por qué me ha enviado sin consultarme á este mísero mundo? ¿Por qué, si me ha hecho nacer, no se ha ocupado de mí? ¿Cuál es su fin? ¿Es mala ó es impotente?» La naturaleza contesta que no tiene más que un cuidado y un deber: hacer girar la rueda del universo en que la muerte mantiene la vida, y la vida la muerte. «Pero entonces, contesta el islandés, puesto que sufre todo lo que está destruido, puesto que lo que destruye no goza y es destruido pronto á su vez, dime lo que ningún filósofo puede decirme: ¿á quién agrada, para quién es útil esta vida desgraciada del universo, que sólo subsiste por la pérdida y por la muerte de todos los elementos que la componen?» La naturaleza no necesita tomarse el trabajo de contestar á su in-

terlocutor: dos leones hambrientos se arrojan sobre él y le devoran, ellos también caerán más tarde desfallecidos sobre la arena del desierto.

El silencio es la única contestación á estas grandes curiosidades que van á estrellarse contra una muralla indestructible ó á perderse en el vacío. No hay que esperar, pues, ninguna felicidad bajo la forma trascendente. Ese es el primer estado de la ilusión atravesado por Leopardi, ó, mejor dicho, por la humanidad que lleva el poeta dentro de sí. Ha demostrado al hombre la sinrazón de sus esperanzas fundadas sobre lo invisible. ¿Pero no tendrá el hombre razón al querer gozar de lo presente, porque no haya porvenir, al tratar de engrandecer su existencia por medio de los grandes pensamientos y de las grandes pasiones, confundiendo, en un sublime sacrificio con la patria, haciéndose heroico, poderoso y libre, ó con otro ser á quien haga donación de su personalidad, enriqueciéndole con su propia dicha? El patriotismo, el amor, la gloria, cuántas razones para vivir, aunque el cielo esté vacío, ¡cuántas maneras de ser feliz! Y puesto que hay que renunciar á las quimeras del porvenir, ¿no es todo esto bastante sólido y sustancial, no es la misma realidad, bajo la forma más noble y más hermosa, no merece que se viva?

Nadie ha sentido en su alma más patriotismo que Leopardi. Al leer la *Oda á Italia*, parece que se está oyendo á un hermano de Petrarca ó á un rival de Alfieri. El que escribía estos

versos que todas las memorias italianas han conservado, que todas las bocas repiten y que han procurado sin duda algunos batallones de voluntarios al vencido de Novara y al vencedor de San Marino, es sin duda un gran patriota, pero es un patriota desesperado. Ama á su patria, pero la ama en el pasado; no cree en su resurrección. Después de celebrar en versos apasionados su gloria desvanecida, después de evocarla, de sacarla de su letargo, de recordar las guerras médicas y de entonar, terminándolo, el himno interrumpido de Simónides, se deja llevar del desaliento al contemplar la Italia cautiva y resignada. En las poesías de esa época se refleja ya una gran amargura. «Gloriosos ascendientes, ¿tenéis aún esperanzas fundadas en nosotros? ¿No hemos perecido todos? Quizá no os esté negado el poder de conocer el porvenir. Yo estoy abatido y no tengo defensa alguna contra el dolor; para mí el porvenir es oscuro, y todo lo que distingo es de tal naturaleza, que me parece la esperanza como un sueño y una locura.» ¿Para quién han trabajado los grandes poetas italianos, Dante, Tasso y Alfieri? ¿A qué han conducido en definitiva sus esfuerzos? Los unos han acabado por no creer en la patria, los otros se han consumido en una lucha insensata. El mismo Dante, ¿qué ha hecho? Ha preferido el infierno á la tierra; tan odiosa le parecía la tierra. ¡El infierno! «¿Pero qué región no vale más que la nuestra?... Y es, sin embargo, menos pesado, menos doloroso el mal que se sufre que el te-

dio que nos abruma. ¡Feliz tú, que pasaste la vida llorando!» El mismo bajó, hacia el final de su vida, á los infiernos, en el poema más largo que escribió (ocho cantos y cerca de tres mil versos), los *Paralipomenos de la Batracomiomaquia*, pero fué para burlarse cruel y tristemente de la ilusión patriótica que había hecho latir un instante su corazón. En este, como en otros puntos, podemos censurar el pesimismo, reconocer su error contra la esperanza obstinada de una nación. ¡Qué crimen contra la vida y contra la patria puede cometerse atacando estas grandes ideas, abatiendo las energías viriles de un hombre ó de un pueblo! La Italia hubiera estado mejor inspirada que el poeta si no hubiese cedido á un desaliento prematuro, si hubiese luchado hasta el final contra el abatimiento de los hombres y la traición de la fortuna; treinta años más tarde hubiera sido el patriota el que tuviese razón contra el desesperado.

Pero no hay que ver sólo al italiano en Leopardi; es el intérprete de la humanidad. Esas grandes sombras antiguas que ha consagrado en tan hermosos cantos, las evoca para hacerlas proclamar á ellas mismas la locura de su heroísmo y la nulidad de su obra: Bruto, el joven, en una oda famosa escrita en 1824, extiende su anatema sobre la abnegación que era la fe de la antigüedad, y abdica de su patriotismo estéril: «No, no invoco al morir ni á los reyes del Olimpo y de Cocyto, ni á la tierra indigna, ni á la noche, ni á ti, último rayo de la negra muerte,

memoria de la posteridad. ¿Cuándo ha sido consolada una tumba por los sollozos y las palabras de la villana multitud? Los tiempos van empeorando, y sería un error el confiar á nuestros nietos podridos el honor de las almas ilustres y la suprema venganza de los desgraciados. ¡Qué el ave negra y codiciosa extienda sus alas sobre mí! ¡Qué me ahogue esta bestia, que el huracán arrastre mis ignorados desposos, y el aire se lleve mi nombre y mi memoria!»

La gloria literaria, esa gloria por la cual confiesa Leopardi que ha tenido una pasión inmoderada, ¿vale la pena que cuesta el adquirirla? Parini nos hace ver claramente á qué se reduce ese fantasma. Parece que está uno leyendo una página de Hartmann, tal es la semejanza de los argumentos de estos dos pesimistas. Nadie negará, nos dice Hartmann, que cuesta mucho trabajo el producir una obra. El genio no cae formado del cielo; el estudio que debe desarrollarlo, antes de que madure y dé sus frutos, es una tarea penosa, cansada, en que los placeres generalmente son escasos, salvo quizá los que nacen de la dificultad vencida y de la esperanza. Si de resultas de una larga preparación se ha puesto uno en estado de producir algo, los únicos momentos felices son los de la concepción, pero pronto les suceden las luchas de la idea contra la expresión material del arte. Si no estuviese uno empujado por el deseo de terminar, si la ambición ó el amor á la gloria no agujoneasen al autor, si consi-

deraciones exteriores no le obligasen á apresurarse, si, en fin, el espectro lánguido del fastidio no se levantase detrás de la pereza, el placer que se espera de la producción no haría olvidar los trabajos que cuesta. ¡Y la crítica envidiosa é indiferente! ¡Y el público tan restringido y tan incompetente! Que se averigüe cuántos hombres son, por término medio, accesibles de un modo serio á los placeres del arte y de la ciencia. Esta página de Hartmann puede servir de comentario á los argumentos de Parini. La conclusión es dura: «¿Qué es un gran hombre? Un nombre que pronto no será nada. La idea de lo bello cambia con el tiempo. En cuanto á las obras científicas, pronto quedan atrasadas y se olvidan. El matemático más mediano de nuestros días sabe más que Galileo y que Newton. La gloria es, pues, una sombra, y el genio, de quien es la única recompensa, el genio es un regalo funesto para el que lo recibe.

Queda el amor, único consuelo posible de la vida presente, ó, más bien, última ilusión, pero la más temaz, que hay que disipar para convencerse bien de que la vida es mala, y no vale la más feliz lo que la nada. Es un error como otros tantos, pero que persiste hace tiempo, porque los hombres ven en él una última sombra de felicidad, después de haber sido engañados por todo lo demás.—*Error beato*, dice el poeta.—¿Y qué importa si este error hace nuestra felicidad?—No, no nos hace dichosos, aun engañándonos y atrayéndonos sin cesar; es una fasci-

nación que renace continuamente, y nos deja cada vez más desesperados, porque se apodera siempre de nuestro corazón. La lucha del hombre contra ese fantasma que hiere su imaginación, que no se deja vencer ni por la cólera ni por el despecho, ni por el desprecio ni por el olvido, está descrita con gran elocuencia en las *Ricordanze*, en el *Risorgimento*, y, sobre todo, en las *Aspasie*. Conocida es la historia de los desdichados amores del poeta, para quien el amor no fué sino motivo de sufrimientos. Dos veces fué dominado por la pasión y dos veces se desvanecieron sus esperanzas; en los dos extremos de su corta vida pasó á su lado el fantasma, hizo brillar la alegría ante sus ojos, un fugitivo relámpago de ventura, y cuando desapareció el fantasma, el poeta que había creído que lo podía estrechar, quedó en una soledad mayor y más triste. ¡Qué remedio! El poeta era chico y contrahecho, sólo poseía el genio. Schopenhauer le hubiera explicado su caso con dos palabras: «La tontería, dice ese terrible humorista, no perjudica al que espera algo de las mujeres. Más bien les disgustaría el genio como una monstruosidad. No es raro ver que un hombre grosero y nulo, sustituye en el favor de una mujer á un hombre lleno de talento y digno de su amor.» ¿Qué puede esperarse de las mujeres?, añadía, recordando un epigrama griego: tienen los cabellos largos y las ideas tan cortas...

Leopardi no se vengó de Aspasia con la misma brutalidad; siguió sien-

do poeta en su venganza, pero su ironía no es menos cruel por ser más delicada. Léase la elegía que lleva ese nombre y en que desahoga su corazón. En el fondo se da cuenta de su error; es el de casi todos los hombres, al menos de aquellos que tienen imaginación; no es la mujer que ha querido, es la belleza, de la cual pensó alcanzar un ligero destello. Es la hija de su imaginación que el enamorado acaricia con su mirada, es *una idea*, parecida á la mujer que el amante apasionado, en su confuso éxtasis, se hace la ilusión de amar. No es ésta, es *aquella* la que persigue y adora. Al fin, reconociendo su error y viendo que ha elegido mal su objeto, se irrita y acusa á la mujer, pero sin razón. Rara vez alcanza el espíritu femenino esta altura de concepción, y lo que inspira al hombre superior su belleza, eso no lo comprende la mujer. «No hay sitio en su estrecha frente para un pensamiento tan grande.» Son falsas esperanzas que se forja el hombre engañado bajo el fuego de su mirada; en vano pide sentimientos profundos, desconocidos y enérgicos á esa débil y frágil criatura.—No, no es á ti á quien amaba, exclama el poeta, sino á esa diosa que ha vivido en mi corazón y que está enterrada en él.—La belleza, *l'angelica beltade*, cuya visión engañosa hace todo el encanto de la mujer que adorna, la ha cantado Leopardi en el *Pensiero dominante*. ¿Pero qué es esa belleza que ensalza de ese modo? ¿Qué es en sí eso que no es más que una idea, ese *dolce pensiero*? El nos lo dice:

es una quimera, la sombra de la nada, pero que se apega á nosotros con tal obstinación, que no nos abandona hasta la tumba.

Si la belleza no es más que una quimera, si el amor que persigue su reflejo no es más que una ilusión, la sombra de una sombra, podemos comprender de resultas uno de los fenómenos más misteriosos de la psicología del amor, la asociación inevitable de esta idea y la de la muerte. «El amor es fuerte como la muerte», «la mujer es amarga como la muerte», estas palabras melancólicas se repiten con frecuencia en el *Cantar de los cantares*, en el *Eclesiástico* y en los *Proverbios*. Esta repetición de las inspiraciones de Salomón abunda también en los líricos; se encuentra en las páginas apasionadas de Mad. de Staël, y en la literatura contemporánea se ha hecho uno de los temas favoritos de nuestros poetas. Pero, nadie ha hecho un esfuerzo tan grande como Leopardi para convencernos de este hecho extraño. «Forman una pareja fraternal el Amor y la Muerte; el destino los engendró al mismo tiempo. No hay nada tan hermoso en este mísero mundo, no lo hay tampoco en las estrellas. Del uno nace el placer más grande que se encuentra en el mar del ser; la otra acalla los inmensos dolores...» Cuando empieza á nacer en el fondo del corazón la pasión del amor, despierta al mismo tiempo que ella un deseo de morir, lleno de languidez y de desfallecimiento. ¿De qué modo? No lo sé, pero ese es el primer efecto

del amor verdadero y grande. La joven tímida y reservada, que al nombre de la muerte siente erizarse sus cabellos, se atreve á mirarla cara á cara cuando empieza en ella el amor, y comprende con su espíritu ignorante la dulzura de morir, *la gentilezza del morire*.

Tratemos de analizar este fenómeno singular. Quizá cuando se ama, espanta el mirar el desierto del mundo; vese la tierra inhabitable en esa nueva, única, infinita felicidad que imaginamos. Quizá también presienta el enamorado la terrible tormenta que se va á levantar en su corazón, al mismo tiempo que la lucha de los hombres, la fortuna y la sociedad conjuradas contra él; quizá, en fin, es el secreto asombro que produce la idea de lo efímero, de todo lo que es humano, la dolorosa desconfianza de sí mismo y de los demás, el temor de que llegue el día de no amar ó de no ser amado, más insoportable á los que aman que la misma nada. Es un hecho que las grandes pasiones sienten instintivamente que la tierra no puede contenerlas y que harán estallar el frágil vaso del corazón que las ha recibido; se lanzan con una especie de voluptuosidad en la infinita vaguedad de la muerte. Esto es lo que nos sugiere el poeta cuyo pensamiento, á pesar de su esfuerzo, queda á veces indeciso, y en la siguiente página, bajo el título expresivo *A se stesso*, encontramos un comentario personal de sus últimas desilusiones sobre el amor y sobre los bienes de la tierra: «Ahora descansarás para siempre, mi corazón, de tus fatigas. Ella ha mata-

do, el error supremo que he creído poseer para una eternidad. Ha muerto en mí, lo siento, porque no sólo la esperanza, sino el deseo de mis adorados errores se ha extinguido. Reposa para siempre. Has palpitado demasiado. No hay nada que merezca tus latidos, y la tierra no es digna de tus suspiros. Amargura y tedio, esa es la vida; no hay otra cosa en ella; el mundo no es más que fango. Descansa ya. Desespera para siempre. El destino no ha concedido á nuestra raza más que la muerte. Desprécialo todo en adelante, á ti mismo, á la naturaleza y á ese poder oculto y brutal que trabaja sin descanso para el mal del universo; desprecia la infinita vaguedad de todo.» ¡Pobre poeta! ¿Qué hombre de imaginación no ha escrito este epitafio sobre la tumba en que ha creído enterrar á su corazón, sin haberlo visto, des-

pués de escrito, dolorosamente desmentido!

Arrojado así de refugio en refugio, del patriotismo estéril y desconocido á la gloria, de la gloria al amor, ¿no encontrará el hombre al menos un consuelo, una felicidad, en el sacrificio de su dicha á la de las generaciones futuras, en ese gran pensamiento del progreso que merece un trabajo sin descanso, que hace que nada se pierda de la labor humana, y que levanta la miseria del mundo actual al estado de precio ó de rescate de la desconocida felicidad que gozaran nuestros descendientes? Este es el *tercer estado de la ilusión*; Leopardi lo mide, como á los otros, de una mirada intrépida, que en vez de desvariar sobre quimeras, prefiere ver claramente lo que es y lo que será siempre: «el mal de todos y la infinita vanidad de todo».

E. CARO.

(Se continuará.)

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA

Tenaces padecimientos, incompatibles con toda labor intelectual, nos obligaron ha un año justo á suspender las que dedicábamos á esta sección, y aunque no hayan por completo desaparecido, ni nos permita nuestra salud todavía asegurar, cuanto en el hombre cabe, la constancia periódica que deseáramos, al reanudar hoy la sección ultramarina de LA ESPAÑA MODERNA, saludamos á nuestros hermanos de América reunidos en la madre patria para celebrar el glorioso Centenario del descubrimiento de su fértil país, y disculpándonos al mismo tiempo con muchos que no han venido, por la suspensión imprevista de nuestras relaciones literarias.

Sea el primero de todos el Sr. D. Rafael M. Merchán, ilustre escritor cubano residente en Bogotá, con quien dejamos cortada una polémica, que su personal situación sin duda había llevado por derroteros políticos, contra nuestra voluntad, y así la continuó, á pesar de nuestro silencio, en dos

opúsculos gallardamente escritos, llamándonos una y cien veces á un terreno adonde no podemos seguirle, porque jamás en él nos entenderíamos. Harto bien sabe el Sr. Merchán que en punto á reformas administrativas para Cuba llegamos adonde pocos hombres verdaderamente conservadores nos seguirían, en la creencia de que el estado social y político de aquella isla merece, ¿qué es merecer?, reclama ya de nuestra parte un esfuerzo supremo que saque á su administración de la rutinaria marcha que ya es visto á dónde conduce; á entendernos menos cada día unos y otros, ennegreciendo más y más el porvenir; pero estas reformas, que algunos por radicales nos han censurado, habrían de ir acompañadas, no nos cansaremos de repetirlo, de un robustecimiento tal de la autoridad española, que nos parece, hoy por hoy, una de las mayores dificultades prácticas de nuestro plan, pues el parlamentarismo y la democracia, tal como en España los vamos entendiendo, no se compadecen bien

con la robustez y el desembarazo del poder ejecutivo, y ni aun en aquellos casos y circunstancias que con el *salus populi* se relacionan, podría esperarse de nuestros Parlamentos y nuestros periódicos una actitud circunspecta.

Si nosotros pudiéramos dar á nuestros poderes ultramarinos la organización inquebrantable que da Inglaterra á los de sus colonias; si el *veto* y la revocación de todos los actos de carácter peligroso pudiera verificarse allí sin que las Cámaras lo desautorizaran y la prensa metropolitana lo pusiera en ridículo, no nos asustaría la organización de alguna de las posesiones inglesas para Cuba; y sobre este punto lo hacemos ya final, porque tendríamos que acudir al terreno adonde el Sr. Merchán nos llama, reanudando una polémica estéril, que ni aun plantearse puede bien en la situación de aquel escritor y la nuestra. La de nuestros países respectivos, además, se ha hecho desde el año anterior harto delicada.

*
* * *

Cúmplenos también enviar desde aquí nuestras disculpas á algunos escritores americanos que en este largo eclipse han tenido la bondad de remitirnos sus obras, en las cuales nos ocuparemos en su día con mil amores; pero sólo en aquéllas, entiéndase bien, que sean meramente históricas ó literarias, pues de las que se relacionan

con las convulsiones que por desgracia sufren nuevamente las repúblicas hispano-americanas, obras que ya van abundando bastante por desgracia, estamos resueltos á no ocuparnos para bien ni para mal. De nuestra parte no ha de ir un solo soplo á la hoguera que allí ha vuelto á encenderse.

*
* * *

Porque el desencanto y la amargura que nos ha producido, en el corto intervalo de un año, el espectáculo del caudillaje y de la guerra civil renaciendo entre nuestros hermanos de Ultramar, sólo pueden apreciarlo en su justo valor aquéllos que conozcan el optimismo de nuestros puntos de vista; optimismo tachado de cándido por algunos que se precian de conocer mejor que nosotros aquellos países.

Los sucesos les están dando la razón plenamente con harta pena nuestra, y sin citar regiones, es decir, Repúblicas determinadas, cúmplenos añadir que aquellas donde nosotros creíamos el progreso y la paz pública más asegurados, son justamente las que más están contribuyendo á nuestro desaliento y desilusión. Si á esto se agrega que, según los corresponsales más sensatos de la prensa europea, no es el españolismo lo que menos se amengua y debilita en la presente crisis de esas Repúblicas perturbadas á quien nos referimos, se comprenderá la situación creada á los espíritus de bue-

na fe que, al ocuparse en las cosas de la América española, partían de principios al parecer no tan firmes como se los habían imaginado. Nosotros aspirábamos á robustecer la unidad de raza, suponíamos á los americanos sinceramente animados de igual propósito; y como el patriotismo es el primer concepto que mueve á estos trabajos nuestra pluma, no nos sería dable continuarlos sin absoluta reciprocidad. Toda pasión noble es egoísta é intransigente, y ¿puede haber ninguna más noble que el amor de patria y familia?

*
*
*

Apresurémonos á declarar que si este mal no fuese transitorio, nos esperaba nuevo y más lamentable desengaño, pues ni los sucesos políticos de América nos han cogido enteramente de nuevas, ni por ahora presentan una gravedad irremediable que haga desesperar de lo futuro. El año pasado, cuando sufrió tan terrible fracaso el Congreso general americano de los Estados Unidos, pronosticamos próximas y graves complicaciones en las Repúblicas vecinas, dado el carácter del hombre que lo promovió, y que después ha justificado más y más. Así, igualmente esperamos ahora que el espíritu español no tarde en tomar la revancha y en romper los lazos arteros que sin duda alguna se le tienden. Aquél Congreso, como es sabido, tenía un objeto público puramente económico: la liga aduanera americana; y una tendencia

secreta más ó menos hostil á España, que algunas naciones de las allí reunidas con muy buen acuerdo rechazaron. Hasta se dijo entonces en correspondencias públicas y privadas, y nosotros repetimos la especie sólo como un rumor trascendental, que otro de los propósitos de los muñidores del Congreso norte-americano era hacer al gobierno español un llamamiento enérgico y colectivo acerca de la situación de las Antillas, y sin duda alguna fué también rechazada dicha idea, si llegó á iniciarse. El principal de aquellos muñidores norte-americanos ha pagado ya con una caída estrepitosa del poder la mala voluntad que nos tenía; pero ¿quién duda que su espíritu y sus maquinaciones no se estén dejando sentir en los movimientos revolucionarios de las repúblicas americanas? Estos manejos casi nunca por el público se ven, pero es hoy dable presumir, casi con claridad absoluta, que se las castiga por lo que impidieron hacer el año pasado; y de aquí que esperemos de ellas una conducta digna de pueblos que no se dejan perturbar por bastardas maquinaciones y sobre todo que seguirán resistiéndose á cuanto sea depresivo para la madre común española. Por más que los intereses del comercio de allende el Atlántico tengan por lo general mayor homogeneidad con los de los yankees, el espíritu nacional de los pueblos de raza española nunca puede serlo, porque la lengua, la religión y la sangre abren entre ellos un verdadero abismo.

*
*
*

Enlazada quizá con estas cuestiones la idea de celebrar en Chicago el Centenario del descubrimiento de América, ha contribuido no poco á aminorar el lucimiento del nuestro, lo que nos ha sido principalmente sensible en la esfera literaria, que era donde todos esperábamos que la América española diese gallardas muestras de sus progresos. Las convulsiones políticas han debido también tener en ello mucha parte. Ello es que la Academia española se ha visto en la triste precisión de renunciar al gran certamen á que había convocado, para cantar el descubrimiento de América, á los poetas de aquende y allende el mar, mientras la de la Historia declara igualmente desierto el de la grande obra en prosa que le había encomendado la Junta directiva del Centenario. Sin embargo, este último certamen no ha sido tan estéril como el de poesía, pues si no como premio, como subvención y estímulo, se han adjudicado 10 y 8.000 pesetas respectivamente á los manuscritos que llevan por lemas *Plus ultra* y *San Joaquín*.

En cambio, y para llenar en lo posible aquel vacío, va á publicarse por la Academia Española una gran *Antología*, comprensiva exclusivamente de los mayores poetas americanos. Ya está en prensa el primer tomo, que comprende una introducción del Sr. Menéndez y Pelayo, tan notable y erudita como todas sus producciones, seguida de las más selectas de los poetas de México, los de las cinco repúblicas de la América central, y Cuba Puerto Rico y San-

to Domingo. El tomo primero estará concluido para el mes próximo, y con las *Antologías* locales que preparan algunas Repúblicas por indicación de la misma Academia, se conseguirá indudablemente que el gran suceso del Centenario no haya sido estéril para la musa hispano-americana.

*
*
*

Otro vacío estamos notando en esa gran manifestación que, en la que fué metrópoli de ambos mundos, reúne hoy á tantos ilustres hijos de España, aquí y allá nacidos. Nos referimos á la escasísima parte que se concede en los festejos á los hombres que completaron la obra de Colón, ya con las armas, ya con la inteligencia, ya como conquistadores, ya como historiógrafos.

Sin que pretendamos nosotros, ni por un momento, contarnos entre los que regatean al primer Almirante de las Indias un solo rayo de su gloria, pues hasta sus errores como gobernador de la Isla Española tienen explicación para un espíritu desapasionado, creemos, sí, que la conquista de América y la historia que nosotros le tejimos, vale tanto, por lo menos, como el descubrimiento, y aunque el Centenario esté consagrado á este último, son hechos tan correlativos y van tan íntimamente enlazados uno y otros, que en la esfera filosófica no pueden separarse con la facilidad con que en la esfera oficial y práctica se han separado.

Así, por ejemplo, los cosmógrafos que ayudaron á Colón, principalmente Juan de la Cosa, que trazó el primer mapa en que figuran sus descubrimientos, ha debido merecer á los hombres de ciencia que acudan al Centenario, algo más que las ligeras memorias escritas ú orales que se le consagrarán por incidencia en los Congresos y Juntas públicas. Se nos dirá que ya se ha publicado aquel curioso mapa en una Revista que se prepara por una empresa, publicación especial y lujosa en el mismo gran tamaño y con las mismas condiciones esotéricas que el original tiene. ¿Qué más ha de hacerse por el cosmógrafo compañero de Colón? se nos dirá. Pues muy sencillo: una peregrinación á Santoña, su patria, si no tan espléndida como las que se han hecho á la Rábida, no menos significativa de la admiración que los hombres modernos sienten por cuantos se asociaron á la gran empresa del piloto genovés, siquiera fuesen oscuros y modestos, que bien modestos y oscuros nombres se están sublimando ahora, sólo por haberse enlazado con el suyo; prueba indudable de que no es el mero hecho del descubrimiento lo que los pueblos civilizados solemnizan hoy, sino las trascendentales consecuencias que para la civilización tuvo.

Igualmente hubiera sido lógico y natural, así como se da á Granada y Barcelona participación en los festejos oficiales, que nosotros creemos legítima, pues en la primera ciudad se acordó la expedición y se firmaron los

contratos entre la corona y el navegante, y en la segunda fué recibido éste por los Reyes al regreso de su primer viaje, igualmente, repetimos, hubiera sido plausible una peregrinación al monasterio de Guadalupe, donde se acordaron las medidas más eficaces y prácticas para armar las carabelas, cosa que estaban resistiendo en Palos y Moguer desde las primeras autoridades hasta el último marinero. Sabido es que en Guadalupe, donde se hallaban los Reyes á fin de la primavera de 1592 para dar gracias á la Virgen, de quien eran devotísimos, por la conquista de Granada, se firmaron el nombramiento é instrucciones de Juan de Peñalosa, contino de la casa real, para ir á Palos como juez ejecutor de las cédulas que antes se habían dado, y estaban, como hemos dicho, incumplidas; nombramiento tan eficaz y oportuno, que á los cuarenta días de su fecha salieron las carabelas al mar con el gran piloto y los Pinzones.

La última mano, por decirlo así, y el golpe decisivo al proyecto, se le dió en el monasterio de Guadalupe, fábrica insigne de los tres ilustres Alfonsos, que hoy mismo, aun abandonada y mísera, merece una peregrinación artística, ya que no fuera de gratitud, por su parte en el descubrimiento y conquista de América. Esta parte fué tal como estamos hoy mismo demostrando en un trabajo especial, y por eso no la encarecemos aquí. Baste recordar que á dos pasos de la Virgen de Guadalupe, y como quien dice, bajo el influjo de su maternal mirada, se engendra-

ron y criaron por los mismos días aquellos hombres que se llamaban Hernán Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa, Alvarado, Soto, Valdivia, Orellana, Ovando, y tantos y tantos que iban á completar y españolizar el descubrimiento del insigne Almirante.

No hubiera procedido así éste si viviera con la Virgen de Guadalupe, no por cierto, ni menos doña Isabel la Católica, pues sin duda por encargo especial de ésta, innecesario también sin duda para el gran Almirante, á la segunda isla que descubrió el memorable 12 de Octubre de 1492 le puso por nombre *Santa María de Guadalupe*.

¡Y aún hay en este mismo momento hombres llamados librepensadores,

que, á la faz de Madrid y de toda la Europa culta, abofetean á la historia, á la verdad y al sentido común, sosteniendo que la Iglesia y el catolicismo fueron ajenos al descubrimiento de América. Lo contrario sí que se impone, como la luz á las tinieblas, al positivismo y al libre pensar. Por la religión y para la religión se hizo el descubrimiento antes que para la ciencia ni para ningun otro interés mundano, por más que, tanto los Reyes Católicos como el gran marino, los tuviesen muy en cuenta, que eran gentes más ilustradas que esos que hoy se lo llaman á sí mismos, sólo porque saben parodiar la antigua fábula del perro que ladraba á la luna.

V. BARRANTES.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Los reyes de Italia en Génova.—Escuadras extranjeras.—Preferencia concedida á Francia.—Efectos de la distinción.—Recuerdo de la entrada de Colón en Barcelona.—Carroza de España triunfante.—Congresos científicos y literarios inaugurados.—Medalla conmemorativa.—El Centenario en Canet de Mar.—Gloria á Jaime Ferrer.—Plancha marmórea en Salamanca.—Inconvenientes de la inmortalidad.—Anuncios de charlatanes.—Biblioteca del Centenario.—Música.—Libros.—El de la duquesa de Alba.—Impresión que han producido los documentos.—Aplausos á la autora.—Obra del cronista de Santander, maltratando á Juan de la Cosa.—Contingente francés.— Opinión de un Jesuíta, acerca de la beatificación del Almirante.

Siguiendo el gobierno de Italia las buenas máximas de la ciudad de Génova, ha logrado que la reunión de buques de guerra de todas las naciones en aquel puerto, sirviera para algo más que hacer salvos en honra del personaje finado cuatro siglos ha, italiano en verdad, pero al que nada tiene que agradecer, en particular, su patria. El propósito tropezó al principio con dificultades, y en poco estuvo que, invocando al cólera morbo por recurso socorrido, se circulara nuevo aviso diplomático, dejando sin efecto la concurrencia de naves, cuya colocación en los muelles y formación en escuadra internacional planteaban problemas trascendentales de etiqueta. A todo proveyó la virtud del Santo del día, inspirando confianza en que, «tanto como el milagro del descubrimiento de América antaño, pudiera hacer aho-

ra el de reconciliar á Francia con Italia (1)», y, en efecto, ayudando un tanto á los méritos del antiguo marinero la voluntad de los ministros del día, el milagro parece hecho, con sólo haber dado á la escuadra de la República y al vicealmirante Riennier, portador de carta autógrafa de M. Carnot, los primeros puestos en las andanas, en las mesas, en los actos públicos á que asistieron los reyes.

Esto satisfizo en tanto grado la vanidad de la prensa francesa, que ha cambiado por completo su lenguaje y aun sus apreciaciones, y porque en Berlín y en Viena no han parecido igualmente bien las distinciones acordadas á la República, por lo mismo en ésta se reciben con doble placer, predisponiendo los ánimos al olvido de los agravios, y

(1) *Caffaro*, Génova, 25 Agosto 1892.

á preparar el terreno de manera que siga á la aproximación política la inteligencia comercial, que es por el momento lo interesante y práctico para Italia (1).

España, representada en las fiestas por su embajador y por lucida armada naval, ha figurado en lugar secundario al conmemorarse el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Esto aparte, la presencia de los reyes Humberto y Margarita ha prestado calor á la solemne manifestación de Génova, cuartel general de los corresponsales de la prensa del mundo, activísimos en la comunicación de ocurrencias y descripciones. Los más han pasado revista á los salones y dado cuenta de bailes y festines, transcribiendo brindis y discursos. La función de gala en el teatro *Carlo Felice*, la visita de los monarcas á los navíos almirantes y á los establecimientos de Beneficencia les ofreció extenso campo de observación, en lo material más variado al presenciar los ejercicios de las sociedades gimnásticas, carreras de caballos, de velocípedos, de embarcaciones, de flores y de candelas.

Excepcional atención ha merecido la ceremonia con que las damas genovesas donaron al bajel de guerra, *Andrea Doria*, una bandera de combate, ricamente bordada, en homenaje al ilustre capitán de mar que, lo mismo que Co-

(1) Un periódico de Roma dice con fecha 15 de Setiembre: «E infatti qualche cosa si è ottenuto, come lo provano le commissioni fatte sur larga scala di vini delle Puglie per parte dei fabbricatori francesi, vini che sono già in viaggio per la Francia.»

lón, es, por sus hechos, más de España que de Liguria. Al puerto corría diariamente la masa de los curiosos, atraída por los cañonazos con que tantas naves acorazadas ensordecían el aire y nublaban el cielo por momentos.

En número excedían á las que acudieron en Agosto á las fiestas de Huelva: teníanlas cuatro naciones, Alemania, Rumania, Grecia y Japón, que no estuvieron representadas al solemnizarse el recuerdo de salida de las carabelas de Palos; ascendía la suma á cincuenta buques grandes y pequeños, y á miles la de disparos en saludo del estandarte real de Italia; pero amarrados los vasos por secciones en las escolleras, no daban á la vista el agrado que navegando juntos hacia la mar, en orden perfecto, ofrecieron al escoltar á la nao *Santa María*, ni al corazón el sentimiento producido por nuestro espectáculo incomparable.

El efecto de la cabalgata, simulando la entrada solemne de Colón en Barcelona, fué excelente, aunque sin la novedad de la anterior, porque se aprovechaban casi todos los mismos trajes. Había, sin embargo, alteraciones, agregados los tipos de americanos con los animales y objetos de que eran portadores, amén de las carrozas alegóricas, descollando la que representaba *El triunfo de España* con matrona sentada, á la que ofrecían productos de su país dos jóvenes indias (1).

(1) *La Ilustración española y americana* ha publicado un diseño de esta carroza, con descripción de la fiesta, en el número de 22 de Setiembre.

Había también invectiva en la pragmática real, que á voz de pregonero se leyó en lengua castellana, ordenando la forma en que había de recibirse al Almirante vencedor de los obstáculos oceánicos.

El cortejo, compuesto de más de mil personas á pié ó á caballo, se dirigió hacia el lugar en que se hallaba el trono de los Reyes Católicos, acompañados del príncipe D. Juan y de los magnates de la corte. A la llegada de Colón se levantaron los soberanos, alargándole amistosamente la mano; el Almirante, seguido de los indígenas, depositó á sus piés las primicias de las Indias; se dió seguidamente lectura á la confirmación de los privilegios con que galardonaban el éxito de la empresa, y continuó la procesión su camino tocando las músicas y tambores, ondeando las banderas de la expedición y marchando en orden capitanes, marineros, soldados y salvajes acompañados del pueblo catalán. Un espectador escribió en el acto:

Sfila il corteo: davanti
son paggi e cavalieri,
son servi e scudieri,
son marinari e fanti.

Nitriscono anelanti
e rapidi i corsieri...

— nei costume leggiere
torna l'età dei canti?

Oh, cielo di diamante
preso a la Spagna! o vero
ritorno al Cinquecento!

Adelante! Adelante!
il maggior pregonero
grida l'avvenimento.

Da le finestre, a cento

pendon gli arazzi: care
vision stanno a guardare
il corteo lungo e lento.

Che brio! che movimento!
l'immensa folla pare
un infinito mare
messo in moto dal vento.

Ecco Colombo! s'erge
un grido alto e profondo,
come un grido di mischia

La sua figura emerge...
un monellaccio al fondo
mosso da invidia, l'schia.

Sin perjuicio de los espectáculos populares, se han inaugurado, durante la estancia de los reyes en Génova, los Congresos geográfico, pedagógico, botánico, literario, histórico, de derecho marítimo, saliendo á luz otra medalla conmemorativa del cuarto centenario, dibujo de L. Pogliaghi y grabado de A. Cappuccio. Presenta en el anverso el retrato de Colón y dos figuras de matronas, Europa y América, estrechándose la diestra. En el reverso se simboliza con varias figuras el triunfo de la civilización sobre la barbarie, dentro de una orla formada por los escudos de armas de las principales ciudades de América.

¿Qué decir de lo que más cerca de nosotros se prepara para el momento próximo en que se cumplirá el centenario de aparición de la tierra virgen? Se conocen ya los programas oficiales formulados por los municipios de Madrid, Barcelona y algunas otras capitales, mas nunca son definitivos tales proyectos ni puede confiarse en la realización hasta última hora. Un señor Abés, catalán, inventor de cierto me-

canismo de aviación, se propone sorprender á sus paisanos volando desde la cumbre de la montaña de Tibidabo, para coronar en el momento oportuno la estatua de Colón que señala al Occidente con el dedo desde el monumento de la Rambla. ¿Quién sabe qué otras invenciones imprevistas se reservan en ciudades y pueblos muy calladas, pero que no dejarán seguramente de hacer demostraciones por su cuenta, con el doble motivo del paso de SS. MM. el Rey y la Reina regente para presenciar las singulares ceremonias de Huelva y de Granada?

Canet de Mar, pintoresca villa de la costa de Barcelona, acaba de dar testimonio de que, si no son menester grandes recursos ni mucho pensar para la demostración culta y patriótica del sentimiento, tampoco es de todo punto necesario cronista que la propale. ¡Con qué regocijos tan naturales, tan sencillos y tan gratos han celebrado su fiesta mayor, que es la de la Virgen de Setiembre! Quisieron con mucha razón que, á la par del homenaje brindado por doquiera á los descubridores del continente de las Indias, recibiera en la ocasión parte merecida Jaime Ferrer de Blanes, el astrónomo insigne consultado por los Reyes Católicos acerca de las islas y tierras nuevas; el más sincero y desinteresado admirador de Colón. Quisieron que al acto se asociara la gente de mar de Mongat, Vilasar, Mataró, Arenys, San Pol, Masnou, Badalona; de todos esos lindos pueblecitos que bordan la playa desde Barcelona al Oriente, Blanes con pre-

ferencia, y puntuales á la invitación, acudieron de todos con comisiones de los ayuntamientos, los niños de las escuelas llevando sus estandartes, las sociedades corales, los marineros con ramaje y banderas, sus mujeres con flores.

Era de ver el cura de Canet embarcado en una lancha, saliendo por la mar al encuentro de las otras en que llegaban con cruz alzada los párrocos de las poblaciones vecinas; el desembarco, la recepción y la acogida. Improvisado un altar en la playa, se celebró el sacrificio de la misa en sufragio de los marinos difuntos, asistiendo arrodillada la concurrencia con recogimiento, que agrandaba el rumor de las olas. Después, formada procesión cívica, paseó las calles de la villa engalanada, hasta el sitio en que se había erigido arco triunfal con dedicatoria *La costa de Levante á Jaime Ferrer, de Blanes*. Rodeando el tablado en que aparecía el busto de Colón, se procedió á coronarlo de laurel, cantando los coros himno expresamente compuesto, que los oyentes aplaudieron con entusiasmo.

Muchos mástiles con flámulas tenían memorias de los héroes del descubrimiento y de los nombres de las embarcaciones famosas, sin olvido de Marchena y de Santángel. En los dos principales se leía: *Gloria á Colón.—Lo poble que conserva sas costums, se honra á si mateix*.

Deshecha la comitiva, mientras por grupos alegres subía la gente á la meseta en que domina el santuario de

PERTENECER
 1690
 PALACIO

Nuestra Señora de la Misericordia, se disponían los bailes y meriendas al aire libre, fin de la fiesta gratísima del centenario de Canet.

Bueno es que haya de todo y para todos los gustos. En Salamanca, antigua Atenas castellana, en que ha de predominar el clásico, por contraste con el concurso marinerero dicho, lo ha habido de autoridades y corporaciones convocadas para inaugurar con solemnidad de discursos y vítores la lápida conmemorativa de la llegada de Colón al convento de San Esteban. El telégrafo, prescindiendo por esta vez del acostumbrado laconismo, ha transcrito sin pérdida de tiempo la inscripción descubierta, en estos términos.

«Desechado Colón por el parecer unánime de una junta cortesana, viene á Salamanca, y hospedado en este convento, es comprendido por fray Diego de Deza, que, catedrático de prima, atrae á la opinión del marino á los maestros más insignes de la escuela.

» Al ser presentado esta vez por el prior Magdaleno á los Reyes, es admitido á su servicio el 20 de Enero de 1486, con esperanzas ciertas, que al fin se realizan el 92. »

¿Es esto realmente composición epigráfica, ó es extracto de disertación ocasional, por error comunicado?

Si lo primero, quien haya intervenido en la colocación de la plancha mármorea habrá incurrido en responsabilidad independiente de la crítica, porque siendo monumento nacional el convento de San Esteban, corresponde á la Academia de la Historia entender en

las leyendas que expliquen la razón, respondiendo de la veracidad y de la forma. En caso distinto, puesto el letrado en edificio privado, no habría por qué hacerle más reparos que á tantos como se ofrecen á la vista en estos días en que es asunto de actualidad la vida de Colón, y no llega á las manos papel que en verso, en prosa ó en música de ella no trate. Ni la sección de anuncios de los periódicos respeta, más bien dicho, olvida la fama del Almirante. Ensalzándola, pregona por *Tesoro de la boca, licor de Colón*; por reparo del estómago, vino generoso y guisantes á lo Colón; por panacea, las *Píldoras de Colón*; por esparcimiento, la pantomima histórica *Colón, ó el descubrimiento del Nuevo Mundo*, para cuya ejecución no se ha omitido gasto alguno (1).

Inconvenientes de la inmortalidad señalados por Espronceda al decir:

«El lindo tocador de alguna hermosa
 Coronaré en figura de botella...
 Que de su vida al fin tanto blasón
 Ha logrado alcanzar Napoleón.»

Ofrécese, por de pronto, á la elección de los filarmónicos las piezas siguientes:

L'Apoteosi de Colombo, letra del profesor Silvio A. Caligo, música del maestro Perosio; Genova.

Gloria á Colón, himno, letra de don

(1) Barcelona, en la plaza de toros: sol, un real; sombra, dos reales. ¡Honor á Colón! ¡Gloria al ilustre genovés! Toman parte 300 personas.

R. Solanes, música de D. C. Llupart; Barcelona.

España y Colón, himno para piano, compuesto por D. Antonio Lolle; Lisboa.

Himno á Colón, letra del autor dramático Sr. Velilla, música del maestro Mariani; Sevilla.

La compañía de ópera italiana que ha de actuar en el Teatro-Circo de Barcelona, inaugurará la estación con la obra *Cristóbal Colón*, letra del doctor D. Francisco de Francisco, música del maestro D. Francisco Vidal.

El drama histórico en cuatro actos y en verso, *Cristóbal Colón*, escrito por D. Eduardo Sainz Noguera, está destinado á escenario más modesto, sin el concurso de maestro alguno.

Las obras literarias continúan imprimiéndose en mayor número; anuncian los periódicos italianos:

Cristoforo Colombo, osservazioni critiche sui punti più rilevanti e controversi della sua vita. Pubblicate per cura di M. A. Lazzaroni, con disegni di Lemmo Rossi Scotti e figure di cose e monumenti colombiani. Due volumi 8.º grande.

Cristoforo Colombo nel teatro, del professor Piero Carboni. Un volume.

Terra Vergine, romanzo colombiano di Auton Giulio Barrili; un volume.

Vita di Cristoforo Colombo, narrata da Francesco Tarducci, secondo gli ultimi documenti; seconda impresione; due volumi 8.º

Le Squadre Internazionali nel porto di Genova per la feste Centenarie della scoperta dell'America. Entre los graba-

dos, comprende: Ritratto di Cristoforo Colombo; le caravelle *Santa Maria, Niña e Pinta* in rota per la scoperta dell'America; il porto de Huelva; la città di Palos.

Entre tantos trabajos escritos en la lengua del Dante, debo señalar, por conocido y por gratitud á las citas que hace de mis estudios, el del Sr. Cesare de Lollis, secretario de la comisión regia italiana del Centenario, intitulado *La mente e l'opera di Cristoforo Colombo* (1). Sirve de correo á libro del mismo autor, de más extensión y de incomparable importancia, limitándose éste á la consideración general que acredita la inquebrantable fe de Colón en la realización del proyecto de llegar al Asia. Pero este proyecto no era original suyo; expone el Sr. de Lollis que antes del año 1474 lo había desarrollado el florentino Paulo Toscanelli, toda vez que en la correspondencia de esta data con el portugués Martínez se alude á conversaciones previas, y consta, por documentos de autenticidad incontestable, que en 1473 no había salido de Italia Colón, dedicado á la industria paterna, en la que siguió probablemente dos ó tres años más, con interrupción de algún viaje puramente comercial. Fué, por tanto, Toscanelli, á su juicio, pensador á quien corresponde el mérito de una idea que Colón adoptó con entusiasmo, y entre los dos italianos habrá de dividirse la gloria del descubrimiento, si

(1) Roma, tip. della Camera dei Deputati, 1892, 8.º, 23 páginas.

bien adjudicando al genovés la mejor parte.

No han estado ociosas las prensas españolas, y bastará á su crédito el nuevo libro, en folio, cuya portada reza *Autógrafos de Colón y papeles de América. Los publica la duquesa de Berwick y de Alba, condesa de Siruela* (1); libro de consulta, de larga vida, hermano del que la ilustre y hermosa dama ofreció no ha mucho al apetito de los bibliófilos, tomando plaza por derecho propio entre los más ilustrados y más bizarros del gremio, sorprendido con la evidencia de concurrir entre las envidiables prendas de la autora, gala de los salones, dechado de distinción y de elegancia, el buen gusto literario, la afición rara de los papeles viejos y el más raro discernimiento para la selección de los valiosos. La impresión se ha agrandado ahora como en el agua los círculos al caer la piedra; porque si al juicio bastaba el volumen primero, formado, como estaba, con documentos privativos de la casa de Alba, podía pensarse que en el deseo de refrescar memorias gloriosas de linaje, deseo laudable, pero al fin personal, se había engendrado; mientras que el segundo libro, ajeno por completo al amor propio, señala por móvil el noble fin de servir á la historia, «salvando de una pérdida más ó menos segura», documentos ignorados del archivo ducal, de singular oportunidad al celebrarse el Centenario.

(1) Madrid, 1892. Sucesores de Rivadeneira, 203 páginas y 12 reproducciones.

«No me toca á mí, sino al lector—ha escrito la amable editora—decidir si los papeles del libro bastan para declararle importante; pero los nombres de D. Diego y D. Hernando Colón, de Diego Méndez, Sebastián Caboto, Juan de Rojas, Diego Velázquez, Hernán Cortés, Diego de Nicuesa, Jorge Robledo y otros... me permiten esperar que, por lo menos, ha de considerarle curioso. Hasta comprendo, y mi escasa erudición me lo hace temer, que esta última condición se le niegue; mas á lo que no me allano es á que se ponga en duda la buena voluntad que me guió al publicarlo.»

El aplauso sincero de los que á la autora nunca han visto habrá disipado su modesta incertidumbre, si antes no lo hiciera el de los literatos más autorizados. El aplauso es general, correspondiendo á la opinión, que confirmarán edades venideras, de haber levantado la noble escritora un monumento histórico que perpetuará su nombre.

Compónese el libro de dos partes, como el título indica: la primera contiene cuatro autógrafos de Cristóbal Colón, copiados, impresos y reproducidos en perfecto *facsimile*; el sello que usaba en las cartas; la jaculatoria con que solía encabezar sus escritos, y varias firmas, no conformes con la que mandó suscribir á sus sucesores, en la escritura de institución de mayorazgo, pues algunas carecen de siglas, trazando sólo el *Xpo. ferens*; en otras escribió bajo las iniciales misteriosas *VIRREY* y en otras *El almirante*; diferencias calculadas, por lo que da á

entender la epístola secreta que envió á los Reyes después de capitular con el rebelde Roldán en la isla Española, aconsejando que la capitulación no fuera aprobada ni guardada por razones que el P. Las Casas recogió, y entre ellas «porque el asiento se firmó en las carabelas, y así en la mar, donde no se usa el oficio de visorrey, sino de almirante (1)».

¡Singular confesión de haber tratado con mala fe!

En los autógrafos del libro de la Duquesa examinaba el gran genovés las concesiones que los Reyes le otorgaron, interpretándolas y comentándolas con argumentos que el segundo almirante, D. Diego Colón, utilizó posteriormente en los pleitos con la corona, sosteniendo tocarle la gobernación del continente occidental de polo á polo, y más, si más se descubriese, y el tercio, octavo y décimo de los beneficios.

Un fragmento de carta de Miguel Muliart, concuñado de D. Cristóbal, ofrece en la colección la primera muestra escritural de persona cuyo parentesco con el Almirante negó el escritor italiano Sr. Peragallo. Es papel de considerable interés, porque podrá dar la clave de los motivos que impulsaron al marido de Violante Muñiz para quejarse á los Reyes del mal tratamiento y retención en la isla Española que el Virrey le hacía sufrir juntamente con otras personas de cuenta.

Relativamente á las del fogoso Alon-

so de Ojeda, de Diego Méndez y otras notables en la conquista de las Indias, dicho está que comprende el libro noticias sin desperdicio; noticias justificadas que en algo contradicen la noción histórica vulgar, aportando materiales para la verdadera historia.

Sin duda alguna, por las que atañen á Cristóbal Colón, por las que ayudan al mejor conocimiento de su carácter y condiciones, habrá quien lamente la aparición del hermoso volumen de la duquesa de Alba, como condenaría la potencia del microscopio al mirar por él un vaso con agua que antes le pareciera pura y transparente, mas podrán inquietarse los espíritus meticolosos, sin despreciar minucias, aceptando el levantado parecer del Sr. Menéndez y Pelayo, con respecto á la vulgarización de los pleitos (1).

«Tal hallazgo — dice — ha venido á modificar más que otro alguno la fisonomía del Colón legendario, y no todos se avienen de buen grado con el que ahora se nos presenta tributario, y no poco, de las flaquezas humanas, un tanto cuanto interesado y codicioso, gobernante poco hábil, á ratos débil, á ratos violento. Pero... no bastarán tales manchas para que en el juicio sereno de la historia baje un punto Colón del pedestal á que le han encaramado, no ciertamente á título de gran político y óptimo repúblico, ni menos como dechado de perfección moral y como santo digno de ser vene-

(1) *Hist. de las Indias*, lib. I, cap. CLX.

(1) *De los historiadores de Colón*.—El Centenario, t. II, pág. 437.

rado en los altares (que esto y nada menos han pretendido disparatadamente Roselly y sus secuaces), sino como héroe de iniciativa y de resistencia, y como revelador de la mitad del mundo, y autor pacífico de la mayor revolución de la historia moderna.»

Sin la importancia incuestionable de la obra de la Duquesa, merecedora de mención más detenida de lo que consiente esta reseña, ha salido á luz en Barcelona otro libro estimable, por oportuno y propio del Centenario, *Historia de un año célebre*, formada por D. Federico Schwartz, de la Real Academia de Bellas Letras, profesor de la Universidad, concejal del ayuntamiento y miembro de la comisión municipal que ha asistido á las fiestas de Génova (1). Abarca con rápida ojeada el estado del mundo viejo al alborear el año 1492, con separación de los pueblos que se dividían el territorio, respectiva situación política é intelectual, alcance de las letras y artes al iniciarse el Renacimiento. Llegando por sus pasos á España, condensa en tres grandes cuadros los acontecimientos: la conquista de Granada, la expulsión de los judíos, el descubrimiento de América. Colón, racionalmente, aparece como una figura, grande sí, pero entre tantas como juegan en el pasmoso escenario. Acaso el autor la examina con más benevolencia y parcialidad que á los que le acompañaron

en la empresa náutica, parcamente considerados; de todos modos, el plan, susceptible de mayor desarrollo, está bien concebido; el estudio del conjunto es útil.

De la República Argentina ha llegado impreso, dedicado á recordar uno de los institutos civilizadores implantados por los españoles en el mundo en que tan mal se les ha juzgado, las misiones del Paraguay, ejemplar único y sin precedente de república cristiana en que, sin soldados, sin jueces, sin oradores, se desarrolla la vida de gentes arrancadas á la barbarie, y se multiplican gozando de la abundancia y de la satisfacción, realizando los mejores ideales de los socialistas, de los comunistas y aun de los utopistas, bien merecían el elogio justificado con documentos que ha escrito D. R. Monner Sans (1).

Los lectores de LA ESPAÑA MODERNA conocen los artículos que en ella dedicó el Sr. D. José María Asensio al mayor de los hermanos, capitanes de Paños, y á discutir mi defensa contra los cargos de insubordinado, desertor y envidioso que le había hecho, siguiendo las opiniones de W. Irving. Con estos artículos ha compuesto tomo para la biblioteca centenaria, reconociendo los grandes méritos del piloto y jefe de la *Pinta*, pasando porque no le sea

(1) *Misiones guaranílicas, 1607-1800. Pinceladas históricas*, por R. Monner Sans. Obra escrita expresamente con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento de América. Buenos Aires, imp. de Pablo E. Coni é Hijos. 1892, 8.º, 232 páginas.

(1) 1492, *Historia de un año célebre*; Barcelona, imp. de la Casa provincial de Caridad, 1892, 8.º, 348 páginas.

aplicable en rigurosa exactitud el delito de abandono de bandera, pero manteniendo el juicio de haber sido la envidia móvil de sus acciones, singularmente en la separación de las carabelas (1). ¡Cómo ha de ser! No estamos conformes; más alta idea me merecen las nobles condiciones de carácter del ilustre andaluz, sin asegurar, ni por asomos, que sea mi buen amigo Asensio el equivocado. A otros queda la incumbencia de salvar el error.

Tengo otros dos libros españoles á la mano.

Acto académico celebrado por la universidad de Granada en conmemoración del cuarto Centenario de la reconquista de esta ciudad y del descubrimiento del Nuevo Mundo (2).

Opúsculo en que se describe la sesión pública y solemne de festejo oficial, insertando los discursos y poesías que se leyeron. Descuella la disertación bizarra del catedrático de historia crítica de España, Dr. D. Fernando Segundo Brieva de Salvatierra, hermoso bosquejo de la situación nacional al principiar el reinado de los Reyes Católicos, lección del descubrimiento de América y de las condiciones personales de Cristóbal Colón, parecida á las que daba Saavedra Fajardo, que de provechosa enseñanza podrá servir,

(1) «Colección de libros escogidos». — *Martin Alonso Pinzón*, estudio histórico, por José María Asensio, Director de la Academia de Buenas letras de Sevilla, correspondiente de la de la Historia de Madrid, etc. Madrid, LA ESPAÑA MODERNA, 8.º, 295 págs.

(2) Granada, Imp. de Indalecio Ventura, 1892. 4.º, VI, 128 págs.

como en la de Granada, en todas las universidades del reino.

La parte de los montañeses en el descubrimiento de América (1).

Con este título impropio no puede formarse idea del contenido del libro, panegírico de Cristóbal Colón formado con comentarios y consideraciones de especial originalidad de criterio, que revela desde la hoja primera la dedicatoria de la obra á S. M. D. Alfonso XIII, rey de Castilla y de León, etc. De las 236 páginas de impresión, están las más ocupadas por la autobiografía del Almirante, ó sea por copia de los escritos en que trató de su persona y del de las partes del Diario de navegación conocidas. En 34 se hace el extracto del mismo Diario, y aquí es donde están aplicadas las reflexiones del autor, sin pecar de difusas.

Presumen que á tiempo de albergarse en casa del duque de Medinaceli el proyectista venido de Portugal, hubo de conocer á Juan de la Cosa, vecino del Puerto de Santa María, y de conferenciar con él sobre la empresa que meditaba, siendo el resultado que armara el duque la nao *Santa María* y que por este camino viniera á ser propiedad del piloto. Andando el tiempo, reintegrado el señor del Puerto de los gastos, el tal la Cosa, *que probablemente era natural de Santoña*, tripulada la nao con

(1) Segunda edición comprobada con el Diario de Colón y otros documentos auténticos y contemporáneos, por D. Angel de los Ríos y Ríos, C. de la Real Academia de la Historia y cronista de la provincia de Santander. Santander, imp. y lib. de L. Blanchard, 1892, 236 págs. y tres mapas.

gente montañesa, *según es de creer*, se puso voluntariamente á las órdenes de Cristóbal Colón, ya provisto de las cédulas de los Reyes. Era hombre de mar experto, maestro de hacer cartas, *primus inter pares*, y acaso de navegación sabía más que el mismo Almirante, «como lo pensó Doña Isabel»; pero en el transcurso del viaje y ocurrencias posteriores, demostró ser orgulloso, desvergonzado, traidor, envidioso por de contado, *de mal vino*, é ingrato con el grande hombre «á quien todos debían servir de rodillas», «queriendo verle hundido con la propia nave para continuar por sí el descubrimiento».

A ser exactas las apreciaciones del Sr. de los Ríos, *la parte de los montañeses* (representados por Juan de la Cosa y por unos cuantos marineros anónimos, borrachos, testarudos é insubordinados) no habría de contarse entre aquellas que avaloran las ejecutorias de hidalguía; mas por dicha carece de fundamento el juicio, extraviado sin duda por la tendencia, bastante general, de desconceptuar á los compañeros de Colón para que más realce la grandeza suya. El cronista de Santander ha tenido que formular su conclusión á favor de hipótesis más que aventuradas, como lo es que el maestre de Santoña pensara ensanchar las exploraciones de su jefe... á nado, que no de otro modo pudiera hacerlo después de naufragar la *Santa María*, á menos que por su voluntad desposeyera á Vicente Pinzón del mando de la *Niña* y se dejara desposeer éste; como lo es también que el mapamundi de Juan

de la Cosa (aun de esta gloria quiere despojar al maestro de hacer cartas, su paisano) sea plagio de otro mapa bosquejado por mano del Almirante.

No ha profundizado mucho el Sr. de los Ríos en el estudio de la cartografía, ni en el de los monzones, según parece, y á ello, que no á intención, habrá que atribuir graves errores de su libro. La figura enviada por Colón á los Reyes el año 1489 después del tercer viaje, en que reconoció la costa de Paria, podría contener, y contenía sin duda, un bosquejo de las islas Antillas, indefinido en la de Cuba (que pensaba el autor ser tierra firme), y un trazo indefinido también al Sur de la isla de Trinidad, indicando la costa que apenas vió por no consentirlo el tiempo, las circunstancias de mar y la personal de la oftalmía que le tenía encerrado en la cámara. Si esta figura ó mapa era la que el obispo Fonseca *vendía á los émulos del Almirante*, poca cosa enseñaría á los pilotos que habían hecho el viaje y que luego acompañaron á Ojeda, Guerra y demás expedicionarios; si la misma sirvió de pauta á la Cosa, bien acreditó la maestría en la transformación, porque su mapamundi detalla la tierra firme desde Maracaibo hasta el río de las Amazonas; sitúa como isla á la de Cuba, y no solamente contiene los descubrimientos hechos por los españoles, sino también por los ingleses, hasta el año 1500.

El Sr. de los Ríos se ha dejado llevar aún más lejos por sus buenos deseos, al reproducir una carta impresa en alguno de los Tolomeos del siglo XVI,

donde ya aparece la costa de Campeche, y sin indicar la procedencia, porque en la *Zabela Insula* está fijado el estandarte de Castilla (que tenía por escudo); y porque en la inscripción de Paria dice: *Esta tierra fué descubierta por Cristóbal Colón, genovés, por mandato del rey de Castilla*, decide que no pudo escribirla sino el mismo Almirante, y se determina á poner por membrete de la reproducción.

Mapa del Nuevo Mundo según Colón, después de su tercer viaje en 1498. Adicionado probablemente por Juan de la Cosa después de su viaje de 1499 con Hojeda, y por Americo Vespucci, con datos del de Vicente Yáñez Pinzón, de 1500.

Con perdón del crónista, en mi pobre opinión, bien puede la provincia de Santander gloriarse de haber dado cuna á Juan de la Cosa, maestro cartógrafo de verdad, gran marinero, valeroso, moderado, una de las conspicuas figuras en la historia del descubrimiento, sin perjuicio ni menoscabo de la primera.

Por estudio que ha hecho en Lisboa el Sr. Nicolás Florentino, acerca de *Doña Felipa Monir de Melo*, algo se aprende sin llegar á penetrar el misterio que envuelve á la esposa legítima de Colón. No así por la monografía de Fr. Paulino Alvarez, de la Orden de Predicadores, titulada *Colón y los Dominicos*, repetición de cuanto han dicho los panegeristas de Salamanca respecto á las famosas conferencias.

El Comité departamental de Calvados, en Francia, ha contribuido á nuestra manifestación nacional con ele-

gante libro de varia lección (1), galantemente dedicado á S. M. la Reina regente, diciendo:

«En secondant l'andacieux génie du navigateur génois, la Castille a bien mérité de l'Humanité. Le monde entier associera à tout jamais dans sa reconnaissance au nom de Colon ceux de l'Espagne et de ses souverains.»

Encierra el opusculito un estudio de mitología comparada en que presenta el conde de Charencey al Orfeo americano. M. L. Guillonard exhuma un rarísimo escrito del geógrafo alemán Sebastián Munster, en que atribuye á Américo Vespuccio, con preferencia á Colón, el descubrimiento de la cuarta parte del mundo. Comunica M. Robillard de Beurepaire noticias curiosas de los descendientes de Mosen Pedro Margarit, desde que su hijo Pablo, sin saberse la razón, arraigó en Normandía. De él se formaron dos ramas ilustres que subsisten; los Marguerit de Rochefort y los Marguerits de Versainville, éstos con marquesado. Por último, M. Emile Travers extracta en francés, acompañando juicio crítico, el drama de Rubí *Isabel la Católica*.

También ha dirigido á S. M. Doña Cristina una Oda precedida de apuntes biográficos del descubridor de América, Mr. Edgard Denancy, estimulado por el almirante Vallón (2), porque á

(1) *Quatrième Centenaire de la découverte du Nouveau Monde*. Comité départemental du Calvados. Caen, imp. Ch. Valin Fils, 8.º, 101 páginas.

(2) *Christophe Colomb, 1492-1506. Notice*

la bondad de los versos no perjudica la inexactitud de los datos tomados del Diccionario Larouse.

Por lo contrario, parecen de buenas fuentes los que ha buscado Mr. J. Brucker antes de dar á la Revista parisien- se de los Padres de la Compañía de Jesús el estudio titulado *Christophe Colomb l'explorateur et le chrétien* (1), que ha de tener resonancia por el criterio que lo distingue de todos aquellos con que favorecen á la prensa católica los favorecedores de Roselly de Lorgues.

Piensa el autor que no se limitó el gran navegante á repetir lo que otros hubieran ensayado con más ó menos éxito, pero que no más puede admitirse que la idea de su empresa procediera de inspiración repentina de lo alto, ó que ni los estudios y reflexiones, ni las sugerencias ajenas entraran en ella por algo. Parécele que estas opiniones han recibido golpe mortal con la afirmación solemne de León XIII, de haberse formado el convencimiento de Colón con el estudio de la astronomía y la consulta de documentos antiguos (*ex astronomica disciplina et veterem monumentis*), así como con los indicios de existir, más allá del mundo conocido, hacia Occidente, extensos territorios no explorados por nadie. Es

biographique, et Ode. Lettre préface par le Centre-Amiral Rd. Vallon, Deputé du Senegal, Grand Officier de la Legion d'Honneur, 1892, París, imp. Gumchard, 8.º, 15 páginas.

(1) *Christophe Colomb l'explorateur et le chrétien. Etudes religieuses, philosophiques, historiques et littéraires. Revue mensuelle publiée par des Pères de la Compagnie de Jésus, París, Septembre, 1892.*

incuestionable que no sospechó nunca haber dado con un mundo nuevo, persuadido de ser de Asia las playas de su arribo, mas sería pueril disputarle la gloria del descubrimiento de ese mundo encontrado. El mérito de Colón no consiste en la concepción del proyecto, sino en la penetración, en la energía, en la perseverancia, desplegadas hasta el heroísmo para realizarlo. Eminentes católicos desean alcanzar para el Almirante honores más altos que los profanos ordinariamente acordados á los héroes, y celebraría el autor que lo consiguieran, sin atreverse á dar apoyo á la causa; la canonización y aun la beatificación que eleva hasta el culto público en las iglesias suponen condiciones que no siempre coinciden con las virtudes ni con los méritos excepcionales, y á Mr. Brucker, sin que pueda disimularlo, parece que la beatificación de Colón tropezará con obstáculos graves que no hay medio de allanar satisfactoriamente.

Así discurre sobre diversos puntos históricos y de celebración del centenario, entre los más controvertidos, con aplomo y sensatez que le procurarán muchos lectores. Las siglas de antefirma de Colón interpreta, *Christus—Maria Santissima—Jesus.*

Al contingente francés pertenece el catálogo de documentos geográficos expuestos en la Biblioteca Nacional, trabajo concienzudo de M. Gabriel Marcel (1), muy de agradecer, especial-

(1) *Quatrième centenaire de la découverte de*

mente por la noticia de inéditos, entre los que hay carta autógrafa de Pedro Mártir, postulanos originales españoles y portugueses, comprendiendo uno de Diego Gutiérrez, fecho en Sevilla en 1550; el único mapamundi conocido de Sebastián Caboto, de 1544; el cartulario de privilegios de Colón, con otras curiosidades, hasta el número de 289.

Bien puede estimarse como tal el fo-

l'Amérique. Catalogue des documents géographiques, exposés à la Section des cartes et plans de la Bibliothèque Nationale, Paris, J. Maisonneuve, 1892. 4.º, 77 págs.

lletto en que el Dr. M. E. T. Hamy toma parte en la cuestión tan debatida del nombre de América contra las fantasías de MM. Marcou y Saint-Bris (1).

Habría que ensanchar mucho los límites ordinarios de la reseña mensual si continuara la mención de libros y folletos que desde la anterior han circulado; la abundancia obliga á dejarla en suspenso con la fórmula obligatoria, *se continuará*.

(1) *Quelques observations sur l'origine du mot «Amérique» communiquées au VIII congrès des Americanistes, par M. E. T. Hamy, membre de l'Institut, conservateur du Musée d'Ethnographie. Paris, Ernest Leroux, 1892.*

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Portugal.—Ilusiones acerca de un cambio en sus leyes fundamentales.—Error de cuantos sueñan con una intervención española en Portugal caso de perturbaciones allí.—Francia.—Debilidades múltiples del gobierno con los socialistas.—Excesos del socialismo francés.—Necesidad de una política republicana y conservadora.—Inglaterra.—Morley en Irlanda.—Pesimismo de los parnellistas.—Grandeza de Gladstone.—Estado del Imperio austriaco.—Dificultades enormes.—Esclavones y magyares.—Austria y los Balkanes.—Política universal de Alemania.—Italia y las economías.—Presupuesto de paz y libertad.

El estado interior de la nación lusitana, sin agravarse al extremo de aparecer como enfermedad mortal, se asemeja mucho á ciertos males, que van poco á poco devorando y consumiendo á los enfermos, sin extinguirlos para siempre. No hay revolución allí, pero tampoco resistencia. El partido republicano carece de fuerza: pero la monarquía tradicional pasa por terrible anemia. No se puede intentar abajo una revolución; pero tampoco arriba organizar un poder y autoridad estables. Los viejos partidos han muerto y no se acaban de formar los nuevos. El pueblo no parece aparejado á la servidumbre, pero tampoco revestido de aquellas energías indispensables al ejercicio de la libertad. Es un enfermo de sumo cuidado. Y toda su enfermedad se origina y proviene del estado económico. El presupuesto en déficit creciente y el Tesoro en patentísima ruina; Portugal atraviesa una de las crisis mayores económicas que se han conocido en la historia. Para expresar cuánto se habrá esta crisis agravado, no hay sino decir una cosa: en la tribuna, en la prensa, en el Parlamento, hasta en el Gobierno, corre muy discutida, pero muy vulgarizada, la idea de una venta pública del grande ajuar colonial dejado á los portugueses por las edades más gloriosas de su historia y por el atrevimiento de sus más audaces marinos. Tímidamen-

te, muy tímidamente se propone tal cuestión y se inicia; pero corre por doquier en proyecto una serie de operaciones que pudiera granjear dinero sobre las colonias, sin riesgo de la integridad territorial. Lo grave del caso es que nadie asiente á creer en milagro de una evidentísima inverosimilitud, y todo el mundo declara más fácil perder las colonias por imposibilidad de conservarlas, que ir las mercadeando en contratos indignos de un gran pueblo. Y mientras la dignidad lusitana se alza con tan plausible y noble soberbia, la banca europea implacable murmura proyectos como la institución de un verdadero sindicato dirigido á tratar de Portugal, como si fuera Portugal Egipto. No hay más que leer los votos emitidos por los Consejos generales franceses, y se observará cómo piden aquellos ricos ciudadanos de la gran República central una gestión diplomática encaminada con inteligencia y con ahinco á recabar del Estado portugués un próximo pago de sus deudas y un irremisible cumplimiento de sus compromisos. Y mientras esto pasa por fuera, dentro, Portugal consume al hombre de los socorridos expedientes, á Mariano Carvalho, y al hombre de las grandes ideas, á Oliveira Martins, los dos depuestos de sus respectivos ministerios por sendas

contrarias causas; y se ofrece un espectáculo tan triste como el proceso ante la Cámara senatorial de prócer, á quien sus pares juzgan como vulgar malversador de públicos caudales. Francamente, cosa incomprensible para mí que haya todavía quien pueda en Portugal creer expediente muy saludable una revolución inmediata y nueva. Tanto le serviría hoy la revolución á Portugal como cualquier sinapismo, por fuerte que pudiera ser, á un cadáver. Imaginaos que un moribundo, puesto en tal trance por llevar voraz cáncer en el estómago, sin posibilidad ni siquiera de tragar el caldo, pidiera para curarse y redimirse un buen rostbeeff con mucha sangre, á la inglesa. Tales me parecen á mí cuantos piden el remedio de una revolución en Portugal.

¡Oh! El acto de generar un tiempo cualquiera más robusto y progresivo que el tiempo corriente demanda del generador, mucha verdadera fuerza de que disponer y mucha sobra de vida que prestar. El mal hoy reinante en Lusitania no es de aquellos que piden movimiento; es de aquellos que piden calma y reposo. Unid á la pobreza y á la ruina el cuidado y el dispendio pedidos por una situación política nueva y tendréis que sumar en el cuerpo social, con todas las enfermedades propias de una vejez de-

crépita, todas las enfermedades propias de una infancia débil y enteca. En cosa ninguna se conocen tanto las analogías entre los organismos sociales y los organismos naturales como en esta debilidad irremisible de toda niñez é infancia. Conforme un organismo aparece más perfecto, aparece también el período de su crecimiento más dificultoso. Comparad las enfermedades que aquejan á un buchecillo con las enfermedades que aquejan á un pequeño, y veréis cuál diferencia. Pues como el niño está expuesto á sarampión, escarlatina, viruelas y tantas otras lacerias, las nuevas formas políticas y sociales, que recaen y tocan en la infancia, se hallan expuestas á crisis mortales. Acordaos de como se puso á morir Inglaterra en su paso desde la política reaccionaria de los Estuardos al Parlamento y á la Constitución; acordaos de cuánto sufrieron los Estados Unidos al separarse del régimen colonial para constituir su propio gobierno; acordaos de la Revolución francesa y de nuestras guerras civiles, con lo cual tendréis bastante para saber cómo quedaría Portugal de maltrecho, si sobre su situación económica, sobre sus apuros insuperables, sobre su ruina terrible pusiese los males anejos á un periodo de revolución, en que todo habría de ir

manga por hombro, pero muy especialmente la tributación y el tesoro. Así es que un buen amigo de Portugal como yo, un devoto de sus calidades y virtudes, un frecuentador de su historia y de sus letras, aunque siempre le haya dolido el apartamiento y separación de nuestra común madre patria y de nuestra nacionalidad, una en esencia, le aconseja por su bien y provecho no se meta en dibujos y no sueñe con revoluciones imposibles hoy de todo punto, si no quiere salir mañana con las manos en la cabeza. Y lo digo con toda sinceridad, aunque se revuelvan contra mi consejo todos los aconsejados.

Y digo más, digo que así como no saben lo que se pescan todos cuantos opinan por una revolución en Portugal, muy capaz de traerle á Portugal la muerte, no saben lo que se pescan todos cuantos creen posible una intervención de nuestra España en Portugal, durante cualquiera de las incidencias propias del período revolucionario, y mucho menos después del triunfo definitivo y completo. Tal intento no puede ser sugerido más que por la ignorancia ó por la demencia. Y, sin embargo, hase discutido gravemente la eventualidad no en los consejos de nuestro Gobierno, pero sí en los consejos de nuestros estadistas. Una elevadísima señora, cre-

yendo, sin duda, los asuntos políticos asuntos caseros, y las coronas y los Estados cosas así como propiedad particular y personalísima, expuestas de suyo á verse robadas, y á cualquier hora necesitadísimas de ser defendidas, como haciendas ó casas, de ladrones domésticos y de incendiarios audaces, por la cooperación y auxilio que se prestan los vecinos entre sí en trances análogos, escribió desde los palacios reales á cierta reina, que no quiero nombrar, en demanda de un auxilio conocido con el nombre de intervención extranjera ó extranjera en todos los diccionarios políticos. No he sabido yo la respuesta dada por la reina de su propio impulso á la demandante. Mas puedo aseverar que, según de público se dice, la requerida consultó á varios estadistas respecto de la demanda, y que los periódicos hablaron por aquella fecha de una intervención maquinada por la diplomacia monárquica en Portugal, siendo su brazo é instrumento la nación española. Recuerdo ahora que me hallaba yo al correr unas especies como estas, y suscitarse las dilucidaciones más ó menos oportunas y congruentes de tales ideas, en una peregrinación europea, durante la cual me llegaban siempre con retraso y hasta con dificultad las noticias relativas á España y á su política particular. Algo hablaban

los periódicos europeos, y algo mis ojos leyeran; mas no podía yo dar asenso ninguno á mis ojos, ni crédito de ninguna clase á lo que había leído. Una dama de alta estirpe, á la gobernación pública extraña, dirigiéndose á una reina, cabeza de un régimen político, no ya parlamentario y constitucional, democrático, donde la palabra sin freno y la idea sin sombras y las reuniones sin límites y la prensa diaria en toda libertad, elaboran la pública opinión á su modo y acaban por hacer el gobierno á su imagen, para que repitiese cosa tan incongruente con todos nuestros principios y tan repugnante á nuestro carácter como aquellos atentados del cuitadísimo Luis XVIII el año veintitrés á la soberanía nacional española ó aquellos otros de la infeliz reina Isabel á la soberanía de Portugal y á la soberanía de Roma veinticinco ó veintiséis años más tarde, francamente, me parecía un romance absurdo, forjado quizá por los enemigos de ambas monarquías, pues á la postre, crímenes de tal género dañan por igual á los intervenidos y á los interventores en las implacables justicias y expiaciones de la humana historia. Pero los rumores, más ó menos fundados, trajeron á nuestro país bien graves consecuencias. Desengañémonos: los pueblos no se

relacionan ahora por los tratados diplomáticos, se relacionan por los tratados mercantiles. Después de pegar unos contra otros han acabado por comprender todos que se necesitan y que se completan. El régimen de los tratados mercantiles reemplaza hoy al régimen de los tratados diplomáticos. Pero no puede prescindirse, ni aun para rebajar ó aumentar las tarifas sobre los caldos, del grado de simpatía política que hay entre los pueblos. Por ejemplo, Italia no tendrá nunca un buen tratado mercantil con Francia mientras persevere tenaz en su adhesión á la triple alianza. Nosotros no entraremos en alianza de ningún género jamás. El más realista de los gobiernos guardaría bien de ayudar á Alemania contra Francia, como el más republicano á Francia contra Alemania en cualquier futuro conflicto, porque sincera y estricta neutralidad se impone á unos y á otros con imposiciones incontrastables, por causas de fuerza mayor, superiores así á la voluntad individual como á las voluntades colectivas. Pero nosotros tenemos en la magnífica constitución geográfica nuestra, dos costados flaquísimos: la cuestión de la desembocadura del Tajo y la cuestión de la desembocadura del Estrecho: Lisboa y Tanger. Por una serie de tristes coincidencias, á cada instante se habla de una inter-

vención extraña en Portugal y de una intervención extraña en Tanger. Pues bien: principio primero y primordial de nuestra política; evitar las intervenciones de los demás, impedir todo desembarco inglés en la desembocadura del Tajo y todo desembarco inglés en la desembocadura del Estrecho. Mas, para ello comenzar por el ejemplo, por decir que no queremos intervenir nosotros. Cuando estábamos en las negociaciones mercantiles con Francia del año 91, corrió este rumor; y ahora que nos hallamos en segundas negociaciones, corre otro rumor análogo á causa de la visita del monarca portugués al monarca español. Y corre cuando un síntoma tan por extremo tranquilizador para nosotros, cual el tratado de Francia con Suiza, nos promete una rebaja de las tarifas francesas en pro de las naciones convenidas ó en vías de convenio. Precisa, pues, desvanecer toda sospecha europea, y asegurar que así como no haremos nada conducente á favorecer una revolución en Portugal, tampoco haremos nada conducente á perturbar á nuestros vecinos en el ejercicio libérrimo de su política y á privarles del derecho que tienen de intentar cuantas revoluciones les plazcan, derecho de que nosotros hemos usado siempre á nuestro albedrío, pudiendo cambiar sin recelo alguno y

(cuando se les pase por las mientes, bajo su responsabilidad) la forma del Gobierno.

Estudiando Francia, échase de ver en ella cuánto á una grande nación le duele y cuesta el tránsito desde las grandes monarquías á los nuevos institutos políticos de forma republicana y sustancia democrática, mantenidos por el espíritu vivaz de la moderna libertad. Tras veintidós años de gobierno, la forma republicana en aquel suelo que tres veces ha sabido producirla, se encuentra hoy todavía indefinida é indeterminada, suspensa entre aspiraciones radicales y aspiraciones socialistas de un extremo peligro. Parece imposible. Mientras la derecha del país, tan hostil á la República, se aquietaba, y por voluntad ó por fuerza venía obediente á reconocer la superioridad de nuestras instituciones predilectas, por lo menos su necesidad, perdíase con suma torpeza el Gobierno en esos intrincados problemas socialistas, de los cuales no se puede salir, por una razón muy obvia: porque no tienen humanamente salida. La presentación por el ministerio Constans de aquellos fantaseados planes, en cuyas proposiciones más ó menos imaginarias se exacerbaba la sed rabiosa del partido socialista popular, sin darle ninguna satisfacción, porque todas las prevenidas y presentadas

eran ilusorias, en tales términos perdieron al gobierno aquel, que cayó destrozado al poco tiempo y no pudo recomponerse jamás ni reanimarse. Pasma el atrevimiento de los comunistas y dan tristeza las complacencias serviles usadas con ellos por el presidente Loubet, ministro de la Gobernación y encargado del orden público por ende. Lafargue truena por los departamentos como un conquistador en tierra conquistada. Baudin revoca las órdenes de los prefectos por su propia soberana voluntad, y ordena entren con aires de corderos en sus cuarteles los dragones expedidos contra unos amotinados en rebelión abierta. Lokroy no se desdeña de ofrecer ¿qué ofrecer? presentar un proyecto de ley con tendencias á nacionalizar las minas, comienzo de la expropiación universal, y por lo mismo recaída completa en el seno de la barbarie comunera. ¿Y por qué se presenta este proyecto de ley? Pues por una muy sencilla cosa, porque los habitantes de Carmaux se han dado el gusto de nombrar un alcalde comunista, jornalero de las minas del distrito, y como quiera que no puede por falta de tiempo el elegido asistir al trabajo, la Compañía le ha quitado el jornal, como él quitára por grado y albedrío propios sus brazos á la

Compañía. Y, ¿queréis creerlo? A esto lo llaman los radicales franceses desconocimiento del sufragio universal en los burgueses del Consejo que administra la explotación de aquellos terrenos, y por esto pide cosa tan grave como que las minas de los particulares entren á una en los acervos comunes de las apropiaciones colectivas. Cuando así el Gobierno deja tomar vuela á cosa tan preñada de miasmas deletéreos, como la nube comunista condensada sobre nuestra Europa, no debemos maravillarnos de que un socialista germánico, cual el Sr. Liebneth, se persone audaz en Marsella, y predique desatinado el desamor á la patria desde las satisfacciones y las arrogancias del pueblo vencedor, aconsejando sin escrúpulo al vencido por él mismo, por los suyos, invasores de ayer mañana, de fienda sin entusiasmo y sin empeño en las futuras irrupciones germánicas el hogar propio y el territorio francés. Si me pareció pésimamente, obedeciendo á los afectos de independencia mamados á los pechos de mi madre España, que se aplaudiera en Francia la música de los conquistadores, imaginaos qué me parecerá el aplauso consagrado á ese comunista, capaz, en nombre de una teoría internacional muy provechosa para sí, capaz del desacato enorme de irse á un pue-

blo vencido y descoyuntado por sus compatriotas y predicarle nada menos que la tibieza y la flojedad en afecto, tan por extremo sublime, como el amor á la patria. Pues bien, yo atribuyo todo esto á las debilidades incomprensibles, que aquejan al Gobierno francés, ante peligro tan grave como la hipnotización de aquel pueblo por utopía tan perturbadora, como esa utopía socialista, verdadero espejismo, propio únicamente para engendrar alucinaciones engañosas.

Por eso unánime aplauso en Europa loa la firmeza con que Morley se ha expuesto á perder su cartera y su diputación, antes que transigir con los tres malditos ochos de las escuelas comunistas, signos verdaderos de servidumbre social generada por los espíritus humildes, ó sea, por los más necesitados de la libertad y del derecho. Hay una verdadera voluptuosidad intelectual en hacer el bien y no recibir en cambio ni el agradecimiento de aquellos á quienes el bien sirve y aprovecha. ¡Cuántas madres siervas, á quienes la palabra de los oradores inspirados y geniales ha devuelto los hijos arrancados á sus senos en los bazares babilónicos, donde se vendía la carne humana, ignoran, al gozar de semejante beneficio, los nombres de sus bienhechores! Pues así le sucederá indu-

dablemente á Morley. Trabajaré por la emancipación de los irlandeses entre blasfemias é ingratitudes múltiples de los mismos á quienes emancipa y redime. Los parnellistas, los más favorecidos, le opondrán todo género de obstáculos porque no realiza y cumple la obra que comenzara su trágico suicida jefe antiguo. Y los mismos, de Parnell separados por haber, con mucha razón, permanecido fiel al sa-jón que redime la Irlanda y los irlandeses, á Gladstone, como representan un pueblo de intransigentes, rendirán parias en los altares de la intransigencia y pedirán que se improvisen medidas, las cuales no puede improvisar ningún gobierno en el mundo y menos un gobierno de Inglaterra. Conozco perfectamente las bárbaras injusticias cometidas por los landlores despidiendo sin piedad á los arrendatarios por el retraso de cualquier arrendamiento, y las crueles injusticias, de que adolecen y se quejan los pobres campesinos celtas, encerrados en la miseria bajo el peso de tamaña implacable fatalidad.

Pero un gobierno cualquiera, si merece tal nombre, debe observar prácticas de derecho importantes á todos los ciudadanos, y mejorar el espíritu de las leyes en su aplicación, pero sin desconocerlas ni violarlas, hasta que haya podido sus-

tituir las con otras mejores. No puede Morley humanamente desviarse de tal código de procedimientos gubernamentales, y á nadie interesa como á los irlandeses tan justo proceder, pues la dictadura erigida por ellos en provecho propio podría con suma facilidad en su daño trocarse. Por nadie se debe apelar á la fuerza, y mucho menos por aquellos que han sido víctimas de la fuerza. Pero cuesta mucho trabajo sugerir teoría semejante á quien ha contraído en el seno de la esclavitud un temperamento revolucionario, que le posee siempre, como la fiebre más ó menos oculta surge y estalla en todos los envenenados por el miasma pestilente de las lagunas pontinas. Con muchas dificultades van á tropezar los reformadores, siendo las más temibles aquellas que habrá de originar el pueblo redimido y emancipado en las neurosis y desarreglos antecedentes y consiguientes á su emancipación. Los fenianos, ó sean los revolucionarios antiguos; el parnellismo acostumbrado á la intransigencia política y á la obstrucción parlamentaria; el mismo pueblo católico movido por supersticiones religiosas ayudarán, sin quererlo y sin saberlo, por sugerencias suicidas, al partido adversario de Irlanda y caerá en una complicidad horrible con los opresores capaz de, si no justificar, pues la ti-

rania no puede por modo alguno justificarse nunca, explicar y hasta excusar la opresión. Pero Morley levanta una obra secular. Que tenga la paciencia, como tiene sin duda el mérito congruente con su obra.

Entre las obras difíciles, que pueden aquí en el mundo intentarse, ninguna tanto como desembrollar el intrincadísimo problema oriental. Son los factores tantos, y las cuestiones, con esos factores por mil modos relacionadas, tan difíciles, que jamás se tropieza con el hilo de una idea, la cual nos conduzca por el intrincado laberinto y de sus dificultades nos saque. Una reunión del Congreso de los Estados en Viena, que cuenta desde polacos hasta turcos y desde latinos hasta griegos y desde tirolese hasta transilvanos, arca de Noé, donde penetran parejas de todas las razas, es capaz de revolver el seso al más grave y más reflexivo estadista. Imaginaos cómo se habrá puesto de furioso el canciller Kalnolky dando de manos á boca, en tal cónclave de razas, con un Eym de Bohemia, quien tira de la manta, cual niño mal criado, y critica el sacramento más venerable de la política del Austria, la triple alianza. Y esta crítica debe poner en guardia el ánimo de los austriacos respecto de sus súbditos los esclavones. Cosa difícil cuando la idea

de raza está mucho más honda en éstos que la idea de patria, y sienten la voz de su sangre sin parada sentir la tradicional autoridad de su Imperio, conducirles contra Moscovia y los moscovitas considerados por ellos como sus hermanos en la naturaleza y en la historia. Pues bien, mientras el joven tcheque, ó sea el hijo de Bohemia, siente un afecto de suyo tan fraternal por los eternos enemigos del Austria, por los rusos; el magyar siente un despego increíble y ofrece culto á Kossuth, únicamente porque ha sostenido las luchas titánicas con Rusia, cuya espada inmoló la independencia de Hungría el año 49. Mucho, muchísimo, debe molestar al Emperador esta hipnotización que al nombre de Kossuth sufren sus mejores súbditos, aquellos que han formado el núcleo de su Imperio: los húngaros. El grande y viejo patriota, rayano en verdadero centenario, que vive con la robustez y la majestad de secular encina en el destierro, significa y recuerda la separación entre Hungría y Austria, origen de tantos épicos encuentros en no lejanos tiempos. Pues en las barbas mismas del que ciñe la corona de San Esteban divinizan sus mejores vasallos al rebelde que llevó la corona de San Esteban en una época de lucha inolvidable bajo la silla de su caballo de guerra. Unos

húngaros le bendicen como pudieran bendecir á un Dios, y otros le recuerdan sus luchas como haciendo solemne adhesión á su simbólica persona. Imaginaos, cual empresa inverosímil y fantástica, encerrar dentro del mismo Imperio y medir bajo el rasero de la unidad imperial, á gentes, como las gentes de Bohemia, que recelan de los Hapsburgos, por enemigos de Rusia, y á gentes, como las gentes de Hungría, que recelan de los Hapsburgos por amigos de Rusia. Pero si tuviera tan sólo estas dificultades Francisco José de Austria, bien podría darse con un canto en los pechos. Pero es el caso que Austria, no sólo ejerce dominio directo sobre los pueblos que constituyen su Imperio; ejerce dominio indirecto sobre los pueblos sitos en la península de los Balkanes, y tiene que moderar el radicalismo en Servia; que dirigir los primeros pasos de Bulgaria; que atender á la minoridad eterna de Bosnia y Herzegowina; que combatir al sultán bajo las apariencias de un respeto rayano en culto; que reñir con el czar sin llegar hasta la guerra; que congraciarse con Grecia sin satisfacerla; que mantener la balanza en Macedonia entre turcos y helenos, kleplitas y albaneses, búlgaros y serbios, codiciosos igualmente de la misma presa; que impedir la codiciable apropiación de Salónica y su puerto hasta encontrarse con fuerzas para cogerlo y apropiarlo ella; que andar en torno de Constantinopla como quien anda en torno de un moribundo, yendo sobre un reguero de inflamable pólvora con una mecha encendida en las manos: triste situación, en la cual pueden gastarse muchas fuerzas al trabajo hercúleo de evitar inevitables catástrofes. Este buen Stambuloff es una sombra para el Austria. Empeñado en hacer su santísima voluntad, no siempre santa, se ha ido á Constantinopla en busca y requerimiento de cualquier sanción á su obra y á su príncipe, tan detestados por Rusia. Y cuando el sultán lo ha visto allí, ha armado una buena, queriendo á los rusos y aun á los franceses ocultarles tan peligrosa visita. Y parece que para evitar perdiera el viaje y para conseguir se fuese pronto huésped tan molesto, le ha regalado el gran señor una tabaquera cuajada de brillantes, y sobre tal tabaquera, el czar ha dirigido á Turquía una carta, en realidad conminatoria para el Austria. Y dirá Stambuloff, el dueño de Bulgaria, maestro de primeras letras, que se ha llevado á Sofía de secretario un Coburgo y Orleans: ahí me den todas las bofetadas, en el rostro de Austria. Todo puede tolerársele y todo permitírsele al dictador de Bulgaria, con

excepción de una cosa tan sólo, con excepción de las provocaciones á una guerra, y menos á una guerra inmediata. Por fortuna tenemos en Londres á Gladstone y Gladstone sabrá refrenarlos, pues representa en el mundo este gran hombre la paz en la libertad. No podrá coronar su vida gloriosísima de modo más glorioso que siendo ancora segura de tales bienes en este crítico momento.

Y no cabe duda respecto del propósito que le anima y del norte que le dirige. Una de las vulgaridades, con mayor perfidia por los conservadores ingleses divulgadas, y por el público europeo creídas, es el tenacísimo empeño imputado á Gladstone ahora en conservar la precedente política de Salisbury, manteniendo por doquier sus mismos principios y hasta sus mismos procedimientos. Decíase con visos de razón que había la reina Victoria impuesto el nombre de Roseberry para el departamento de Negocios extranjeros y que tal nombre significaba tan solo una sanción póstuma decretada por el poder nuevo á la política del anterior y una firme promesa de continuarla. Parece imposible la ocultación al sentimiento universal y á la pública conciencia de cosas tan evidentes como las correlaciones antiguas entre la política exterior y la política interior de Gladstone

constituidas de suerte que forman un todo consustancial. Conozco muy bien el carácter psicológico de los sajones, opuesto por completo al carácter sintético de los meridionales, de franceses, italianos, españoles, quienes generalizan más, y por ende resultan más lógicos y más artistas en sus concepciones, encadenadas como un sistema científico y de proporciones verdaderamente rítmicas. Los ingleses no se curan de las correlaciones, que nosotros vemos y amamos, en su criterio de observación y experiencia, muy propio para ir aplicando á cada hecho una idea particularísima y oportuna, más bien que una idea semiabstracta desengarzada de un sistema en serie y con dialéctica. Pero ahí está la característica que distingue á Gladstone de sus compatriotas y que lo hace por su inteligencia el hombre más completo y cabal entre todos los ingleses: su sintético temperamento intelectual. Así comprende perfectamente cómo para establecer la libertad en Irlanda se necesita recabar la paz en el mundo. Así acaba de tomar dos medidas igualmente trascendentales: una el reemplazo de Smith en Tanger, otra el abandono de Ouganda. Si á esto añadimos cómo ha desmontado los remontadísimos nervios italianos dolidos hace poco de la neurosis belicosa y cómo ha con-

ducido la difícil cuestión de Pamir para que no pueda traer ahora conflictos, siempre temibles, en las centrales mesetas asiáticas, tendremos un cuadro perfectísimo y acabado de las tendencias pacíficas dominantes en el ministerio inglés, tan sanas para el mundo; cuando uno piensa que la muerte á nadie perdona, hiriendo en los mismos días dos espirituales cúspides tan altas como la cabeza de Renan y la cabeza de Tennyson, y se acuerda de cómo dos vidas tan útiles al género humano, como la vida del gran Pontífice León XIII y la vida del gran estadista Gladstone, se acercan á nonagenarias, no puede menos de dirigirse al gran misterio, que se halla en torno del universo, envolviendo el espacio en lo infinito é impulsando el tiempo á la eternidad, para pedirle de hinojos las conserve aquí en bien del género humano y esplendor de todo nuestro planeta. ¡Oh! Mientras ellos elaboran tantas y tantas ideas progresivas, esos genios del retroceso aparecen cada vez más empeñados en que perdure todavía el feudalismo y estalle la guerra.

El emperador Guillermo y el general Caprivi no me dejarán mentir. Ahí los tenéis, después de haber agotado con el presupuesto militar más gravoso que recuerda la historia, las fuerzas europeas, pidiendo

nuevos y cuantiosos dispendios á cambio de una martingala como la reducción del servicio militar á tres años. Pero el bollo parece muy pequeño á los liberales germánicos, en cambio de lo muy grande que les parece el coscorrón; y así repugnan votar el proyecto ese, y ponen á sus dos redactores en calzas prietas. Vamos, pues, á presenciar un combate homérico entre las Cámaras y el Imperio, análogo al que sostuvo tiempos atrás el canciller Bismark, con lo cual tendremos á éste con todos sus defectos y errores, pero sin ninguno de sus profundos propósitos y sin ninguna de sus desmedidas grandezas. Cuánto mejor fuera que un pueblo como Germania, un pueblo de profesores y estudiantes, por lo cual era venerado de todos cuando pensaba Hegel, escribía Humboldt, cantaba Schiller, componía Bethowen, se dejara esas veleidades guerreras, y fuera en política lo que ha sido en ciencias y letras: un factor verdadero del progreso universal terrestre. Y lo más terrible del caso está en que Alemania pega sus furiosos guerreros á pueblos de natural tan artístico cual Italia, y nos arruina sin excepción á todos con su monomanía de los armamentos. La situación de Italia es para conocida y medida por las consecuencias traídas al seno de la política europea. Ele-

mento de paz y de progreso en sí misma esta nación inspirada é inspiratriz, su corte y sus cortesanos quisieron que fuese, contra la complejión propia y el ministerio providencial italianos, un elemento de guerra y de conquista. Impeliéronla en ese camino con ayuda de algún error cometido por Francia, como el protectorado sobre Túnez, y comenzó á dispendiar sus ingresos cuando un régimen de paz y libertad, con un método de sabias economías, le diera desahogo bastante á procurarle dos resultados de suyo tan útiles, como la extinción del curso forzoso y la extinción del impuesto sobre la molienda. Tamaño error le trajo su enemiga con Francia, en la cual ha perdido casi todo su comercio de caldos, y un presupuesto excesivo, con el cual ha estado muy cerca de un desastre. No hubo sino tímida orientación tomada por el último ministro Rudini hacia las economías y ha resultado de inmenso provecho al erario y de inmenso alivio al trabajo. Así es que habrá Rudini, si sustenta con resolución las economías, de levantarse con la representación del sentimiento público italiano y subir al poder en alas de la opinión universal. El hábil ministro, que acaba de sucederle y gobierna hoy allí, paréceme un término medio entre la política de Crispi soberbia y la política de Rudini modesta. Pero no estamos para términos medios, no estamos para eso. El mal aparece hoy tan grave, que pide remedio enérgico, y el remedio está en un inmediato presupuesto de paz y libertad.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Inauguración de la temporada teatral.—Libros americanos.—*Apariencias*, por Gamboa.—Pinceladas históricas, por R. Monner Sans.—Universidad de Córdoba, por Ramón J. Cárcano.

Ha comenzado la temporada teatral, y, á la verdad, no han sido los comienzos tales que aseguren para los actores de los principales teatros, triunfos muy brillantes. En general, las compañías que hasta ahora han empezado sus artísticas tareas, adolecen de un defecto que es ya crónico y que tal vez no tenga curación posible. Me refiero á la desproporción que existe entre los primeros actores y los demás que, á guisa de cuerpo coreográfico, los rodean. Acontece que en cuanto un artista se distingue entre sus compañeros aspira á ser cabeza de ratón, y cátaele funcionando de primer actor y director de escena, atento sólo—aun á costa de sus intereses—al propio lucimiento, importándole bien poca cosa del arte dramático y de la relativa perfección á que debe aspirar todo aquel que al arte se consagra. Síguese de aquí que los cuadros de comediantes que en enormes y pintarrajeados carteles aparecen en las anunciadoras de la villa, tienen algo de parecido con esas fuentes monumentales en cuya parte baja cuatro ó cinco figurines sirven de pedestal á tal ó á cuál deidad, más ó menos acuática. Consecuencia natural de esta, que no sé si llamar organización, ha sido la frialdad con que el público ha soportado las funciones inaugurales.

Al desvío de los espectadores ha contribuido también el poco acierto de las empresas en la elección y reparto de las obras. En el teatro de la Comedia se ha presentado con la de Tirso, titulada *Desde Toledo á Madrid*, arreglada por Bretón y

Hartzenbusch, una parte, y no la mejor de la compañía, que actúa en aquel coliseo. Es esta obra, en efecto, más ordenada de lo que suelen serlo otras de Fr. Gabriel Téllez; los caracteres están bien ideados y sostenidos, es fácil y natural su desarrollo y chispeante y oportuno el diálogo. Pero siendo esto cierto de toda certidumbre, no lo es menos que *Desde Toledo á Madrid* tiene mucha menos fuerza cómica que otras comedias del malicioso y picaresco mercenario. Quizá, y sin quizá, la mayor honestidad de la pieza elegida, con relación á las demás del mismo autor, fué la causa de la elección que de ella hicieron dos tan insignes literatos como Bretón y Hartzenbusch. Líbreme Dios de censurar la comedia de Tirso; pero justo es reconocer que no es entre las que compuso aquel privilegiado ingenio de las que ocupan el lugar preferente. Además, *Entre bobos anda el juego*, de Rojas, inspirada en *Desde Toledo á Madrid* y representada muy á menudo en los teatros de la corte, quita todos sus efectos á la obra de Tirso, y, pese á su originalidad, queda como eclipsada é inferior en la comparación que por fuerza ha de establecer el público entre ambas composiciones escénicas.

Ocasión es esta, ó á mí me lo parece, de decir algo acerca de los

arreglos de las obras del teatro antiguo. Declaro que me suena á temerario atrevimiento eso de *arreglo* tratándose de una comedia de Lope, Calderón, Tirso ó cualquiera de los otros incomparables dramaturgos que con los tres citados forman la pléyade gloriosa de los maestros de la escena española. A esto podrá contestarse diciendo, arreglar una comedia no significa el intento de perfeccionarla, es acomodarla á los gustos presentes, modernizarla, darle la hechura del figurín que está de moda. ¿Y á esto puede llamarse arreglo? No es la tarea en este caso de los arregladores semejante á la del sastre que se empeñase en dar á un ferreruelo la hechura de un gabán ó convertir una ropilla en un chaquet. Mejor sería que cuando se pusiesen en escena las comedias del teatro antiguo se representasen tales y como las escribieron sus autores, salvas pequeñas modificaciones, para evitar el excesivo cambio de lugares tan frecuente en las obras del siglo xvii. El público que acudiese entonces al teatro para admirar las joyas de nuestra escena, experimentaría mayor placer viéndolas en toda su integridad que mutiladas ó remendadas por el arreglador, y en cuanto á los demás espectadores que hoy se aburren contemplando los arreglos al uso, poco se perdería en que se aburriesen

viendo las comedias antiguas representadas como sus autores las escribieron.

Porque es una verdad que no puede negarse, que así como el noventa por ciento de los lectores no tiene paciencia para acabar de leer nuestras mejores novelas del siglo de oro, incluso el *Quijote*, mientras que devora línea á línea los engendros de los modernos folletinistas, así la mayor parte de los espectadores de nuestros teatros que se deleitan con las prestidigitaciones de Sardou, bostezan de fastidio ante las perfecciones de *La Vida es sueño*.

Y es natural que así suceda; para encontrar deleite en las comedias de nuestros antiguos dramaturgos es preciso conocer la literatura de aquella época, sus costumbres, el carácter nacional, las preocupaciones, los errores, las creencias, la vida toda de aquella sociedad tantos años ha fenecida. Sólo así puede apreciarse la vis cómica de las situaciones, los conflictos, la índole de los afectos, la sutileza de los conceptos y los adornos del estilo. Es necesario, en una palabra, abstraerse de la vida presente y trasladarse en espíritu á aquella sociedad y aquel mundo. Solamente así podrá sentirse la honda belleza del problema religioso que se plantea en el *Condenado por desconfiado*, ó la idea del honor de aquel médico de su

honra que manda dar á su esposa una sangría suelta sólo porque medio sospecha que no le es fiel, ó el conflicto del D. Félix de *Amigo amante y leal*, que por acatamiento á su señor llega hasta el extremo de poner asechanzas á su dama para que el príncipe la fuerce. El arte escénico no es, en rigor, otra cosa que una reproducción viva y lo más fiel posible de un aspecto de la realidad: el deleite del espectador depende en gran parte de la semejanza que encuentra entre lo real y lo fingido. Cuando el retrato corresponde al original, la obra dramática le complace. ¿Cómo sin conocer ni sentir el objeto pintado ha de percibir el parecido de la pintura?

Nadie más competente para poner mano en cosa tan sagrada como son las joyas de nuestra escena, que los dos poetas que trataron de ajustar la comedia desde *Toledo á Madrid* á las exigencias del teatro contemporáneo. Pero con ser indiscutible la competencia de los dos grandes ingenios, preciso es convenir en que las modificaciones hechas en la obra del ingenioso fraile desvirtúan y trastornan de un modo excesivo la producción original. La división en cinco actos, cosa es ya que por sí sola representa, á mi entender, grave atentado contra una ley constantemente observada en nuestros dramas, ley que tiene menos de arbi-

traría que la exigida por Horacio. Si no fuese el respeto que me inspiran los nombres de Bretón y Hartzenbusch, diría que la refundición de varios personajes en uno, los retazos añadidos, alguno de los parlamentos mutilados, y, sobre todo, el acto quinto con todos sus incidentes, que ni siquiera soñó Tirso, podrán ser, y lo son, prueba evidente del talento artístico de los arregladores, pero revelan al mismo tiempo magnos atrevimientos, que sólo tienen disculpa en la autoridad de los dos grandes maestros que á tales cosas se atrevieron.

Para los actores, la representación de una comedia del teatro antiguo es una verdadera prueba á la que muy pocos comediantes modernos pueden resistir. Crean nuestros artistas dramáticos que aprendiendo su papel *ad pedem literæ*, han hecho todo cuanto es necesario para representar con acierto tal ó cual personaje. Error grande. Sólo conociendo profundamente nuestra literatura y nuestro teatro, y el siglo á que la comedia pertenece, puede intentarse con esperanzas de acierto la empresa de representar una obra cualquiera de la centuria xvii. Poner en escena una de esas comedias equivale á resucitar, no una sola obra teatral, sino una época, y esto sólo pueden hacerlo grandes y privilegiados artistas.

Por tal razón, la comedia *Desde Toledo á Madrid* resultó un lastimoso desastre, y únicamente la actriz encargada del papel de doña Mayor, demostró en algunas escenas que había estudiado, aunque no con mucha fortuna, el carácter apasionado, violento, atrevido y libre de las damas de Tirso. Los otros actores hicieron patente su desconocimiento absoluto de la obra que ejecutaron.

*
* *

El teatro de la Princesa, siguiendo sus tradiciones galófilas, abrió sus puertas con una comedia de Dumas, mutilada inhábilmente y de escaso mérito artístico. Es aquel lindo coliseo una especie de sucursal de los teatros franceses: gracias á la empresa que lo explota, vemos allí, del revés por supuesto, usando una frase de Cervantes, los abigarrados tapices que tejen y pintan los dramaturgos traspirenáicos. Por allí ha pasado, en los dos últimos años, medio centenar de *altas comedias* francesas, las cuales han contribuido no poco á pervertir el gusto del público* y á grabar en la literatura patria el carácter de la enfermiza dramática francesa.

Cuenta este teatro, es verdad, con

la mejor actriz española; ninguna hay que la aventaje ni siquiera la iguale en la expresión de los afectos; su figura y sus modales la hacen apta para desempeñar los papeles de gran dama; dice bien y sabe dar á su voz el acento reconcentrado de la pasión, el de la queja cariñosa, el del despecho y el de la ironía... Pero es lo cierto que en aquel teatro es ella sola artista de relevante mérito: los demás, á excepción de alguno que otro tolerable, no son más que los comparsas de la actriz, figuras borrosas que, agrupadas en el fondo de la escena, sirven únicamente para que la actriz principal destaque convenientemente.

En la obra de Dumas *La Princesa Jorge* el público experimentó una verdadera decepción. Aplaudió sí, á su artista predilecta, pero faltó poco para que no recibiese con protestas, más que medianamente ruidosas, á la mayor parte de los artistas que sirven de pedestal á la protagonista de la obra y á la principal artista de la compañía.

Y he aquí que esto confirma lo que más arriba dejo dicho: si esta actriz tuviese á su lado á la media docena de actores ó de actrices que figuran al frente de los demás teatros, y si en vez de gastar su talento en obras exóticas, generalmente mal arregladas y peor escritas, buscarse en el repertorio nacional los dra-

mas y comedias de Tamayo, Ayala, Serra, Bretón de los Herreros y otros genuinamente españoles, ó de los autores que, á la manera de Sellés, siguen las huellas francesas, otro gallo cantaría á nuestra escena, y acaso los ingenios que ahora aspiran honrosamente á conquistar los laureles del teatro emprenderían rumbo más acertado que el que ahora siguen con escaso fruto para ellos y con marcado vilipendio para las letras patrias.

*
* * *

Gloria es de nuestra vieja patria ver cómo sus hijas, las repúblicas de la América española, agrandan en aquellas remotas tierras la herencia literaria que de nosotros recibieron. Tres libros americanos acabo de leer, y cada uno de ellos, dentro de su respectivo género, prueban cuán fecundas son allí las fuentes del ingenio. Es el primero de estos libros una novela, impresa en Buenos Aires y escrita por un publicista de merecida fama: Federico Gamboa. Seiscientas páginas contiene aquélla, y á pesar de su extensión no decae el interés ni un solo momento, ni en una sola página parece fatigada la pluma envidiable de su autor.

Apariencias pertenece al género naturalista, pero sin incurrir en las exageraciones de esta escuela. Su autor llega á las fronteras de lo prohibido, pero no las traspasa ni se goza jamás en la descripción y regodeo de lo repugnante. Su asunto no és nuevo ni complicada la trama. La historia de unos amores, estudiada en sus antecedentes, analizada en sus comienzos y observada en sus más minuciosos detalles psicológicos hasta el momento del desenlace.

Dotado el Sr. Gamboa de un espíritu observador que recuerda algo el de Turguenef, lleva quizá hasta el exceso el afán de la observación, amontonando detalles y no pasando por alto nada de lo que tiene relación con el objeto descrito. Pero si esta minuciosidad puede resultar, y de hecho resulta algunas veces excesiva, en cambio da ocasión á que el autor haga hermoso alarde de una imaginación rica en colores y de una delicadeza de percepción en nada inferior á la de los más célebres novelistas franceses, maestros en estas habilidades literarias

Tan verdad es esto, que hay capítulos como el de la descripción de dos trenes que chocan, la de un viaje desde Méjico á Venezuela, la de una fiesta de sociedad y otros muchos cuadros no inferiores á los citados, que cautivan á los lectores

no sólo por su verdad sino por la maestría y vigor de la pintura.

Pero donde principalmente se descubren dotes de novelista privilegiado, es en el análisis de los caracteres y en el estudio de la vida interior. El Sr. Gamboa pertenece al número de esos mineros del pensamiento, que armados de poderosas linternas, nos hacen caminar por los espirales tenebrosos del alma, mostrándonos aquí el rincón ignorado en donde se mueve la larva embrionaria del deseo, más allá la región dantesca, en que el hielo de la ironía destruye los ardores del entusiasmo, en tal misteriosa encrucijada el paraje sombrío en que el instinto brutal, armado de sus armas groseras, armas de hombre primitivo, combate contra ese débil guerrero que se llama bien, pronto á huir ante las acometidas furiosas de su constante enemigo. En esas profundidades de mina es donde el autor ha encontrado los mejores diamantes de su libro.

La acción comienza en una aldea de Méjico en tiempos de la invasión francesa, cuyos últimos resultados fueron el drama de Querétaro. Estas primeras páginas del libro *Apariencias*, atraen desde el primer momento la atención con la pintura de un episodio de la guerra de la independencia mejica, semejante á los hechos gloriosos de que

fueron teatro las aldeas españolas á principios del siglo. En esta especie de prólogo se da á conocer al jovenzuelo que ha de ser protagonista de la novela, salvado de una muerte cierta por D. Luis, elocuente abogado, quien, conmovido ante la orfandad del muchacho, le prohija y le atiende con cariño de padre.

Pedro, que este es el nombre del joven, crece en años al mismo tiempo que en virtudes, ama y es amado, conquista una envidiable posición y todo le sonríe. Hasta aquí la novela tiene todo el perfume de un idilio, cuya parte más tierna y delicada es la que se refiere á los amores del joven estudiante con Magdalena. A partir de este punto, el idilio se convierte en drama. D. Luis, el protector, el padre de Pedro, se casa con una hermosa joven. Anciano el marido y en el apogeo de la vida la esposa, surge naturalmente el germen de la trama. Amor frenético se apodera de los dos jóvenes, Elena y Pedro. Magdalena es olvidada. En tanto los imprudentes amantes luchan tenaz y obstinadamente con su pasión; pero *amor*, « más poderoso que la muerte », acaba por vencerlos y el adulterio se consuma.

El análisis que el autor hace de la pasión en el alma de los adúlteros, reúne grandísimo poder de observación. Se asiste al nacimiento de aquella ligera llama, inadvertida

al principio, amenazadora más tarde, voraz por último, hasta el punto de reducir á humeantes escombros todos los esfuerzos de la voluntad y todos los baluartes del deber y del pudor. Satisfecha la criminal pasión, el remordimiento aventaja en dolores á las angustias del deseo: el placer intranquilo, el temor siempre en acecho, los celos despiertos, y la degradación, compañeros inseparables del placer ilegítimo, son pintados con tremendos colores, con los colores de la verdad espantable, lógica y desnuda.

No hay catástrofe sangrienta. El marido sorprende á los adúlteros, y aunque aguijoneado al punto por el deseo de venganza, acaba por condenarlos á vivir.

Esto es, en pocas frases, el argumento de *Apariencias*, que, aunque poco nuevo, ha dado asunto al Sr. Gamboa para extraer de él no pocas bellezas, reflexiones profundas é ingeniosas consideraciones. Es, en una palabra, la novela del autor bonaerense, libro que honra á la literatura americana, si bien nótese en él más afinidades en punto á procedimiento, á estilo y aun á lenguaje, con la literatura francesa, que con la española, de la cual por su idioma y por su tradición es hija y heredera.

De muy distinto carácter es el libro nuevo, también de Buenos Aires, que con el título de *Pinceladas históricas*, acaba de publicar el individuo del Congreso internacional de americanistas, D. R. Monner Sans. Es esta obra un concienzudo trabajo acerca de las Misiones Jesuítas del Paraguay. Con frase sobria, como corresponde á los estudios científicos, el autor de las *Pinceladas* enumera los beneficios que en su opinión deben aquellas regiones á la gestión de los Jesuítas y los males que de su expulsión se siguieron, rebatiendo al mismo tiempo los cargos que sobre la Compañía de San Ignacio han formulado algunos historiadores.

Como el prologuista del libro, B. Mitre, hace notar oportunamente, más bien que un trabajo puramente histórico, la obra del señor Monner Sans es una tesis de carácter crítico en que el autor se propone demostrar la excelencia de la dominación de los Jesuítas en el Paraguay.

*
* *

Algunas palabras sobre la organización de la Universidad de Córdoba titula D. Ramón J. Cárcano, ex-profesor de aquel centro docente,

á un libro de verdadero interés para cuantas personas se dedican al estudio de las importantes cuestiones relativas á la enseñanza. Toda la obra tiene por objeto principal defender la existencia autónoma de las Universidades, como la que tuvo la de Córdoba, cuyos primitivos reglamentos coinciden en muchos puntos con los antiguos de las Universidades españolas, privadas hoy, como las argentinas, en absoluto, de toda su antigua independencia.

Como modelo de instituciones docentes, presenta el Sr. Cárcano las universidades de Alemania, por él visitadas y estudiadas con gran detenimiento y elevación de miras. La forma particular de seguirse los estudios, la manera de ser nombrados los profesores, la jurisdicción confiada á rectores y maestros, el carácter armónico de las diversas materias que constituyen la enseñanza, el espíritu, en una palabra, de las escuelas germánicas, le parece ser digno de imitación y medio adecuado para rehabilitar el nombre de la Universidad americana de Córdoba.

Inspirándose el autor siempre en el ejemplo de aquella enseñanza, lamenta la desaparición de la Facultad de Teología de la Universidad cordobesa, y muestra cómo, aislada la ciencia de Dios de las

otras ciencias y alejando al sabio del sacerdote, lejos de tender á la unidad superior en que se unen y compenetran los conocimientos humanos, se contribuye á una especie de división de castas científicas y se ahondan las grandes divisiones que existen entre los hombres de la Iglesia y los de la Universidad.

Muy interesante y de carácter general y poético es lo que el autor escribe acerca de la retribución del Profesorado y de las ventajas de hacer desaparecer lo gratuito de los estudios. Con ejemplos tomados

de Alemania é Inglaterra, prueba las ventajas de la retribución particular al profesor, facilitándole así que se consagre por completo al sacerdocio de la enseñanza sin distraer su actividad en el ejercicio de otras profesiones un tanto ajenas á la materia que es objeto de su enseñanza.

En rigor, este libro, no sólo tiene utilidad para la nación argentina, es también de sumo interés para España, en donde las enseñanzas universitarias están necesitando honda y radical reforma.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENSO MARCELOÑÉS.

REVISTA FINANCIERA

Paralización de los negocios. — El numerario. — Alza. — El déficit. — Economías indispensables. — Exportación vinícola.

No han adquirido ni movimiento ni desarrollo alguno los negocios desde la fecha de nuestra anterior Revista. Paralización tan grande pocas veces se ha conocido. Lo mismo en Inglaterra, que en Francia, que en Alemania, que en Bélgica y que en Holanda—naciones de donde surgen siempre las principales empresas—la paralización es absoluta y ni se registran nuevos empréstitos ni nacen y se constituyen tampoco sociedades y compañías de la importancia ni de la calidad de otros años.

La crisis del año último no ha pasado todavía por completo, ó al menos no se ha olvidado. La desconfianza sigue siendo quizá la única nota característica de los mercados del dinero, y la desconfianza no puede engendrar nada grande ni provechoso.

Tal estado de postración donde mejor se refleja es en los balances de los grandes Bancos de emisión, repletos de numerario como nunca han estado, y con un descenso en la cartera jamás visto. Desde fines del año último á fines del pasado mes de Setiembre, el metálico de los Bancos de emisión de Europa ha aumentado en 1.167 millones de pesetas, y la cartera, por el contrario, ha sufrido sensible reducción.

Consecuencia de esto, es el bajo precio á que el dinero se ha cotizado y se cotiza. El Banco de Inglaterra descuenta al 2 por 100; el de Francia, al 2 $\frac{1}{2}$; el de Alemania, al 3; el de Bélgica, al 2 $\frac{1}{2}$; el de Austria, al 4, y el de Rusia, al 4 $\frac{1}{2}$; tipos todos de 1 á $\frac{1}{2}$ por 100 más bajos que en los años anteriores. Y en los mercados libres el dinero se

ofrece bastante más bajo. En Londres y París abunda desde $17/18$ por 100 en adelante con buenas garantías y á plazo corto; y en Berlín y Amsterdam no falta tampoco desde $1\ 1/2$ por 100 en adelante.

Un poco ha comenzado á cambiar esta situación en estos últimos días. El cambio responde al pago del cupón trimestral de acciones, obligaciones y valores de los Estados, al acaparamiento de oro por Austria-Hungría para transformar su sistema monetario y á la flojeidad de la corriente de oro de América.

*
* * *

La abundancia de numerario y la escasez de buenos y nuevos negocios, ha producido la natural mejora en la cotización de todos los valores en los últimos meses. Lento ha sido el movimiento de ascenso, pero al mismo tiempo firme y constante, haciéndose en alza las liquidaciones de Julio, de Agosto y de Setiembre. La cotización del último al comenzar y al terminar, ha acusado las siguientes diferencias para los valores de las principales naciones de Europa:

FONDOS	BOLSAS	31 Agosto.	30 Setiembre.	Diferencia.
3 por 100 francés...	París.....	99,90	99,87	— 0,03
Consolidados.....	Londres.....	97,31	97,19	— 0,12
4 austriaco (oro)...	Viena.....	113,90	115,70	+ 1,80
3 $1/2$ belga.....	Bruselas.....	102,60	102,55	— 0,05
4 exterior español..	Madrid.....	74,40	74,90	+ 0,50
3 $1/2$ holandés.....	Amsterdam....	101,62	101,75	+ 0,13
4 húngaro (oro)....	Viena.....	111,35	112,35	+ 1
5 italiano.....	Roma.....	95,80	96,80	+ 1
3 portugués.....	París.....	24	24,56	+ 0,56
3 prusiano.....	Berlín.....	87,50	86,75	— 0,75
3 ruso-oriente.....	San Petersburgo	104,62	105,12	+ 0,50

Según los precios corrientes de estos valores en la Bolsa de París, la renta francesa produce el 3 por 100; el consolidado inglés, 2,82

por 100; la renta *austriaca*, 4 por 100; la *holandesa*, 3,43 por 100; la *húngara*, 4,16 por 100; la *prusiana*, 3,43; la *rusa*, 3,71; la *turca*, 4,53; la *italiana*, 4,63, y la ESPAÑOLA, **6,19** por **100**.

*
* *

No sin rubor se pueden escribir estas cifras. El crédito de España es el menos estimado y el menos apreciado en Europa. Delante de él está hasta el de Turquía y hasta el de Portugal, á pesar de las dificultades financieras y políticas acumuladas en esta nación en los años últimos.

Realmente, en la marcha que aquí se ha impreso á la administración de la Hacienda del Estado, no es posible esperar otro resultado. Ni de propósito podría hacerse peor. Hacienda que liquida desde tiempo inmemorial con déficit de tanta consideración é importancia, no puede aspirar á disfrutar de mayor crédito del que posee. Se hizo un arreglo con los acreedores hace diez años: de entonces acá se han consumido mil millones de pesetas más que lo que han producido las contribuciones é impuestos. ¿Qué tranquilidad puede tener el rentista español? ¿Quién le garantiza que, á seguir las cosas el mismo rumbo no se impone más pronto ó más tarde otro nuevo arreglo que reduzca capital é intereses como otras veces se ha reducido? Los créditos no se cotizan solamente por lo que de presente valen sino por las seguridades que para lo porvenir ofrecen, y el porvenir de los nuestros no es límpido y claro si no se cambian los rumbos que se siguen, y los gastos se ajustan á los ingresos normales. Otros diez años como los pasados desde 1882 á 1892 no es posible sufrirlos sin herir sagrados intereses del crédito. En este período se han gastado los recursos de las cajas especiales, los pagarés de bienes nacionales, los valores que el Tesoro guardaba en cartera como sobrante de la emisión Camacho, el valor de las existencias de tabacos, 300 millones anticipados por el Banco de España, el préstamo de la Compañía de Tabacos y la última emisión de amortizable que ascendió á 250 millones de pesetas. En total cerca de 1.000 millones. Si la bola sigue y la bola crece, no

hay que dudar quiénes tendrán que pagar las consecuencias de esta imprevisión y de este despilfarro.

Problema que ha podido tener fácil arreglo se va complicando más cada día y dificultando su solución. Un Estado no tiene derecho á consumir más de lo que puede. Si es costosa y complicada su organización y su máquina, el primer deber es simplificarla y reformarla. España es un país pobre, y empeñarse que vivamos á imagen y semejanza de Francia, que es el país más rico del globo, es una locura.

Nuestro presupuesto de gastos asciende á 800 millones de pesetas: 500 millones consumen la deuda y el ejército, 300 aquella y 200 éste. Para el resto de todas las demás obligaciones, para la enseñanza, para la justicia, para el clero, para la administración financiera, para la gobernación interior, para las relaciones exteriores, para la agricultura, para el comercio y para obras públicas no quedan más que 300 millones. Algo podrá reducirse esta partida y distribuirse por modo más racional y *económico*, pero las reducciones más importantes hay que buscarlas y hay que hacerlas en el ejército. ¿No se atreven á ello nuestros hombres políticos, ó hay impedimentos que lo estorban? Pues renunciemos á ver nuestra Hacienda normalizada y nuestro crédito elevado, la industria, la agricultura y el comercio prósperos, desarrollados.

*
* *

Algo podría conseguirse también por el lado del aumento de los ingresos, aumento que podría lograrse con sólo administrar mejor y con mayor celo. Por indiscutible tenemos que mientras las contribuciones é impuestos no salgan de manos de la Administración pública, no se conseguirá nada provechoso. La administración del Estado ni sirve para recaudar ni para administrar tampoco. Le falta el interés, y al faltarle el interés le falta el estímulo preciso en toda empresa. El éxito alcanzado por la Compañía de Tabacos, debe servir de ejemplo á nuestros gobernantes. Ni la contribución territorial, ni la industrial, ni ninguna produce lo que puede producir, lo que producirá, sin duda, el día que se entreguen á la iniciativa y esfuerzo particulares.

*
* *

Del tratado de comercio con Francia, que tanto influiría en la mejora de la situación y del crédito de España, nada podemos decir. Regresaron los comisionistas españoles satisfechos de las atenciones personales que recibieron y del estudio comparativo que de las tarifas de aduanas de ambos países hicieron, pero de seguro amargados por las pocas esperanzas de éxito inmediato. La empresa de concertar un tratado es ardua y dificultosa en tanto que la opinión, soberana en Francia, no cambie.

Mientras nuestro comercio exterior se resiente de la paralización en la exportación de vinos, exportación que de más en más se va reduciendo, creándonos serios conflictos por no disponer de otro artículo que pueda suplir la deficiencia de la balanza económica y continuar el agio de los giros sobre las plazas extranjeras. En los ocho meses transcurridos del año corriente y en igual período de los anteriores, se han exportado las siguientes cantidades de vinos comunes:

	1890	1891	1892
A Francia..... Hect.	4.554.900	6.081.902	3.601.215
A Inglaterra..... »	57.628	67.493	62.832
Al resto de Europa y Africa... »	88.724	103.044	94.246
A Cuba y Puerto Rico..... »	336.424	325.547	389.277
A América extranjera..... »	305.167	278.076	222.274
A Asia y Oceanía..... »	17.800	20.454	27.935
TOTAL..... »	5.360.613	6.876.516	4.397.779

En valores la reducción se acerca á 60.000.000 de pesetas. Los demás artículos de exportación se defienden mal, y las industrias textiles logran alguna mejora.

* *

La Bolsa con pocas operaciones y sin dirección señalada. No obstante lo que otros valores extranjeros empujan, por la solidaridad que entre todos existe, los de España, por el malestar de la Hacienda, por

la perturbación de los cambios y por las continuas exigencias del Tesoro sobre el Banco de España, que se traduce en desproporcionado aumento de billetes, no consiguen ninguna mejora sensible. Lo que ganan una semana lo pierden en la inmediata. De fines de Agosto á fines de Setiembre su movimiento ha sido el siguiente:

	31 Agosto.	30 Setbre.	Diferencia.
4 por 100 interior.....	70,50	70,95	+ 0,45
4 por 100 exterior.....	74,65	74,90	+ 0,25
4 por 100 amortizable.....	79,90	79,65	- 0,25
Billetes Cuba, 6 por 100.....	106,10	106,80	+ 0,70
Idem íd., 5 por 100.....	97,10	98,40	+ 1,30
Cédulas Banco Hipotecario, 5 por 100	97,50	97,70	+ 0,20
Idem íd., 4 por 100.....	84	84	=
Acciones Banco de España.....	360	363	+ 3
Compañía de Tabacos.....	113,50	114	+ 0,50
CAMBIOS			
París, á la vista.....	15,15	14,80	- 0,35
Londres, á la vista.....	»	28,85	»

A principios de Octubre se ha cortado el cupón, y los valores todos han retrocedido, excepto los de la Compañía de Tabacos, que han llegado á cotizarse á 130 por 100 y hoy se defienden alrededor de 128 y 130.

Nada más de particular.

UN EX-MINISTRO.

LA OBRA DEL SR. CASTELAR

El acontecimiento literario de 1892, el libro más notable que ha visto la luz referente á Cristóbal Colón, no obstante haberse escrito tanto con motivo del Centenario en España y fuera, es el publicado por el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, con el título de *Historia del Descubrimiento de América*.

La prensa unánime ha elogiado la obra y nosotros dedicaremos á ella un detenido estudio en el número próximo, concretándonos hoy á dar el índice del libro para conocimiento de nuestros lectores.

Dedicatoria.—Prólogo.—Capítulo primero, *Excepcional importancia de Colón*.—Cap. II, *Nacimiento y crianza de Colón*.—Cap. III, *La gloria de Colón*.—Cap. IV, *Portugal y Colón*.—Cap. V, *Casamiento de Colón y estancia de casado en Portugal*.—Cap. VI, *Venida de Colón á España*.—Cap. VII, *España y su estado al arribo de Colón*.—Cap. VIII, *Amores de Colón en Córdoba*.—Cap. IX, *Colón ante los nobles andaluces*.—Cap. X, *Colón ante la corte*.—Cap. XI, *Colón ante los Reyes Católicos*.—Cap. XII, *Colón en Salamanca*.—Cap. XIII, *La Rábida*.—Cap. XIV, *Colón y el real de Santa Fe*.—Cap. XV, *De Santa Fe á Palos*.—Cap. XVI, *Martín Alonso Pinzón*.—Cap. XVII, *El día de la partida*.—Cap. XVIII, *Viaje de Palos á Canarias*.—Cap. XIX, *El mar tenebroso*.—Cap. XX, *¡¡¡Tierra!!!*.—Cap. XXI, *Los primeros descubrimientos*.—Cap. XXII, *La Isabela y Cuba*.—Cap. XXIII, *La Española*.—Cap. XXIV, *Regreso de Colón á España*.—Cap. XXV, *El descubrimiento en Europa*.—Cap. XXVI, *Segundo viaje de Colón*.—Cap. XXVII, *Causas del regreso segundo de Colón á España*.—Cap. XXVIII, *Los preparativos del tercer viaje*.—Cap. XXIX, *Tercer viaje*.—Cap. XXX, *Cuarto viaje*.—Epílogo.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Se oye ruido (novela)</i> , por Iván Turguenef.....	5
<i>Los Aparecidos (drama en tres actos)</i> , por Enrique Ibsen.....	18
<i>Tres cuentos</i> , por el Conde León Tolstoy.....	66
<i>Las Emociones de un perdigón rojo</i> , por Alfonso Daudet.....	87
<i>La Copa (soneto)</i> , por Sully Prudhomme.....	92
<i>El Salón de la emperatriz Josefina (conclusión)</i> , por Sofía Gay.....	93
<i>La Literatura colombiana</i> , por Isidoro Laverde Amaya.....	124
<i>El último sueño (poesía)</i> , por Julio Flores.....	136
<i>El Pesimismo en el siglo XIX</i> , por E. Caro.....	138
<i>Sección Hispino-ultramarina</i> , por V. Barrantes.....	159
<i>Reseña crítica del Centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	165
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	179
<i>Impresiones literarias</i> , por Francisco F. Villegas.....	192
<i>Revista financiera</i> , por un Ex-ministro.....	201
<i>El libro del Sr. Castelar</i>	207

